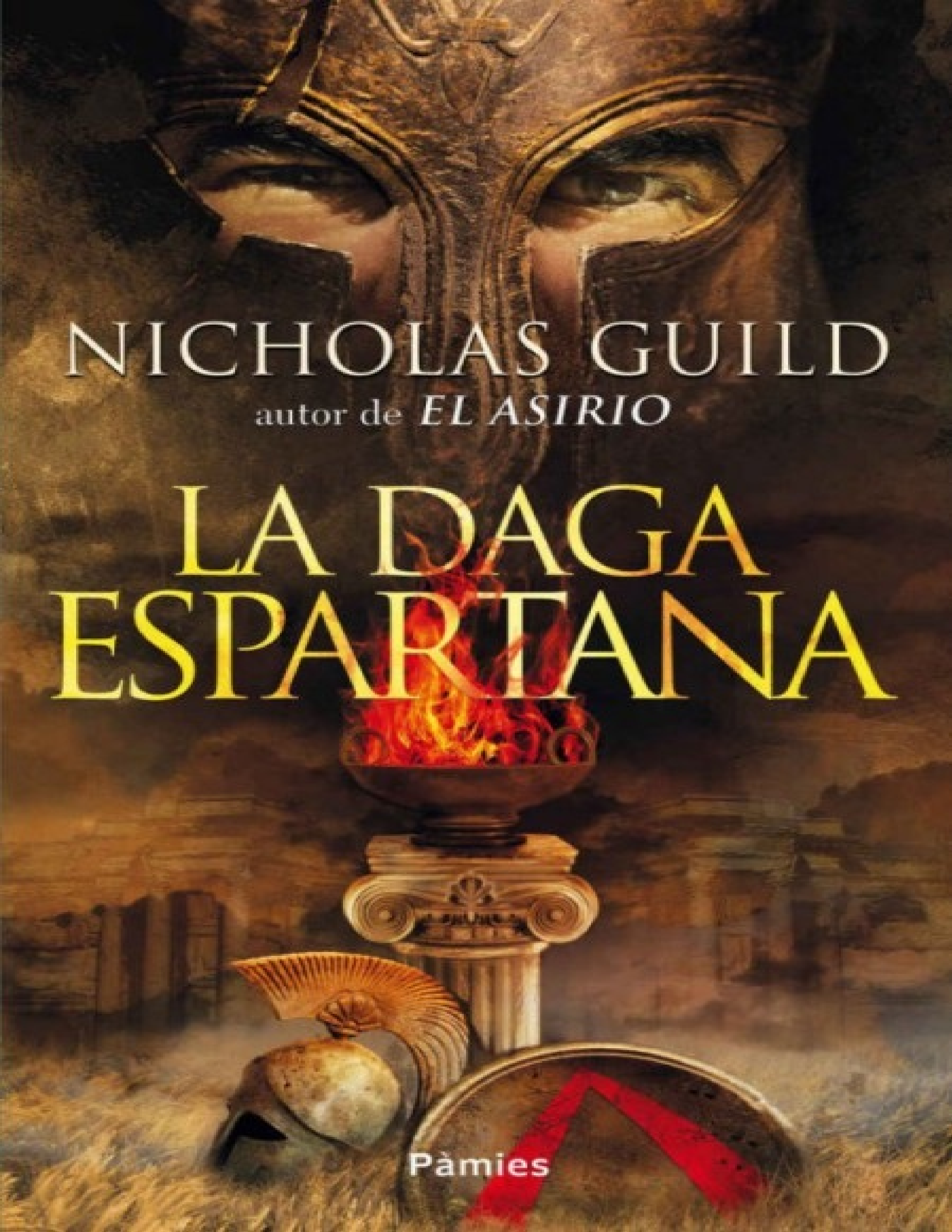
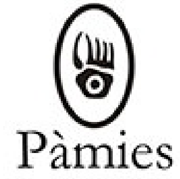

NICHOLAS GUILD
autor de EL ASIRIO
LA DAGA ESPARTANA
Pàmies

INDICE

NICHOLAS GUILD

LA DAGA ESPARTANA

Traducción de Pedro Santamaría



Pàmies

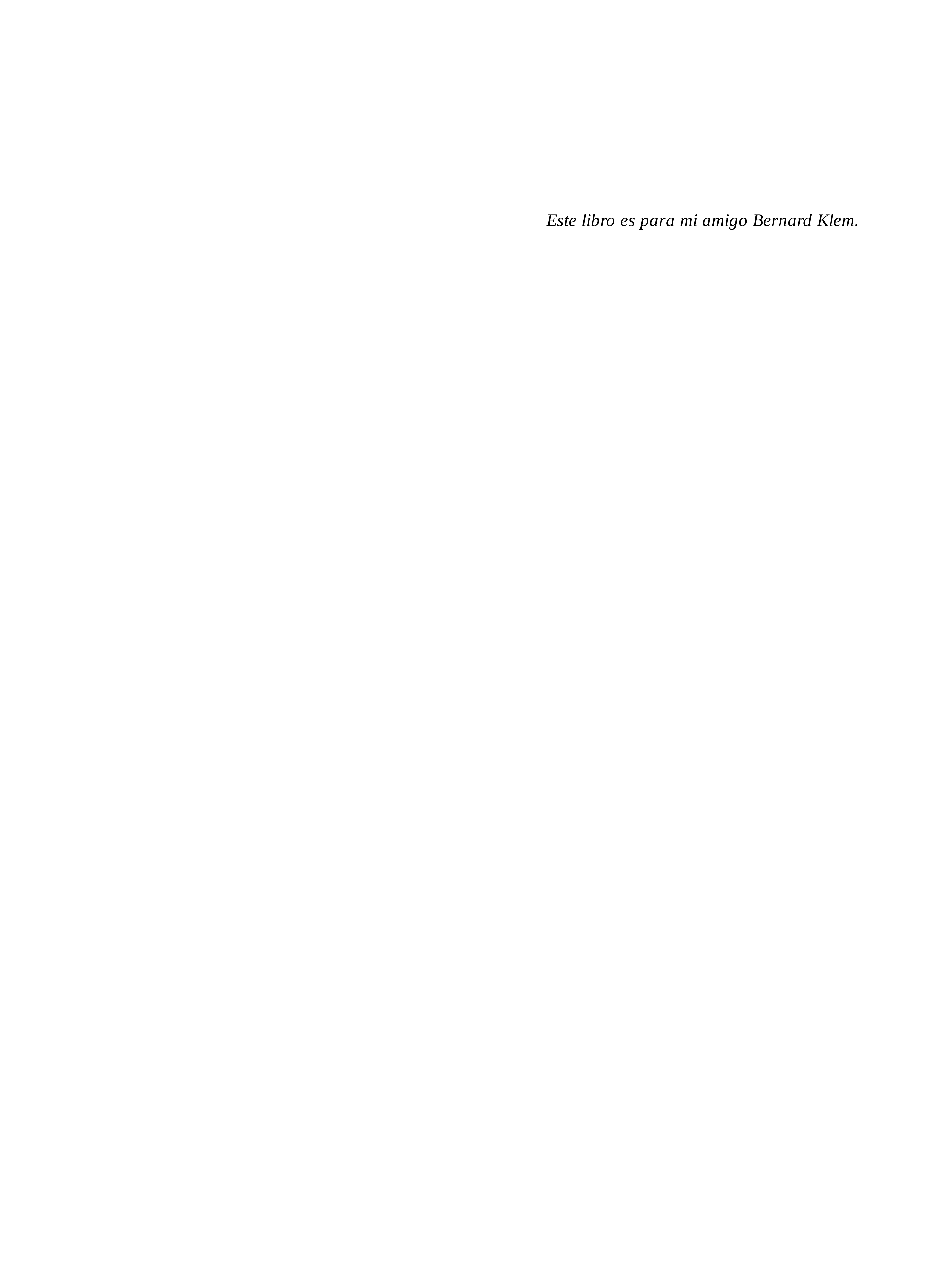
Título original: *The Spartan Dagger*

Primera edición: junio de 2017

C/ Mesena,18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-16970-19-3
BIC: FV

Diseño de la colección y maquetación de cubierta: Javier Perea Unceta
Ilustración de cubierta y rótulos: Calderón Studio



Este libro es para mi amigo Bernard Klem.

«Donec gratus eram tibi».
Horacio, Odas, III, 8, 5

1

Fue el otoño más frío que pudiera recordarse. Éurito estaba sentado a la sombra de una roca desnuda, dándose golpecitos en la rodilla con la parte plana de su daga mientras maldecía no el frío, sino la luz de la luna. Llevaba dos días sin comer y la luna brillaba como una moneda de oro recién acuñada. El cielo nocturno estaba prácticamente privado de nubes.

El valle que tenían a sus pies se antojaba inhóspito, repleto de líneas oscuras y sombras profundas. Soplaba un leve viento que lo atravesaba, pero las ramas desnudas de sus contados y dispersos árboles apenas se movían. Lo más probable era que, a la luz del sol, el lugar pareciera diferente, pero por la noche, a la luz empañada de la luna, era la tierra de los muertos.

Su hermano Teleclo estaba dormido, ajeno a tales reflexiones.

—Salid y humedeced vuestras hojas —les había dicho su padre—. Un guerrero mata, sin remordimiento ni pena. Convertíos en guerreros.

Un cuarto de siglo atrás su padre había humedecido su hoja con sangre ilota. Éurito pensaba que se parecía mucho a Teleclo en cuanto a temperamento, dotado de la perfecta confianza del guerrero. Mediada la cuarentena, seguía siendo alto y delgado, ancho de hombros y poderoso. Con su pelo negro y ojos azul pálido, que los dos hijos habían heredado, tenía el rostro de un pájaro de presa.

—Que os hayan seleccionado a los dos para la cripteia es un honor para nuestra casa. Ya tenemos demasiados ilotas. Cuando necesitéis comida, robadla. Saqueadles, arrancadles la vida incluso, probad vuestra hombría.

Lo complicado era que los ilotas también parecían saber lo de la cripteia y, cuando oscurecía, la mayoría se encerraban en sus casas. Era raro sorprender a alguien por los caminos, de noche, y arriesgarse a entrar en sus aldeas podía significar desaparecer para siempre.

Tres días atrás a punto estuvieron de sorprender a un pastor, pero este los vio a tiempo para ponerse a salvo, escabulléndose como un conejo, aunque dejando atrás una flauta de caña y su zurrón con la comida. Compartieron una pequeña hogaza de pan y un trozo de queso de cabra envuelto en hojas.

Llevaban caminando desde entonces, cada vez más al sur, confiados en que, a un día y medio de marcha desde Esparta, los ilotas se creyesen seguros.

Éurito sabía que quizá fuera necesario colarse en alguna aldea. No podían

volver a casa hasta que hubieran matado a alguien… Era mejor la peor de las muertes que enfrentarse al deshonor y al fracaso. Pero la sola idea de acercarse a los ilotas le provocaba un hormigueo en la piel.

Y su miedo le avergonzaba. El miedo no era digno de un espartano y, sin embargo, aparecía sin ser llamado. Ser descuartizado por una turba de esclavos…

Durante la ceremonia le había parecido sencillo. Los ancianos, en reunión, habían sacrificado un niño en el templo de Artemisa y habían declarado la guerra anual contra los pueblos sometidos, absolviendo así del crimen de sangre a quienes mataran a un esclavo —que eran, de todos modos, propiedad del estado—, y los diez jóvenes que saldrían en parejas a cumplir con el ritual habían sido seleccionados de entre los mejores de aquellos que acababan de concluir su instrucción militar. Éurito, considerado por sus instructores como el perfecto soldado, valiente, disciplinado y astuto, sabía que tenía garantizado un puesto y que Teleclo lo merecía casi tanto como él.

—Lo disfrutaréis —les había dicho su padre cuando Éurito y Teleclo partieron—. No difiere mucho de una partida de caza, salvo por el hecho de que se matan hombres en vez de ciervos o jabalíes salvajes… Y, creedme, los jabalíes salvajes son más peligrosos que los ilotas. En su interior son esclavos.

Así que a cada uno le había sido entregada una daga y una bota de cuero con agua y los habían enviado al sur, más allá de las colinas.

Pero Éurito sabía que aquello no sería una mera caza del ciervo. Hasta un esclavo lucharía por su vida. Y ni un hombre, ni dos, podían salir airosos ante una veintena, menos aún armados con una hoja más corta que el ala de un cuervo.

La cripteia era una prueba de sigilo, no solo de valor. De ahí su nombre: lo secreto. Uno se ocultaba de día, ya que ser descubierto suponía correr peligro de muerte, y por la noche uno se dedicaba a robar comida y a matar.

—Tendremos que entrar en una aldea —declaró Teleclo. Por lo visto, había despertado.

—Es muy arriesgado.

—Sea como sea, tenemos que comer. Además, ¿cuándo se ha oído que un espartano tema correr riesgos?

Teleclo sonrió, como si lanzara un reto. ¿Qué otra cosa podía ser? A la luz de la luna Éurito podía ver su rostro con claridad. Era como ver su propio reflejo.

Eran gemelos, en apariencia similares como las dos mitades de una misma manzana, aunque, al igual que esas dos mitades, no del todo idénticos. La diferencia reflejaba sus caracteres, opuestos. Hacía tiempo que Éurito había

detectado en su hermano un destello de locura. Teleclo no estaba tan dotado intelectualmente, pero era valiente hasta la temeridad. Aparte de la habilidad con las armas, esa era la única virtud que, según él, necesitaba un espartano. Había nacido para ser un héroe, aunque jamás llegaría a liderar tropas en el campo de batalla.

Estaban cerca de un camino, más bien un sendero, un leve surco que corría de norte a sur entre dos aldeas. Los hermanos se habían ubicado de modo que pudieran ver con claridad el recorrido al completo, la distancia que un hombre podía recorrer en poco más de una hora.

—Esperaremos hasta tener la luna sobre nuestras cabezas —dijo Éurito al fin—. Si para entonces no ha pasado nadie, al menos sabremos que los aldeanos duermen.

—Ya están dormidos. Duermen como el ganado. —Teleclo rio quedamente—. Son ganado.

Al no recibir respuesta de Éurito, Teleclo se envalentonó.

—Será sencillo —continuó—. Nos metemos en una choza y matamos a quien haya dentro antes de que puedan dar la alarma. Robamos algo de comida y entonces volvemos a casa.

—¿Alguna vez has estado en una aldea ilota?

—No. —Teleclo negó con la cabeza—. Y tú tampoco.

—Cierto. Pero al menos tengo el juicio suficiente como para darme cuenta de que no tengo ni idea de lo que nos vamos a encontrar. Los ilotas son pobres. Incluso desde aquí se ve que sus chozas son pequeñas. Por lo que sabemos, puede que duerman como perros en una caseta: padres, abuelos, niños, tíos, primos… Puede que haya diez o doce en una habitación, ocupando todo el suelo, como perros. No podemos matar a tantos sin que alguno viva lo suficiente como para dar la voz de alarma. Esperaremos.

—Yo tengo hambre ahora.

—Lo mismo da, esperaremos.

El comentario se topó con un espeso silencio. Por valiente que fuera, Teleclo nunca había sido capaz de desafiar a su hermano. En su lugar, se encogió de hombros y volvió a dormir.

«Que duerma», pensó Éurito.

«Yo tengo hambre ahora».

Había pasado lo mismo cuando tenían once años y sus instructores militares decidieron que los muchachos se estaban volviendo perezosos.

—Un espartano debería ser lo bastante fuerte como para luchar con el estómago vacío —había proclamado uno de ellos—. El exceso de comida os está convirtiendo en mujeres. Los corintios pueden ser mujeres. Los atenienses

pueden ser mujeres, y nadie notará la diferencia. Pero los espartanos deben ser hombres. Aprended a arreglároslas con menos.

Pasados cinco o seis días, los chicos aprendieron que no podían arreglárselas con menos. Algunos intentaron huir, volver con sus padres, lo que, por supuesto, era imposible. Algunos cayeron al suelo, hechos un ovillo, incapaces de moverse.

La solución de Teleclo fue más drástica: quería asaltar el comedor de los instructores a la hora de la cena.

—No seas necio —le dijo Éurito—. ¿Qué esperas conseguir salvo una paliza y puede que la expulsión? Entonces, cuando ya no seas espartano, ¿qué serás?

—Tengo hambre.

—Espera.

—¡Tengo hambre ahora!

—Espera a esta noche y robaremos algo de comida.

—¿Cómo lo haremos?

—Ya pensaré en algo.

Era verano, y el entrenamiento se llevaba a cabo en el exterior… Hasta a Homero le habían enseñado a la sombra de un olivo. Los chicos dormían en el suelo desnudo. Cocinaban en agujeros cavados en la tierra repletos de carbón. La despensa estaba en una tienda de campaña para mantener alejadas a las moscas.

Como era lógico, los instructores levantaban sus tiendas alrededor de la despensa, así que había que ser sigiloso.

A la hora más oscura de la noche, Éurito le dio un golpe con el codo a Teleclo para que despertara.

—Vamos.

La luna lucía plateada, así que disponían de la luz suficiente como para guiarse. El aire nocturno era gélido y Éurito temblaba, aunque más por nerviosismo, supuso. Era como la guerra solo que, probablemente, sin riesgo de muerte. No sabía cuál era el castigo por robar comida, pero sería severo.

La tienda estaba fijada al suelo con unas estacas. Lo único que había que hacer era soltar una de ellas y culebrear bajo la lona.

Una vez dentro pudieron oler el pan.

—Cogemos dos hogazas y nos vamos —dijo Éurito; su voz era poco más que un susurro.

—Y algo de cerveza, y queso.

—Teleclo, escúchame…

Pero ya era demasiado tarde. Allí donde unos pálidos rayos de luz

penetraban en la tienda por entre las costuras, Teleclo revolvía entre las baldas de tarros que podían contener cualquier cosa, desde vino hasta aceite para cocinar. Casi al instante una de las baldas se desplomó con gran estrépito.

Y entonces Teleclo empezó a jurar en alto porque un tarro le había caído de canto sobre el pie desnudo.

Éurito pudo entonces oír el murmullo de alarma que surgía de las tiendas de los instructores. No tendrían más que un instante antes de ser descubiertos, y alguien había de asumir la culpa.

Aunque quizá no ambos.

Desde que cumplieron los seis años, mantener a Teleclo alejado de los problemas parecía constituir la mitad de la vida de Éurito. Fuera cual fuese el castigo que habría de caer sobre ellos, Teleclo era tan imprudente que acabaría haciendo que el suyo se multiplicara por diez. Tenía que sacarle de allí.

Éurito palpó a tientas una mesa y dio con un pesado cuchillo de carnicero. Lo usó para abrir un amplio surco en la parte trasera de la tienda y, prácticamente, sacó a Teleclo de allí a patadas.

—Escóndete —le susurró, tenso—. Mejor aún, vuelve a la cama. Aléjate de aquí.

Una vez Teleclo se hubo ido, Éurito se sentó entre las sombras a esperar lo inevitable, con el corazón encogido por el miedo.

Los instructores no se mostraron satisfechos. A Éurito le fustigaron las plantas de los pies hasta que quedaron ensangrentadas, y luego se las cubrieron con vendas empapadas en vinagre. Tardó catorce días en volver a caminar.

Soportó el castigo sin gritar una sola vez.

Una vez recuperado, se llevó a Teleclo al bosque y le dio una paliza. Teleclo ni siquiera intentó defenderse: sabía que se lo merecía.

—Me han castigado porque me han cogido —le dijo Éurito—. A ti te castigo por necio. La próxima vez, escucha.

Fue un consejo que Teleclo acató en los años que siguieron.

—Y la próxima vez, iré a robar comida solo.

Y así lo hizo, siempre trayendo comida y compartiéndola con su hermano. Y nunca volvieron a cogerle.

Así que, hambriento o no, Teleclo escucharía y no se adentrarían en una aldea ilota a no ser que tuvieran que hacerlo.

Puede que pasara media hora antes de que Éurito le despertara sacudiéndole.

—Mira allí.

Éurito señalaba hacia la aldea que quedaba al norte, donde apareció un pequeño rectángulo de luz.

—Alguien acaba de abrir una puerta —dijo quedamente, como si temiera

que alguien, a mil pasos de distancia, pudiera oírle.

—Sea quien sea, lo más seguro es que solo haya salido a mear —repuso su hermano en tono molesto.

—¿Quién se molestaría en encender una lámpara para eso?

La luz pareció parpadear, lo que indicaba que una persona, quizá más de una, estaba pasando por delante de la puerta o cruzando el umbral. Entonces, de pronto, la luz se extinguió.

Acto seguido, Teleclo se incorporó, alerta como un perro de caza.

—Hay movimiento —dijo con una leve risilla—. Dos… No, tres. Se dirigen hacia el camino.

—¿Crees que se trata de una familia?

Éurito se quedó mirando a la distancia; no veía nada. Pero estaba dispuesto a aceptar lo que dijera Teleclo, que tenía los ojos de un halcón.

—Dos adultos, uno le saca una cabeza al otro. Y el tercero no es tan alto como los otros.

—Parece una familia.

—Si lo es, me pido la mujer. —Teleclo sonrió. Le gustaban esas cosas.

—Como quieras. Pero entonces mata tú también al niño. Yo me encargo del hombre.

El tío Neleo había muerto. Protos podía ver el dolor en el rostro de su padre, el modo en que sus dientes se retiraban de los labios y cómo la carne en torno a sus ojos parecía hacerse más gruesa. El tío Neleo era hermano de su padre, dos años mayor que él. Por su parte, a Protos le había impresionado el mero hecho de la muerte. A los catorce años era perfectamente consciente de que la gente moría, al igual que sabía que los dioses moraban en el monte Olimpo. Pero la muerte de su tío le había conmocionado no menos que si un cisne hubiera entrado por la puerta para, acto seguido, convertirse en el padre Zeus.

Al cabo, supuso que acabaría por llorar su muerte, como su padre, ya que había apreciado mucho al tío Neleo, quien contaba historias maravillosas. Aunque aún no. Todavía tenía que recuperarse de la sorpresa.

Su madre y la tía Nausicaa sollozaban. El tío Neleo llevaba enfermo casi un mes, nadie parecía saber qué le aquejaba, pero no esperaban que muriera. El primo Mantio, después de recorrer a la carrera el trecho que llevaba a su aldea, había entrado en su casa al caer la tarde para decirle a padre que sería mejor que se apresurase si quería ver a su hermano aún con vida. Mantio tenía la misma edad que Protos, pero este medía casi un palmo más de altura.

Y ahora Protos, su padre y su madre estaban fuera, en la oscuridad.

—Vayamos a casa —dijo su padre—. Estas horas les pertenecen a su mujer y a sus hijos. Volveremos por la mañana, y sus hijos y yo cavaremos la tumba de mi hermano.

Su padre sonrió, pero sus ojos triangulares y amables mostraban tristeza. Posó la mano en el hombro de Protos y alzó la mirada al cielo nocturno.

Su padre era su héroe, su modelo. Su padre lo sabía todo y era capaz de hacerlo todo, y con cada palabra, con cada acción, actuaba con serena y modesta nobleza. Fue de él de quien Protos había heredado su altura, del mismo modo que su cabello, del color del trigo, lo había heredado de su madre.

El sendero que llevaba al camino principal era estrecho, así que caminaron en fila, primero su padre, luego Protos, después su madre. Un año atrás, Protos hubiera sido el último. Pero ahora estaba cercano a convertirse en adulto. Cuando llegaran al camino, iría al lado de su padre, quien quizá le contase los ritos de enterramiento que habrían de llevarse a cabo al día siguiente. Ahora su padre era su maestro. Su padre, el mejor hombre del mundo.

La luna lucía enorme y pendía sobre sus cabezas. Salvo por la profundidad de sus sombras, bien podría haber sido de día.

La luna era una diosa llamada Selene. Había dado a luz a muchos niños, y cuando estaba así de grande significaba que estaba a punto de ponerse de parto. Quizá sintiese dolores que la ponían furiosa, pues se decía que cuando había luna llena abundaban los peligros.

Acababan de llegar al final del sendero cuando su padre se detuvo y colocó la mano sobre el hombro de Protos. Había dos hombres de pie al borde del camino. De pronto, como espíritus malvados, sencillamente aparecieron.

En un instante la luna, con su divina crueldad, lo reveló todo. Los dos hombres eran extraños, y lo que era más raro aún, prácticamente idénticos. Y en las manos blandían cuchillos.

—¡Protos! ¡Antea! —gritó padre—. ¡Corred! ¡Salvaos!

Madre gritó; fue un sonido que no se parecía a nada que hubiera oído hasta entonces. Se volvió y huyó. Protos era incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo.

—¡Corre, Protos! ¡Ahora!

De pronto la muerte parecía cercana. El joven corrió como un ciervo aturdido.

A sesenta pasos del camino el suelo se convirtió en una selva de rocas, árboles y arbustos. Nadie iba allí jamás, salvo los niños pequeños que querían jugar. No había otra razón para adentrarse en ese lugar. Más allá solo estaban las colinas y, pasadas estas, las yermas montañas.

Llegado al confín, antes de zambullirse en la maleza, Protos oyó algo que le hizo detenerse. Fue como un sollozo, cercenado brutalmente. Se volvió y miró en aquella dirección. Lo que vio viviría en su memoria hasta que se convirtiera en polvo.

Su padre estaba en el suelo, enroscado sobre sí mismo como un recién nacido, con la mano aferrándose las tripas, con las piernas sacudiéndose sin fuerza. Incluso a esa distancia Protos pudo ver la sangre manándole de entre los dedos.

Y su madre estaba de rodillas. Protos no tuvo que oír sus palabras para saber que rogaba por su vida. Uno de los dos extraños la había agarrado del pelo y alzaba su cuchillo.

—Teleclo, deja de jugar con la mujer —le gritó su acompañante—. Ve a por el chico antes de que se nos eche encima el resto de la aldea.

Con un tajo certero, el hombre llamado Teleclo le cortó el cuello a madre. Protos vio el chorro de sangre y entonces la mujer cayó de lado, retorciéndose sobre la tierra mientras moría.

—¡El chico, Teleclo!

Protos no esperó más. Corrió, saltando sobre rocas y árboles caídos, apenas tomando consciencia de las pequeñas y afiladas rocas que le rasgaban los pies. Se dirigió a lo más espeso de los matorrales, esperando encontrar un lugar en el que ocultarse.

Pero mientras corría supo que huir era imposible. Eran dos, y no tardarían en caer sobre él. Y eran hombres, mientras que él no era más que un niño. Acabarían con él en un suspiro.

Quizá hubiera podido huir de uno. A uno sí podría haberle despistado. Así que tendría que hacer algo respecto del que tenía más cerca. Teleclo… Por alguna razón saber su nombre le hacía menos terrible.

Así que debía detener a Teleclo. El modo de hacerlo lo tenía a su alrededor, por todas partes.

—Mi hijo Protos puede matar a un cuervo a cincuenta pasos —había alardeado padre una vez ante un vecino—. Dale un guijarro más grande que una uva y le sacará un ojo.

—No parece una habilidad muy útil para un campesino —le había respondido el vecino para, acto seguido, echarse a reír—. Ven, muchacho, demuéstrame lo que puedes hacer —siguió diciendo al tiempo que recogía una piedra y se la lanzaba a Protos—. Aciértale a esa estaca de ahí y te daré un trago de mi cerveza.

Protos tenía ocho años, y era fue la primera vez que probó la cerveza.

—Nadie puede elegir los dones con los que nace —le había dicho su padre

una vez. Pero ese quizá fuera el que ahora le sirviese para salvar la vida.

Mientras corría, Protos buscaba por el suelo, y al fin la encontró: una piedra, casi esférica, del tamaño aproximado de medio puño. Se agachó, la recogió y siguió corriendo.

Su perseguidor estaba a poco más de cuarenta pasos a la zaga, y cada vez se acercaba más. Protos torció a la izquierda, corrió unos quince pasos y se escondió a la sombra de un árbol.

Solo tenía que esperar. Podía sentir el pulso latiéndole en el cuello. Era como si su corazón, de algún modo, se le hubiera quedado atrapado en la garganta.

En ese lugar el terreno era bastante diáfano. Teleclo se detuvo buscándole, probablemente preguntándose a dónde había ido a parar su presa. La oportunidad no duraría más que un instante.

Protos realizó su lanzamiento. En cuanto la piedra se deslizó entre dos de sus dedos de la mano derecha, no tuvo duda alguna.

Quizá Teleclo viera algo, u oyera algo, porque en el último instante volvió la cabeza. La piedra le acertó en el costado de la ceja izquierda. Cayó como si el impacto le hubiera matado.

Pero no estaba muerto. Protos se acercó lentamente, y cuando encontró el cuchillo del hombre sobre la hierba, aún manchado con la sangre de su madre, Teleclo ya había empezado a gemir.

Protos sopesó el cuchillo en la mano. Tocó la hoja, estaba muy afilada. De pronto supo que iba a matar a aquel hombre.

Quería que estuviera despierto, que supiera lo que le estaba pasando. Lo fácil hubiera sido rebanarle el cuello mientras permanecía inconsciente, pero eso no bastaba. No hubiera servido para saciar el odio que sentía.

Se sentó en el suelo, junto a la cabeza de Teleclo, cogiendo un puñado de largo cabello del espartano con la mano. Para entonces ya se había dado cuenta de que aquellos hombres eran espartanos, ¿Quién si no emboscaría a gente inocente y mataría por diversión?

Dejó descansar la hoja sobre el puente de la nariz del espartano, lo que le permitió rasgarle la piel hasta que empezó a manar la sangre y a inundarle los ojos.

Teleclo recupero el conocimiento alarmado.

—No te resistas —dijo Protos casi en un susurro—. Quédate quieto. Si te mueves te sacaré los ojos.

Haciendo un visible esfuerzo, Teleclo permaneció inmóvil. Jadeaba.

«Bien —pensó Protos—. Que sienta el miedo, tal y como lo ha sentido mi madre».

—No puedo ver. —Teleclo hizo amago de tocarse la cara, pero la presión del cuchillo se lo impidió—. ¿Quién eres?

—Soy tu muerte.

—¿Eres el muchacho?

—Sí. Has matado a mi madre, y por eso vas a morir.

Apoyó la punta del cuchillo contra la garganta del espartano.

—No puedes matarme —dijo Teleclo con un tono de voz que no era más que suspiro ahogado—. Solo eres un esclavo.

A modo de respuesta, Protos hundió la hoja en el cuello del espartano hasta topar con el hueso. Luego giró el cuchillo violentamente. La sangre le salpicó la cara.

Por un instante el cuerpo de Teleclo se sacudió como un pez al borde del río. Luego dejó de moverse.

—¡Teleclo!

Habiendo matado una vez, Protos se percató de pronto de que no le quedaba valor. Tan solo quería huir.

La luna, por fin misericordiosa, se escondió tras una nube y el mundo se sumió en la oscuridad. Protos no corría, sino que se escabulló en silencio, buscando el camino de vuelta al sendero. Era probable que su perseguidor esperara que huyera del peligro corriendo en dirección opuesta a él, por tanto haría exactamente lo contrario.

Al instante siguiente el aire se vio rasgado por un alarido de angustia. Un hermano había encontrado al otro. Protos ya estaba, probablemente, a cien pasos de distancia, pero podía oír el llanto. Por alguna razón que no hubiera podido explicar, el sonido le llenó de remordimientos.

Para entonces ya había llegado al camino, donde dio con los cuerpos de sus padres tendidos en el polvo. Tenían los ojos abiertos y su sangre parecía negra a la luz mortecina de la luna.

Y murió el remordimiento.

Se dirigió hacia el este, hacia las colinas.

Pero no tardó en percatarse de que no estaba solo. A veces, si el viento moría, Protos se detenía y oía el leve sonido de unas sandalias arañando el suelo pedregoso. El hermano no se había dejado despistar por su treta. De algún modo, incluso en la oscuridad, le seguía el rastro.

En una ocasión, tumbado boca abajo sobre unos cardos, Protos le vio a lo lejos, examinando el terreno.

Aquel era listo, sutil, al contrario que Teleclo, que había sido torpe y diáfano. Si en vez de él hubiera sido su hermano el primero en perseguirle, Protos sospechaba que ya llevaría muerto dos horas.

¿Qué buscaba? ¿Huellas?

El muchacho decidió mantenerse alejado de los caminos e intentar trepar por las rocas. Sería más difícil, pero quizá así pudiera sobrevivir hasta el amanecer.

Al fin, cuando las fuerzas ya casi le habían abandonado, encontró una cueva, tan pequeña que tuvo que arrastrarse hasta el interior sobre manos y rodillas. Sacó la mano y tiró de un arbusto para cubrir la entrada, esperando que bastase para mantenerlo oculto.

Y seguía llevando el cuchillo de Teleclo. Si el otro entraba siguiéndole, Protos se aseguraría de que no volviese a salir de allí.

Solo una vez que se encontró en la cueva, cuando se quedó quieto y su corazón dejó de galopar aterrado, se dio cuenta de lo fría que era la noche. Se preguntaba si acabaría muriendo congelado antes del amanecer. Sintió cierta satisfacción al pensar que, de ser así, el espartano jamás le encontraría.

—¡CHICO!

Podía haber llegado de cualquier lugar, pero sonó como si estuviera de pie justo delante de la cueva.

—Le has cortado el cuello a mi hermano, y te juro que no descansaré hasta verte sacrificado sobre su tumba. ¿Me oyes, muchacho? Sé que estás por aquí, en algún lugar. Soy Éurito, hijo de Dienekes, y he hecho la promesa sobre el cadáver de mi hermano de verte morir. Morirás con dolor, y pedirás a los dioses que acaben contigo mucho antes de que la muerte te llegue. ¡Te encontraré, muchacho!

Protos esperó, apenas se atrevía a respirar. El miedo agudiza los sentidos, ni un hurón hubiera sido capaz de salir de su madriguera sin que él lo oyera. Pero no oía nada. Éurito, hijo de Dienekes, había estado anunciando que se había dado por vencido. Volvería, pero no sería esa noche.

Protos no llegó a cerrar los ojos. El miedo y el dolor le mantuvieron despierto. También el frío. Sin embargo, de algún modo, aquella noche en la soledad fría y oscura de una cueva en la montaña, murió el niño y nació el hombre.

2

Una hora antes de que se pusiera el sol, Éurito estaba de pie ante la puerta de la casa de su padre, golpeando la puerta con el puño cerrado.

Al fin se abrió la puerta. Dienekes, al principio, solo parecía molesto, pero cuando vio a su hijo, la expresión de su rostro cambió. Incluso en aquellos momentos estaba listo para recibir malas noticias.

—Teleclo está muerto —proclamó Éurito falto de aliento—. Tendimos una emboscada a una familia de ilotas. Matamos a los padres, pero el chico huyó. Teleclo fue tras él.

Bajó la cabeza y miró al suelo; de pronto se vio incapaz de encontrar las palabras para describir lo ocurrido.

Dienekes era uno de los éforos, cinco hombres elegidos por la asamblea ciudadana de Esparta, y solo por debajo de los dos reyes en cuanto a poder. Por tanto, su reacción ante la noticia de la muerte de su hijo no fue la de un hombre común. Éurito no podía decir si su padre sentía más dolor o vergüenza.

—¿Me estás diciendo que ha muerto persiguiendo a un muchacho ilota?

—Sí.

—¿Un muchacho?

—Sí.

Aún había gente por las calles, aunque la mayoría eran mujeres y esclavos. Dienekes miró alrededor y, de pronto, pareció darse cuenta de que estaba a punto de saber cosas que no querría que supieran sus vecinos.

—Entra —dijo en voz baja—. Debes contármelo todo.

El interior de la casa era pequeño, y reflejaba el desprecio espartano hacia el lujo. Los pocos elementos del mobiliario eran de madera sin pintar. Éurito y su hermano habían sido sacados de allí para comenzar su entrenamiento militar cuando cumplieron los siete años. Ahora, con su madre muerta hacía tiempo, la casa bien podría haber pertenecido a un extraño. Su padre casi lo era. Éurito ni siquiera sabía si le quería.

Padre e hijo se sentaron en sendas banquetas ante el hogar de la cocina, con sus rodillas casi tocándose. No había nadie más en la casa, ni siquiera un sirviente. Éurito llevaba tres días sin comer y llevaba catorce horas caminando. Tenía los nervios a flor de piel y estaba al borde del colapso merced al hambre

y la fatiga. Pero se irguió y ni siquiera le dedicó una mirada a la olla de comida. Un espartano no mostraba debilidad.

—¿Por qué lloras? —le había preguntado su madre. Casi era su primer recuerdo.

—Teleclo me ha pegado. Duele.

—En Esparta hasta una mujer se avergonzaría de llorar por un poco de dolor. El dolor no es nada. ¿Acaso quieres ser un niño para siempre?

—No.

—Entonces aprende a sobreponerte a la debilidad. Sé un espartano.

—Y ahora dime —murmuró su padre, casi como si estuviera pidiendo un favor—. Cuéntame exactamente cómo murió tu hermano.

Era la explicación que Éurito había estado temiendo. Mientras caminaba solo, de noche, había ido despertando en él la cruda verdad de que su hermano ya no existía. Había visto el cadáver de Teleclo y había sentido una intensa puñalada de dolor, pero pasaron horas antes de que se diera cuenta de su terrible soledad. Su hermano había sido un inconsciente, un temerario, un poco loco incluso, pero había sido para él como un segundo yo. Lo habían hecho todo juntos. Habían sido inseparables. Y ahora Teleclo había sido relegado a un pasado inaccesible. Había desaparecido. Era inconcebible.

A su padre, sin embargo, le traían sin cuidado los sentimientos: quería los hechos. Éurito hubiera sido incapaz de explicarlos, sus sentimientos, su estado mental, ni siquiera a sí mismo. Pero sí podía relatar los hechos. Y también era cuestión de honor contarlo todo tal y como lo había visto.

—Estaba tendido en el suelo cuando le encontré —empezó a decir, sintiendo todo el terrible peso de cada una de sus palabras—. Tenía una herida en el cuello.

—Sigue.

—Tenía los ojos cubiertos de sangre, pero eso era de un corte en el puente de la nariz, creo que el chico solo quería despertarle.

—¿Despertarle?

—Vi un corte justo encima de su ojo izquierdo. El muchacho debió de golpearle con algo. Creo que quería que estuviera despierto para morir.

—¿Y entonces le cortó el cuello?

—Sí… Creo que con la daga del propio Teleclo, porque no la encontré.

Dienekes negó con la cabeza. Parecía incrédulo.

—Mi hijo —volvió a empezar, como si estuviera sumando una ristra de números—. Mi hijo, un guerrero espartano, yace muerto en el suelo porque dejó que un joven esclavo ilota le superase en ingenio y pericia. El chico le mata con su propia arma y luego desaparece como un fantasma.

Dejó descansar las manos sobre las rodillas y se quedó mirando a las llamas, como si contemplase la magnitud del desastre.

—Y ahora Teleclo, después de cometer una insensatez, nos deja con un problema nada despreciable —dijo al fin, mirando de nuevo a Éurito—. Debemos encontrar a ese muchacho y matarlo. Nunca debemos permitir que los ilotas piensen que uno de ellos puede derramar sangre espartana sin recibir la más terrible de las venganzas.

A Éurito se le ocurrió, como pensamiento peregrino, que el muchacho acababa de presenciar la muerte de sus padres, que había matado a Teleclo para salvar la vida. ¿Qué hubiera hecho él, Éurito, hijo de Dienekes, en su lugar? Exactamente lo mismo.

—No son como nosotros —dijo su padre, como si pudiera leer la mente de su hijo—. Somos los amos, ellos los esclavos. No tienen derechos, ni siquiera el derecho a la vida. Debemos matar a ese muchacho y crucificar su cadáver delante de su aldea, allá donde sus vecinos puedan ver cómo su carne se pudre y se desprende de sus huesos. Debemos hacerlo, o algún día se levantarán y nos asesinarán a todos.

Por supuesto, su padre tenía razón. Era mejor no pensar en aquel chico como en alguien parecido a él. Los ilotas eran un pueblo conquistado. Siglos atrás habían rendido su libertad y su derecho de ser considerados hombres ante las espadas espartanas.

Aun así, Éurito seguía recordando al padre ilota, que había permanecido en su lugar. No había hecho amago de huir, casi los había retado a matarle. Se había mostrado dispuesto a perder la vida con tal de darles a su mujer y a su hijo una posibilidad de escapar.

Si la hombría era lo mismo que el coraje, y los espartanos se enorgullecían de su coraje por encima de todo, entonces aquel ilota había sido un hombre.

—Entiendo que hiciste lo posible por dar con ese muchacho —dijo su padre.

—Sí. Le seguí el rastro hasta las colinas, pero allí seguro que conocía cada recoveco. Y tuve que irme antes de que los aldeanos supieran lo ocurrido. Si dispusiera de cuatro buenos hombres podría volver y encontrarle.

—Si es que sigue allí.

Éurito sonrió.

—Es un esclavo. Seguro que jamás se ha alejado a más de dos horas de camino de su aldea. No irá muy lejos.

Dienekes pareció valorarlo.

—Sí. Cinco de vosotros deberíais ser suficientes para intimidar a los aldeanos, y le entregarán antes de arriesgarse a sufrir una masacre. Tendrán que ser hombres experimentados, y tú serás uno de ellos, aunque no los

liderarás. —Escudriñó el rostro de su hijo, esperando una reacción que no llegó. Entonces asintió, como si estuviera satisfecho—. No se trata de una crítica hacia ti, Éurito. Pero será una labor cruel para la que son necesarios hombres que saben cómo se hace. —Su semblante mudó mientras sus pensamientos parecían llevarle a otro lugar—. ¿Enterraste a tu hermano?

—Seguí el ritual: tres puñados de tierra para ocultarle ante los dioses… No tuve tiempo de más. Podemos recuperar su cuerpo cuando volvamos.

—No. No merece honores. —Dienekes entrecerró los ojos—. Deja que se pudra donde cayó.

Protos salió a rastras de su cueva con las primeras luces. Una hora de cautelosa exploración le convenció de que Éurito, hijo de Dienekes, se había ido. El esfuerzo consiguió sacudir el frío de sus huesos. Al final encontró una pequeña arboleda donde pudo apoyar la espalda contra el tronco de un árbol y valorar su situación.

No podía volver a su aldea. Ni siquiera podía enterrar a sus padres, quienes probablemente aún estuvieran tendidos en el camino. Había matado a un espartano, y si le pidiese ayuda a alguien acabaría por atraer la desgracia sobre todos ellos.

Estaba completamente solo y desbordado por la pena. Su padre, el más sabio y bueno de los hombres, yacía asesinado, y su madre, aquel alma dulce y amable…

Protos empezó a sollozar de repente. Lloraba sin control, impotente ante la sensación de abatimiento que le envolvía. Quería estar con sus padres, aun en la muerte. Aunque la muerte supusiera el fin.

Al fin, cuando los espasmos le abandonaron, empezó a sentir vergüenza. ¿Qué hubiera pensado su padre al verle así? Su padre, estaba convencido, jamás se hubiera rendido a la desesperación.

Sobrevivir era un deber, no solo hacia sus padres muertos. Tan solo el cómo estaba en cuestión.

No hacía más que mirar el cuchillo, su nueva posesión. Había matado al que se llamaba Teleclo y ahora el cuchillo era suyo. Nunca había visto nada parecido.

Para empezar, estaba hecho de un metal grisáceo que pensó que podría ser hierro. Se suponía que el hierro era más duro y más fuerte que el bronce, y a los ilotas se les prohibía, bajo pena de muerte, forjarlo o siquiera poseerlo. Todas sus herramientas, incluidas las rejas de los arados, tenían que ser de cobre o de bronce.

Y era bello a su modo. Era un arma, y solo tenía un propósito. Estaba diseñado para matar.

Su madre tenía un cuchillo —de algún modo le resultaba imposible creer que estuviera muerta—, una pequeña y endeble herramienta de bronce con una hoja no más larga que un meñique y que su padre había tenido que refundir tres veces. Lo usaba para cortar verduras.

A lo ilotas se les prohibía tener armas.

Pero esa cosa estaba perfectamente equilibrada y su hoja cortaba por ambos filos. Protos no hacía más que sopesarla con la mano, cogiéndola con delicadeza por la empuñadura. Casi le daba la sensación de que formara parte de él.

¿Tan diferentes eran un cuchillo y una piedra? Un cuchillo podía volar por el aire, dando vueltas. ¿Sería posible controlar su trayectoria de tal modo que su punta pudiera impactar contra un objetivo?

Pensó que merecía la pena hacer la prueba. Se puso en pie y contó diez pasos desde el árbol contra el que había estado apoyado. Apuntó hacia un lugar en el tronco, no más grande que un puño cerrado, donde la corteza se había desprendido por tres puntos y parecía a punto de caer con un toque. Aferró el cuchillo por la hoja y lanzó.

Voló por el aire emitiendo un sonido parecido al batir de unas alas y su punta se hundió en el tronco. Un fragmento de corteza cayó planeando al suelo.

Practicó durante cerca de una hora, al fin de la cual supo que el cuchillo obedecería a sus deseos tanto como su propia mano.

Entonces sintió hambre.

Después de pasar la mañana vagando, pasó junto a un junípero que aún estaba repleto de frutos. Eran comestibles, aunque amargos. Solo pudo soportar comer unos puñados.

Vio heces de ciervo alrededor del junípero. Quizá les gustaran sus frutos. O quizá solo comieran las hojas.

Pero la presencia de un ciervo indicaba la posibilidad de comer carne.

La experiencia de Protos con la carne se limitaba a un puñado de festivales anuales, cuando se asaban, a cielo abierto, una cabra o un cordero. El resto del tiempo se alimentaba de pan y legumbres y de las verduras del huerto de su madre. No estaba seguro de que la carne de ciervo fuera comestible, pero tenía que comer algo.

Le llevó hasta media tarde seguirle el rastro a una cierva joven. Protos se colocó de cara al viento y se acercó a unos veinticinco pasos; un animal más viejo, más experimentado, nunca le hubiera permitido acercarse tanto.

A esa distancia ni siquiera sabía si sería capaz de acertarle. La cierva miraba

en dirección opuesta, pero de costado. Estaba pastando y parecía completamente absorta. Protos apuntó al cuello.

El cuchillo cayó como un halcón sobre un conejo. En el último momento la cierva alzó la cabeza. Quizá oyera algo. La punta se alojó un palmo por debajo de la oreja izquierda y se hundió casi hasta la empuñadura.

En un primer momento la cierva solo pareció aturdida, y se volvió como si estuviera preparada para alejarse brincando. Entonces dio un paso y trastabilló. Permaneció de rodillas un instante y la sangre comenzó a recorrerle el cuello. Luego, lentamente, se desplomó.

Protos sintió una oleada triunfal. Le cortaría uno de los cuartos traseros y luego se dedicaría a la ardua y lenta tarea de encender un fuego.

A las afueras de la ciudad de Larisa, a muchos días de camino de donde Protos estaba pensando en una cena a base de ciervo asado, una mujer estaba sentada en el suelo, apoyada contra la rueda de una carreta que se había detenido junto al río Peneo. Llevaba una túnica negra, tan corta que apenas le llegaba a las caderas pero cuyas mangas le cubrían los brazos, y una larga falda verde, un atuendo que claramente la identificaba como una extranjera, aunque era imposible saber de dónde. De hecho, vestía así porque Grecia le resultaba fría y porque le importaba muy poco lo que pudiera pensar de ella la gente.

Tenía el cabello largo y negro, y su complexión le hubiera hecho pensar a cualquiera en un ídolo de bronce. Casi era bella. Pero su boca, y en particular sus ojos, insinuaban una naturaleza sensual, como si pudiera dar respuesta a cualquier deseo carnal de un hombre.

A su lado, en el suelo, había un cuenco de cerámica, el fondo del cual aún estaba húmedo de cerveza, en la que había mezclado unos polvos de bayas secas que crecían salvajes por toda la Grecia continental, pero que eran despreciadas incluso por los animales.

La mujer estaba dormida o, más bien, en trance, dado que cuando cerraba los ojos veía cosas que hacían que el mundo en el que vivía la mayoría de la gente se antojara un lugar funesto y gris, poco más que un aperitivo de muerte.

Sus sueños podían vagar en muchas direcciones, pero su principio siempre era el mismo. Estaba en Egipto, donde había nacido, en Náucratis, en la margen occidental del delta del Nilo. El nombre de la ciudad era griego y significaba «la que gobierna barcos», pues Náucratis era un puerto comercial establecido por los griegos hacía siglos. Vivía en una casa griega ubicada en el barrio egipcio de la ciudad. Era esclava en esa casa, al igual que lo había sido su madre antes que ella. Tenía catorce años en aquel tiempo.

El dueño de la casa era griego, pero prefería vivir entre egipcios porque le gustaba el lujo, algo que no estaba bien visto en la colonia comercial griega, y porque los egipcios toleraban mejor sus vicios.

Era su hija, pero, más importante aún, su esclava, su propiedad, y por lo tanto igual que cualquier otra mujer de su casa. Y había alcanzado una edad en la que su cuerpo no carecía de encantos.

Avanzaba la noche y él hizo que sus otros esclavos los dejaran solos. Se tumbó en el diván y comió ávidamente el contenido de unos pequeños cuencos de oro. De vez en cuando alzaba la mano para que ella le lamiera los dedos hasta dejarlos limpios. Entonces le tocaba los pechos y a veces la entrepierna para acto seguido seguir comiendo.

Estaba entrado en la mediana edad y era obeso; lucía una barba negra que crecía a ronchones, como si partes de esta le hubieran sido arrancadas. Su rostro era grasiento y olía a lodo de río.

Ella odiaba ese cuerpo. Aquel hombre le había arrebatado la virginidad hacía más de un año, así que su odio era de una naturaleza íntima.

Esa noche era ella quien le sostenía la copa y le llevaba el vino a los labios, lo que dejaba que sus manos pringosas de comida quedaran libres para tocarla. En cuestión de media hora, cuando estuviera lo bastante borracho, esperaría que la muchacha le metiera las manos bajo la túnica y le acariciase los genitales hasta estar lo suficientemente enhiesto como para penetrarla.

Pero esa noche evitaría ese horror. Esa noche le había puesto algo en el vino, un veneno de acción lenta que primero le reduciría a la indefensión y luego le ahogaría a medida que sus pulmones fueran perdiendo la capacidad para inspirar aire.

Sus movimientos ya eran pesados, como si sus brazos estuvieran convirtiéndose en plomo. Unos instantes después intentó incorporarse y entonces se derrumbó.

—Demasiado vino —dijo, farfullando las palabras.

Intentó reír, pero la risa se convirtió en un burdo gorgoteo. Fue entonces cuando se percató de que algo iba mal.

—Criseida, ¿qué me está pasando?

—No me llamo Criseida. Criseida es un nombre griego. Me llamo Nubit.

Nubit se inclinó y le susurró al oído. En su sueño no podía oír lo que le estaba diciendo, pero sí podía verle la cara, y eso era mejor. Su rostro estaba retorcido por el terror.

Los sacerdotes, tanto egipcios como griegos, enseñaban que los dioses enviaban sueños a los grandes criminales como parte del castigo por su maldad. O los sacerdotes eran unos necios o lo eran sus dioses, ya que Nubit

nunca se cansaba de su sueño. Había envenenado a su padre, un acto de máxima impiedad, pero en su mente apenas había logrado hacerle justicia a su madre, a quien su padre había pateado hasta la muerte por el pecado de haber sido torpe a la hora de prepararle el baño. Las leyes de Egipto no consideraban un crimen matar a un esclavo. Nubit no consideraba un crimen haber matado a su padre.

Y, sin embargo, era una fugitiva en Egipto. Allí hubiera acabado por servir de alimento para los cocodrilos. Jamás hubiera podido volver. Y tampoco era que quisiera.

El sueño siempre se desvanecía cuando el rostro de su padre se ponía rígido y luego acababa disuelto en destellos rotos de luz.

Y entonces, esa noche, la luz fue acumulándose poco a poco de nuevo y se convirtió en una pradera de montaña, en un lugar que Nubit no había visto nunca. Era tan bella, tan tranquila, que quiso llorar.

Pero de pronto oyó un ruido extraño, un aleteo, como si una bandada de pájaros alzara el vuelo presa del pánico. Y entonces algo le golpeó. Sintió el impacto, pero no hubo dolor.

Y despertó. Abrió los ojos y vio los restos de su hoguera y oyó el sordo rumor del río.

No estaba muerta. Le llevó un instante percatarse de que estaba viva e indemne. La hoja no la había matado.

Había matado a la cierva.

Ahora podía verlo, en su memoria, si es que alguien puede recordar lo ocurrido en los sueños, cosas que nunca han pasado en realidad. Vio a la cierva, con una daga hundida en el cuello hasta la empuñadura. Vio a la cierva trastabillar y caer.

Alguien se acercó y arrancó la hoja. Era un hombre. Lo sabía porque pudo ver sus manos sosteniendo la daga. Vio el arma a través de sus ojos y la sintió con el corazón del sujeto, y contemplar la hoja de un gris ferroso le llenó de una extraña dicha.

Y supo que la tierra, la Madre de la Vida, le había hecho llegar un presagio.

3

Éurito marchó hacia el sur en compañía de cuatro hombres a los que no conocía, ni siquiera de vista. Todos tenían el aspecto de curtidos veteranos. No había en ellos ni compasión ni clemencia; hablaban de la labor que tenían por delante como si fuera una excursión al campo, y quizá para ellos lo fuera. La guerra, la guerra de verdad, probablemente causara ese efecto. En comparación, la cripteia debía de parecerles una broma.

El líder se llamaba Pantites. A sus treinta años había alcanzado la edad obligatoria para el matrimonio y ya había dejado atrás los barracones para establecer su propio hogar. Tenía la edad suficiente como para haber tomado parte, siete años atrás, en la masacre de toda una aldea, en respuesta a la muerte de un éforo a quien el jefe de aquella aldea había atacado y matado. Había contado la historia al salir de Esparta y hacía como si no conociera las razones de aquel jefecillo, aunque quizá jamás hubiera llegado a saberlas. Nada tenía que ver con su labor saber nada y, como buen soldado, seguramente no le importara.

Un buen soldado tan solo conocía cuál era su deber, y su deber esa noche era capturar al muchacho haciendo uso de cualquier medio que tuviera al alcance.

—La base está en hacerles comprender que nos es igual matarlos que no —explicó—. En cuanto entiendan que estamos dispuestos a derramar tanta sangre como sea necesaria, nos dirán todo lo que saben.

—Incluso puede que el chico aún esté escondido con sus familiares. ¿Dices que sabes de qué casa salió?

—Sí —repuso Éurito. Se sentía un tanto intimidado por Pantites y, por tanto, se veía en la necesidad de obtener su aprobación—. La puerta se abrió y nos llamó la atención la luz.

—En ese caso ya sabemos por dónde empezar.

Pantites rio. Lucía muchas cicatrices, incluida una provocada por la estocada de una espada en el pómulo izquierdo que le había paralizado los músculos lo suficiente como para dejarle esbozando una mueca permanente. Cuando reía, su rostro adoptaba una expresión de crueldad casi demoníaca.

—Esperaremos otra media hora; para entonces la familia se habrá reunido para cenar, así los tendremos a todos en la misma red. Espero que la mujer

sepa cocinar.

Sus camaradas se unieron a él riendo el chiste, incluido Éurito, que había matado a su primer hombre hacía menos de dos días en aquel lugar exacto, y que aún no se había curtido en ese tipo de carnicerías.

—Alguien debe saber dónde se oculta —había dicho su padre—. Puede que ni siquiera sepan que ha matado a un espartano, pero eso no importa. Los estrujarás hasta que le entreguen. La justicia no tiene nada que ver con esto.

Lo que habían planeado era a la vez lo correcto y necesario, Éurito lo comprendía. Pero ¿y si no encontraban al chico en la casa? ¿Y si nadie sabía dónde estaba? En ese caso probablemente acabaran masacrando a toda la familia. Era algo que aborrecería, aunque comprendía que no había elección, y, tomando su aborrecimiento por miedo, se sintió profundamente avergonzado.

Esperaron en el camino, compartiendo el vino que había traído uno de ellos.

Al fin hubo un destello de luz en la puerta, y luego otro. Había gente entrando en la casa.

—Toca hacer una visita.

La casa, comprobó Éurito, era de ladrillos de barro, desgastados tras décadas de viento y lluvia. Era pequeña: su perímetro exterior no superaba los cinco pasos por seis; un lugar para comer y refugiarse de los elementos, poco más. Los esclavos no construían a lo grande.

La puerta era de finos tablones de madera y hubiera cedido de una patada, pero ni siquiera eso fue necesario. La cuerda del pestillo estaba por fuera. Pantites no tuvo más que tirar de ella y la puerta se abrió por sí sola.

El interior estaba tan desnudo y privado de comodidades que a Éurito le recordó a un establo. El fuego del hogar parpadeaba. Contra las paredes había unos cuantos jergones hechos de junco entrelazado. La familia estaba sentada en torno a una pequeña mesa, comiendo en platos de madera. Todos se volvieron para ver quién entraba. Al principio sus rostros no mostraron más que sorpresa.

Había una mujer, de entre treinta y cuarenta años, dos chicos y una niña. A los muchachos les quedaba poco para convertirse en hombres, uno de ellos incluso tenía unos cuantos mechones de barba del color del trigo, y la niña no debía de tener más de seis o siete años. Se quedaron mirando a los cinco soldados armados que se interponían entre ellos y la puerta.

Pantites los miró uno a uno, como si fueran muñecos de madera, y entonces se dirigió a Éurito.

—¿Está aquí? —preguntó.

—No. —Éurito negó con la cabeza—. No. Estos dos muchachos son mayores y más corpulentos. No está aquí.

Entonces Pantites se dirigió a la mujer, que para entonces ya estaba visiblemente aterrada.

—¿Dónde está tu marido?

La mujer tuvo que alargar el cuello antes de poder responder. Parecía estar intentando deshacerse de alguna obstrucción en la garganta.

—Muerto —respondió—. Murió anteanoche. Le enterramos ayer por la mañana.

Pantites parecía confundido.

—¿De qué murió, mujer?

—No lo sabemos. Estaba enfermo y murió. Le enterramos.

Ambos se observaron en silencio; entonces Éurito le puso a Pantites la mano en el brazo para llamar su atención.

—¿Os visitó alguien la noche que murió tu marido? —preguntó Éurito. Incluso llegó a sonreírle a la mujer.

Porque, para entonces, ella ya sabía de qué se trataba.

—¿Quién iba a venir a visitarnos? —preguntó.

La mujer no hizo gala del talento espartano para la mentira.

—Un hombre y una mujer, y un muchacho de unos catorce años. —Éurito se permitió ampliar ligeramente su sonrisa—. Sería mejor si dijeras la verdad.

—El hermano de mi marido, su mujer y su hijo —asintió rígida—. Los encontraron muertos en el sendero ayer.

—Al padre y a la madre, sí. Pero al hijo no.

—No. Al hijo no.

—¿Dónde está?

—No le hemos visto desde que salió de esta casa con sus padres.

—Miente —gruñó Pantites—. Marón, córtale la cabeza a la niña.

Marón sonrió, como si acabara de recibir un regalo. Era alto y desagradablemente flaco, con unos brazos que parecían demasiado largos para su cuerpo. Rodeó la mesa, cogió a la niña por el pelo y desenvainó. La chiquilla levantó el brazo, puede que para evitar el tajo, pero no le sirvió de nada. La espada de Marón le cercenó la mano por la muñeca y luego le rebanó el cuello. Su cuerpo se desplomó; aún daba fuertes sacudidas y dejaba salir un chorro de sangre por el cuello cuando Marón posó su cabeza en la mesa ante su madre.

Durante lo que pareció una eternidad no hubo sonido alguno salvo por los gritos de la madre. Gritaba y gritaba, aferrada a la mesa, observando la cabeza

cercenada de su hija.

Al fin Pantites pareció aburrirse. Dio un paso al frente, cogió la cabeza y la lanzó al fuego del hogar, donde el pelo de la pequeña rompió a arder.

—¡Silencio! —gritó. Le cruzó la cara a la mujer de una bofetada. Surtió el efecto que buscaba, porque dejó de gritar al instante—. Te quedan dos hijos. Los mataremos, primero a uno y luego al otro, y después te mataremos a ti si no nos dices la verdad. ¿Dónde está el chico?

—Te lo juro —sollozaba la mujer—. No le hemos visto. Pensábamos que también estaba muerto. Lo juro. ¡Lo juro!

Pantites se acercó a uno de los dos jóvenes que estaban sentados, un chaval corpulento, de unos dieciséis años, que sencillamente estaba perplejo ante todo aquello. Pantites cogió el plato del chico y empezó a comer, metiéndose la comida en la boca con un trozo de pan arrancado.

Cuando hubo satisfecho su apetito desenvainó.

—Y ahora vas a aprender algo útil —dijo, mirando directamente a Éurito—. Te voy a enseñar cómo hundirle la espada a alguien en las tripas para que muera lentamente.

Le dio al mayor un golpecito en la cabeza, luego dio un paso atrás y le dio una patada, lo bastante fuerte como para hacer que cayera de su banqueta. Entonces, en cuanto en chico estuvo en el suelo, le puso el pie en el pecho y usó la punta de la espada para cortarle los músculos del pecho, justo debajo de los hombros, para que fuera incapaz de usar los brazos.

Acto seguido le hizo una incisión en el abdomen e hizo un corte de lado a lado, abriéndole el hígado y el estómago y cortándole los intestinos. El muchacho moriría desangrado, pero viviría quizá un cuarto de hora, y sería agónico.

La madre empezó a gritar de nuevo. Saltó por encima de la banqueta y se lanzó sobre su hijo agonizante, sollozando y acariciándole el pelo, empapándose en su sangre.

—Esta gente no sabe nada —dijo Éurito—. La mujer dice la verdad.

Pantites asintió para mostrar su acuerdo.

—Entonces acabemos con esto. —Miró a su alrededor como si estuviera haciendo recuento de sus hombres—. ¿Alguien quiere a la mujer antes de que la matemos?

Marón la apartó de su hijo, quien para entonces no daba ya señales de vida, y con la espada le rasgó la túnica. No ofreció resistencia cuando la violaron, uno tras otro, todos los espartanos, después de haberla inclinado sobre la mesa. Apenas daba la sensación de que supiera lo que le estaba pasando.

Solo Éurito se mantuvo al margen.

—No es de tu gusto, ¿eh? —dijo Pantites mientras se ajustaba el taparrabos —. Sí, ahora ya está hecha un asco. Acabaré con ella, tú encárgate del otro chico.

Éurito pensó que, probablemente, nunca hubiera odiado tanto a nadie como en aquel momento odiaba a Pantites. Aquel hombre era un animal.

—Una cierta cantidad de crueldad es condición necesaria para gobernar —le había dicho su padre—. La base de nuestro poder sobre los pueblos sometidos es el miedo que nos tienen.

Pero, de algún modo, al hijo de Dienekes nunca se le hubiera ocurrido que «cierta cantidad de crueldad» significaba asesinar niños ante los ojos de su madre para luego violarla.

Era horrible. Y el hecho de que lo considerara así constituía una clara prueba de que no era digno. Un espartano debía estar por encima de tales debilidades.

«Tú encárgate del otro chico.»

Éurito sabía perfectamente lo que se esperaba de él, y sabía que no había forma de eludirlo. No podía obviar que era parte de aquello.

El hijo más joven estaba acurrucado en una esquina. Quizá esperara que aquellos aterradores extraños se hubieran olvidado de él. Sus ojos irradiaban terror cuando Éurito se acercó a él.

—Levanta, muchacho. No hagamos esto más difícil de lo necesario.

El chico se levantó; las piernas le temblaban, pero poco a poco fue haciendo acopio de arrestos hasta adoptar una actitud casi desafiante.

—Nunca cogeréis a Protos —dijo—. Nunca le cogeréis.

—¿Es así como se llama?

—Nunca le cogeréis —repitió el muchacho.

«Que muera con honor —pensó Éurito—. Es más valiente de lo que lo soy yo».

Una rápida estocada ascendente bajo la caja torácica atravesó el corazón del joven.

El muchacho cayó desplomado al instante. Tosió una vez y le salió un chorro de sangre de la boca. Luego se quedó quieto, con los ojos abiertos.

—Muy bien —dijo Pantites, lo bastante alto como para dirigirse a todos. Estaba limpiando la sangre de su espada con la túnica rasgada de la mujer—. Saquemos los cadáveres fuera. Esto ha sido una pérdida de tiempo, pero bien podemos pasar aquí la noche. Al menos estaremos a salvo del frío.

Abrieron la puerta y sacaron los cuerpos fuera, arrastrándolos por las piernas. El suelo no era más que tierra prensada y no tardó en verse surcado de rastros de sangre.

Sin quererlo, a Éurito se le pasó por la mente que aquellas personas estarían a la vista de los dioses solo esa noche. Los cadáveres del hombre y la mujer que él y Teleclo habían matado dos noches antes ya no estaban tendidos en el camino. Sus vecinos, por lo visto, los habían encontrado y les habían dado sepultura. O quemado.

Éurito se percató, con cierto asombro, de que no sabía lo que hacían los ilotas con sus muertos. Hasta ese momento no se le hubiera ocurrido preguntárselo, como si no fueran más que animales, sin nada en la cabeza salvo la satisfacción de sus ciegos apetitos.

Sin embargo, parecía que hasta los esclavos eran humanos. Aquellos cuatro, en cuanto los espartanos se hubieran ido y los aldeanos surgieran de sus escondrijos, hallarían un modo decoroso de viajar hacia la eternidad.

Pero su propio hermano permanecía tendido al raso, convertido en la maloliente presa de los carroñeros. Era una dura sentencia para un hermano y para un hijo. Pero eso también formaba parte de ser espartano.

—Alineadlos junto a la puerta a modo de advertencia, para que los vecinos se metan en sus asuntos —ordenó Pantites—. Y, Marón, saca la cabeza de la niña del fuego. Empieza a oler mal. —Se volvió a Éurito—. ¿Qué decía el chico? ¿Algo útil?

—No. Solo un nombre.

Esa noche Protos bajó de las colinas y dirigió sus pasos hacia la aldea en la que había vivido su tío. No pensaba ni en comer ni en pasar la noche en una estancia cálida. Sabía que no había seguridad ni comodidad para él en la aldea. Solo quería hablar con su tía Nausicaa, saber dónde estaban enterrados su padre y su madre para rendirles homenaje con lágrimas.

Y quería saber si habían vuelto los espartanos.

Sabía que vivían en el norte…, aunque no tenía ni idea de si a cinco horas o a cinco días de camino. Los espartanos iban y venían como las rachas de viento helado.

Una vez al año, quince o veinte de ellos venían a la aldea con sus látigos. Todos tenían que alinearse y desnudar las espaldas, incluidas las mujeres y los niños, y los espartanos los azotaban para recordarles que eran esclavos.

Mientras los espartanos los fustigaban, el aire mismo se teñía de rojo sangre. Cada año moría un puñado de ancianos por culpa de esa práctica.

Protos no tenía más que tocarse las cicatrices de la espalda para saber cómo eran los espartanos.

Y sabía que volverían. El hermano al que no había matado, Éurito, hijo de

Dienekes, se lo había dicho.

No se topó con nadie en el camino; las afueras de la aldea estaban desiertas. No era tan tarde. La gente habría acabado de cenar y estaría visitando a los vecinos. Los hombres estarían por ahí, bebiendo cerveza juntos y charlando sobre la cosecha. Algunos niños aún estarían despiertos y jugando a la luz del ocaso.

Pero todo estaba tranquilo. Las puertas de las casas estaban cerradas y no vio rayos de luz atravesando las contraventanas. La aldea parecía abandonada.

La gente estaba en casa, con las puertas atrancadas y las cuerdas de los cerrojos por dentro.

Se encontraba a unos treinta pasos de la casa de su tío Neleo cuando percibió el olor de la sangre.

La puerta estaba ligeramente entreabierta y había luz en el interior… Solo en esa casa, en ninguna otra. Pudo oír las voces de unos hombres surgiendo de entre los muros.

Entonces dio con los cadáveres. La tía Nausicaa, desnuda y con una desgarro bajo el pecho derecho. Los chicos, Ábrax y Mantio. Y la pequeña Antea, llamada así en honor a la madre de Protos, sin cabeza y sin la mano izquierda.

La sensación que le invadió como un viento gélido fue al principio desconcertante. No se parecía en nada a lo que había sentido al ver asesinados a sus padres. Aquello había sido dolor y terror. Lo que sentía ahora era otra cosa. Estuvo a punto de ahogarse. Era furia.

Y los hombres que habían hecho todo eso estaban dentro, riendo.

Aún tenía el cuchillo de Teleclo. Durante un instante de locura pensó en abalanzarse hacia la puerta y en matar al menos a uno o a dos antes de que acabaran con él.

Pero hubiera sido una estupidez. Era mejor esperar.

Al día siguiente, no cabía duda, empezarían a buscarle. Que así fuese.

Los cinco espartanos recorrían el sendero de la aldea hacia el camino. Pantites y Éurito iban juntos en cabeza, comentando cómo se estaría ocultando el muchacho, Protos, cuando de pronto le vieron.

Estaba de pie, en lo alto de un enorme peñasco, quizá a doscientos pasos colina arriba. Quería que le vieran. Cuando se detuvieron para mirarle, este los saludó con la mano.

—¿Es él? —preguntó Pantites.

—Es difícil estar seguro a esta distancia, pero… —Éurito entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos ranuras e intentó enfocar la mirada—. Pero sí,

creo que sí.

Casi al instante el muchacho les dio la espalda y desapareció de la vista.

—En ese caso nos dispersaremos y haremos una búsqueda exhaustiva. Clavad las jabalinas en cada recoveco. Lo más probable es que ahí arriba haya cientos de huecos para poder esconderse, y seguro que debe de conocerlos todos. Dispersaos. No podemos permitir que escape dando un rodeo.

Oculto a la sombra de un árbol, Protos observaba al hombre que marcaba el extremo sur del despliegue. Para entonces, los espartanos casi estaban a medio camino colina arriba, y su línea se había desplegado hasta el punto de no poder verse entre ellos.

Aquel hombre no parecía estar disfrutando de la batida. Probablemente estuviera aburrido, dado que no estaba prestando atención a lo que hacía…; pasó a quince pasos de donde estaba Protos y no se percató de su presencia. Seguro que, para él, perseguir a un joven esclavo fugitivo era una labor tediosa.

Cuando Protos consideró que la distancia era la correcta, dio un paso y salió a la luz.

—Buenos días.

Al oírle, el hombre empezó a darse la vuelta.

El cuchillo se le incrustó en la garganta. Cayó de espaldas y ya estaba muerto cuando Protos liberó la hoja y la limpió en la túnica del espartano.

Uno menos. Había visto a cuatro de ellos y a Éurito, el hijo de Dienekes. Tanto ese como los otros tres podían morir así, abatidos en un instante, como moscas. Pero eso no bastaría para Éurito. A Éurito le dejaría para el final. El espartano debía entender que la presa se había convertido en cazador. Quería que le mirase a la muerte a la cara. Que la viera venir, del mismo modo que padre y madre. No bastaba con que muriese.

Cacheó el cuerpo y encontró una pequeña bolsa de cuero que contenía un fragmento de sílex y tres monedas de plata. También estaba la espada del hombre y una jabalina con punta de hierro. Eran armas sobre las que Protos no sabía nada, pero cuyos secretos esperaba no tardar en desvelar.

Era sorprendente, pero no tenía miedo, sino una especie de sensación vivificante. Aun antes de dejarse ver, supo lo que iban a hacer. ¿Cómo actuaría cualquier cazador? Y al hacerlo le habían entregado la iniciativa.

La forma de utilizar la jabalina resultaba obvia. Protos decidió que la probaría. Haría unos cuantos lanzamientos de práctica y luego la utilizaría para matar al siguiente espartano. Pero lo que más le interesaba era la espada.

La hoja no superaba el codo de longitud, y estaba bien equilibrada, como el cuchillo de Teleclo. Había que reconocer que los espartanos entendían de armas. Dado su mayor peso, quizá la espada pudiera servir para realizar lanzamientos más precisos y más mortíferos.

También disponía de una hoja con buen filo. Protos la usó para cercenar la cabeza del espartano.

Éurito estaba a menos de treinta pasos de la cima de la colina, y nadie había dado aún con el muchacho. Al principio se estuvieron llamando los unos a los otros, pero poco a poco dejaron de hacerlo.

No hacía más que acordarse del chico que había matado en la casa, el joven que se había enfrentado a la muerte con tal valor.

«Nunca le cogeréis», había dicho el chico, como si aquello fuera su venganza. Éurito empezaba a preguntarse si sería cierto.

—¡Éurito, hijo de Dienekes! ¡Alza la mirada!

Al espartano le sorprendió la cercanía del sonido. Miró hacia arriba y vio a Protos sentado en la cima de la colina.

De pronto el muchacho rio y se puso en pie. En su mano derecha sostenía algo que lanzó para que rodara colina abajo hasta descansar a los pies de Éurito.

Era la cabeza de Pantites. Sus ojos estaban abiertos e, incluso en la muerte, su rostro lucía una mueca de desdén.

Entonces llegó otra surcando los aires, luego otra y otra. Las cabezas de sus cuatro acompañantes, guerreros espartanos de probado valor y pericia, yacían ante él sobre la hierba.

Los había matado un niño, un esclavo con un cuchillo robado. Éurito sintió que las tripas se le encogían de miedo.

—Y ahora, Éurito, hijo de Dienekes, ¿qué vas a hacer?

El chico al que la Muerte parecía tolerar como a un alma gemela volvió a reír. Y entonces Éurito le vio agacharse a recoger una jabalina del suelo. Hundió la punta en el suelo, junto a su pie derecho.

—Podría haberte matado en cualquier momento durante el último cuarto de hora —dijo como si estuviera proclamando una obviedad—. Podría haberte matado y no lo hubieras sabido nunca, como si Zeus te hubiera abatido con un rayo. Pero después de lo que hicisteis anoche he decidido que esa muerte sería demasiado sencilla. Mi padre y mi madre no bastaban. Teníais que matar a mi tía y a mis primos. Me habéis arrebatado a toda mi familia. ¡Mi prima Antea solo tenía seis años!

El esclavo estaba furibundo, y su rabia era terrible de contemplar. Ya no era un niño. Apenas parecía humano. Éurito no podía recordar un tiempo en el que hubiera sentido un terror tan desbordante.

Y, de pronto, la furia pasó, y el esclavo sonrió. Levantó el brazo derecho. Su mano blandía una daga, el arma de Teleclo.

—Sube y mátame, Éurito, hijo de Dienekes —gritó—. Juro que no usaré otra arma que no sea esta, la que utilicé para cortarle el cuello a tu hermano.

Se miraron, y Éurito supo con absoluta certeza que aceptar el reto era entregarse a la muerte. El honor dictaba que aceptara, pero no se atrevía.

Por un instante se vio incapaz de hablar. Su lengua parecía habérsele congelado en la boca. No podía limitarse a huir.

Entonces recordó que aquel feroz muchacho esclavo era, después de todo, solo eso. En las relaciones con un esclavo, el honor no tenía lugar.

—¿Crees que te concedería el honor de un duelo? Un espartano no se bate en duelo con un esclavo.

Su voz, lo sabía, había surgido con un tono desesperado, un tinte de miedo que no pudo reprimir. Él mismo lo oyó, y sabía que Protos lo había oído. No estaba engañando a nadie.

Volvió sobre sus talones y empezó a descender la colina obligándose a no correr. Sabía que jamás le contaría a nadie lo ocurrido aquel día. Tendría que inventar alguna mentira que contarle a su padre.

—Eres un cobarde, Éurito, hijo de Dienekes —gritó el muchacho a lo lejos—. ¿Cómo le explicarás a tu madre que no has muerto de manera honorable? Todos los días de tu vida recordarás cómo huiste aterrado ante un esclavo. Has escogido la vergüenza en vez de la muerte, pero la muerte dará contigo tarde o temprano. Un día, Éurito, hijo de Dienekes, te hundiré el cuchillo de tu hermano en las tripas.

4

Éurito estaba junto a Miles, el gobernador militar de la zona sur de Laconia, que era alto, ancho de hombros, y disfrutaba de una imponente complexión. En resumen, habiendo superado ampliamente los cuarenta, su aspecto era feroz.

Éurito le había conocido por primera vez dos días antes.

Hoy estaban en un claro, de unos diez pasos de ancho, en las colinas desde las que se divisaban dos de las aldeas de su circunscripción. A sus pies yacían los cuerpos sin cabeza de los hombres que Dienekes había enviado para vengar a su hijo.

Habían encontrado los cuerpos dispersos por un área bastante amplia; los habían recogido y los habían colocado juntos.

—Cuéntame otra vez lo ocurrido —dijo Miles.

—Le vimos a unos cien pasos colina arriba. Quería que le viéramos, incluso llegó a saludarnos con la mano. Luego desapareció, como un fantasma. Nos dividimos para buscarle. Pasado un tiempo encontré los cuerpos, pero no a él. No creo que nadie sea capaz de dar con él.

—¿Buscaste?

—¡Claro que lo hice!

—Entonces, me pregunto: ¿cómo es que estás vivo y ellos muertos?

—¡No tengo ni idea!

Miles se le quedó mirando un instante, y en sus ojos Éurito pudo ver que el hombre sabía que estaba mintiendo.

Miles negó con la cabeza.

—Cinco espartanos, cuatro de ellos veteranos avezados, salen en busca de un muchacho ilota y este logra matar a cuatro de ellos. Desafía toda lógica.

—¿Intentas decir que fui yo quien los mató?

—No. —Miles se volvió para fijar la mirada en el rostro de Éurito. Parecía estar buscando algo—. No, creo que tu muchacho esclavo los ha matado. Eso sí me lo creo.

Los cuerpos estaban tendidos de espaldas. Miles apuntó con el pie al que tenía más cerca, a quien Éurito pudo identificar como Marón por sus largos brazos.

—Veamos, a este la mataron con una daga, supuestamente con la de tu hermano. El esclavo le cortó la cabeza con maestría un poco más arriba,

todavía puede verse la herida. Sería interesante saber cómo murieron los otros. Quizá quieras ser tú quien los despoje de sus túnicas.

Aquellos hombres llevaban muertos cuatro días, así que no suponía una labor agradable, pero al fin Éurito desnudó los tres cuerpos hasta la cintura.

—Vaya, esto es interesante —dijo Miles—. Como puedes ver, a este también lo abatieron de frente, y con una daga. Sin embargo estos dos fueron derribados por la espalda: resulta obvio por el modo en que la piel esta desgarrada en torno a la herida. Uno murió por el impacto de una jabalina, en cuanto al otro, no lo tengo claro. —Miles le sonrió a Éurito—. Me gustaría verle la espalda. ¿Te importaría?

Éurito cogió el cuerpo por el brazo y le dio la vuelta.

—Por los dioses —Miles dijo en un susurro—. Hoy es día de prodigios. —Se arrodilló para ver más de cerca—. A este le mataron con una espada. ¿Quién era?

—Pantites.

—Pantites. —Miles asintió, como si sus peores augurios hubieran sido confirmados—. Le conocía. No era ningún conejo. Pero mira esto. —Señaló a la herida, de casi tres dedos de ancho, justo por encima del omóplato—. Se lo han hecho con una espada…, y, si recuerdas, la herida de salida está justo por debajo del pezón derecho. Bien, incluso suponiendo que el esclavo hubiera sorprendido a Pantites por la espalda, lo que ya en sí resulta increíble, ¿cómo pudo lograr darle un ángulo descendente a su estocada? ¿Acaso es este muchacho un gigante?

—No. Puede que sea alto para su edad, pero no demasiado.

—Entonces, ¿cómo ha sido capaz de hacer esto con una espada? —Miles inclinó la cabeza un poco hacia un lado, como si se le acabara de ocurrir algo —. A no ser, claro está, que la lanzara.

Se puso en pie y rio de pura incredulidad.

—Es casi imposible y, sin embargo, así es como debe de haber ocurrido.

Se aproximó un soldado. Su nombre era Amiclas, y era el segundo al mando de Miles.

—Gobernador —dijo—, hemos encontrado las cabezas.

Estaban exactamente donde habían caído la última vez que Éurito las vio, juntas a los pies de un alto. Podría haber llevado a la partida del gobernador hasta ellas de inmediato, pero le había faltado valor.

Porque, por supuesto, lo ocurrido hubiera resultado evidente.

—¿Por qué crees que haría tal cosa? —preguntó Miles dirigiendo la pregunta a Éurito—. El esclavo mata a cuatro hombres y les corta la cabeza. ¿Por qué? ¿Y por qué, estando los cuerpos dispersos, es probable que los

dejara donde cayeron, por qué están las cabezas aquí? ¿Qué pretendía?

Observó a Éurito de un modo que daba a entender que el acertijo era fácil de resolver. Su objetivo había sido aterrorizar al único miembro de la expedición punitiva que quedaba con vida.

—No lo sé —repuso Éurito, consciente de que Miles sabía que estaba mintiendo—, del mismo modo que no sé por qué no me mató a mí junto con los otros. No lo sé.

—En ese caso lo más seguro es que no lo lleguemos a saber jamás. A no ser que le demos caza. Y ni siquiera entonces, porque dudo que nos deje apresarlo con vida.

Ahí estaba. El secreto estaba a salvo… Eso era lo que estaba diciendo Miles. El gobernador era amigo de su padre, así que el fracaso de Éurito nunca le sería revelado.

Y tampoco era deseable que entre los ilotas naciese la leyenda de un vengador. Tenían que dar con aquel muchacho y matarle, pero, por el momento, lo ocurrido en aquella colina debía seguir siendo un secreto.

—¿Qué hacemos con los cuerpos, gobernador?

Amiclas quería órdenes.

—Desnudadlos. No dejéis nada que pueda dar a entender que son espartanos. Luego buscad una cueva en la que esconderlos y selladla con piedras. —Se volvió a Amiclas y sonrió—. Los ilotas han logrado producir todo un guerrero, amigo mío. Pero no deben llegar a saberlo nunca.

Quizá hubiera cometido un error dejando a Éurito con vida cuando le vio remontando la colina. Protos se preguntaba si no había sido demasiado descuidado en su venganza. Creía que Éurito habría decidido luchar. ¿Acaso no eran guerreros los espartanos? Pero había huido.

De algún modo, sin embargo, verle correr, algo que suponía toda una vergüenza, había resultado ser más gratificante que matarle. Y Protos le mataría algún día. Se lo había jurado a sí mismo.

Pero haberle avergonzado, haberle arrebatado su vanidad, era una delicia.

¿Cómo sería capaz de explicar que volvía a casa dejando atrás a cuatro compañeros muertos a los pies de una colina? ¿Qué mentiras contaría? Los espartanos, por lo que Protos había oído, valoraban el coraje. Eran crueles, apenas humanos, pero eran valientes.

No así Éurito, hijo de Dienekes. Ya no.

Aun así, quizá hubiera sido un error, ya que Protos no tardó en descubrir que volvían a darle caza. De haber matado a Éurito, hubiera dispuesto de algo

más de tiempo.

Y ahora estaba solo. Su familia estaba muerta y era un fugitivo. Ni siquiera podía volver a su aldea, estar entre su gente, dado que si buscaba refugio entre ellos acabaría atrayendo sobre su pueblo una terrible venganza. Lo más probable era que los espartanos los masacraran a todos. Los espartanos hacían ese tipo de cosas.

Estaba completamente solo. Tenía miedo, pero el miedo no era lo peor. Sentía el desamparo. ¿Qué había hecho? ¿Qué impiedad había cometido para que los cielos se ensañaran de tal modo con él? ¿Qué pecado había cometido? Los dioses luminosos le habían dado la espalda, y no sabía por qué. La vida se había convertido en un amargo misterio.

Los espartanos estaban enviando patrullas de cinco o seis hombres que se mantenían juntos. Protos no era capaz de enfrentarse a tantos. Todo lo que podía hacer era esconderse.

No quería matar a aquellos hombres, lo que hubiera recordado a los espartanos que existía. Quería que le dejaran en paz.

Pero parecían resueltos a dar con él. Y al final lo conseguirían.

Sin embargo, no podía permitirles tener éxito. Su padre se había mantenido firme, había sacrificado su vida para que su mujer e hijo pudieran tener una oportunidad de huir. Y, por tanto, sobrevivir se había convertido en un deber hacia el fantasma de su padre.

Era el momento de seguir adelante, de encontrar un lugar lejos del alcance de los espartanos. Debía seguir.

Las montañas, que corrían de norte a sur, eran un lugar baldío y desolado. En las colinas uno podía toparse de vez en cuando con un pastor, pero en las montañas estaría completamente solo. No había nadie que pudiera delatarle.

No podía arriesgarse a descender al llano, así que tendría que dirigirse hacia el norte o hacia el sur. Y había oído que al sur estaba el mar. Dado que no era un pez, si iba al sur, se vería atrapado.

Así que tendría que recorrer las montañas.

Quizá desearan, incluso esperaran, que fuera al sur. De ser así, resultaría más fácil dar con él. Y quizá no se les ocurriera pensar que se arriesgaría a dirigirse hacia el mismísimo territorio espartano.

Así que caminaría hacia el sur durante tres o cuatro días, dejando un rastro fácil de seguir; los espartanos parecían ser buenos rastreadores, entonces intentaría ocultarse un tiempo. Y después iría hacia el norte.

Esparta quedaba al norte, pero, en algún lugar, más allá, debía de haber algún lugar al que no llegaran sus tentáculos. Quizá no tuviera muchas probabilidades de éxito, pero era su única opción.

Durante tres días viajó hacia el sur. Encendía fuegos por la mañana y por la tarde y dejaba que se extinguieran por sí solos para que el humo les informara a los espartanos de dónde había estado. Al caer la tarde se encaminaba a lo más alto de las montañas e intentaba buscar una cueva en la que pasar la noche. En una ocasión se vio obligado a dormir al raso. El viento gélido era casi insoportable.

En ocasiones veía a las partidas que le perseguían. A veces eran cinco o seis hombres, otras se dividían para seguir diferentes rastros. Nunca parecían cansarse y nunca se detenían.

Durante la tarde del tercer día llegó a un río. Era ancho y perezoso. Cruzó a nado y dejó sus huellas para indicar que se dirigía a una colina rocosa. Luego volvió pisando sobre las rocas para no dejar rastro y volvió al agua. Hizo que el río le llevara durante casi una hora, flotando, aferrado a un tronco al que había atado sus armas con su taparrabos.

Y entonces salió del agua y se dirigió al norte, a las montañas. Caminó toda la noche, manteniéndose a unos cientos de pasos de la cima, guiado por las estrellas y la débil luz de la luna menguante.

Al llegar la mañana siguió un sendero que llevaba a unos árboles: estos le ofrecerían más abrigo. Encontró una arboleda de chopos y se quedó dormido.

Sobrevivía como podía a base de bayas, semillas y ajo salvaje. En una ocasión, atormentado por el hambre, hirió a un jabalí lanzando la espada y pasó dos horas siguiendo el rastro de sangre. Comió cruda parte de la paletilla y dejó el resto a los cuervos.

Llegado el ocaso del tercer día, yendo hacia el norte, vio el humo de una hoguera. Se acercó, oculto en la penumbra, y descubrió a dos hombres con atuendo espartano. Se sentó, escondido a la sombra de un árbol, y escuchó su conversación mientras cenaban.

—Jamás le cogeremos.

—¿Por qué no? Tenemos las mismas probabilidades que los demás.

—¿Cuántas partidas han enviado en su busca? ¿Y si no se dirige al norte? Seguro que está de camino al sur. Es un ilota, así que estará huyendo de nosotros. No tenemos muchas opciones. Quizá las patrullas de esclavos lo encuentren en algún villorrio de pescadores de la costa, preguntándose por qué se ha acabado la tierra.

Ambos rieron.

—Sí, pero si le diésemos caza…

—Sí. Seríamos héroes. Es bonito soñar.

Protos tenía que decidir. Podía pasar de largo o podía matarlos. Evitarlos le pareció más seguro, pero tenían comida y ropas abrigadas. Y eran espartanos.

Decidió acabar con ellos.

Cuando se quedaron dormidos esperó una hora. Entonces se acercó a ellos con la espada en una mano y el cuchillo en la otra, dispuesto a ensartar al primero que se moviera.

Ninguno de los dos despertó. Protos, de pie ante ellos, los observaba, durmiendo, arrebujados en sus capas. En su corazón no había clemencia. Estaba intentando decidir cuál de ellos se aproximaba más a su estatura. Quería matar a ese causando la menor profusión posible de sangre porque quería sus ropas.

Al fin se decidió. El otro murió cuando el cuchillo de Teleclo le atravesó el esternón y se le alojó en el corazón; pataleó un poco, pero apenas emitió sonido alguno. Entonces Protos despertó a su compañero dándole un empujón y, cuando empezó a incorporarse, le propinó un golpe seco en la cabeza con el plano de la espada. No hubo más resistencia.

Protos le desnudó y luego le mató con la espada antes incluso de que pudiera rogar por su vida.

Entonces el ilota se abalanzó sobre sus zurrones de comida como el hombre hambriento que era. Verlos comer había sido agónico.

Encontró una bota de vino. No tenía ni idea de cómo sabía, y el sabor no le resultó prometedor, pero fluyó por sus venas como un rayo. En muy poco tiempo estaba borracho. Sabía lo que era estar borracho. Durante las festividades había visto hombres borrachos de cerveza.

Su cabeza nadaba. Se envolvió en una de las capas espartanas y se quedó dormido. Ya se preocuparía por la mañana de qué hacer con los cuerpos.

Llegó la mañana, y con ella un dolor de cabeza. Protos nunca había experimentado un dolor de este tipo, y se le pasó por la mente que quizá estuviera muriéndose.

Se sentó en el suelo, al lado de los fríos restos de la hoguera, observando a los dos hombres muertos, preguntándose si los dioses le estaban castigando por el crimen cometido. No parecía justo. Hasta ese momento había matado a siete espartanos, pero ellos habían matado a seis de sus familiares, y lo matarían a él si les daba la ocasión de hacerlo. Mataba para seguir vivo. Esa gente había convertido el asesinato en un deporte. El mundo sería un lugar mejor sin ellos.

Comió algo de pan que se ayudó a tragar con agua, y no tardó en sentir que la cabeza ya no le dolía tanto. Quizá los dioses se lo hubieran pensado mejor y estuvieran levantándole el castigo.

Empezó a examinar su botín.

Ambos espartanos contaban con dos espadas, tres jabalinas, comida suficiente para unos cinco días, pedernal, un hacha de mano, dos cubos de piedra con varios símbolos ininteligibles en los costados, unos cuatro codos de cuerda, una pequeña olla, un par de platos de hierro y sus ropas.

Protos se probó sus sandalias, pero o eran demasiado grandes o sencillamente no estaba habituado a llevarlas puestas, porque se tropezaba casi a cada paso.

Envolvió las armas y el hacha en una de las capas y lo ató todo con la cuerda. Los objetos pequeños los llevaría en su zurrón de cuero. Había demasiada comida como para llevarla toda, así que cogió la mitad.

Arrastró los cuerpos hasta la espesura. Quizá tardaran días en echarlos de menos.

5

—Nadie tiene la menor idea de dónde se encuentra —le dijo Miles a Dienekes mientras posaba la copa de insulso vino siciliano que le había ofrecido su anfitrión y negaba con la cabeza como si hablara de un misterio insondable—. Ayer una patrulla encontró los cuerpos de una partida de dos hombres que no habían dado noticias. Estiman que llevaban muertos una semana. Es probable que los matara para hacerse con su comida.

—¿Estás intentando decirme que sobrevive con lo que obtiene de sus perseguidores?

—Eso parece.

Estaban en el pequeño jardín rodeado de muros de la casa del éforo, tan privado de luz como una tumba. Dienekes era viudo y sus esclavos solían dejar las cosas sin hacer.

—¿Cómo se está tomando Éurito todo esto? —preguntó Miles.

Al principio Dienekes se limitó a encogerse de hombros.

—Le he mandado en una misión diplomática a Macedonia —dijo al fin—. Espero que así pueda recuperar el control de sí mismo.

—Estoy seguro de que ha debido de ser perturbador para él.

—Es espartano. Debería estar por encima de las perturbaciones. —Dienekes casi estaba gritando, aunque se contuvo—. Tal y como van las cosas —siguió diciendo más calmado—, igual merecería la pena enviar una delegación diplomática que le pida la paz a ese Protos.

Rio de forma un tanto histérica; luego descansó la frente contra su mano derecha.

—Acabaremos dando con él —repuso Miles quedamente—. Y le mataremos.
—¿De verdad lo crees? Nadie le ha visto jamás, salvo Éurito. Nadie que siga vivo. Podría estar paseando por la calle ahora mismo y no lo sabríamos.

De hecho, Protos estaba en una aldea ilota a menos de una hora de camino al norte de Esparta. Fingía buscar a un hermano inexistente llamado Mantio, pero su objetivo real era buscar información sobre si era más seguro dirigirse hacia el norte o hacia el oeste.

—¿Y te han enviado a ti a buscarle? Si no eres más que un crío.

Protos estaba bebiendo un cuenco de cerveza con un campesino de nombre Geórgico, a la puerta de su casa. Hasta un hombre pobre sabe ser hospitalario con un extraño.

—Soy el único hijo que queda, y mi padre está enfermo. No hemos tenido elección.

Geórgico, un hombre achaparrado de unos cuarenta años y muy peludo por todo el cuerpo salvo por lo alto de la cabeza, se mostraba suspicaz, o al menos curioso, pero no había peligro en él. Era evidente que Protos, que usaba el nombre de su primo muerto, no era un espía espartano.

—Puede que haya atravesado las montañas en dirección a Mesenia —dijo Geórgico con un tono que daba a entender que no estaba seguro de que el fugitivo no fuese el propio Protos—. Los espartanos controlan la región, aunque de manera indirecta. Desde allí podría dirigirse a cualquier lugar.

Protos le dio las gracias y se puso en pie para irse, pero Geórgico le hizo un gesto con la mano para que volviera a sentarse con él.

—Podrías pasar aquí la noche —dijo—. Mi esposa puede prepararte un lecho. Hasta hace poco había patrullas por ahí.

El día de un esclavo solía empezar unas horas antes del amanecer y, para entonces, Protos ya había emprendido el camino hacia el oeste. Evitó los caminos y avanzó con el sol naciente a la espalda. Al llegar la tarde alcanzó las faldas de las montañas occidentales.

Ser un fugitivo empezaba a antojársele casi placentero. La mujer de Geórgico le había preparado un paquete con comida que probablemente le fuera a durar tres días, y pareció avergonzada cuando Protos le obligó a quedarse con una de las monedas de plata que había cogido del cadáver de un espartano. No tenía ni idea de lo que valía, y ella probablemente tampoco. El dinero era prácticamente desconocido entre los ilotas.

En cuanto al resto, Protos disfrutaba del ejercicio, y poco a poco había ido perdiendo el miedo a sus enemigos. Había descubierto que eran mortales, y pronto esperaba poder huir de ellos por completo.

Algún día, se dijo, cuando sus perseguidores se hubieran olvidado de él, volvería y mataría a Éurito, hijo de Dienekes, pero ese día no estaba cercano.

Algún día, cuando se hubieran olvidado de él, se cobraría su venganza.

La idea no le hizo sentir mejor. Solo le recordó que su padre y su madre estaban muertos.

¿Por qué le habían arrebatado a sus padres? ¿Por qué? ¿Qué tipo de gente era aquella que hacía del asesinato un juego?

Los hubiera matado a todos de haber podido. Habían llenado su existencia de tormento.

No se le ocurrió pensar en qué haría con su vida si llegaba a quedar fuera del alcance de los espartanos. Una o dos veces se le ocurrió que quizá se convirtiera en un soldado, pero eso no fue más que una fugaz ensoñación.

En general, parecía mejor no pensar en el futuro… o en el pasado. Sobrevivir día a día ya era bastante reto.

Al caer el sol casi había alcanzado la cumbre de un collado entre dos montañas y decidió pasar allí la noche. Encontró un pequeño claro, bastante llano y oculto tras una cortina de rugosos peñascos, así que extendió su capa y decidió averiguar qué le había preparado la mujer del campesino para cenar. Le alegró comprobar que la preocupación de esta por su bienestar la había llevado a incluir un pequeño tarro con cerveza. Cuando hubo bebido la mitad empezó a sentirse somnoliento.

Esa noche soñó que volvía a estar en su aldea, caminando junto a su padre. Entonces, de pronto, tal y como ocurre en los sueños, estaban a las afueras, en los campos de trigo. Su padre alargaba la mano para acariciar las espigas con la mano.

—Este año la cosecha será buena —decía.

Su mano, al retirarla, estaba cubierta de sangre.

Protos se despertó sobresaltado. Apenas se atrevió a cerrar los ojos el resto de la noche.

A la mañana siguiente, mucho antes del mediodía, superó la cumbre de la cordillera y, por primera vez en su vida, contempló el mar. Estaba lejos, no era más que una mancha oscura recortada contra el horizonte, pero brillaba a la luz del sol como si estuviera viva.

Aquella cordillera, por lo que le habían dicho, marcaba la frontera entre Laconia, territorio espartano, y Mesenia, donde el peligro quizá fuera menos inminente.

Al comenzar la tarde llegó al llano. No tardó en toparse con una aldea, muy parecida a aquella en la que había nacido.

El lugar debía de medir unos doscientos pasos de una punta a otra, y mientras la atravesaba, con su petate a cuestas, las pocas personas con las que se iba encontrando le observaban con mal disimulada sospecha. Casi había llegado el fin de la cosecha, así que la mayoría estaría trabajando en los campos. Casi toda la gente que Protos veía eran o muy jóvenes o muy viejos, y ofrecían un aspecto miserable.

Si acaso, aquella gente daba la impresión de ser aún más pobre que los ilotas de Laconia. Hasta los perros semejaban estar muriéndose de hambre.

Había un anciano apoyado contra una casa que parecía incapaz de respirar y no le prestaba atención a nada que no fuera su propia agonía. No llevaba más que un taparrabos, y sus brazos y piernas eran escuálidos. Tenía la piel de las costillas tan tirante que daba la sensación de que estuviera a punto de resquebrajarse. Era evidente que no servía para desempeñar trabajo alguno, así que probablemente sus familiares hubieran dejado de alimentarle. O quizá hubiera tomado él mismo la decisión.

En la aldea de Protos todo el mundo había dicho que la cosecha sería la mejor del último lustro. ¿Tan diferentes eran las cosas allí, a tan solo unos días de camino? Y, sin embargo, la gente parecía desesperada, como si no supieran de qué modo iban a poder sobrevivir. ¿Por qué?

Salvo por los espartanos, claro, o por quienquiera que ejerciese el poder por ellos en Mesenia.

Protos se dio cuenta de que había aprendido algo y de que el mundo se había vuelto unos tonos más gris desde entonces. Había empezado su viaje sufriendo una congoja muy concreta, el asesinato de su familia, y ahora la lista de víctimas no hacía más que aumentar. El hambre en medio de la abundancia no era un accidente.

No se detuvo más de lo necesario. Se alegró al alejarse de aquel lugar.

Esa noche durmió en un descampado, y a la mañana siguiente llegó al mar.

Ola a ola acariciaba una playa de guijarros, sonaba quedo y lastimoso, como un trueno muy lejano. Unos pájaros blancos planeaban a merced de la leve brisa. Protos se metió en el agua hasta las rodillas. El mar tiraba de él como si pretendiera atraparle.

El mar no estaba tan frío como los ríos del interior y el agua resultaba amarga al gusto. Reflejaba el sol con tal intensidad que le hacía daño a los ojos. El mundo podía ser un lugar bellísimo.

Caminó a lo largo de la costa durante al menos una hora, hasta que llegó a una lengua de tierra que se proyectaba como una muralla en las aguas revueltas.

Le sorprendió ver al otro lado lo que, supuso, era una ciudad. Para un aldeano resultaba gigantesca.

Abrió la bolsita que le colgaba del cinturón y contó su colección de monedas. Tenía once, todas ellas de plata. En aquel lugar, intuyó, iba a necesitar dinero.

La ciudad tenía un puerto. A unos trescientos pasos de la costa había una especie de rompeolas natural donde las olas parecían perder su fuerza y convertirse en espuma blanca. El puerto estaba repleto de lo que Protos dedujo que eran barcos. Había oído historias sobre cómo los héroes de su raza, en

tiempos remotos, habían ido en barcos a luchar en guerras lejanas.

Deseó que Mantio hubiera estado con él. ¡Cómo hubiera disfrutado de aquello! Mantio siempre había soñado con ser un guerrero, un aventurero como los héroes de las historias que contaba su padre. Le hubieran encantado esos barcos.

Pero Mantio estaba muerto, sacrificado como una oveja. Ya nunca sería nada. Siempre tendría catorce años y solo viviría en la memoria de su primo y amigo. ¿Por qué? No tenía sentido.

Y de pronto se sorprendió a sí mismo preguntándose si aquello era ser adulto, aceptar que la vida no seguía patrón alguno, que en la existencia humana las palabras «justicia» y «clemencia» carecían de significado.

Los espartanos debían de odiar sus propias vidas. El mundo que habían creado para sí mismos era un lugar salvaje. Y, sin embargo, no parecían verlo así. Parecían satisfechos con su crueldad.

Pero cuando recordó a su propio padre, Protos se sintió avergonzado de pensar tal cosa. Su padre había sido un hombre sabio, más sabio y mejor de lo que los espartanos pudieran soñar con ser. Había hecho de su vida algo noble y amable, y al fin la había entregado con valor.

Pasó por delante de un edificio junto a los embarcaderos donde había unos cuantos hombres sentados en bancos, comiendo lo que parecían ser lentejas envueltas en tortas de pan. Bebían cerveza en cuencos de madera y apartaron la vista cuando Protos cruzó el umbral.

Se sentó en una esquina y se le aproximó un hombre gordo; parecía ser el propietario. Llevaba las mangas de la túnica remangadas hasta las axilas.

—¿Qué te traigo, muchacho?

Protos abrió la mano. Una de sus monedas de plata descansaba en el centro de su palma.

—Una jarra de cerveza y algo de información —dijo quedamente—. Me beberé la cerveza y no te molestaré más, y dejaré la moneda.

El propietario asintió y le llevó una jarra de cerveza. Luego se sentó a su lado.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Primero, ¿qué es esta moneda y cuánto vale?

El propietario valoró la cuestión. Su mente, por lo visto, era tan espesa como su cuerpo, pero al fin asintió.

—Eso, mi joven señor, es un dracma ateniense, y te valdrá para costearte una comida decente, con vino, así como una cama en cualquier taberna, y a la

mujer del tabernero que la compartirá contigo. —Rio como si acabara de hacer un chiste—. Lo que tienes ahí suma lo que cobran la mayoría de los hombres por cinco o seis días de trabajo. No preguntaré de dónde lo has sacado.

—Eres un hombre sabio.

Protos detectó un destello de miedo en ojos del tabernero, pero entonces sonrió.

—¿Qué más quieres saber?

—Quiero saber cómo se llama este lugar y quién gobierna en él. Quiero saber si aquí puedo estar tranquilo.

La respuesta del propietario resultó ser complicada y poco halagüeña.

—Nuestros señores de Mesenia lucharon en dos terribles guerras contra los espartanos y perdieron ambas —dijo—. Aprendieron la lección cuando al fin los espartanos les cortaron la cabeza. Desde antes de que naciera mi abuelo bien podríamos estar en Esparta. Hacen que la vida sea dura para la gente común. La gente del campo está atada a la tierra como esclavos y apenas logra sobrevivir.

Dijo muchas otras cosas además de eso, pero la esencia venía a ser que Mesenia no era más que una provincia de Laconia y que era saqueada como tal.

—Dado que vas solo —dijo al fin—, ¿qué intenciones tienes?

—Quería convertirme en soldado.

—Aquí no, muchacho. —El propietario negó con la cabeza y rio—. Aquí no. Salvo por los muchachos de aquí a los que encargan mantener el orden, los únicos soldados que hemos visto nunca han sido espartanos, y con esos hay que nacer lacedemonio para serlo.

—¿Qué hay al norte de aquí?

Aquello supuso otra prolongada reflexión.

—Arcadia, quizá —repuso el tabernero, con el tono de quien da una mala noticia—. Es un lugar pobre y montañoso, dicen. Y se inclinan ante los espartanos igual que hacemos nosotros.

Protos dio el último trago a la cerveza y se puso en pie.

—Gracias —dijo, y abrió la mano para que el tabernero pudiera coger su dracma.

Se había dirigido al norte de la ciudad y llevaba caminando una hora. No había llegado a aprender el nombre del asentamiento, cuando se percató de que le seguían. Se dio la vuelta y vio a cuatro hombres a caballo, a unos trescientos pasos de distancia.

Todos vestían de forma similar y llevaban cascos, lo que significaba que eran soldados de algún tipo, pero no eran espartanos; estos hubieran llevado encima su armadura, o al menos unos corsés de cuero, y hubieran hecho una aparición más impactante. Esos hombres eran ilotas, como él, pero, tal y como había sugerido el tabernero, eran los perros a los que los espartanos dejaban salir de su caseta. Lamían las manos de sus señores y oprimían a su propio pueblo.

Protos supo al instante lo que pretendían. El tabernero le había vendido.

Era como una extraña broma. Protos a punto estuvo de echarse a reír. Había confiado en aquel hombre. ¿Cómo había sido tan iluso?

Se sorprendió ante su propia calma. Tenía miedo, pero estaba sereno. Aquellos hombres no eran sino otro problema que tendría que solucionar de algún modo.

Sabía que corriendo no conseguiría nada.

Si hubiera sido uno solo habría sido sencillo, un hombre estaría muerto antes de acercarse a cincuenta pasos, pero cuatro, y cuatro a caballo, no era tan fácil. Tendría que dejar que se acercaran lo suficiente para que sus monturas no supusieran una ventaja, y no quería dañar a los animales. No tenía nada contra los caballos.

Seguramente fueran cazadores de esclavos, lo que significaba que querrían matarle. Los fugitivos se enfrentaban a una ejecución inmediata, y a esos hombres se les pagaba una cantidad por las cabezas que llevaran de vuelta consigo.

Así que, si quería vivir, tendría que matarlos a todos. Si uno de ellos huía, tendría a otros veinte tras él dos horas después.

Pero matarlos a todos no parecía posible.

Cuando estaban a unos cien pasos de distancia, dejó su petate en el suelo y deshizo el nudo que lo mantenía todo atado. Metió la mano bajo el pliegue de la capa y cogió su puñal por la punta, manteniéndolo oculto contra su brazo para que los jinetes no pudieran verlo.

Cuando estaban a diez pasos de distancia, los jinetes se detuvieron. Entonces uno de ellos avanzó otros cinco pasos.

—¿Cómo llega un esclavo como tú a tener un dracma de plata? —preguntó con un tono que daba a entender que ya conocía la respuesta—. Se reconocer a un esclavo cuando lo veo, aunque vista una túnica de lino. ¿A quién le rebanaste el cuello para robarle el dinero?

Protos se encogió de hombros y sonrió.

—No sé de qué me estás hablando, señor. No he visto un dracma de plata en mi vida.

El jinete azuzó a su montura para avanzar un poco más, seguro de sí hasta resultar insultante.

—El tabernero no dice lo mismo —proclamó negando con la cabeza como si estuviera decepcionado—. Nos ha enseñado la moneda. Si estabas dispuesto a darle esa, debes de tener más. Eres un ladrón, chico.

No había un modo fácil de salir de allí. Que así fuera. En vez de miedo, Protos sintió rabia. «Si he de morir, me llevaré a alguno de estos conmigo…».

Dio un paso y luego otro. Alargó el brazo en ademán suplicante.

—Mi señor…

Nunca acabó la frase. Agarró el brazo del jinete para tirar de él y hacerle perder el equilibrio. Cogió el cuchillo con la mano derecha y le hundió la punta justo debajo de las costillas.

Fue cosa de un instante. El hombre apenas se percató de lo que le había ocurrido. Protos retorció el arma y luego se la sacó del cuerpo, alargó la mano izquierda y tiró de él para derribarlo del caballo.

Lo siguiente que oyó fue el siseo de las espadas abandonando sus vainas de metal.

Se guardaría el cuchillo, decidió. No se arriesgaría a un lanzamiento. Quizá se le presentase la oportunidad de abatir a uno de ellos antes de…

Esperó.

Los soldados se dispersaron a su alrededor hasta rodearle, pero aún no se habían abalanzando sobre él.

¿Por qué seguía con vida?

—Suelta el arma, chico. Vales una buena cantidad vivo, pero después de esto no vamos a arriesgarnos. Deja caer el arma o te mataremos de inmediato.

El hombre que tenía enfrente sonrió.

—Suelta el arma, chico —repitió—. O no vivirás para saber lo que te aguarda en Esparta.

Fue un momento amargo, tan amargo como la muerte misma, porque la elección se había reducido a un final rápido en ese momento o la ejecución en Esparta, y ya sabía cómo sería esto último. Pero mientras estuviera vivo, al menos habría esperanza.

Protos abrió la mano y el cuchillo cayó al suelo.

—Buen chico.

El hombre volvió a sonreír y luego pareció perder interés.

—Rasdo, sube el cuerpo de Kabaiso a su caballo y volvamos a los barracones. Oscurecerá pronto.

Recogieron las armas de Protos en su capa espartana, le ataron las manos a la espalda y le pusieron una cuerda al cuello. Para divertirse, a veces azuzaban

a sus caballos para que fueran al trote, obligando a Protos a correr para seguir el ritmo. Casi fue un alivio, dado que al pugnar por no caer y ser arrastrado por el suelo, le resultaba imposible pensar.

6

Los barracones, comprobó el ilota, eran un edificio de ladrillos con dos habitaciones y un recinto vallado que contaba con un establo en la parte trasera. Estaba a las afueras de la ciudad, y Protos supuso que debía de haber pasado por allí esa mañana, sin reparar en él.

En el recinto había una jaula de hierro, de unos tres codos por costado. Encerraron a Protos en ella y le dejaron solo.

Después de aproximadamente una hora, los hombres colocaron en el patio una mesa y unos bancos para cenar. Había cinco en total, y privados de sus cascos y capas tenían todo el aspecto de lo que eran: campesinos, no se diferenciaban de él en nada. Solo disfrutaban de su poder porque habían unido su suerte a la de los espartanos.

La cena la trajo el tabernero del mismo establecimiento en que Protos, como un necio, había parado a refrescar la garganta y a obtener información. Aquel miró a la jaula y frunció el ceño; después, tras disponer la comida y la bebida de los soldados, con la cháchara habitual de fondo, se acercó y le entregó a Protos una pequeña jarra de cerveza que el ilota a duras penas logró pasar entre los barrotes.

—Lo lamento —dijo sacudiendo ligeramente la cabeza, inquieto—, pero no he tenido elección. Tengo que dar aviso de todos los extraños o me cerrarán el negocio… O algo peor.

—No te lo tendré en cuenta —le dijo Protos mientras rompía el sello de la jarra y la alzaba a modo de saludo.

—Me dicen que has matado a Kabaiso —susurró el tabernero, y luego miró a su espalda para ver si alguno de los soldados le había oído—. Pues bien, nos has hecho a todos un favor. No caía bien, ni siquiera entre sus propios hombres.

—¿Estaba al mando?

El tabernero asintió.

—Tengo que irme —dijo irguiéndose—. Buena suerte.

Por la expresión de su rostro parecía considerar que cualquier golpe de suerte no era más que una remotísima posibilidad.

Protos se recostó en su jaula, bebiendo su cerveza y escuchando la conversación de los soldados mientras cenaban. Hablaban sobre cómo

deberían castigarle por haber matado a Kabaiso.

—¿Qué importa? —dijo el hombre que se había dirigido a él en el camino, cuyo nombre era Galaiso y que parecía ostentar ahora el mando—. Seguramente le crucifiquen en cuanto llegue a Esparta. ¿No basta con eso?

—Pero primero tiene que pagar por lo de Kabaiso.

—¿Por qué? ¿Acaso era amigo tuyo?

Todos rieron.

—Sea como sea, era uno de los nuestros. Se lo debemos.

Galaiso negó con la cabeza.

—En ese caso tenemos un problema. Kabaiso me enseñó la carta y, por lo visto, el chico mató al hijo de un éforo. Esparta le quiere intacto…, quieren reservarse toda la diversión.

—Pero eso no quiere decir que no podamos hacerle algún moratón.

Galaiso tardó bastante en decir algo. Parecía estar valorando la cuestión.

—Enviaré un mensajero a Esparta —dijo al fin—. Un hombre. Bastante justos de gente estamos ya, y harían falta tres de nosotros para custodiarle durante el viaje… Según la carta, este chico ya ha matado a siete hombres, y ya visteis el trabajo limpio que hizo con Kabaiso. Que sean los espartanos los que corran los riesgos.

—Entonces, son tres días a Esparta y tres más de vuelta, luego otros tres para llevar al prisionero. Eso le dará nueve días para recuperarse… Tiempo suficiente. Pero tendremos que hacerlo con cuidado. No me gustaría que alguno de vosotros se emocionara y le rompiera algo.

—Seremos buenos.

Así que estaba decidido, el pasatiempo después de cenar sería darle al esclavo una buena paliza con unos tablones de barril que había en el vertedero.

—Pero recordad, no le toquéis la cabeza —advirtió Galaiso.

La paliza duró media hora. Formaron un círculo en torno a Protos y le empujaron de un lado a otro como una pelota en un juego de niños. Después de un rato, cuando apenas quedaba un recodo bajo su cuello que no estuviera amoratado, el coraje le abandonó y empezó a gritar cada vez que le golpeaban. No podía evitarlo. Sus torturadores lo consideraron extremadamente gracioso e hicieron una especie de concurso: ver cuál de ellos podía hacer que el esclavo gritara más.

Al fin cayó desplomado, pero la paliza no paró. Yacía en el suelo, hecho un ovillo, llorando de dolor.

Le volvieron a poner de pie y la paliza continuó. Cuando decidieron que habían vengado a Kabaiso como merecía, Protos sangraba allá donde su piel se había abierto. Caer suponía una agonía. Al fin le permitieron volver

arrastrándose a su jaula, sobre unas rodillas empapadas en sangre.

Entonces todos se fueron a la cama.

Tiempo después de la medianoche, una lluvia fría llegó del mar. Protos estaba empapado, temblaba. No había postura, ya fuera sentado o tumbado, que no le hiciera llorar de dolor.

—Luminoso Apolo, que apartas el sufrimiento —oró. Su voz no era más que un susurro—. Ten piedad. Saca tu arco y dispárame una flecha de muerte.

Pero, en vez de la muerte llegó el amanecer, y con él un cuenco con agua y un miserable plato de comida de un color marrón oscuro con grumos. Protos no tenía ni idea de lo que era.

—Estás morado como una uva —le dijo jocoso el que se llamaba Rasdo—. Pero estarás bien cuando llegues a Esparta. Allí te crucificarán. ¿Sabes cómo es eso? Te clavan a un árbol y te dejan ahí hasta que te pudres. Si se sienten compasivos te fustigarán hasta que estés medio muerto, para que revientes antes. Pero no creo que nadie crea que mereces ese tipo de clemencia. Un chico fuerte como tú quizá tarde una semana en morir, una semana durante la cual cada bocanada será una tortura.

Protos no dijo nada. Había un límite, había descubierto, de lo que podía sufrir una persona; más allá de ese límite, el miedo perdía todo su poder. La muerte solo era una palabra, y el futuro no podía guardar horrores mayores de los que ya había soportado. Bebió el agua y se obligó a comer la comida, y juró venganza.

Nubit había pasado un mes muy rentable en Traquis, pero había cosas que indicaban que había permanecido allí demasiado tiempo. Las gentes del norte de Grecia eran primitivas y supersticiosas, y temían a las brujas. En sus viajes, Nubit había desarrollado un refinado sexto sentido en cuanto al estado de ánimo general, así que recogió su carreta y salió de la ciudad antes de que pudiera darse una situación desagradable.

Durante la primera noche de viaje hacia el sur, acampó en el golfo de Eubea, a las afueras de una aldea en la que pudo comprar un rodaballo fresco para cenar. Encendió un fuego en un acantilado arenoso que daba a la costa, troceó el pescado y lo frio con aceite. Después se quedó sentada al aire libre, mucho tiempo, escuchando el romper de las olas en la playa rocosa mientras bebía cerveza.

La cerveza estaba mezclada con unos polvos, y cuando empezó a sentir que la bebida se apoderaba de ella, se metió en la carreta y se rindió a sus visiones.

Se tumbó boca arriba, con la mirada fija en la cubierta. Los arcos de madera

que mantenían la estructura parecían las costillas de algún monstruo que se la hubiera tragado entera. Se quedó dormida, tumbada en las tripas de la bestia.

Pero no eran costillas lo que tenía alrededor, sino los barrotes de hierro de una jaula. El dolor era agónico, pero ese dolor no era suyo, sino de otro. Desde tres de los costados de la jaula ladraban unos perros, aullaban frenéticamente, como si rieran. La persona cuyo dolor estaba sintiendo yacía acurrucada, sangrando, rota. Observaba a los perros en silencio, esperando que llegara su momento, sabía que el fin estaba cerca. Era un lobo, gris como el cielo al anochecer. Observaba con odio. Nubit podía sentir ese odio, frío y silencioso.

Los perros le retaban con ladridos. Se lanzaban contra los barrotes de la jaula, como si pretendieran derribarlos. ¿Acaso no lo sabían? ¿Eran incapaces de verlo? La jaula no protegía al lobo, sino a ellos. Cuando saliera, su venganza sería terrible.

Ahora el lobo estaba solo; de pronto hacía mucho frío. Nubit se despertó sobresaltada, escuchando un ruido que tardó en identificar con la lluvia que repiqueteaba contra la cubierta de la carreta, y ya no sintió frío.

El frío le pertenecía al lobo.

Protos siguió siendo el «invitado» de la guarnición durante siete días. Al segundo se puso muy enfermo, con una fiebre tan alta que los soldados se vieron obligados a sacarle de la jaula y a envolverle en mantas. Estaba lo bastante lúcido como para escuchar su conversación, lo que les preocupaba, porque la recompensa por su captura ascendía a los mil dracmas, pero si moría no sería más que otro esclavo sin vida.

Al cuarto día la fiebre había remitido, tras lo cual Protos se obligó a sí mismo a recuperarse. Necesitaría estar fuerte.

Al séptimo día volvió el mensajero, y a este le acompañaban dos soldados de Esparta. Habían traído un caballo de más para su prisionero.

Para entonces, Protos volvía a estar en su jaula, y los espartanos salieron para echarle un vistazo.

—Solo es un muchacho escuálido —dijo uno de ellos. Era el mayor de los dos, y examinaba a Protos con ojos admirados y a la vez inmisericordes—. Me esperaba un monstruo con garras.

Protos permaneció acurrucado en una esquina, con los brazos agarrando sus rodillas, procurando parecer lo más desamparado posible.

—¡Eh! ¡Chico! —le gritó el más joven. Debía de tener unos veinte años y era de constitución musculosa. Tenía cara de tonto—. ¿Eres un asesino?

La única respuesta que recibieron fue el quedo sollozo de Protos mientras este hundía la cara entre los brazos. No podía dejar que vieran el odio en sus ojos.

—No causará problemas —dijo el más joven cuando volvieron a entrar.

No saldrían hasta la mañana siguiente, así que esa noche la guarnición organizó un pequeño festejo. Protos podía oír sus risas. Una fría niebla había llegado desde el mar. Estaba temblando.

—Que el frío se me incruste en el corazón —murmuró para sí—. Lo necesitaré.

Salieron al amanecer. Protos tenía las manos atadas al frente, para que pudiera agarrarse a las crines del caballo y no caer. Cayó igualmente, a tan solo doscientos pasos del barracón. Consiguió que pareciera convincente. Sus custodios le maldijeron y volvieron a subirle al caballo.

En la aldea de Protos había habido seis o siete caballos, compartidos por treinta familias para las labores del arado. Todos los jóvenes campesinos aprendían a montar. Si aquellos dos espartanos hubieran vivido un poco más cerca de la tierra que les proporcionaba el sustento, lo habrían sabido.

La tercera vez que cayó, se lastimó severamente el hombro con una roca, por si no se les hubiera ocurrido dudar. Protos podía verlo en el rostro del más viejo. Estaba irritado. Estaban tratando con un crío, con alguien que era casi tan inofensivo como un bebé. Empezaban a mostrarse despreocupados. El momento llegaría.

Iba a funcionar. Protos podía sentirlo, iba a funcionar.

El más veterano, que le estaba ayudando a ponerse en pie, se volvió para pedirle a su acompañante que cogiera al caballo. Fue una instrucción breve, apenas un instante, pero durante ese instante le dio la espalda a Protos. La espada del hombre, colgada del tahalí, quedaba a menos de un codo de distancia de las manos ansiosas de su prisionero.

Era el momento.

Protos se abalanzó sobre la empuñadura. Las cuerdas alrededor de sus muñecas estaban lo bastante holgadas como para que pudiera hacerse con el arma con ambas manos. La sacó de la vaina y, con un movimiento rápido y fluido, hundió la punta en el costado derecho del guardián.

El espartano mostró más sorpresa que otra cosa. Gruñó y se volvió para mirar a su atacante, con los ojos abiertos al máximo. Protos le sacó la espada de las entrañas, y estaba a punto de dar otra estocada cuando el espartano se derrumbó de rodillas y cayó de bruces.

Quedaba uno y, gracias a los dioses, era un necio.

—Y sí, soy un asesino —gritó Protos—. Así que huye o pelea, espartano. Son tus únicas opciones.

Era un desafío al que aquel matón sería incapaz de resistirse.

No estaban a más de diez pasos de distancia. El espartano azuzó su montura, pero a esa distancia el animal no podía acumular inercia. En cuanto lo tuvo encima, Protos golpeó al caballo con el plano de la espada en el hocico, haciéndolo trastabillar y apartarse. Entonces dirigió la hoja hacia el jinete, pero mientras lo hacía sintió la punta de una espada rozándole las costillas y cómo su propia arma se le escurría de las manos.

«Estoy muerto —pensó para sí—. Ahora acabará conmigo».

Pero el espartano no parecía tener prisa, ni siquiera para darse la vuelta. Era extraño.

Y entonces el caballo se detuvo, en apariencia por iniciativa propia, y el jinete se desplomó por un costado y cayó al suelo, boca abajo, con la punta de una espada asomándole por la espalda.

Entonces Protos comprendió. Todo había ocurrido muy rápido. Le había matado sin siquiera darse cuenta, y había sido el caballo, al pretender apartarse de él, lo que había provocado que la espada se le escurriera de las manos.

El espartano solo le había rozado. La herida en el costado dolía y se mostraba escandalosa, pero por lo demás no era más que un rasguño en la piel. Cogió unos cuantos retales de la túnica de uno de los caídos y se fabricó una venda para detener la hemorragia; luego se sentó a descansar.

Estaba vivo y, por el momento, a salvo, aunque apenas sentía nada. Era como si esos fugaces y agitados instantes de lucha le hubieran agotado.

Y entonces, poco a poco, como si estuviera despertando de un trance, pudo sentir la sangre golpeándole las venas al tiempo que las sensaciones de miedo y alivio luchaban entre ellas. Le daba la sensación de que el corazón estaba a punto de estallarle. Había sobrevivido después de todo. Era como un milagro. Sabía exactamente lo que había hecho, aunque fuera inexplicable.

Protos contempló los cadáveres tendidos en el suelo. Esos enemigos estaban muertos.

Pero no lo estaban todos.

Aún tenía moratones por todo el cuerpo, aunque su color azulado empezaba a volverse marrón. La noche que le dieron la paliza, todos habían estado borrachos. De haber estado serenos puede que hubieran tenido más cuidado, pero tal y como habían ido las cosas, habían estado a punto de matarlo.

Se dijo a sí mismo que era una estupidez, que era peligroso, que no ganaría nada, pero ya sabía que volvería al barracón. Aquellos hombres le habían

apaleado, le habían matado de hambre y le habían vendido a los espartanos. Eran peores que los espartanos porque traicionaban a los suyos. Volvería.

Ahora estaba la cuestión táctica. Protos no se hacía ilusiones de sobrevivir si se enfrentaba a los cinco a la vez, así que tendría que hacer algo para separar a los unos de los otros. Intentó recordar cada uno de los detalles de la vida diaria en el barracón.

Sí, solo había estado dentro un par de noches, y la mayoría de ese tiempo lo había pasado demasiado sumido en las fiebres como para prestar atención. Pero sí recordaba que siempre había habido una cama libre para él. Seguramente todos tuvieran una mujer en la ciudad. Quizá se tomaran noches libres según un sistema de turnos.

Así que el mejor momento era, probablemente, dos horas después de la puesta del sol, cuando algunos estuvieran ausentes y el resto borrachos de vino.

Cuando le capturaron se lo habían quitado todo. Sus armas y herramientas, envueltas en su capa espartana, sus custodios pretendían llevarlas de vuelta a Esparta junto con su prisionero, así que volvía a tenerlo todo, aunque los soldados del barracón se habían repartido sus pocas monedas entre ellos. Cacheó los cuerpos de sus dos víctimas, pero no llevaban nada encima. ¿Para qué iba a llevar dinero un espartano cuando el mundo entero era su botín?

Le tocaría a la guarnición suplir esa pérdida.

Apenas había dormido a lo largo de los últimos siete días. Cogió uno de los caballos y les quitó las bridas a los otros dos para dejarlos marchar, para que vagaran por los campos. No había camino, y no había visto ni una aldea desde que salieran de la ciudad. Dejaría que los espartanos se pudriesen donde habían caído, no había peligro de que los descubrieran. Entonces buscó un lugar ligeramente elevado y se tumbó en la hierba a descansar; quizá acabara quedándose dormido.

Despertó sobresaltado. Sobre él, en el diáfano cielo nocturno, solo podía ver tres estrellas, lo que significaba que acababa de anochecer. Tenía mucho tiempo.

Una hora después se encontraba a las afueras de la ciudad. Ató las riendas del caballo a un árbol en un lugar en el que, si no volvía, alguien lo encontraría seguro.

No había ni un haz de luz que se escurriera por debajo de la puerta del barracón, aunque a esas horas no estarían durmiendo. Estarían en el patio, celebrando los mil dracmas con que serían recompensados por haber

entregado a su prisionero para que fuera crucificado.

La primera vez que habían llevado a Protos hasta allí, habían entrado al barracón por el establo. Recordaba que daba a un callejón. También había una puerta que daba al establo desde el patio. Ambas entradas solían permanecer abiertas, dado que los soldados no tenían por qué temer a los ladrones.

Protos esperó entre las sombras del establo. Sabía que allí era a donde los hombres acudían para aliviarse.

No tuvo que esperar mucho. Alguien abrió la puerta desde el patio, cantando una canción sobre un burro y la hija de un tabernero. El cantante no hacía más que interrumpir su melodía para reír. Había dejado la puerta abierta, así que Protos tendría que matarlo en silencio.

El soldado cantarín entró en uno de los huecos vacíos, se puso de cara a la pared y se subió el dobladillo de la túnica. La canción murió a media frase. Por lo visto, necesitaba estar concentrado para mear.

Probablemente tuviera el tiempo suficiente para sentir la punta de una hoja en la espalda, justo antes de que se le hundiese bajo las costillas y le perforara un pulmón. Cayó de rodillas, jadeando quedamente. Se dio la vuelta y vivió lo bastante como para reconocer al hombre que le había matado. Protos pudo verlo en sus ojos.

Era una lástima, pensó Protos. La narrativa de la canción acababa de llegar a un punto muy interesante, y ya nunca oiría el final.

A través de la puerta abierta podía ver los perfiles de dos hombres, sentados en lados opuestos de la mesa. Uno de ellos reía mientras el otro le contaba una historia en voz baja. Un pebetero daba luz suficiente. Solo estaban a diez o doce pasos de distancia.

Protos lanzó su cuchillo espartano y este se alojó en la garganta del cuentista. Cayó de su banco con un espasmo, como si alguien hubiera tirado de él de repente.

El otro hombre dejó de reír y sencillamente se quedó pasmado. Protos cayó sobre él antes incluso de que supiera que estaba siendo atacado.

Protos le golpeó el rostro con el plano de la espada. El hombre, al que Protos reconoció como Galaiso, se llevó las manos a la nariz mientras un río de sangre le caía por la barbilla.

Protos le derribó del banco de una patada y se alzó sobre él, con la punta de la espada descansando delicadamente justo debajo de su ojo derecho.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó, afable—. Y ahora, podemos hacer esto de un modo sencillo o hacerlo difícil. ¿Dónde están los otros dos?

Pasó un buen rato antes de que Galaiso pudiera recuperar el aliento suficiente como para responder, y Protos tuvo que dejar que la espada le

hiciera un ligero corte.

—Se han ido de putas —dijo Galaiso al fin.

—¿Cuándo volverán?

—Probablemente que Rasdo no llegue hasta el amanecer. Comparte cama con la viuda de un pescador. Pedanio volverá antes.

—Gracias. Has sido muy amable.

Apartó la punta de la espada del ojo de Galaiso, sonrió y hundió el arma en el pecho del hombre. Galaiso se revolvió un instante y luego se quedó quieto.

Mientras veía morir a Galaiso, Protos sintió cierta decepción. Había estado deseando matar a esos hombres, pero al hacerlo no experimentó sensación de triunfo alguna. Ya estaba harto de la venganza, aquello empezaba a parecerse más a un asesinato que a la justicia.

Pero una vez que había empezado, tenía que concluir. No sabía si podía haber una ciudad más grande, con una guarnición más numerosa, a tan solo unas horas de camino, y necesitaba tiempo para desaparecer en las montañas antes de que alguien pudiera descubrir lo ocurrido. No podía permitirse dejar a ninguno de esos hombres con vida.

Recuperó su cuchillo y encontró un caldero con agua en el que limpió sus armas, secándolas acto seguido en una capa que halló colgada en la estancia principal del barracón.

Buscó por la habitación y vio una pequeña caja de madera que contenía varías monedas de plata. El tesoro de la guarnición, supuso. Se metió el contenido en la bolsa.

Quizá tuviera que esperar durante horas, pensó.

Había aprendido la lección de los últimos días. No estaría seguro hasta que diera con un modo de alejarse de los tentáculos espartanos. ¿Pero dónde? Esa gente parecía dominar el mundo.

Se dirigiría al norte, decidió. En realidad no tenía otra elección. Había alcanzado el mar, que estaba tan al oeste como podía llegar. Hacia el sur y hacia el este quedaba Laconia. Tenía que ir al norte.

¿Qué había en el norte? No tenía más que la difusa descripción del tabernero, vaga hasta el punto de resultar inútil. De hecho, no tenía ni idea. Quizá los espartanos sí que dominaran el mundo entero. Quizá la esperanza de llegar a un lugar seguro no fuera más que una ilusión. De ser así, seguiría luchando y ocultándose el resto de su corta vida.

Mientras luchaba contra el sueño, Protos se encontró preguntándose cómo había acabado así. No hacía ni un mes era un campesino que vivía con su madre y con su padre y que era feliz. Ahora era un fugitivo con sangre en las manos. ¿Por qué le habían hecho cargar los dioses con ese destino? ¿O acaso

la vida no era sino un viaje carente de objetivo? Nada tenía sentido.

Se había quedado dormido cuando oyó crujir la puerta. Un hombre entró desde la calle, con el paso estruendoso y torpe de quien ha estado bebiendo. Jamás se percató de la presencia de Protos, que estaba sentado en una silla en una esquina oscura. Se limitó a caminar a ciegas por la estancia y empujó la puerta del dormitorio.

No cerró la puerta. Aparentemente, no se había dado cuenta de que el resto de las camas estaban vacías. En cuestión de instantes, Protos pudo oírle roncar.

Así era mejor. Que muriese mientras dormía, así no podría sentir miedo.

Protos entró en el dormitorio blandiendo la espada.

El ilota tenía que admitir que, a su modo y aunque brutal, Rasdo era un tipo bien parecido. Era alto y fuerte y lucía una brillante barba negra, así que quizá la viuda del pescador no se acostara con él solo por dinero. Cuando volvió, al amanecer, tenía aspecto de haberse aseado la cara y de haber desayunado. Parecía preparado para cualquier cosa.

Salvo para entrar en el barracón y encontrarse al muchacho ilota esperándole.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Te estaba esperando.

Protos se encontraba apoyado en un escritorio, con el cuchillo en la mano, como si se hallara sopesando la punta con la pala de su mano izquierda.

—¿Dónde está todo el mundo?

—No te preocupes, te reunirás con ellos muy pronto.

Protos cambió el cuchillo de mano y lo aferró por el canto de la hoja.

Fue entonces cuando a Rasdo pareció darle por pensar que quizá su vida corriera peligro. Se llevó la mano a la espada, pero era demasiado tarde. Con un movimiento casi demasiado rápido para el ojo humano, Protos lanzó el cuchillo, cuya punta se hundió en el corazón de Rasdo.

El muchacho recuperó su caballo. Lo dejaría libre en cuanto estuviera cerca de las montañas. Cuando se dirigía hacia el norte, saliendo de la ciudad, vio el edificio en el que se había detenido el primer día a pedir información y una cerveza. Decidió que volvería a parar.

Tenía sed, y creía sinceramente que el propietario no había tenido elección. Todos estaban bajo el yugo espartano. Todos eran esclavos. No tenía nada contra aquel hombre.

Pero sería divertido.

Ató las riendas del caballo a un poste y entró. Se sentó en la misma mesa que había ocupado la primera vez, y cuando el tabernero le vio dejó caer la jarra de cerveza que llevaba. Esta se hizo añicos contra el suelo.

—¿De verdad eres tú?

—Sí, soy yo. —Protos puso un dracma de plata en la mesa—. ¿Puedo tomar una jarra de cerveza?

El tabernero, pálido, corrió a servírsela. Cuando volvió, y la posó sobre la mesa, tuvo la osadía de sentarse frente a Protos.

—¿Huiste?

—Sí.

El tabernero miró a su alrededor como si esperara ver la taberna repleta de soldados.

—Esta vez no les diré que te he visto —dijo, asintiendo vigorosamente.

—Sé que no lo harás. —Protos sonrió y le dio un trago a la cerveza—. No queda nadie a quien se lo puedas contar.

7

Durante la travesía a Pela, en Macedonia, Éurito se encerró en sí mismo. Era el miembro más joven de una delegación enviada por el rey Amintas para negociar una alianza contra Olinto, lo que serviría para que Esparta consiguiera presencia en la Grecia continental. Era una misión importante, así que sus compañeros de embajada probablemente interpretaran su actitud como modestia. De hecho, era depresión de espíritu, pues Éurito consideraba que su vida estaba en ruinas.

A sus veinte años, el ferviente patriotismo que le había sido inculcado a lo largo de su entrenamiento militar latía en él impoluto. Había acabado siendo el mejor de su promoción. Sus instructores se veían faltos de palabras a la hora de alabar su valor, disciplina e inteligencia. Ante él veían un futuro luminoso.

De hecho, todo lo que quería, lo que siempre había querido, era convertirse en un digno siervo del estado y estar a la altura de sus antepasados.

Sin embargo, en su primera prueba, enfrentado a un joven esclavo ilota, había fracasado miserablemente. No cabía duda de que para su padre, que había organizado la misión de la que formaba parte, su fracaso era tan doloroso como lo era para él.

Los macedonios tenían fama de ser valientes y amables, y unos borrachos. Éurito estaba seguro de que no podría redimirse en una mesa de banquetes. Lo que quería era una guerra.

Y si moría luchando, que así fuera. Todo lo que le importaba era recuperar su honor.

Pero ahora tenía que hacerse el simpático con un rebaño de bárbaros del norte. Y todo porque se había negado a aceptar el reto lanzado por un joven esclavo.

Al llegar a la capital Macedonia, Éurito encontró a los nobles de aquel pueblo más gratos de lo que había esperado. Carecían de la disciplina de los espartanos, parecían enfrentarse a la vida con la euforia de un chiquillo. En sus banquetes se emborrachaban alegremente y disputaban batallas simuladas, cabalgando los unos a hombros de los otros y lanzándose comida. Aun estando serenos, hablaban de la guerra como si fuera un juego que practicaran por placer animal.

Pasado medio mes, fue aceptado como uno más en sus festejos, y la alianza empezó a materializarse. Habría guerra contra Olinto, y Éurito solo podía esperar a buscar algún modo de ser parte de ella.

Entonces recibió una carta de su padre. Protos había sido capturado en Mesenia y estaba preso en una jaula en un lugar llamado Ciparisia. Se había enviado una escolta para llevarle de vuelta a Esparta.

Aquel quizá fuera el momento más feliz de la vida de Éurito.

Pero mientras Éurito leía acerca de su captura, Protos había desaparecido en el monte Erimanto. Los espartanos enviaron partidas en su busca, las cuales siempre volvían sin haber encontrado ni una sola huella. A veces Protos se sentaba al abrigo de la sombra de algún peñasco a observar las líneas de soldados que recorrían las estrechas y pedregosas sendas de montaña. No se ocupó de ellos, se dirigió al norte.

Un mes después las partidas dejaron de aparecer, y Protos supuso que había dejado atrás Mesenia y que se encontraba en algún otro lugar.

Llegados los rigores del invierno, había bajado de las montañas. Después de cuatro días de vagar sin rumbo, dio con una ciudad.

Al principio no sabía lo que era. Desde la distancia lo único que podía ver era una muralla, que debía de ser, con toda seguridad, de tres o cuatro veces la altura de un hombre y se extendía un trecho antes de acabar bruscamente, en ambos extremos. ¿Quién levantaría una pared así? ¿Y con qué propósito? Que aquello pudiera ser una especie de asentamiento humano no se le ocurrió en un principio.

Pero sí vio los caminos o, más concretamente, gente y carretas recorriendo lo que suponía eran calzadas. Su flujo comenzaba o acababa en puntos opuestos del muro, pero el tráfico en el extremo este era mayor que en el lado oeste.

Una hora caminando le desveló al ilota que lo que había visto en un principio no era más que el lado sur de un gigantesco rectángulo de piedra. También descubrió la puerta por la que la gente entraba y salía de lo que fuera que escondía ese muro.

Decidió investigar.

Nada podría haberle preparado para lo que encontró. El espacio intramuros estaba repleto de edificios, la mayoría de madera, pero muchos de piedra, así como estrechos y abarrotados caminos apenas lo bastante amplios como para que pasara una carreta de granja. Protos jamás había visto tal multitud de gente. La muchedumbre estaba compuesta en su mayoría por gente pobre, y los

pobres eran iguales en todas partes, pero aquí y allá se veían hombres, e incluso algunas mujeres, con túnicas bordadas y prendas de lana teñida. Algunas llevaban finas bandas de metal brillante en los brazos.

El sonido de sus voces amontonadas resultaba inhumano y el olor, una mezcla de sudor, basura y excrementos, era desbordante.

¡Qué lugar! ¿Por qué iba a querer nadie estar aquí?

Y, sin embargo, a pesar de la confusión y la mugre, era reconfortante volver a estar en presencia de seres humanos. Protos no había hablado con una persona desde hacía casi dos meses. Durante todo ese tiempo, los hombres habían sido sus enemigos, seres que debían ser observados desde la distancia. Ahora se percataba de lo solo que había estado.

Quizá pudiera quedarse en ese lugar un tiempo, siempre y cuando estuviera lejos del alcance de los espartanos.

Con su cuchillo espartano en el cinturón y cargando con su petate de armas, caminó por la ciudad durante horas y al fin descubrió una segunda puerta, por lo que al final dedujo que aquel lugar era, en esencia, una aldea, solo que muchísimo más grande.

Pronto se dio cuenta de que allí podía comprar comida; al parecer, se podía adquirir casi cualquier cosa. Pagó por una torta de pan enrollada con tiras de carne dentro. No era asqueroso. Había comido cosas mucho peores. Lo que quería ahora era algún lugar cálido para dormir.

La gente hablaba una lengua no muy diferente del dórico con el que Protos había crecido, así que no le costó dar a conocer sus deseos. Compró una jarra de cerveza en un puesto y preguntó dónde podría encontrar un sitio para pasar la noche. La mujer que había detrás del puesto, delgada y anciana, pareció ofenderse ante la pregunta, pero al fin señaló hacia una puerta que había al otro lado de la calle.

—Allí sirven comida —dijo—, y por un óbolo te darán de cenar y un hueco para dormir junto al fuego.

—¿Qué es un óbolo?

La mujer le miró como si pensara que tenía alguna tara y luego le dijo que un óbolo era la sexta parte de un dracma. Si era así, tendría comida y alojamiento hasta el verano. Le dio las gracias y cruzó la calle.

El propietario de la nueva posada de Protos era un hombre llamado Kefalos, que parecía rondar el final de la cincuentena y era, según él mismo decía, un alma inquieta que en su juventud había viajado hasta la lejana Persia en el este y hasta la isla de Sicilia, en el oeste, y que, al fin, haciendo uso de sus encantos

naturales, conquistó el corazón de la viuda del antiguo dueño. Aquella dama llevaba muerta tres años, y no recibía más que alabanzas por parte de Kefalos, aunque de vez en cuando daba a entender que el matrimonio no había sido completamente maravilloso.

Estaba tan encantado con la insistencia de Protos de pagar por adelantado —y en plata ateniense— que le ordenó a una de sus dos sirvientas, la que parecía ocupar el lugar de su esposa fallecida, que calentara agua para que «el joven y noble Protos» pudiera desprenderse del polvo de su largo viaje. Mientras esperaban, Kefalos le invitó a una jarra de cerveza y le entretuvo contándole una de sus aventuras.

—¡Ah, chico! Los caprichos de la fortuna ponen los pies de un hombre en extraños caminos —dijo, palmeando a Protos en el brazo y luego rellenando su jarra—. Yo tenía pensado convertirme en un gran príncipe y comerciante, y ahora parece que lo más probable es que acabe mis días aquí, en este antro en el culo de Grecia, poniendo a disposición de viajeros como tú las pobres comodidades que pueda ofrecer mi establecimiento. Pero nunca me oirás quejarme. No, jamás.

—¿Entonces no naciste aquí?

Kefalos era un hombre corpulento, alto y de complexión generosa, pero lo más impresionante de su físico, lo que Protos siempre recordaría, era su cabeza. Bien podría haber sido la cabeza de un ídolo pintado. Los ojos, la nariz y la boca parecían demasiado grandes para su cara, e insinuaba una personalidad a la vez avariciosa, astuta y sentimental.

En ese momento sonreía, como si Protos hubiera averiguado su secreto.

—No, chico, yo nací y crecí en Corinto, aunque mi madre era de Salamina… Es una isla, y las mujeres de las islas siempre están suspirando por lugares extraños y hombres prohibidos. Le hizo llevar a mi padre una vida triste, y supongo que he heredado mi naturaleza lasciva y casquivana de ella.

»Corinto… Esa sí que es una ciudad, bella y rica. ¡Ojalá nunca me hubiera ido!

—¿Es más grande que…? ¿Cómo has dicho que se llamaba este lugar?

—Elis, muchacho. El recto de la creación. ¡Puaj!

Protos jamás había conocido a nadie como Kefalos, y era divertido escuchar sus historias y sus descripciones de cómo era la vida en el lugar al que le gustaba llamar «la mal querida ciudad donde acabarán descansando mis huesos».

—Sí, chico, Corinto es muchísimo mayor. Corinto es la maravilla del mundo, pero este lugar no es más que un superpoblado villorrio de campesinos. ¡Qué aires se dan! Y ahora han provocado alguna especie de

conflicto con Esparta. Es la mayor de las locuras.

Interrumpida tan solo por el baño de Protos, su conversación duró hasta bien entrada la noche, momento en el que la última sirvienta, cuyo nombre era Gulas, vino a llevarse a Kefalos a la cama.

Las comodidades ofrecidas por su nuevo amigo no eran lo que Protos hubiera esperado, ya que el espacio disponible en el suelo estaba alquilado a una amalgama de viajeros, jornaleros y mendigos, apiñados como perros. Cuando llegó la medianoche, el fuego del hogar se había extinguido hasta convertirse en un puñado de brasas. En la estancia hacía corriente. Había tal cacofonía de ronquidos que daba la sensación de que se estuviera dando un continuo terremoto. No fue una noche particularmente reparadora.

Protos solo tuvo unos días para experimentar los encantos de la vida en la ciudad antes de que su casero le llamara a un lado una noche, justo después de la cena.

—Llegan rumores de que el ejército espartano ha cruzado la frontera con Arcadia, lo que significa que no están a más de uno o dos días de marcha de Elis. Seguro que lo que quieren es solucionar alguna disputa política, pero su presencia podría hacer que las cosas se vuelvan incómodas para otros.

»Gulas vio las cicatrices que tienes en la espalda cuando te bañabas. Yo no hago preguntas, pero intuyo que quizá quieras evitar a nuestros visitantes lacedemonios.

—Tu advertencia es muy oportuna, Kefalos, y todo un acto de amistad. Recogeré mis cosas.

—Si alguien me pregunta por ti, diré que te eché por mal comportamiento. —Kefalos sonrió, le guiñó un ojo y posó una mano sobre el hombro de Protos—. Pero aún hay tiempo para una jarra más de cerveza antes de que te vayas…

Pues bien. Ni siquiera aquel lugar estaba más allá de las garras de sus enemigos. ¿Acaso no había lugar alguno en el que pudiera sentar la cabeza y sentirse seguro? Por lo visto no.

Protos salió con el ocaso. A las puertas de la ciudad se encontró abriéndose paso a codazos a través de una marea de gente aterrorizada. Gente de las aldeas cercanas estaban ansiosas por encontrar abrigo tras las murallas antes de que llegasen los temidos espartanos.

Kefalos le había aconsejado que guiase sus pasos al norte y que, cuando se topara con el mar, se montara a un barco y cruzase a la Grecia continental.

Pero a Protos el instinto le decía que debía ir hacia el este, hacia Arcadia, que, según le habían dicho, era una región montañosa y poco habitada. Además, no tenía prisa por huir. Sentía una genuina curiosidad.

No había tenido contacto con los espartanos salvo en un plano personal. Nunca había visto aquel ejército al que todo el mundo parecía temer; de hecho, nunca había visto un ejército. Así que decidió que se quedaría cerca y observaría el desarrollo de los acontecimientos.

Si estaba condenado a pasar el resto de su corta vida luchando contra ellos, pensó que quizá fuera sensato aprender un poco más sobre los espartanos.

Había bosques al este de Elis, a poco más de media hora de camino. Protos se acomodó allí para pasar la noche, y a la mañana siguiente encontró un árbol que se alzaba sobre los demás. Trepó y descubrió, tal y como esperaba, que desde allí disfrutaba de una vista privilegiada de la puerta este de Elis.

Por un poco de dinero, Kefalos le había entregado un zurrón de cuero repleto de comida e incluso una jarra de cerveza. Era suficiente, pensó, para unos tres días. Colgó el zurrón y su petate de armas de una de las grandes ramas del árbol y bajó a explorar el entorno. En caso de emergencia podría necesitar una ruta de huida.

Esa tarde llegaron los espartanos. Levantaron el campamento al suroeste de su punto de observación, un proceso meticuloso que les llevó toda la noche. Sus esclavos trabajaban a la luz de las antorchas y Protos, sentado en su árbol, era capaz de ver el interior de la empalizada.

Estimaba que, quitando los trabajadores ilotas, debía de haber tan solo unos doscientos.

Al día siguiente no hubo movimientos. Enviaron algunas patrullas montadas que recorrieron el perímetro de las murallas, pero estas no parecían cumplir más función que la de intimidar a los habitantes de Elis.

A la mañana del tercer día los espartanos dejaron su empalizada y formaron dos cuadrados de diez hombres de ancho por diez de fondo. En perfecta formación, marcharon hasta encontrarse a cinco estadios de la puerta principal de Elis, donde se detuvieron y entonaron una especie de canto. Protos no podía entender las palabras, pero supuso que se trataba de un desafío.

Era extraño. Solo conocía la guerra por las historias que le contara su tío Neleo, y creía que consistía en una serie de duelos entre héroes: Aquiles contra Héctor, Menelao contra Paris… Era evidente que eso no se parecía en nada a lo que le habían contado.

En cuestión de un cuarto de hora las puertas de la ciudad se abrieron y los soldados de Elis salieron y formaron en cuadrados como los espartanos. Formaron cinco cuadrados, lo que significaba que sus fuerzas superaban en

más del doble a las espartanas. Los lacedemonios, aparentemente, no habían calculado bien. Era evidente que ganarían los de Elis.

Pero lo que ocurrió desafió todas sus previsiones. En cuanto los dos ejércitos empezaron a aproximarse, Protos pudo comprobar cuán diferentes eran. Los cuadrados espartanos eran prietos y precisos. Su avance era el de un único objeto, los hombres que formaban los cuadros estaban tan integrados en ellos que casi parecían desaparecer como individuos. Era como observar un sillar que hubiera cobrado vida.

Los cuadros de Elis, por el contrario, no eran más que hombres que se habían organizado de esa manera concreta. A medida que avanzaban, su formación se bamboleaba, a la retaguardia le costaba mantener el ritmo de la vanguardia.

La batalla empezó cuando unos hombres, desde dentro de los cuadros de Elis, lanzaron jabalinas a los espartanos, pero casi al instante estos alzaron sus escudos formando una especie de techo sobre sus cabezas. Si alguna de las jabalinas llegó a hacer blanco, Protos no lo vio.

Y cuando los enemigos chocaron, los de Elis bien hubieran podido estar atacando un muro de piedra. Los espartanos avanzaron, las líneas de Elis aguantaron, luego flaquearon y después se vinieron abajo, convirtiéndose una vez más en meros individuos que intentaban escapar de los inhumanos y eficaces cuadros espartanos.

Y así fue como acabó. Los de Elis simplemente echaron a correr dejando a los espartanos convertidos en dueños del campo de batalla. El enfrentamiento no había durado ni tres cuartos de hora. Doscientos hombres habían derrotado a quinientos con la facilidad con que una piedra aplasta un huevo.

Y habían muerto hombres. El campo estaba repleto de hombres de Elis muertos y aquí y allá, algún lacedemonio.

Así que eso era la guerra. Durante los últimos meses, Protos se había familiarizado con la muerte, pero aquello…

Los campesinos se organizaban para la siembra y la cosecha. Las gente de las ciudades solo parecían organizarse para masacrarse entre ellos. ¿Cuántos habrían caído hoy? ¿Ochenta? ¿Cien? ¿Qué disputa mantenían Elis y Esparta para que la solución costara tal cantidad de vidas?

Era demencial. Y los espartanos, para quienes matar era una forma de vida, eran los mayores dementes de la tierra.

No había más que ver. La ciudad de Elis tendría que negociar la paz que pudiera con los espartanos, pero eso no tendría lugar en el campo de batalla.

Protos recogió su zurrón con comida y las armas y bajó del árbol. Ante él se extendía Arcadia y, probablemente, un duro invierno, pero encontraría el

modo de sobrevivir. Las montañas no tenían piedad, pero los hombres eran peores.

Y sentía que había aprendido algo: en toda fuerza había un núcleo de debilidad.

8

Nubit había tenido un día agotador. Tenía la voz ronca de tanto intentar atraer público. Desde el desayuno, les había leído el futuro a seis personas y había vendido ocho o nueve pociones de amor… Ni siquiera recordaba cuántas. Ganar dinero en Argos era como apretar un nabo para sacar agua. Como siempre, los únicos lugares en los que podía encontrar un hueco para hacer sus espectáculos eran las escaleras que llevaban a los templos, y los magistrados de la ciudad empezaban a observarla. A media tarde había decidido que era el momento de irse.

Al caer el sol ya se encontraba a unas horas al este de la ciudad. Había detenido su carreta en una arboleda, cerca de un riachuelo sin nombre. Su caballo estaba atado y pastaba. Su propia cena bullía sobre una pequeña hoguera. Sabía que necesitaba comer porque se sentía débil, pero lo que de verdad quería era descansar la cabeza contra la rueda de la carreta y buscar refugio en sus sueños.

Volvería a envenenar a su padre una vez más y presenciaría la jubilosa visión, que a lo largo de los años había ido adquiriendo una gran intensidad de detalle. Vería cómo la vida se le apagaba en los ojos, y luego, una vez desvanecida, la Divina y Gran Madre inundaría su alma con nuevas cosas vistas y no vistas, le abriría el futuro y el pasado y se convertiría en un simple medio de la verdad final, que era el más valioso regalo de la diosa.

Lo que la gente llamaba el mundo era una sombra. Sus sueños eran la verdad. Así lo creía Nubit. Y cuando muriera, creía que se convertiría en parte de esa verdad y viviría para siempre.

Pero ese mundo-sombra mantenía encadenada a toda alma viviente. Nubit tenía que trabajar para ganarse el pan, que se volvía rancio en un día, y pescado, que apestaba hasta que lo freía en aceite y ajo.

No había conocido un hogar desde que dejara Egipto, y «hogar» era una idea que no guardaba para ella ningún atractivo. Nubit se había ido de Egipto en el primer barco que zarpó, había vendido los platos de oro de su padre para pagar el pasaje. Había desembarcado en Grecia, en la ciudad de Atenas, sin nada, salvo por unas bolsitas con yerbas y la sabiduría transmitida por su madre.

Madre… No la diosa, sino la pobre y frágil mujer que había muerto

tosiendo sangre de sus tripas reventadas. Nubit no sabía casi nada de la historia de su madre, solo que no había nacido esclava, sino que era la hija de un campesino del alto Egipto. El padre de su madre, al parecer, había vivido temiendo a su mujer porque tenía un genio impredecible y podía convocar a los espíritus de los muertos. No quería vivir bajo el yugo de otra bruja, así que cuando su mujer murió, vendió a su hija a un comerciante de esclavos.

—No malgastarás la vida bajo el yugo —le había dicho a Nubit su madre—. Te aguarda otro destino, cuando tengas el valor de abrazarlo.

Y así le había enseñado a su hija lo que el mundo, en su necedad, llamaba brujería.

Si su madre hubiera sido un poco más lista, habría sido ella la que hubiera envenenado al padre de Nubit, a ese hombre malvado, y habrían podido huir juntas.

¿Le había faltado sabiduría, o coraje? ¿O había temido tanto a los dioses que se había arrugado ante la idea de llevarlo a cabo?

Los dioses eran niños… o una invención de los hombres. Solo la Gran Madre era real, y a ella no le importaba el catálogo de pecados de los sacerdotes. Para ella solo existían la vida y el esfuerzo.

El sol llevaba oculto una hora. La hoguera de Nubit parecía ser la única luz en el mundo, y su olla pendía sobre esta de un trípode de hierro. Hoy había decidido darse un capricho y en el templo de Hera había comprado los cuartos traseros de un cordero, sacrificado esa misma mañana, eso le habían dicho, por un comerciante rico que celebraba el nacimiento de un nieto. También había un cerdo, pero Nubit era demasiado egipcia como para tocarlo. Así que esa noche lo celebraría a la salud del comerciante y disfrutaría de un guiso de cordero y mijo.

Nubit descansaba la espalda contra la rueda de la carreta y todavía no había probado su cerveza cuando oyó chascar una rama en algún lugar de la oscuridad. El cuchillo que había usado para trocear el cuarto trasero del cordero estaba en el suelo, a su lado, así que lo ocultó entre los pliegues de su falda.

De pronto un hombre apareció en el círculo de luz de su hoguera. Estaba de pie, al otro lado de la hoguera, iluminado por las llamas. Llevaba un largo petate envuelto en una capa que, por el estilo, había sido tejida en Esparta, pero el hombre solo llevaba un taparrabos y caminaba descalzo. Era delgado, pero lucía fuertes músculos y, a juzgar por la pelusa que le crecía en las mejillas y la barbilla, muy joven.

—Estaría en deuda contigo si permitieses que me sentara y me calentara junto a tu hoguera, señora —dijo—. No tengo intención de hacerte daño.

Nubit vio cómo el muchacho apartaba la mirada de la olla. Tenía hambre, podía vérselo en la cara, pero era demasiado orgulloso como para rogar. Y no era ningún ladrón.

—Venga, siéntate, muchacho. La cena estará lista en media hora. Me será agradable la compañía.

—Te lo agradezco.

Nubit casi tuvo que forzarle a aceptar un cuenco de cerveza, y fue divertido ver la forma en que bebía, muy poco a poco. No estaba dispuesto a dar a entender que estaba hambriento o sediento, tampoco que tenía frío. La noche era fresca y casi iba desnudo, pero no se rendiría a la debilidad.

Ella se inclinó para remover el contenido de la olla.

—¿Vienes de lejos? —preguntó ella, procurando no mirarle a los ojos.

Pareció pensar en la pregunta un instante, y luego negó con la cabeza.

—Apenas lo sé —dijo—. He estado vagando. ¿Qué lugar es este?

—Estamos a unas dos horas de la ciudad de Argos.

—¿Es esa una ciudad espartana?

—No, chico. Argos es el perro de Esparta, pero estás a salvo.

—¿Qué te hace pensar…?

—¿… que eres un fugitivo? —Nubit le miró y rio, como dando a entender que debía de ser muy necio si necesitaba preguntar tal cosa—. Si no me equivoco, eso que tienes envuelto en esa capa espartana son armas. Tengo entendido que los espartanos son muy severos con sus hijos varones. ¿Has huido de casa?

—No tengo casa. —Lo dijo sin compadecerse de sí mismo, solo transmitía un hecho.

—¿Cuánto tiempo llevas viajando?

El muchacho se quedó pensando en la pregunta un momento.

—Empecé en otoño, y han pasado dos inviernos desde entonces.

—Y ahora es primavera —asintió ella—. Así que llevas un año y medio, más o menos.

Nubit estaba a punto de preguntarle dónde había estado, pero decidió que quizá fuera más sensato dejarlo estar.

—El guiso está listo —dijo—. Iré a por un par de cuencos y algo de pan.

—En ese caso, cuando te levantes, cuida de no cortarte con el cuchillo que ocultas bajo la falda.

Eso le hizo reír.

El guiso estaba bueno, y aunque el cordero tuviera mucho nervio, el chico no se quejó. Comió lentamente; daba la sensación de que saboreaba cada bocado.

—¿Por qué dices que Argos es el perro de Esparta? —preguntó pasado un tiempo, como si hubiera estado dándole vueltas a esa pregunta durante toda la cena.

—Porque Argos es demasiado débil para resistir a los espartanos, y se han visto obligados a convertirse en sus aliados; es como la virgen que se casa con un hombre porque teme que, si no lo hace, este acabe violándola. Además, era un chiste. Argos es como se llamaba el perro de Odiseo.

—¿Ese Odiseo es amigo tuyo?

—No.

Nubit hizo un esfuerzo por no reír. Era difícil imaginar a un griego que nunca hubiera oído hablar de Odiseo.

No era más que un niño, se dijo. Aunque parecía haber dejado la niñez muy atrás. No había nada extraño en él. Cada uno de sus movimientos era grácil y elegante. Era cortés, aunque tal cualidad más parecía natural que adquirida.

Sin embargo, daba muestras de no saber nada del mundo salvo, obviamente, cómo sobrevivir.

—Soy como tú —dijo ella al fin, cuando el silencio entre ellos amenazaba con volverse permanente—. No tengo más casa que mi viaje.

—En ese caso no eres como yo. —El muchacho sonrió, dando a entender que no pretendía ser grosero—. Los viajes requieren planificación.

—Todos tenemos un plan… O hay un plan para nosotros. Aunque vayas adonde te lleve el aliento del mundo, siempre hay una dirección.

—La única dirección que sigo es la que me aleja de la muerte, pero no consigo averiguar hacia dónde es.

—Pero hasta ahora has logrado seguirla.

El muchacho no pudo más que encogerse de hombros y volver a sonreír.

Ella empezó a decir algo más, pero él alzó la mano para que callara. Al principio Nubit estuvo a punto de sentirse ofendida, pero entonces se percató de que el chico estaba atento a un ruido que ella no podía oír.

—Viene alguien —dijo el muchacho en voz baja.

—Si es así, quizá sea mejor que no estés aquí.

El chico asintió, recogiendo su petate al tiempo que se ponía en pie. Un instante después había desaparecido en la espesura, sigiloso como una sombra.

«Solo es un niño —pensó para sí—. Y sin duda un fugitivo. No puede culpársele por tener miedo».

Y, aun así, Nubit no pudo obviar su decepción.

Pero ella no temía, se dijo a sí misma. Era demasiado pronto para temer. Y mostrar miedo hubiera supuesto abandonar toda ventaja. No debía tener miedo.

Nubit sabía, al menos en términos generales, lo que esperar. Aquel no sería

más que un hombre que la habría visto por el camino y que venía a pasar un buen rato. Ella le sonreiría como si le llevara esperando toda la noche, y si tenía mucha suerte aceptaría el cuenco de cerveza que le ofrecería, en cuyo caso despertaría al día siguiente, por la tarde, solo y desnudo ante una hoguera fría.

Si era menos afortunada, la violaría, y sería mejor para ella no resistirse. Dado que, para una mujer que viajara sola, la violación tomaba la forma de un desastre natural, como la rueda que se quiebra en medio de una tormenta de nieve.

Pero si tenía muy mala suerte, le daría una paliza y luego la violaría. Había tales hombres en el mundo, y en un descampado, en medio de la nada, ¿qué podía impedir que la matara?

Aunque quizá no muriera. Lo más seguro era que no muriera. Se levantaría la falda y haría lo que pudiera por protegerse la cabeza.

En una ocasión, cuando tenía diecisiete años, un hombre, en Epiro, le había propinado una paliza y la había dejado por muerta. Le rompió el pómulo: hasta hoy le dolía la cara cuando hacía frío, y tardó dos meses en poder respirar profundamente sin sentir dolor.

Entonces recordó el cuchillo. Quizá pudiera ahuyentarle con el arma.

A los pocos instantes después de que el chico desapareciera, Nubit cogió su cuenco de cerveza y usó la yema del dedo medio para cubrir el interior con un mejunje que sacó de un pequeño tarro de bronce que llevaba en el zurrón de las hierbas. Luego rellenó su propio cuenco y se sentó a esperar.

Ahora sí podía oír el crujir de los arbustos. Casi le tenía encima.

Por el ombligo del dios ratón, había dos de ellos.

El cuchillo no le serviría de nada. Si abatía a uno, el otro la cogería, y luego seguramente la mataran. Tenía que olvidarse del cuchillo.

Así que permaneció en el suelo y esbozó un gesto lascivo para recibirlos.

—Buenas noches, nobles ciudadanos.

Alzó su cuenco a modo de saludo y sonrió. Incluso les guiñó un ojo. En su interior estaba temblando, como la yerba a merced del viento, pero no debían oler su medio. Su miedo solo serviría para envalentonarlos.

Eran unos tipos grandes, campesinos probablemente. Vestían túnicas ajadas que no servían para cubrir sus sucias rodillas. Se parecían lo suficiente como para suponer que quizá corriese la misma sangre por sus venas. Sus barbas negras eran selvas grasientas, y Nubit pudo comprobar, merced a los ojos vidriosos que la observaban, que ya estaban borrachos.

Un zoquete que se hubiera bebido una bota entera de vino era lo peor. Ninguna mujer, hiciera lo que hiciera, sería capaz de avivar su flácida

hombría, y quizá la golpease hasta casi matarla con tal de calmar su vanidad herida.

Pero si habían estado bebiendo, quizá quisieran más. Quizá pudiera organizar una agradable siesta para ellos.

Acabó su cerveza de un trago y fingió un suspiro de satisfacción.

—¿Querrían estos nobles ciudadanos probar un poco de mi cerveza? La hago yo misma y es fuerte. —Nubit rio, con la lascivia de una puta de taberna—. Me gustan los hombres fuertes y la cerveza fuerte.

Al menos uno de ellos sonrió, aunque por lo visto no por el chiste. Puede que ni siquiera la oyeran.

—Te hemos visto hoy en el mercado —dijo, casi como si la hubiera visto cometer un crimen—. Te vimos hacer tus trucos con chispas y humo verde, pero lo que más nos gustó fue el aspecto de tus tetas a través de esa túnica transparente. Ninguna mujer griega se dejaría ver así los pezones. Le he dicho a mi hermano que seguro que eres extranjera.

—Mi señor es sabio. Soy egipcia.

—¡Egipcia! He oído hablar de Egipto. Dicen que todas las egipcias son brujas y putas.

—En ese caso, mi señor, bebe un trago de la cerveza de esta puta y sé feliz —exclamó rellenando el cuenco del chico con su jarra y entregándoselo como si fuera una ofrenda. Su voz sonaba un tanto histérica, incluso para su gusto—. Venid, bebed, y os enseñaré alguno de los trucos de magia que visteis en el mercado.

El otro dio un paso al frente y, de un manotazo, le derribó el cuenco de la mano.

—No queremos tu cerveza, puta. —Y se volvió hacia su hermano—. Venga, Zanteo, vamos a ello.

Zanteo le tocó el brazo, como haría quien quisiera calmar a un chiquillo.

—Sí, claro. Pero no pasa nada por divertirse un poco con ella antes.

Pero aquello no pareció calmar a su hermano. Alargó la mano, aferró la túnica de Nubit y tiró de ella como si quisiera estrangularla.

—¡Danos el dinero, puta! La gente te estaba dando monedas de plata… ¡Lo hemos visto!

La tiró al suelo y alzó el puño como si fuera a golpearla. Y entonces…

Entonces ocurrió algo extraño. Se puso rígido y abrió la boca, como si fuera a hablar, pero la sangre le empezó a manar de entre los labios. Se desplomó de rodillas y se quedó mirando a Nubit, sorprendido.

Entonces la mujer comprendió. Tenía una daga alojada en la garganta hasta la empuñadura. Estaba herido de muerte.

La expresión de sus ojos le recordó a Nubit a la de su padre mientras ella le veía morir.

Y entonces el chico, calmado, apareció en el círculo de luz. Con el pie empujó al hombre y este cayó a un lado, muerto ahora de verdad.

El chico llevaba una espada en la mano derecha.

Zanteo no necesitó más. Soltó un alarido y dio media vuelta para echar a correr.

El muchacho volteó la espada en el aire con maestría y la cogió por la hoja. Zanteo no había recorrido más de cinco o seis pasos cuando el chico lanzó la espada. Con un golpe sordo, como una tos, la punta le acertó a Zanteo en la parte superior de la espalda, se tambaleó y cayó. Por un momento pareció descansar el peso de su cuerpo sobre los codos, pero luego se desplomó en el suelo y dejó de moverse.

El muchacho arrancó la daga de la garganta del hermano sin nombre. Luego se irguió y contempló la silueta inmóvil de Zanteo con una expresión de leve perplejidad. Entonces volvió en sí y se volvió hacia Nubit.

—Será mejor que entierre a estos dos —dijo con calma—. Podría venir alguien a buscarlos, es mejor que desaparezcan. ¿Tienes una pala?

Nubit se le quedó mirando, perpleja. Acababa de matar a dos hombres y ahora pedía una pala.

—Los has matado —dijo sintiendo una especie de admiración—. ¿Por qué? No era cosa tuya.

—Has sido amable conmigo y te hubieran hecho daño. Era cosa mía. —Inclinó un poco la cabeza, su mirada aún centrada en el rostro de la mujer. Parecía estar esperando algo. Entonces pareció ocurrírsele que ya había esperado bastante—. ¿Tienes una pala? —repitió.

Aún tenía la daga en la mano. Ella no podía quitarle los ojos de encima al arma.

—Una pala… Sí. Atada al otro lado de la carreta.

—Iré a por ella.

—Dame tu daga para que la limpie.

El comentario le hizo gracia.

—¿Así es como se llama? —preguntó, y entonces, sin esperar respuesta, hundió la punta en el suelo, a los pies de Nubit, y fue a recoger la pala.

Cuando la encontró volvió y cogió el pie del hermano sin nombre, agarrándole del tobillo con el recodo del brazo.

—Me los llevaré al interior del bosque —dijo—. Nadie los encontrará.

—Gracias —dijo ella, todavía desbordada por lo que acababa de presenciar —. Creo que, con toda probabilidad, me has salvado la vida esta noche. —Y

luego—: ¿Dónde aprendiste a matar así?

El chico sonrió.

—Es solo cuestión de práctica —dijo. Y desapareció en la oscuridad arrastrando el cuerpo.

Cuando se fue, la daga atrajo toda la atención de Nubit. La observó un instante, luego aferró la empuñadura y la arrancó del suelo. La sangre aún brillaba en la parte superior de la hoja.

Cogió un trapo y un recipiente con agua de su barril y se sentó a limpiarla, primero con agua y luego con un puñado de tierra arenosa, después otra vez con agua. Más tarde la secó a conciencia.

Cuando acabó tomó la daga con las dos manos; la punta descansaba con delicadeza contra su palma izquierda.

Y entonces recordó el sueño.

El cazador sosteniendo la daga en sus manos del mismo modo que lo estaba haciendo ella ahora. El sonido, parecido al aleteo de un pájaro, era la daga surcando el aire. Golpeó a la cierva en el cuello, la cierva cayó al suelo y murió, de la misma manera que había muerto el hermano de Zanteo.

Era la misma daga. La daga que había visto en su sueño… Era la misma.

¿Hacía cuánto de aquello? Un año al menos. Quizá más.

Había lanzado la daga y luego la espada. En ambas ocasiones la punta había alcanzado su objetivo, certera. ¿Cuántos hombres había que pudieran hacer tal cosa?

Y ahora la Divina Madre se lo había enviado a ella, a salvarle la vida.

Se puso en pie. De pronto sintió la necesidad de estar ocupada. Retiró la olla del gancho del trípode, ya no querrían comer más esa noche, y fue a buscar madera para el fuego. Luego se metió en la carreta y sacó una banqueta de madera así como la marmita más grande que tenía, la que usaba para lavar la ropa, y la colgó del trípode. Luego la llenó de agua.

Cuando volvió a sentarse sintió la necesidad de reír, pero no quiso que el chico la oyera, así que la risa surgió como una especie de suspiro.

El muchacho tardó más de media hora en volver. Estaba tan mugriento como esperaba.

—Siéntate —dijo, como si fuera un ritual nocturno de ambos. Señaló a la banqueta—. Te he preparado un baño y te voy a lavar yo misma. Si vas a dormir en la carreta conmigo, preferiría que no apestaras a sangre.

Se sentó en la banqueta, como un chiquillo dócil, y ella le retiró el taparrabos. Entonces le echó agua caliente por la cabeza. Empezó a frotarle el brazo con un trapo antes de volver a hablar.

—Mañana, cuando nos hayamos alejado lo suficiente de este lugar, confío

en que me lo cuentes todo. Entonces podremos decidir cómo librarte de lo que sea que te atormenta. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Protos.

—¿Cómo es que tus padres te llamaron así?

—Fui el primero de sus hijos y, al final, el único. Creo que querían más, así que me llamaron «primero».

Nubit asintió, un gesto que el chico no pudo ver dado que había girado la cabeza.

—Hicieron bien en llamarte así. La palabra también significa «predestinado».

9

Durmieron esa noche en la carreta, al abrigo de una sola manta. Nubit descansó la cabeza en el hombro del muchacho y posó la mano en su pecho.

—Puedes tocarme —le dijo—, donde tú quieras. Pero ten cuidado de no hacerme daño.

—No quiero hacerte daño.

—Lo sé.

Era evidente que nunca antes había estado con una mujer. Aquel hombre, que tan solo unas horas antes había matado dos veces, tenía miedo de ella.

—Ven…, deja que te enseñe —dijo mientras le cogía la mano y se la llevaba al pecho. Se acurrucó un poco más junto a él para que sus piernas se tocaran, y empezó a darle delicados mordiscos en los labios a modo de besos tentativos.

Era para ella una nueva experiencia tener un amante que tratara su cuerpo como si fuera la única mujer de la tierra.

Pero no había duda de que había nacido muy cercano a la tierra. Ningún campesino crece en la absoluta inocencia respecto al sexo. Solo necesitaba un poco de guía, un toque de atención o una palabra de vez en cuando, y lo hizo bastante bien… Mejor que bastante bien.

Cuando la penetró por vez primera, sufrió un espasmo y alcanzó el clímax casi al instante. Ella se sintió decepcionada, pero entonces comprobó que seguía enhiesto.

Sí, claro. Era muy joven. Su vigor resultó ser casi inagotable. Parecía dispuesto a seguir para siempre.

Aunque no del todo. E incluso cuando todo acabó, siguió tocándola. Le recorría los hombros, o la parte baja de la espalda, con las yemas de los dedos. Era delicioso.

Después de que el muchacho llevara dormido puede que un cuarto de hora, ella aún sentía que el interior de los muslos le temblaban.

A la mañana siguiente Nubit durmió hasta tarde. Cuando despertó, descubrió que se había ido, y le invadió una sensación de pánico, hasta que oyó que alguien se movía fuera.

Estaba encendiendo el fuego de nuevo, haciendo uso de un hacha para hacer finas tiras de madera de un palo. Apartó la cubierta de la carreta y le observó. Verle trabajando hábilmente con las manos le provocó un placer desconocido

hasta entonces.

—Tengo unos cuantos huevos —dijo ella quedamente—, y aún queda algo de cordero. Puedo preparártelos para desayunar.

Le estaba dando la espalda, pero saltaba a la vista que sabía que estaba siendo observado. Estaba golpeando un trozo de pedernal contra la cabeza del hacha para provocar una chispa. Parecía absorto en su tarea, como si no la hubiera oído.

—No puedo recordar si alguna vez he comido un huevo.

Volvió el rostro y le sonrió. La mañana era fría, pero él estaba desnudo. Curiosamente, era la primera vez que Nubit veía las cicatrices que tenía en la espalda.

—Vuelve a la carreta —dijo con la voz casi ronca; su deseo surgió repentino y urgente—. El fuego puede esperar. Yo no.

Se sentaron ante el fuego, envueltos en su capa espartana, comiendo huevos y pequeños trozos de cordero de una olla de hierro. Hicieron de ello una especie de juego. Protos sacaba la comida con el canto de la daga y se la acercaba a la boca. Nubit no se acordaba de la última vez que había sentido una felicidad tan inocente.

Pero al fin llegó el momento de recordar que la supervivencia era una cuestión seria.

—Esas cicatrices que tienes en la espalda… —dijo—. ¿Fuiste azotado?

—Más de una vez.

—En ese caso o has sido soldado o esclavo, y creo que eres demasiado joven como para haber sido soldado.

—Nací en Lacedemonia —repuso—. Soy ilota. Una vez al año los espartanos nos fustigan para recordarnos que somos esclavos.

—He oído que son unos amos muy duros. Así que huiste.

—Una noche asesinaron a mis padres… Solo se estaban divirtiendo. También me hubieran matado a mí, pero hui. Uno de ellos me persiguió y le maté. Este es su cuchillo.

Cogió la daga y se la enseñó, luego apuñaló la tierra con ella. Solo estaba limpiando la hoja, pero Nubit sintió que el corazón se le helaba.

—¿Mataste a un espartano? —Apenas creía que tal cosa fuera posible.

—Sí. Mueren tan fácilmente como pueda morir cualquier otro hombre. Algún día volveré y mataré a su hermano. Los mataría a todos si pudiera.

—¿Y llevas huyendo desde entonces?

—Sí.

—Y sigues vivo. —Negó con la cabeza asombrada—. ¿Te han perseguido?

—Sí… Hasta me cogieron una vez. —Sonrió, como si recordarlo le complaciera—. Me metieron en una jaula de hierro, pero escapé.

Por un momento Nubit sintió que el corazón se le paraba. «Me metieron en una jaula de hierro». Recordaba su sueño del lobo en la jaula, y la risa de los perros que le atormentaban.

—¿Qué les pasó a los hombres que te capturaron?

—Están todos muertos.

—¿Los mataste tú?

—Sí.

—¿Hace cuánto fue eso?

—Hace mucho tiempo. —Sacó el cuchillo del suelo y contempló la hoja—. Fue durante el primer otoño.

Sí. Los tiempos encajaban. Y ahora el lobo de su sueño estaba sentado a su lado, limpiando el cuchillo en la hierba cubierta de rocío.

—¿Y ahora? ¿Siguen intentando darte caza?

Negó con la cabeza.

—Últimamente he estado en las montañas. No he visto a un soldado, espartano o de cualquier otro lugar, en varios meses —rio—. Quizá a estas alturas piensen que estoy muerto.

—Lo has hecho muy bien.

Era una historia asombrosa, pero Nubit sabía cómo debía acabar. Y él también lo sabía. Le encontrarían, alguien le traicionaría, y acabarían obteniendo su venganza. Todas las ciudades griegas de aquella parte del mundo temían a los espartanos. Todo hombre estaría contra él.

A no ser que…

—Tenemos que sacarte del Peloponeso —proclamó ella.

—¿Qué es el Peloponeso?

Nubit estaba asombrada por las cosas que el muchacho desconocía. Cogió un palo y dibujó un tosco mapa en el suelo.

—Todo esto —le dijo— es el Peloponeso. Esparta controla la mayoría del territorio, y está rodeado de agua, salvo por un pequeño puente de tierra que lo conecta con el resto de Grecia. —Señaló a un punto con el palo—. Aquí está la ciudad de Corinto. He oído que Corinto tiene sus diferencias con Esparta en estos momentos. Lo único que tenemos que hacer es llegar hasta allí y estarás a salvo.

Nubit sonrió y le tocó el brazo.

—Me dirigía a Corinto de todos modos. Corinto es rico.

—Puedo ir hacia el norte, hasta el mar, y luego al este —dijo—. Será más

seguro que vayas sola.

—¿Acaso hubiera estado más segura anoche? No, vendrás conmigo. Además, si los espartanos te están buscando esperarán dar con un hombre que va solo, no con uno que viaje con una mujer.

Le dio un golpecito en la rodilla y luego dejó que su mano se deslizara para acariciarle el escroto.

—La diosa te ha enviado por alguna razón.

El camino entre Argos y Corinto estaba atestado de gente. Era una calzada adoquinada, y el ruido de las ruedas repiqueteando sobre la piedra solo sirvió para agudizar la sensación de Protos de haber sido engullido por una enorme multitud. Le resultaba inquietante.

—Espera a llegar a Corinto —dijo Nubit sonriendo furtiva—. En la plaza del mercado no puedes alargar el brazo sin tocar a alguien.

Protos se inclinó hacia ella y le besó el cuello.

—La única persona a la que quiero tocar eres tú.

A Nubit le hizo gracia oírle decir esas cosas, y las decía a menudo, aunque se recordaba continuamente que no debía creerlas.

No es que el muchacho fuera un embustero. Sencillamente era muy joven. Había descubierto los placeres del sexo la noche anterior y probablemente se imaginara hechizado por el amor. Además, había estado solo mucho tiempo, en un periodo de la vida en el que era difícil estar solo. Nubit solo tuvo que recordar su primer año en Grecia, y la amargura de echar de menos a su madre, para imaginar lo que su joven amante debía de estar sintiendo.

Era un hombre en tantos aspectos que a veces resultaba difícil hacerse a la idea de que, en realidad, era poco más que un niño. Nubit tenía diez años más que él, algo que tenía que aprender a no olvidar. Y se había convertido, en cierto sentido, en su madre así como en la mujer en la que descargaba su semilla. Llegaría el momento, cuando ya no necesitara una madre, en el que buscaría otros horizontes.

Pero por el momento era feliz. Cuando la tocaba hacía que su cuerpo le doliera de deseo… Y siempre la estaba tocando.

Tendría que buscar algún modo de distraerle, aunque solo fuera para evitar dar un espectáculo.

—¿Por qué no te enseño a llevar el caballo? —le dijo de pronto—. Toma.

Le dio las riendas y se las colocó en los dedos, disfrutando del placer de tocar sus manos, que eran fuertes y callosas, pero muy hábiles.

Al final no le enseñó nada. Manejó al caballo como si hubiera nacido para

ello.

—Esto ya lo has hecho antes. —Nubit esbozó un paródico gesto de enfado.

—No. Pero sí he montado a caballo, y esto no es muy diferente. Además, tu yegua es muy dócil.

Nubit rio y dejó caer su brazo sobre el hombro izquierdo del muchacho, con la mano colgando de tal modo que las yemas de sus dedos le tocaran el pecho.

—Podrías hacer casi cualquier cosa —le dijo de pronto, ya que se le acababa de ocurrir una idea, como una revelación—. Podrías ser herrero, o cantero. Podrías construir barcos. ¿Qué te gustaría hacer?

—Convertirme en soldado y hacerle la guerra a Esparta.

Lo dijo con calma, sin pasión, pero las palabras transmitían una firme convicción. No cabía duda de que ya se había formulado la pregunta y él mismo se la había respondido hacía tiempo.

Se la quedó mirando y le sonrió, como si acabara de decidir volver a ser un niño. Y entonces volvió a posar la mirada en la calzada.

—¿Qué harás cuando lleguemos a Corinto? —preguntó Protos—. ¿Construirás un barco o…?

—Haré magia.

El muchacho permaneció un instante en silencio, y al fin negó con la cabeza.

—¿Eres hechicera?

—Entretengo a la gente. Leo el futuro. Hago desaparecer pequeños objetos y luego los hago aparecer detrás de las orejas de la gente. Vendo pociones de amor.

—¿Es magia? Jamás he conocido a nadie que pudiera hacer magia.

—La mayoría es solo ilusión…, trucos que sirven para que los necios se desprendan de su dinero. Pero parte es real. Las cosas reales no las muestro en la plaza del mercado.

—¿Cuáles son esas cosas reales?

—A veces, en sueños, veo el futuro. Y las pociones de amor funcionan. Tengo unos polvos que harán que el falo de un hombre se vuelva duro como una piedra, y que tenga que esforzarse con su mujer, hasta la extenuación, para descargar su semilla.

—¿Me das un poco?

Nubit negó con la cabeza, divertida.

—Tú no lo necesitas.

—¿Dónde aprendiste todo eso?

—De mi madre.

Ella miró hacia otro lado. De pronto se encontró al borde del llanto y él

pareció comprender. Siguieron su camino en silencio durante un tiempo.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó él al fin.

—Porque me salvaste la vida. Porque le das placer a mi cuerpo. Y porque hasta que llegaste, y yo sabía que habrías de llegar, no me había dado cuenta de lo sola que estaba.

—¿Y son esas las únicas razones?

—No. Pero por ahora son suficientes.

Cuando acamparon esa noche, las murallas de Corinto no eran más que una línea gris en la distancia. Entraron en la ciudad con las primeras luces para evitar las avalanchas de gente, y se detuvieron en la plaza del mercado para ver salir el sol por encima del templo de Apolo, que se alzaba como una montaña de mármol blanco en lo alto de una escalinata que medía más del doble de la altura de un hombre. Era todo columnas y líneas rectas, bello e inmenso, un lugar en el que solo un dios podría sentirse como en casa.

Y había templos por todas partes, y pórticos con escaleras de cincuenta pasos de ancho. El mármol brillaba como el agua.

—Jamás pensé que los hombres pudieran construir algo parecido —dijo Protos con indisimulado asombro—. Una vez conocí a un hombre que me dijo que Corinto era la maravilla del mundo, y ahora sé que decía la verdad. Hubiera podido creer que estas son las creaciones de los mismísimos dioses luminosos.

—Solo son templos, y han sido erigidos por hombres. Pero tu asombro es lógico. Corinto es la ciudad más grande y más rica de Grecia.

Para entonces el mercado había empezado a llenarse de gente. Muchos vestían elegantemente, con finas prendas de lino decoradas con fíbulas incrustadas de joyas. Aquí y allá Protos veía hombres de barba larga y trenzada que llevaban coloridas prendas de lana que casi llegaban a los adoquines, o cuyos rostros eran marrón oscuro, incluso negros.

—Corinto es una ciudad de comerciantes —explicó Nubit—. El comercio es el origen de su riqueza, y por eso aquí hay gente de todos los rincones del mundo. ¿Ves a ese? —Señaló a un hombre con la cabeza rapada y gruesas líneas negras pintadas en los ojos—. Es egipcio, tan extranjero como yo.

Protos, maravillado, no pudo más que sacudir la cabeza.

Nubit rio y le cogió la mano con las suyas para besarla. El amor era el castigo que los dioses imponían a las mujeres, pero en aquel momento le daba igual. La vida, ese momento, de pronto le pareció perfecta.

—Nos quedaremos un mes y ganaremos tanto dinero que quizá te cueste

cargar con los sacos de plata. Por cierto, hablando de dinero, ¿tienes?

—Sí. —Protos sonrió, como si temiera que su respuesta hubiera sonado demasiado brusca—. Mis enemigos han sido muy generosos conmigo.

—En ese caso deberíamos comprarte ropas nuevas, para que no te tomen por un mendigo. Además, será mejor que te cubras las cicatrices de la espalda.

10

Éurito también había salido a visitar las maravillas del mercado de Corinto. Había llegado el día anterior. Había pasado un tiempo en la guarnición de Tebas, lo que le resultó a un tiempo desagradable y muy poco interesante. Las tropas espartanas ocupaban la acrópolis para apoyar a la oligarquía que habían impuesto a los tebanos, pero se les odiaba tanto que apenas podían aventurarse por la ciudad sin recibir algún tipo de insulto. En una ocasión un ciudadano había derramado «accidentalmente» una jarra de cerveza sobre la túnica de Éurito de modo que parecía que se había orinado encima.

Estaba deseando volver a casa cuando recibió una carta de su padre sugiriéndole que se vieran en Corinto. Allí Dienekes formaría parte de una misión diplomática para explorar la posibilidad de revivir la antigua alianza contra las ciudades del norte.

Corinto no resultó ser del gusto de Éurito. La ciudad, con sus preciosos edificios e inimaginable riqueza, era como una puta cara, la total antítesis de todo aquello que a los espartanos se les enseñaba a respetar desde pequeños.

Más aún, Éurito se daba cuenta de que su padre estaba empezando a trazar para él una carrera diplomática. Primero Macedonia, luego Tebas y ahora Corinto. Éurito sospechaba que aquella estancia entre los corintios probablemente durara un tiempo.

Tenía su lógica. Tanto por parte de padre como por parte de madre, Éurito estaba vinculado con el reducido número de familias que controlaban Esparta. Aparte de las dos líneas reales, había ocho o diez familias así, descendientes de algún héroe semilegendario. En Esparta, el prestigio familiar era la llave del poder, y el prestigio era proporcional al número de hombres distinguidos, un paradigma de coraje y patriotismo que uno pudiera contar entre sus antepasados.

Y, por supuesto, uno debía ser visto como quien encarnaba, en una sola persona, la gloria marcial de sus ancestros. Los espartanos eran soldados, y lo que buscaban en sus líderes eran las virtudes de un soldado.

Ese, precisamente, era su problema, y Éurito lo sabía. ¿Quién confía en un soldado que ha sido burlado y superado por un niño esclavo? Al menos a Pantites y a los otros se les excusaba porque estaban muertos; la muerte en combate sepultaba cualquier fracaso, aunque hubiera sido a manos de un niño

imberbe.

Pero Éurito había vuelto con vida de la desastrosa aventura. Y eso era difícil de explicar.

Más difícil aún era vivir con ello. Deseó mil veces haber respondido al reto de Protos, haber ascendido la colina en busca de una muerte digna… Atesoraba el entrenamiento de un guerrero, el mejor de su promoción, y, aun así, jamás se le pasó por la mente que hubiera sobrevivido al enfrentamiento. En Tebas estuvo deseando que la ciudad se alzara en armas para que la chusma le despedazara. Al menos así hubiera muerto luchando.

Lo que quería, lo que ansiaba, era una buena guerra. Si sobrevivía podría lavar su vergüenza, y si moría… ¿Acaso su vida ahora era mejor que la muerte?

La diplomacia era una labor de ancianos, de hombres como su padre que ya habían probado su valía. Esparta no era un lugar en el que se pudiera alcanzar la grandeza salvo con la espada.

Su padre se había mostrado sorprendentemente comprensivo la noche que Éurito llegó a Corinto, algo que solo sirvió para hacerle sentir peor. Algún comerciante rico y proespartano había puesto a su disposición una gran casa que daba al golfo, y se sentaron a compartir una jarra de vino siciliano acompañados por el rumor del agua.

—Tu muchacho campesino nos ha dejado un rastro de cadáveres que seguir —le dijo Dienekes—. Siete en Laconia, ocho más en Mesenia… Y esos solo son de los que estamos seguros. Y al menos seis en Arcadia. Llegó a darse que los soldados arcadios se negaron a adentrarse en las montañas para buscarle. Es casi un honor que lograras sobrevivir.

Pero Éurito solo podía negar con la cabeza.

—Me permitió vivir —dijo, sintiendo que le debía a su padre, si no la verdad, al menos algo cercano—. Estoy convencido de ello. Me perdonó la vida por alguna razón que solo él conoce.

—En ese caso estoy agradecido. —Dienekes logró esbozar una tensa sonrisa—. Con tu hermano muerto, el futuro de nuestro linaje depende de ti.

—Yo no tengo futuro, padre. Él mismo se ha encargado de eso.

Dienekes se encogió de hombros.

—Yo mismo hubiera dicho eso al principio, pero no lo haré ahora. Es evidente que ese chico es…

—Se llama Protos, padre.

Sus cálices estaban casi vacíos, así que Dienekes los rellenó, dando a entender que no veía cómo el nombre del ilota pudiera tener importancia.

—Este Protos, entonces, es algo formidable, pero también lo es un toro en

un descampado. Dispone de un don natural para las armas, una habilidad con la que pocos nacen, no muy diferente a cuando alguien es capaz de sostener un huevo con la punta de la nariz. Pero no es espartano.

—Puede que no, pero no es ningún cobarde, y está lejos de ser un bufón. Sabía lo que íbamos a hacer antes que nosotros mismos. Se dejó ver, padre. Se puso en pie sobre una roca y nos saludó con la mano para llamar nuestra atención. Él mismo se erigió en cebo de una trampa, y Pantites y el resto de nosotros caímos de lleno. Y ahora están todos muertos y yo solo seguiré vivo hasta que decida matarme.

—Haces que me avergüence de ti, Éurito. —Dienekes parecía incapaz de mirar a su hijo a los ojos; en su lugar, decidió contemplar las aguas oscuras del golfo—. No es digno de un espartano temerle a la muerte.

—Créeme, padre, abrazaría la muerte a sus manos, aunque solo fuera para librarme de esta vergüenza. Lo que temo no es la muerte, sino el desastre que torpemente he provocado.

—Ahora estás diciendo tonterías. Llevamos meses sin saber nada de él. Seguramente esté muerto, probablemente haya muerto congelado, o de hambre.

—¿Eso crees? —A Éurito le costaba creer que cualquier cosa, aunque fuera el inmisericorde invierno arcadio, pudiera acabar con Protos, de quien sospechaba que quizá no fuera del todo humano—. Imagino que podemos suponer que es cierto.

Al fin su padre decidió abordar lo que los había llevado allí. Era inevitable otra guerra con Atenas y con las ciudades del norte, y Corinto constituía la piedra angular sobre la que descansaba el equilibrio de poder. Para empezar, Corinto controlaba la ruta terrestre del Peloponeso, así que habría que atraerla a una alianza o conquistarla, y la conquista resultaría onerosa. Corinto tenía un excelente ejército, compuesto en su mayoría por mercenarios, y su flota solo era superada por la de Atenas. Esparta ganaría, pero era probable que acabara tan exhausta que se viera obligada a pedir la paz a Atenas.

—Además, sus intereses la empujan hacia nosotros —explicó Dienekes—. Los corintios son comerciantes, y los atenienses son su única competencia real. Lo más seguro es que todos los comerciantes nos consideren unos burdos paletos porque no nos perfumamos la barba ni comemos en bandejas de plata, pero lo más importante para ellos es que no suponemos una amenaza para sus intereses comerciales. Así que estarán dispuestos a ofrecernos apoyo militar y a ayudarnos a superar el inevitable embargo ateniense.

—¿Y cuál será mi labor en todo esto?

—Muéstrate encantador, con un toque de amenaza. —Dienekes hizo un gesto lánguido con la mano derecha, agitando el aire—. Tengo pensado celebrar unos cuantos banquetes para los ciudadanos más prominentes. Es probable que despiertes interés, dado que no están acostumbrados a ver espartanos que no superen los cuarenta. Te relacionarás con los más jóvenes. Te convertirás en su confidente y amigo. Averigua lo que piensan, y lo que piensan sus padres, y cuéntamelo todo.

—¿Así que tendré que ir de burdel en burdel con un puñado de haraganes que se pintan las uñas?

—Las putas de Corinto son famosas en toda Grecia. La mayoría de los hombres de tu edad te envidiarían.

Había una terraza en la parte trasera de la casa. Se sentaron en la amplia escalinata que iba a dar a una playa de guijarros. La única luz era la de la luna plateada, con lo que les era imposible ver la expresión del otro. Dienekes estaba sentado con los codos en las rodillas y, de pronto, se irguió.

—Solo serán unos meses —dijo—. Y luego te prometo que se te destinará a algún lugar donde puedas ver sangre derramada. Sé que es eso lo que tienes en mente, hijo mío. Crees que tienes algo que probar. Haz esto por mí y te prometo que te daré esa oportunidad.

—Le he visto —dijo Protos—. Estaba en la plaza del mercado.

Nubit volvió la cabeza para mirarle. Estaba de pie junto al caballo que se encontraba atado a unos pasos de distancia de la carreta. Le acariciaba el hocico.

Había anunciado su descubrimiento casi como si se tratara de una noticia indiferente, pero llevaban juntos en Corinto más de un mes, lo suficiente como para que la mujer supiera de las oscuras corrientes que fluían por su alma.

No eran buenas noticias. Le costó mucho dedicarle atención a la olla.

—¿Estás seguro? —preguntó al fin.

—Vestía capa espartana y llevaba espada. ¿Qué corintio lleva espada? Además, recordaré su rostro hasta el día de mi muerte.

—¿Te ha visto él?

—No. —Protos negó con la cabeza—. De eso estoy seguro. No llegó a mirar hacia donde yo estaba.

—¿Y cómo te sentiste al verle de nuevo?

—¿Sentirme?

Protos había seguido acariciando el hocico del caballo, pero de pronto su

mano se quedó inmóvil, y Nubit se dio cuenta de que se había retirado a un escondrijo de su mente, solo, acompañado de su angustia y su terrible ira.

Entonces la miró y sonrió.

—Apenas sé lo que siento. No puedo describirlo, ni siquiera a mí mismo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Piensas matarlo?

—No lo he decidido.

Durante el mes que habían pasado en Corinto, Nubit había ganado casi tanto dinero como esperaba. Quizá fuera el momento de seguir adelante.

—Si le matas en Corinto será asesinato.

—Será justicia, aunque le corte el cuello ante los ojos de su propia madre.

—El magistrado de la ciudad no pensará lo mismo.

—No me cogerán.

—¿Entonces tienes pensado matarle?

No respondió. Se sentó a su lado y, durante un buen rato se limitó a observar las llamas. Nubit se había ido acostumbrando a esos silencios y los respetaba.

Al fin, cuando pudo dejar que la cena acabase de hacerse sola, le trajo un cuenco de cerveza y se acuclilló a su espalda, posando las manos sobre sus hombros.

—Éurito, hijo de Dienekes, mató a mi padre —dijo al fin—. Mi padre era mejor hombre de lo que yo llegaré a ser jamás.

—Creo que ya eres un buen hombre.

Protos alargó la mano hacia atrás y la puso sobre la de la mujer, pero siguió sin mirarla.

—Mi padre nunca mató a nadie.

Esa noche el joven se tumbó dándole la espalda y ella le abrazó mientras sollozaba. Desde aquella primera mañana Protos nunca había hablado de lo que le había ocurrido. Parecía haber olvidado tanto su pérdida como su venganza. Pero esa noche, cuando dijo «le he visto», Nubit no tuvo que preguntar a quién se refería.

Y ahora, en la oscuridad, volvía a ser el niño que había presenciado el asesinato de sus padres y lloraba su congoja. Aún era demasiado joven como para avergonzarse de la angustia que le desgarraba por dentro o de permitir que alguien le consolara. Durante esas pocas horas no fue el amante de ninguna mujer, y Nubit le acunó en sus brazos.

Cuanto más veía Éurito el modo en que se gobernaba en el resto del mundo, más admiraba la constitución de Esparta, basada en el equilibrio de poderes y en una comunidad libre de facciones.

Sus dos reyes, cada uno de ellos descendiente de una casa real diferente, eran en esencia líderes militares cuyo prestigio se basaba en su éxito en la guerra. A estos los seguían los cinco éforos, elegidos por períodos de un año por una asamblea de ciudadanos cuya única ocupación era la guerra. Y por encima de todos ellos estaban los gerontes, los ancianos, un grupo de hombres respetados por su sabiduría y que ya habían superado con creces la edad militar. Los reyes podían ser rivales o podían colaborar, dependiendo de las circunstancias y del carácter de cada uno, pero en esencia constituían un contrapeso a las ambiciones del otro. Los éforos, institución de la que el padre de Éurito había formado parte, podían enfrentarse a uno o a los dos reyes, siempre y cuando se mantuvieran unidos. Y los ancianos, aunque rara vez interfirieran en cuestiones de política, disfrutaban del prestigio suficiente como para limitar cualquier abuso. Las disputas que no podían ser solucionadas de ningún otro modo eran planteadas ante la asamblea, que emitía un voto de sí o no. Era un sistema ordenado, conservador, y llevaba cuatrocientos años funcionando a la perfección. Los hombres competían por la gloria y el honor, no por el poder ni el dinero, siendo estos últimos justamente despreciados por los espartanos.

Su estancia en Macedonia había convencido a Éurito de la debilidad de las monarquías convencionales. En Macedonia los reyes decían ser descendientes de Heracles y, en teoría, no había límites a su poder. Sin embargo, la mitad de los reinados acababan en asesinato.

Una noche, el viejo rey Amintas de Macedonia, estando muy borracho, le había contado la espantosa historia de su familia.

—Hemos tenido una gloriosa sucesión de reyes —dijo riendo con el brazo en torno a los hombros de Éurito—. Empezó con Alcetas, que era el tío de mi abuelo. Todo el mundo tiene derecho a emborracharse por la noche y a olvidar sus problemas, pero Alcetas empezaba a beber vino en cuanto se levantaba de la cama. Jamás estaba sereno, nunca. Así que mi abuelo Arquelao le mató, a él y a dos o tres familiares incómodos, para que su padre, mi bisabuelo, pudiera gobernar en su lugar.

—¿Y qué le paso?

—¿A mi bisabuelo? ¡Ah! Murió en su cama. —Amintas agitó la mano como si el recuerdo le resultara desagradable—. Y luego mi abuelo, Arquelao, que era un gran hombre, le sucedió y reinó durante catorce años gloriosos. Y entonces fue asesinado.

—¿Por qué?

—¿Has oído hablar del trágico Eurípides?

—Sí, claro. Es famoso.

Amintas alargo la mano y le dio a Éurito unas palmaditas en la cara, como diciendo «chico listo».

—Pues bien, Eurípides estaba en la corte como invitado de mi abuelo, y un tipo llamado Decámnico insultó a Eurípides, dijo que olía mal o algo por el estilo, y mi abuelo permitió que le azotara como castigo. Así que Decámnico le mató, a mi abuelo, no a Eurípides, un día que estaba cazando.

»Entonces todo se complicó. Todos mis tíos, tenía tres, eran idiotas, el último el que más. A ese le maté yo, y así es como me convertí en rey. Tuve que hacerlo.

El viejo negó con la cabeza, como si fuese necesario lamentarse de ello.

«Sí —pensó Éurito—, es mejor tener dos reyes que tener uno».

Corinto era peor. Corinto estaba gobernado, supuestamente, por una oligarquía, pero a los ancianos se los elegía de entre los gremios de comerciantes, y pujaban por el puesto. Corinto era una ciudad gobernada por el dinero y, por lo tanto, un hombre rico podía, sin ostentar un cargo público, ser muy influyente en materias de estado.

En este caso, ese hombre era Ornitión, quien prácticamente controlaba el comercio de Corinto con la Magna Grecia y cuyo hijo, Toante, se estaba convirtiendo rápidamente en el íntimo amigo de Éurito. Toante era de naturaleza derrochadora y su bolsa era profunda, así que mantener su ritmo resultaba extremadamente caro. Pero además era muy poco discreto, en particular cuando bebía, algo que ocurría casi todas las noches. La información que le había dado hasta el momento era fiable, así que el padre de Éurito no puso trabas a las frecuentes peticiones de dinero por parte de su hijo.

Ser compañero de juerga de Toante era bastante divertido. La noche anterior habían visitado un famoso burdel que estaba a menos de treinta pasos del templo de Hera. La propietaria, una mujer gorda de pelo claro y de unos sesenta años de edad, recibió a Toante con un abrazo y una lluvia de besos, como si fuera su hijo predilecto. Aun así tuvieron que pagar la entrada, dos minas de plata, lo suficiente como para dar de comer a un campesino y a su familia durante medio año.

La primera hora, más o menos, siempre era una competición entre los atractivos de una jarra de vino y los de la prostituta que Toante hubiera elegido. Le gustaba tomarse su tiempo con las mujeres —«Los preliminares siempre son la parte más divertida ¿no crees?»—, pero le costaba medir la ingesta de vino, así que la atractiva criaturita de turno muchas veces acababa comprobando que había desplegado sus encantos en vano.

Sin embargo, pasada esa primera hora, su locuacidad se disparaba, y lo único que tenía que hacer Éurito era permanecer relativamente sereno y

mantenerse atento.

—Ojalá mi padre no me dejara tan escaso de dinero cada vez que se va de viaje. Es muy molesto. Se marcha a Atenas y ni siquiera me lo dice, y se supone que tengo que arreglármelas con unos tristes veinte mil dracmas que su secretario me entrega como si fuese todo el dinero del mundo. ¡Se va dos meses! ¡Dos meses! ¿Te das cuenta? Y se supone que tengo que malvivir con veinte mil dracmas.

Estaban en la sala de vapor. Éurito yacía tumbado boca abajo sobre un bloque de mármol, mientras una muchacha de ojos de gata le aplicaba aceite en la espalda y se lo extendía con los pechos. Estaba disfrutando tanto de sus atenciones que tardó un instante en darse cuenta de la importancia de lo que estaba escuchando.

—Creía que tu padre odiaba a los atenienses —logró articular haciendo todo un esfuerzo mental.

—Y así es, pero le encanta el dinero… O, mejor dicho, le encanta ganar dinero. Es asombroso lo poco que parece comprender para qué sirve el dinero en realidad.

«Pero para eso ya estás tú», pensó Éurito. Y entonces, dijo en alto:

—¿Cómo les piensa sacar dinero a los atenienses?

—Oh, no son los atenienses. Tiene algo que ver con Tebas.

Para entonces Toante estaba medio dormido, y si había llegado a saber qué tenía que ver el viaje de su padre con Tebas, era seguro que se habría olvidado. Los detalles de los negocios y de la política le aburrían.

Un instante después estaba roncando, y Éurito se tomó la libertad de centrar su atención en la delicada prostituta de ojos de gata.

—¡Tienes un cuerpo maravilloso! —dijo ella, dándole a entender con un golpecito que ya era el momento de que se tumbara boca arriba—. No creo que haya visto jamás a un hombre bendecido con tal perfección física.

—Soy espartano —le dijo—. Somos soldados, no comerciantes.

—¡Un espartano! —Parecía asombrada—. He oído que los espartanos son amantes tan feroces que sus mujeres viven en un estado perpetuo de éxtasis.

Para entonces la muchacha ya se había sentado sobre él a horcajadas, y el leve bamboleo de sus caderas empezaba a provocar la manifestación de su hombría.

Corinto fue toda una lección, pero solo un idiota se rinde a las lisonjas de las putas. En cualquier caso, Éurito estaba aprendiendo mucho sobre los placeres de la carne.

Sin embargo, una vida entre tabernas y burdeles no podía sino desembocar en debilidad de espíritu. De lo contrario, le costaba explicar algo que había

ocurrido un mes después de que llegara a Corinto.

Era casi media tarde, pero Éurito no se había acostado hasta el amanecer y, por lo tanto, se había levantado con un terrible dolor de cabeza. Un desayuno a base de gachas frías y agua le había aliviado un poco, pero al final tuvo que recurrir, para recuperarse, a unos tragos de vino diluidos en agua en proporción de cuatro partes por cada tres. Mientras bebía maldecía a Toante por ser un blando, un imbécil, un derrochador, aunque solo susurraba: cualquier sonido más alto hubiera resultado en un dolor agónico.

Todo lo que quería, se dijo, era volver a la sobria disciplina de la vida del soldado. Odiaba las borracheras y el vicio. Odiaba los excesos de la riqueza. Calculaba que tardaría unos seis meses en recuperarse por completo.

Pero no podía dejar de pensar en la bella prostituta de ojos de gata de la noche anterior, tan astuta y habilidosa al desprenderle de su semilla.

Si se quedaba en Corinto otros seis meses, estaba seguro de que su vida se echaría a perder.

Pero hoy tenía algo que hacer. Toante había organizado una fiesta en un barco para esa noche y podía refrescar de repente. Éurito había acabado avergonzándose un poco de su vieja capa espartana y había decidido comprar una nueva, algo un poco más acorde a la moda.

El mercado estaba abarrotado, lo que quizá explicara por qué ni siquiera se dio cuenta de que le estaban siguiendo.

Éurito estaba ante el puesto de un frutero, intentando decidir si una rodaja de melón le ayudaría a combatir su prolongada pesadez de cabeza. El frutero quizá pudiera darle algo de vino, dado que en Corinto casi todos los tenderos que vendían comida también disponían de una bota de vino fresca para los clientes sedientos.

Casi había decidido que prefería un puñado de uvas negras cuando sintió un objeto puntiagudo presionado levemente contra su espalda, justo por encima del riñón derecho.

—Si intentas pedir ayuda estarás muerto antes de decir una palabra —le murmuró una voz al oído, una voz que hablaba con un deje dórico muy familiar—. Hay una taberna al otro lado de la calle. Podemos sentarnos a la sombra, como viejos amigos. Pero si echas a correr no darás más de cinco pasos. Vuélvete y mírame.

Lentamente, muy lentamente, Éurito hizo lo que se le ordenaba. El hombre que vio al principio le fue desconocido: un joven alto con barba del color del trigo, vestido con una túnica azul oscuro que le llegaba por las rodillas. Su rostro era joven, pero irradiaba la dureza de un adulto, y sus ojos eran de un azul frío, inmisericorde.

Y entonces Éurito bajó la mirada y vio la daga. Su vejiga se convirtió en agua.

Protos el ilota ya no era un niño, y le sonreía.

—Vamos a sentarnos, Éurito, hijo de Dienekes. Mantén las manos donde pueda verlas. Muévete.

La taberna no estaba a más de diez pasos de distancia, pero a Éurito se le antojó el trecho más largo de su vida.

Llevaba espada. Todo lo que tenía que hacer era desenvainar. Pero sabía que sería una locura. La daga de su hermano acabaría hundida en su corazón antes de que la espada hubiera abandonado la vaina.

Se sentaron en una pequeña mesa redonda, bajo el toldo desgajado de la taberna. Protos levantó una moneda de plata entre el índice y el pulgar con la mano izquierda; la derecha estaba oculta. Dejó la moneda sobre la mesa.

—Con esto bastará —dijo—. Solo soy un esclavo y no sé nada de vino, pide tú por los dos.

El tabernero se acercó y Éurito intentó hablar, pero se dio cuenta de que no podía emitir ni un sonido. El tabernero hizo una sugerencia. Éurito no tenía ni idea de lo que había dicho, pero asintió, rígido.

Al fin, cuando volvieron a estar solos, recuperó la voz.

—Has cambiado —dijo, sin apenas creerlo.

Recordaba al niño en lo alto de la colina, las cabezas surcando el aire y rodando casi hasta llegar a sus pies. El niño tampoco era un niño entonces.

—He reconocido la daga antes de reconocerte a ti.

—Tú, en cambio, estás igual. —Protos sonrió, como si lo hiciera ante una ironía que solo él entendiera—. Dime, dado que las madres espartanas les dicen a sus hijos que vuelvan con su escudo o sobre él, ¿cómo le explicaste a la tuya que habías sobrevivido?

—Mi madre murió cuando yo tenía quince años.

—¿Esperas que te compadezca?

—Dadas las circunstancias, no.

Resultó apropiado que llegara el vino en ese momento, una jarra y dos cálices de cerámica vidriada en una bandeja de madera. Protos señaló a la moneda de plata, que el propietario recogió con una sonrisa, un asentimiento y unas cuantas palabras inaudibles.

Con su mano izquierda, Protos rellenó los cálices y colocó uno de ellos delante de Éurito.

—Podrías haber comprado cincuenta jarras de vino con esa moneda —dijo Éurito mientras cogía su cáliz—. Era un dracma ateniense.

—Lo sé. Se lo quité a uno de tus compañeros. Ya no le hacía falta. Lo estaba

guardando para una ocasión especial.

—Este encuentro no tiene nada de especial, a no ser que estés pensando en matarme.

—Eso todavía no lo he decidido. —Protos se llevó el cáliz a la nariz y volvió a dejarlo en la mesa—. Supongo que hay que nacer rico para desarrollar un gusto por estas cosas. Yo prefiero la cerveza, o incluso el agua.

—¿Entonces qué es lo que la hace especial?

—¿El qué? —Los ojos del ilota brillaron diabólicos—. Ah, ¿te refieres a la ocasión? Tiene que ver con que quiero que nos conozcamos. No quiero que solo seas un nombre. La venganza debería ser algo más íntimo, ¿no crees?

—Soy espartano, eso es todo lo que necesitas saber. No hay mucho más.

—También lo era tu hermano, pero tú no eres él. Él era un memo, tú eres otra cosa. ¿Quieres saber cuáles fueron sus últimas palabras? «No puedes matarme», dijo. «Solo eres un esclavo». Seguro que empezaste a manejarle a tu antojo en cuanto aprendisteis a hablar. Dime una cosa: ¿eligió él a mi madre para que fuese su víctima o fue el azar?

Sus miradas se encontraron, y Éurito tuvo la terrible impresión de que aquel esclavo le entendía perfectamente, que le entendía como nadie le había comprendido en su vida. Era como si fuera transparente.

Sacudió la cabeza, solo para despojarse de esa sensación.

—Sí. —Se veía incapaz de mentir—. Era… puede que un tanto peculiar con las mujeres.

—Entonces me alegro de haberle matado. He librado al mundo de un monstruo. Pero, claro, me olvido de que los espartanos valoran mucho la crueldad.

—Valoramos el coraje.

—No me parece que asesinar a una mujer indefensa sea precisamente coraje.

No había nada que Éurito pudiera decir, nada que se atreviera a decir. Si se mostraba en desacuerdo, si defendía el modo de actuar de su hermano, quizá acabara desangrado antes de concluir la frase.

Aunque, de hecho, no estaba en desacuerdo. Desde el punto de vista de Protos, Teleclo había sido un monstruo.

Y era desagradable darse cuenta de que ese punto de vista era inapelable.

Más allá de su pequeño oasis de sombra, en la frenética plaza del mercado de Corinto, hombres y mujeres se afanaban en sus recados, ya tuvieran que ver con el placer o con el negocio, ajenos a la venganza y al remordimiento. Solo les preocupaba vivir.

O quizá no. Éurito empezó a preguntarse si sus vidas también estaban manchadas con crímenes secretos, marchitas por la falta de coraje y fuerza de

voluntad. Oscuras, temerosas. ¿Sería la muerte un bienvenido abrazo también para ellos?

—Si lo que quieres es matarme, hazlo —dijo Éurito, casi escupiendo las palabras. Nunca había odiado a nadie tanto como odiaba a aquel esclavo—. Soy espartano, no me oirás rogar por mi vida. ¡Hazlo! ¡Ahora!

—¿Acaso pidió clemencia mi padre?

—No —repuso Éurito con el corazón frío y silencioso de repente—. Murió sin decir una palabra.

—Y por esa respuesta, Éurito, hijo de Dienekes, dejaré que conserves la vida. Al menos hoy.

La mano derecha de Protos apareció por debajo de la mesa aferrando la daga de Teleclo. La dejó posada junto a su cáliz de vino y pareció olvidar que existiera.

—Venga —continuó—. Vete, y quizá puedas llegar a convencerte de que esto no ha pasado.

Éurito se puso en pie. Permaneció así un instante; le pareció insultante que aquel hombre ni siquiera se dignara a mirarle, y entonces empezó a alejarse. Sentía que las rodillas pudieran fallarle en cualquier momento, así que centró todos sus esfuerzos en no desplomarse.

Se volvió y miró a su espalda. Protos seguía ahí sentado; parecía perdido en sus propios pensamientos.

Al fin Éurito llegó a un callejón, donde pudo disfrutar de un poco de privacidad. Dobló la espalda y empezó a tener arcadas. Cuando acabaron los espasmos tenía la cara bañada en sudor. Miró al suelo, al pequeño charco de vómito teñido de rojo por el vino. Parecía sangre.

Sintió vergüenza de seguir vivo.

11

Habían acordado encontrarse en el primer miliario de la calzada oeste de Corinto, así que allí era donde Nubit le esperaba con la carreta y el caballo cuando vio a Protos recorriendo el camino.

Se subió a su lado en el pescante, la besó en los labios, y cogió las riendas con la mano derecha.

—Pareces muy satisfecho contigo mismo —le dijo cuando él la besó de nuevo, pero esta vez en el cuello—. ¿Le mataste al final?

—No. Hemos bebido vino y hemos charlado.

—¿Así que ahora sois buenos amigos?

—No. —Protos negó con la cabeza; parecía haberse tomado la broma en serio—. Algún día le mataré, aunque solo sea para aplacar al fantasma de mi padre, pero ahora le comprendo. Matar a ese hombre no será suficiente.

No parecía dispuesto a seguir con la conversación, ya que se empezó a poner travieso. Jugueteó besándole el lóbulo de la oreja y luego le metió la mano por debajo de la túnica para tocarle los pechos. Parecía muy contento.

Esa noche acamparon en un acantilado que daba al mar. Para celebrar su rentable visita a Corinto, Nubit había preparado un cordero recién sacrificado y lo estaba cocinando en un espetón sobre una hoguera. Bebieron cerveza, y Protos se emborrachó un poco después del segundo cuenco, lo que provocó que se pusiera muy cariñoso. No fue desagradable, pues Protos era muy dulce, aun cuando le consumía el deseo.

—Eres la mujer más bella del mundo —dijo, dejando que su mano se perdiera por el interior del muslo de la mujer.

—Has visto muy poco mundo —repuso ella riendo.

—Te he visto a ti. Es suficiente.

Intentó aprisionarla con los brazos, con lo que Nubit fue incapaz de darle vueltas al espetón.

—Se va a quemar el cordero.

—Que se queme.

—No te dará igual cuando mañana te levantes con la tripa vacía. —Le besó y le dejó saborear su lengua antes de apartarse—. Toma, coge el mango… Dale vueltas tú. Al menos así tendrás algo que hacer.

Su respuesta fue una mezcla entre risa y queja, pero cogió el mango.

—Eres un buen chico —dijo ella besándole de nuevo.

—Habías dicho que era un hombre.

Parecía que le gustara sentirse insultado. Nubit se quitó la túnica para que Protos pudiera contemplar sus pechos.

—Esta noche, si no bebes mucha cerveza, serás un hombre. Ahora mismo eres un niño y solo puedes mirar.

—Al menos dime que me quieres.

—Te quiero —respondió ella, un poco sorprendida ante su propia pasión y franqueza. De verdad le quería. Nunca había amado a un hombre del modo que amaba a Protos, y sabía que jamás amaría a otro de la misma manera.

Se acercó a él para que pudiera tocarla.

Pero la mente del muchacho, de pronto, viajó a otro lugar. Cuando alargaba la mano para acariciarle el pezón estaba pensando en otra cosa.

—Éurito habría sido un buen hombre si no hubiera nacido espartano —dijo tanto para ella como para sí—. Su alma es como el metal de una fragua, golpeada hasta adquirir una forma concreta, y ahora no puede imaginar otra. Cree que es glorioso morir a manos de un enemigo, y la conquista es el único sentido que la vida tiene para él. Me alegra ser un ilota y no un espartano. Puede que seamos esclavos, pero al menos seguimos siendo humanos.

—¿Entonces te cae bien?

—No. Es el hombre que mató a mi padre por placer. Pero si no hubiera sido espartano no lo habría hecho. Puede que su hermano hubiera matado a mi madre, pero a Éurito no le gustaba su hermano. Me pregunto qué les hacen los espartanos a sus hijos para convertirlos en asesinos.

El cordero pronto estuvo listo y saciaron su apetito con él, con pan y con cerveza. Pasado un rato Nubit escondió la jarra de cerveza, porque no quería que el deseo de Protos se desvaneciera. Aunque no tendría por qué haberse preocupado.

Cogieron la manta de la carreta y la extendieron sobre el suelo mullido y arenoso del acantilado. Podían divisar el golfo, y la luz de la luna hacía que las crestas de las olas brillaran como la plata. Era como si estuvieran solos en un mundo que no conocía ni la maldad ni la muerte.

La noche era cálida, e hicieron el amor hasta quedar agotados; luego se enrollaron en la manta y se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, con el desayuno, Protos parecía pensativo.

—¿A dónde iremos desde aquí? —preguntó.

—Megara es la ciudad más cercana —repuso Nubit, mirándole por el rabillo del ojo. Presentía que la pregunta no tenía nada de inocente—. Desde allí podremos dirigirnos al este, a Atenas, o al norte, a Platea y a Tebas.

—¿Cómo son esos lugares?

Nubit no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros: parecía una pregunta extraña.

—Megara es una ciudad de comerciantes, aliada de Esparta. Pasaremos allí unas pocas semanas. Será tiempo suficiente para que te hartes de sus encantos. Atenas, por supuesto, es Atenas, una de las mayores ciudades del mundo. Ahora no es tan grandiosa como lo fue una vez, pero sigue siendo bella y rica.

—¿Qué hay de las otras dos?

—Platea fue destruida durante la gran guerra entre Atenas y Esparta. La han reconstruido, pero no es más que una aldea que ha crecido demasiado. Tebas se unió a Esparta y luego se rebeló, y los espartanos han ocupado su acrópolis. Será mejor que te mantengas alejado de allí.

Megara no era tan bella como Corinto, pero Protos, cuya experiencia con las ciudades era limitada, no estaba preparado para mostrarse crítico. Corinto le había parecido una ciudad digna de ser la morada de los dioses, pero Megara también era bella; al menos lo eran sus grandes plazas públicas, y era muy apropiada para los hombres.

Ovejas, caballos, ganado, fardos de trigo, jaulas con patos, pollos, cestas con uvas, higos y melones… Los embarcaderos eran como huertas superpobladas, y olía a varios tipos de excrementos animales. Para un muchacho que había crecido tan cerca de la tierra, todo resultaba reconfortante y familiar.

Y si uno mantenía los oídos atentos, Megara era toda una escuela respecto de algo que para Protos suponía tanto una nueva palabra como una nueva idea: política.

Todo tenía que ser una decisión. Era asombrosa la cantidad de cosas sobre las que la gente discutía. No había sido así en su aldea, donde la vida estaba gobernada por los caprichos de los espartanos, por la tradición y por las estaciones del año.

En primavera sembrabas el trigo. En otoño recogías la cosecha. Te casabas con la chica que tus padres habían elegido para ti. Había pocas disputas, dado que tu relación con los vecinos, e incluso con los miembros de tu familia, estaba marcada por el hecho incontestable de que todo el mundo tenía que trabajar en equipo para poder sobrevivir. La paz era una necesidad. La vida era dura, pero a la vez sencilla.

Aparentemente, las ciudades se guiaban por otro tipo de reglas.

Megara, por ejemplo, era una democracia, otra palabra nueva, lo que

significaba que todos los ciudadanos con cierto nivel de riqueza se reunían en asamblea y allí decidían todo lo que concernía al ámbito público. Aunque algunos hombres, era bien sabido, hablaban apoyados por las grandes casas de comerciantes, y las mociones que proponían solían salir adelante.

Megara estaba dividida en cuanto a su relación con otras ciudades. Odiaban a Corinto, aunque de forma cordial; temían a Esparta, mientras que Atenas era a la vez un rival y un modelo a seguir. Todos admiraban a Atenas, aunque nadie hablara bien de ningún ateniense en concreto. Megara había luchado al lado de Esparta en la gran guerra contra Atenas y seguía siendo nominalmente su aliada, pero había quejas y resentimiento, porque se decía que Megara no había recibido la parte que le correspondía del botín de guerra.

En las democracias, al parecer, la política era una obsesión. Protos empezó a frecuentar las tabernas del puerto, donde los marineros y mercaderes traían noticias de las cuatro esquinas del mundo griego, y las hazañas de los grandes hombres eran motivo de charla. Protos solo bebía cerveza, y poca, y dado que en general le ignoraban, podía escuchar libremente.

—¿Qué quieres decir con que me pagarás cuando te paguen los tebanos? ¿Les vendí yo doscientas cabezas de ganado a los tebanos? No. Yo te las vendí a ti. No te vas a librar de pagarme los cuatrocientos setenta dracmas que me debes.

—Los tebanos siempre pagan. Tendrás tu dinero dentro de dos meses.

—Los tebanos tienen un ejército espartano apostado en su acrópolis. La ciudad está al borde de la rebelión. Solo los dioses saben lo que puede pasar de aquí a dos meses. ¡Pide el dinero prestado, pero págame ahora!

—¿Cómo voy a pedir prestados cuatrocientos setenta dracmas? Nadie da préstamos, porque todo el mundo piensa que habrá guerra el año que viene.

—¡Y lo más probable es que tengan razón! ¡Saca el dinero de donde sea!

Los pequeños comerciantes, a los que a Protos tenía por gente sensata, no querían la guerra, porque esta era mala para el comercio. Así que no les gustaban los espartanos, a quienes consideraban una recua de camorristas que no tenían en cuenta que los demás tenían que ganarse la vida.

—Escucha lo que te digo. Tebas es la tapa del tarro. Rompe el sello y la guerra podría envolver a Grecia entera. Y entonces volverán los persas.

—Los espartanos seguirán manteniendo a Tebas bajo la bota. Saben hacer esas cosas.

—Los espartanos deberían haber sabido que no se debe pisar una serpiente dormida.

—Si hay guerra con Esparta, quiero formar parte de ella —intentó explicarle Protos a Nubit—. No es suficiente matar a dos espartanos que salieron a cazar ilotas solo porque sus ancianos se lo dijeron, porque se les dijera que era un rito con el que probar su hombría. Éurito y su hermano tienen menos culpa que los hombres que los enviaron. Esparta es la culpable. Quiero hacer sufrir a esa gente hasta que ya no tengan fuerzas como para enviar a sus hijos a cometer asesinatos.

No podía estar seguro de que Nubit le escuchara. Estaba sentada en el suelo, con la espalda contra la rueda de la carreta, bebiendo cerveza. A veces le echaba algo a la cerveza, algo que provocaba extraños sueños. Pasado un rato le cogió el cuenco de la mano lánguida y vio que la cerveza tenía grumos. Aún pasarían unas horas hasta que estuviera lo bastante receptiva como para seguir una conversación.

Se acomodó a su lado y le pasó el brazo por los hombros. Quizá ni siquiera supiera que estaba ahí, pero la noche era fría, y quería que estuviera cómoda. Y quizá al menos supiera que no estaba sola, quizá sus sueños fueran agradables.

Tenía los ojos cerrados y roncaba levemente. Giró un poco la cabeza hacia él hasta descansarla sobre su pecho.

—Este potingue me está matando lentamente —le había dicho una vez—. Mi madre me advirtió al respecto.

—¿Entonces por qué te haces esto?

—Porque el mundo de mis sueños es más bello que el mundo tal y como es. Porque por mucho que tema el futuro, quiero conocerlo.

Los sueños de Nubit eran algo que no pretendía comprender. Ella tenía fe en ellos y era una mujer sabia, y eso para él era suficiente.

Además, la amaba.

Hasta él comprendía que llevaba tanto tiempo solo que hubiera amado a cualquiera que le mostrara un poco de amabilidad, y amaba su cuerpo con el deseo ardiente de la juventud. Pero había algo más. Era su amiga.

Así que se sentó a su lado mientras soñaba. A veces murmuraba palabras incomprensibles, lo que quizá significara que sabía que estaba con ella.

Al fin se puso en pie y fue a buscar una manta de la carreta con la que abrigarla, porque era el momento de encender un fuego. Nubit estaría hambrienta cuando despertara. Había traído con él una pata de ternera de la ciudad. Había visto cómo mataban al animal, así que sabía que era carne fresca.

Cuando ella despertó, la pata de ternera estaba bien asada, así que Protos cortó un trozo y se lo acercó. Comió como si estuviera muerta de hambre y luego bebió un cuenco de cerveza; se la sirvió él mismo para asegurarse de que solo era cerveza; luego la mujer pidió pan y más carne.

Durante media hora no tuvo ojos más que para la comida y la bebida. Al fin se recostó y se aferró el vientre con ambas manos.

—Si te pusieras encima de mí ahora explotaría —dijo. Luego rio—. Pero hazlo igualmente.

Con todos sus apetitos saciados, Nubit se sentó ante el fuego con la cabeza de Protos en el regazo. Sus dedos jugaban con la barba del muchacho, lo que significaba que estaba pensando.

—Se me ha desvelado mucho —dijo al fin—. Por ahora solo te diré lo que necesitas saber.

—¿Y qué es?

—Que debes ir a Tebas.

—¿Solo?

—No. Yo iré contigo. Guiaré tus pasos, Protos, mi amor, durante el resto de mis días. Y cuando esté muerta, mi fantasma cuidará de ti.

—¿Vas a morir?

—Todos vamos a morir. Yo no moriré hasta que ya no me necesites. Tú no morirás hasta dentro de muchos, muchos años. No temas. No moriré hasta después de que te hayas cansado de mí.

—En ese caso vivirás para siempre. Nunca me cansaré de ti.

Aquello la hizo reír, en parte porque le recordó lo joven que era el muchacho, en parte por el placer de oírle decir tal cosa. Se inclinó hacia él y le besó.

—Así que debemos viajar a Tebas —dijo—. ¿Y qué encontraré allí?

—A un hombre. No sé cómo se llama.

12

Sentado a la proa de un trirreme que cortaba las aguas como un cuchillo corta el lino, encarado hacia popa para poder contemplar el movimiento rítmico de las tres filas de palas, Éurito no pudo evitar admirar la pericia de los remeros. Eran hombres libres, que trabajaban por un sueldo, y parecían incansables como piedras de molino. Hora tras hora propulsaban la nave hacia delante, a la velocidad de un caballo al trote.

Si hubiera vuelto la cabeza, podría haber distinguido la línea de costa de la península itálica, pero no le interesaba. Parecía un lugar inhóspito, con poca vegetación y amplias playas grises.

Por la noche, atracaban en algún asentamiento para comprar suministros y dormir, y durante unas horas todos tenían el placer de sentir la tierra firme bajo sus cuerpos. Entonces, antes del amanecer, tocaba volver al barco.

No llegarían a un puerto de verdad hasta dentro de dos días, ya que seguirían la línea de costa hacia el norte y hacia el este durante un día y medio. Y entonces divisarían Taras.

Éurito llevaba varios días muy mareado, lo mismo que le había ocurrido durante el viaje a Macedonia. Pero no importaba. Los espartanos no eran un pueblo marinero.

Y se sentía satisfecho de estar allí, porque habría lucha en Taras. Los ciudadanos, dorios, aunque solo vagamente espartanos, estaban sujetos a presiones por parte de sus vecinos itálicos, por lo que ya iba tocando enseñar una lección.

Al día siguiente de su encuentro con Protos, Éurito había abordado a su padre y, de rodillas, le había rogado que le enviara al combate.

Evidentemente, no le hizo partícipe de la razón real.

—Estos burdeles de ciudad me están desgastando —dijo—. Al principio era divertido, pero esta no es vida para un guerrero. Y Toante empieza a darme asco. Por favor, padre, envíame a algún lugar en el que los hombres luchen.

Llevó unos días organizarlo, y durante ese tiempo Éurito se negó a salir de su habitación, pero consiguió lo que quería.

—¿Has oído hablar de Taras? —le preguntó su padre—. Es nuestra colonia en la península itálica. Hubo un tiempo en el que los éforos permitieron a las mujeres solteras espartanas tener hijos con extranjeros libres; llamaron a sus

retoños «los hijos de las vírgenes». Fue durante las guerras mesenias y necesitábamos soldados. Cuando acabó la guerra, se les retiró la ciudadanía. Luego se les envió a la península itálica, donde sus descendientes prosperaron.

»Ahora tienen problemas. Son comerciantes, no soldados. Pero envían tributo todos los años y reconocen a Esparta como su metrópoli, así que debemos ayudarlos. ¿Te servirá?

—Envíame.

Lo que fuera por salir de Corinto.

La expedición no partiría hasta dentro de un mes, y el punto de encuentro era la ciudad portuaria de Gitión, en el golfo de Laconia, así que Éurito decidió que recorrería la distancia a pie, cargando con su panoplia para fortalecer el cuerpo.

Los primeros cinco días fueron agónicos; luego descansó un día y después se encontró mejor. Cuando llegó al golfo sintió que volvía a estar en condiciones de luchar.

Eran necesarias seis naves para llevar a un contingente de trescientos espartanos hasta el puerto de Taras, desde donde marcharían al norte para enfrentarse a un ejército samnita de tamaño desconocido. Éurito no sabía nada de los samnitas, y tampoco le importaba. Solo quería combatir.

Taras pondría a su disposición doscientos hombres con armamento ligero, a quienes los samnitas ya habían derrotado. No habría caballería.

—En ese caso, supongo que depende de nosotros —dijo alegremente un joven llamado Ébalo. Al igual que Éurito, nunca había estado en batalla.

El comandante de su falange, que estaba con ellos a la proa de la nave, asintió, como quien responde a la cháchara de un crío.

—Siempre depende de nosotros —dijo.

Después de desembarcar en Taras, formaron en el muelle y marcharon por la ciudad, donde los ciudadanos les vitorearon y les lanzaron flores. Algunas mujeres se abalanzaban sobre ellos, los besaban y les entregaban cuencos con vino. El ambiente era festivo.

Una vez superadas las murallas de la ciudad, solo tuvieron que marchar durante dos horas para dejar atrás las tierras de cultivo. El sur de la península itálica parecía un desierto, lleno de rocas y colinas yermas.

Dos horas después de la puesta de sol los espartanos se detuvieron y levantaron su primer campamento. Cavaron zanjas y establecieron puntos de guardia en los peñascos circundantes. Dormirían con la armadura puesta, porque estaban en territorio enemigo.

Su comandante de falange, llamado Carilo, explicó la situación:

—Nuestros hermanos de Tara nos indican que la ciudad samnita más próxima está a unos dos días de aquí, así que si los samnitas no ofrecen batalla, devastaremos esa ciudad y luego marcharemos contra la siguiente. Debemos darles a elegir entre la aniquilación o la guerra.

»Los hijos de las vírgenes… —El apelativo provocó la risa entre los presentes—. Los hijos de las vírgenes también aseguran que los samnitas no son una recua de ancianas. Estoy dispuesto a creerlo. Pero son salvajes y lucharán como salvajes, y morirán como salvajes. La victoria no está en duda. Conquistaremos, como siempre lo hacemos. Aunque algunos de nosotros nunca saldrán de este lugar.

»Ahora quiero dirigirme a los más jóvenes. Es innegable que tenéis miedo, aunque no os dignéis a admitirlo, ni siquiera a vosotros mismos. Pero el miedo no es deshonroso. El miedo agudiza los sentidos y puede salvaros la vida. La cuestión es recordar que evitar la muerte no es nuestro objetivo. Nuestro objetivo es la victoria. Lo único noble en la vida de un hombre es que esté dispuesto a dar la vida por su ciudad. Si morís con vuestro honor inmaculado, vuestros amigos os recordarán como hombres valientes, como espartanos.

Acto seguido los despachó, ya fuera a sus camas o a sus puestos de guardia.

—Una buena arenga —dijo Ébalo mientras se quitaba las sandalias y se preparaba para arrebujarse en su capa. Sus ojos negros eran grandes y brillaban exultantes, el paso siguiente al miedo—. Me hace sentir orgulloso.

Éurito se limitó a señalar la sandalia desatada que había en el suelo.

—Vuelve a ponértela —dijo—. Si nos atacan de noche, puede que no tengas tiempo de hacerlo.

—Ah, es verdad.

Al día siguiente, justo antes de media tarde, volvieron a encontrarse rodeados de campos de cultivo. El trigo ya brotaba y los campesinos, con sus azadones al hombro, los observaban al pasar. Era imposible saber si eran samnitas o gentes sometidas.

Una hora después se toparon con una aldea de considerable tamaño. La posición se juzgó apropiada para la defensa, así que acamparon.

Había una calzada que llevaba al norte y que empezaba a las afueras de la aldea. Atravesaba campo abierto y llevaba hacia una serie de colinas que se extendían al este. El terreno era prácticamente llano. Parecía el lugar ideal para una batalla.

Los samnitas también debían de pensar lo mismo, porque al amanecer los exploradores, que habían salido a lomos de los caballos de tiro de la aldea, informaron de que había movimiento allá donde la calzada desaparecía por una pendiente.

—Es perfecto. —Carilo miró a Éurito, que estaba a su lado. El rostro del comandante se iluminó con una salvaje sonrisa—. Puede que lleven tres o cuatro horas marchando, y lo más seguro es que aún tengan que andar otro tanto hasta llegar aquí. Estarán cansados y nosotros estaremos frescos.

En ningún momento le abandonó el optimismo, ni siquiera cuando vio al contingente samnita desplegado en el llano. Debían de ser cerca de ochocientos hombres en total.

—Cuanto más apiñado está el trigo, más fácil resulta cortarlo.

Pasadas dos horas desde el amanecer, el despliegue espartano estaba en posición. Se organizaron en tres falanges de cien hombres cada una: una de ellas al frente, las otras dos detrás. A los de Taras se les ubicó en la izquierda, el flanco de la mala suerte. Los comandantes espartanos suponían que se vendrían abajo y que echarían a correr al primer contacto, pero les traía sin cuidado. No eran más que una distracción. Para entonces habrían trabado contacto con los samnitas.

Vistos de cerca, los guerreros samnitas resultaban impresionantes. Eran hombres corpulentos y decoraban sus cascos con cuernos y plumas. Las jabalinas parecían ser su arma predilecta y algunos tan solo llevaban grebas para protegerse las piernas de los bordes de sus enormes escudos ovalados.

Éurito podía verlos perfectamente, dado que estaba en primera línea de la falange avanzada. Era la posición de mayor peligro, y ser destinado allí era considerado un gran honor, pero todo el mundo sabía que era una mala táctica arriesgar a los mejores luchadores colocándolos en primera línea.

Ébalo estaba a su izquierda. La mañana era fresca, pero Ébalo sudaba con profusión. Era evidente que estaba aterrado.

Puede que consideraran que ambos eran prescindibles.

Mientras observaba a aquel agotador joven y esperaba a que los samnitas hiciesen acopio de valor para llevar a cabo la primera carga, Éurito se alegró al comprobar que no tenía miedo. Estaba nervioso, pero los nervios no eran miedo. No se deshonraría.

Había dejado que aquel asunto del muchacho ilota le carcomiese la mente. Prefería pensar en él sencillamente como «el chico ilota», sin nombre ni historia, tan solo un esclavo fugitivo que había matado con malas artes a un puñado de buenos soldados. No era un guerrero, sino un asesino.

Pero ahora no quería pensar en el chico ilota. Pensar en él significaba

rendirse al miedo, y Éurito, en ese momento, necesitaba ser valiente. Era espartano. Puede que en cuestión de media hora fuese un espartano muerto, pero, vivo o no, hubiera recuperado su honor.

Así que no estaba molesto por que Carilo le hubiera destinado a primera línea. Estaba agradecido.

Las líneas de los dos ejércitos no estaban a más de unos cientos de pasos de distancia. Los samnitas empezaron a gritar su alarido de guerra, un sonido que, por sí solo, hizo temblar la hierba. Agitaban sus lanzas al aire. Parecían consumidos por la impaciencia. Ya no faltaba mucho.

—Jamás pensé que pudieran ser tantos —dijo Ébalo lo bastante alto como para que le oyesen—. Nunca pensé…

—Muchos o pocos, no importa —gritó Éurito—. Un espartano vale lo que cinco guerreros de cualquier lugar de la tierra. Si fueran el doble, seguiríamos superándolos en número.

Un vítor surgió de la falange, cien hombres con una sola voz. Y Éurito sintió que dentro de él se empezaba a acumular una furia exultante.

En ese momento los samnitas dieron comienzo a su carga.

Era bello de ver. Los primeros cien pasos los recorrieron a paso ligero, luego a grandes zancadas y, al fin, los últimos cuarenta pasos, a la carrera.

El cielo se tornó negro de jabalinas. Los espartanos alzaron los escudos, aunque no lo bastante rápido. Una punta samnita impactó contra el cuello de Ébalo, justo debajo de la mandíbula, impulsándolo hacia atrás, hacia los brazos expectantes de la muerte.

Casi al instante otro hombre dio un paso al frente para rellenar el hueco. El escudo de Ébalo ni siquiera llegó a tocar el suelo.

Éurito apenas se dio cuenta. La muerte estaba por todas partes salvo en su propio corazón. Saber que moriría en un instante le hacía sentir inmortal. La guerra era algo glorioso, y su propia vida estaba sumida en la lucha por la inevitable victoria de Esparta.

Una vez lanzadas las jabalinas, los samnitas desenvainaron sus espadas, cuyas hojas medían lo que el brazo de un hombre. Pero la primera línea de la falange puso rodilla en tierra y proyectó hacia delante las puntas de sus lanzas.

Los samnitas no podían hacer nada. Algunos cargaron contra la línea espartana solo para acabar ensartados. Otros ofrecían blancos para los arqueros que había unos pasos por detrás de la primera línea. Algunos lograban abrirse paso, pero sus espadas largas no les permitían margen para moverse y se convertían en presa fácil de las cortas espadas espartanas.

Los samnitas llevaron a cabo una segunda carga: eran los hombres que había a unos cien pasos de los primeros, y sus jabalinas mataron a muchos,

incluso a algunos de los suyos. Éurito veía hombres desplomándose por todas partes.

En algún momento del cuerpo a cuerpo sintió un tirón, como si le hubieran dado un puñetazo en el brazo. Miró hacia abajo y vio que había recibido el impacto de una jabalina samnita: la punta de hierro se había alojado en el músculo de su hombro izquierdo. Con la mano derecha dio un tirón para librarse de ella. No sintió dolor, ni miedo, solo impaciencia. La herida no era más que una distracción.

Entonces descubrió que ya no podía sostener el escudo.

No importaba. Su cuerpo era un escudo para el hombre que tenía detrás. No importaba caer muerto. Todo lo que importaba era mantener la posición en la formación y seguir luchando.

Haría que los samnitas pagaran por cada gota de su sangre.

Y la línea aguantó. Ni siquiera la tercera carga logró quebrarla, así que los samnitas se dieron por vencidos y rodearon el flanco izquierdo de la falange para buscar objetivos más fáciles entre las tropas de Taras, las cuales apenas intentaron mantener la posición. Huyeron. Los samnitas pensaban que habían ganado, pero en realidad habían avanzado hacia una trampa.

Las tres falanges espartanas convergieron sobre ellos y los samnitas quedaron atrapados bajo una rueda de molino. A partir de ahí la batalla se convirtió en una masacre.

Pasada una hora del mediodía yacían muertos en el campo cerca de quinientos samnitas. Los supervivientes huyeron. Los vencedores decidieron no perseguirlos.

Los espartanos contaron cuarenta y cuatro bajas y un número parecido de heridos. Uno de estos era Éurito, que aún estaba en primera línea cuando vio al último guerrero samnita soltar su escudo y correr.

Jadeaba, y apenas podía mover los dedos de la mano izquierda. Tenía el brazo izquierdo, e incluso la pierna, empapados en sangre. No importaba. Solo importaba la victoria.

Los espartanos cavaron una larga zanja y allí enterraron a sus caídos mientras los médicos de Taras atendían a los heridos. A Éurito le cosieron la herida con pelo de cola de caballo. Soportó la intervención con tal entereza que cualquiera que hubiera estado mirando habría concluido que no podía sentir el hombro.

Concluido el proceso cogió un cuenco de vino y luego se miró la herida. La cicatriz sería grande, y eso le llenó de júbilo.

—Bien hecho —le dijo Carilo—. Has luchado con valentía.

—No he superado a nadie en coraje —fue la respuesta de Éurito. Se sentía

casi insultado al verse alabado individualmente.

—No todo el mundo ha resultado herido, y has luchado con el hombro abierto como si fuera un trozo de ternera.

—He cumplido con mi deber.

—Sí, así es.

Carilo pareció perder el interés y su mirada vagó por el campo de batalla, aún cubierta por cientos de cadáveres.

—A mí también me hirieron en mi primera batalla —dijo al fin—. Una tontería, una flecha en el pie. Pero una vez que ha ocurrido le pierdes el miedo. Te enseña que el dolor no es nada. Una buena batalla es aquella de la que puedes salir cojeando.

—¿Qué ocurrirá ahora?

A Carilo la pregunta pareció hacerle gracia.

—Esperamos a que pase el día de mañana, y si para entonces los samnitas no han enviado emisarios, marcharemos al norte y lo destruiremos todo a nuestro paso. Pero han sufrido una importante derrota. Supongo que harán lo razonable y pedirán la paz.

Ocuparon la aldea para pasar la noche, expulsando a sus habitantes a latigazos. Se establecieron puestos de guardia, aunque nadie creía que los samnitas fueran a arriesgarse a atacar de nuevo. Éurito aprovechó la oportunidad y se emborrachó.

—Tu guerra ha acabado —le dijo Carilo—. Pasarás unos días en Taras, hasta que se te cure la herida; después cogerás el primer barco a casa. Llevarás mi carta al rey Agesilao anunciando nuestra victoria y alabando a quienes lucharon de manera excepcional en su primera batalla. Tu nombre estará entre ellos.

Éurito estaba satisfecho consigo mismo cuando se tumbó en el lecho de un granjero, en aquella aldea sin nombre del sur de la península itálica. La herida había dejado de dolerle, se había emborrachado lo suficiente como para llegar a ese estado de agradable aturdimiento en el que las cuitas y preocupaciones retroceden hasta quedar a una pintoresca distancia. No tardaría en quedarse dormido, y quizá esta vez no soñase con cabezas surcando los aires y rodando hasta sus pies.

13

—Mira, eso es Tebas.

Nubit señaló hacia lo alto de una colina baja, a medio día de distancia, y que, a la luz llameante de la puesta de sol, no parecía ser más que una mancha oscura. Lo mismo podría haber sido el saliente de una roca inerte que una ciudad.

—Y allí conoceré a un hombre… —dijo Protos vacilante.

—Le reconocerás porque tiene un mechón blanco en la barba y una cicatriz en el brazo izquierdo. Y lleva contigo la daga.

—¿Debo matarle?

—No. —Nubit negó con la cabeza—. Ese hombre, sea quien sea, no es tu enemigo. Pero lleva la daga.

Estaban ante un valle amplio y plano, moteado de aldeas aquí y allá. Los campos tenían un tono dorado merced al trigo.

—Paremos y pasemos aquí la noche —continuó diciendo ella—. Bebamos cerveza, seamos felices, luego podrás trepar sobre mi vientre. Esta noche voy a necesitarte, Protos, mi querido muchacho, porque estás a punto de adentrarte en otra vida, una en la que no siempre podremos estar juntos.

Al día siguiente, pasada una hora del mediodía, cubrieron la carreta y ataron al caballo a unos cincuenta pasos de la puerta principal de la ciudad. Entonces Protos partió en pos de su destino y Nubit aduló y sobornó al centinela para que se asegurase de que no se acercaba ningún ladrón a la carreta. Sola, se dirigió a la plaza del mercado para entretener y embaucar a la gente de Tebas.

Protos vagó por las calles, estudiando las caras de los hombres, buscando a uno que tuviera un mechón blanco en la barba y una herida en el brazo izquierdo.

Ante la insistencia de Nubit, se había llevado su cuchillo, que ahora le colgaba del cinturón, enfundado en una vaina rígida que ella le había hecho con el cuero de viejos arreos. Le hacía sentir que llamaba la atención, dado que casi nadie en Tebas parecía ir armado.

La ciudad parecía antigua, al menos en las plazas públicas. Era una ciudad de pequeños edificios de piedra, tan desgastados y alisados por el paso del tiempo

que apenas daba la sensación de que fueran trabajo de manos humanas. Las calles estaban abarrotadas y los ciudadanos tenían un don: una especie de cortesía natural y nada forzada. A Protos le recordaban a la gente de su propia aldea.

Y, sin embargo, ninguno de los hombres a los que vio lucía un mechón blanco en la barba.

A media tarde casi había decidido que los sueños de Nubit no eran más que eso: sueños. Parecía dar vueltas como un necio. El mejunje que le echaba a la cerveza creaba imágenes de la nada. Era todo absurdo.

Harto de las calles, Protos subió a las murallas de la ciudad. Desde allí podía divisar la mayoría de las grandes plazas de la ciudad así como el recinto dedicado al atletismo que quedaba extramuros. Le daría una hora más a su búsqueda y luego volvería a la carreta a cenar y a decirle a Nubit que tendría que soportar sus caricias un tiempo más.

La gente de las plazas era la misma que había estado viendo toda la tarde. Estaba empachado de verlos.

En uno de los gimnasios había cerca de un centenar de jóvenes jugando a un incomprensible juego para el que utilizaban escudos de cuero y postes de madera. ¿Qué estaban haciendo? Parecía una especie de partido de empujones.

El juego estaba siendo observado por un puñado de personas ociosas que pululaban por ahí. Uno de ellos, un hombre de mediana edad, se dio la vuelta como por casualidad y Protos pudo verle la cara.

Tanto su pelo como su barba eran negros, pero en el lado izquierdo, en la barbilla —a esa distancia era imposible estar seguro—, parecía que pudiera tener un mechón blanco.

Muy bien, quizá no fuera todo absurdo. Protos se dirigió a la escalinata de piedra que moría casi en la puerta principal de la ciudad, y empezó a caminar hacia el gimnasio.

El hombre al que había visto desde la muralla sí que tenía un mechón blanco en la barba. Estaba de pie, a cierta distancia del resto, observando el progreso del misterioso juego.

Protos no estaba a más de veinte pasos cuando alguien le cortó el paso y alzó una mano para detenerle.

—Esto es un encuentro privado —dijo el hombre.

Debía de tener uno o dos años más que Protos, pero era media cabeza más bajo y estaba vestido con una túnica blanca que parecía recién salida del telar. Tanto su pelo como su barba lucían bellísimos rizos, y daba la sensación de que creía que le conferían toda la autoridad del mundo.

—No puedes estar aquí.

Protos negó con la cabeza, impaciente, y señaló al hombre del mechón blanco, que para entonces ya no estaba mirando hacia él.

—¿Tiene ese hombre una cicatriz en el brazo izquierdo?

El joven no debía de haber entendido la pregunta, así que Protos la repitió.

—¿Tiene ese hombre una cicatriz en el brazo izquierdo? ¿Sí o no?

—Sí. Es Epaminondas.

Había otras personas al borde del campo, la mayoría hombres jóvenes; vestían bien, con uniformidad y elegancia. Protos sintió que su simple túnica de lino y el hecho de que parecía exactamente lo que era, un campesino de Laconia, eran la razón por la que se estaba viendo excluido. Era un deporte solo para ricos.

Al otro extremo del campo, y solo, estaba uno de ellos, un joven agraciado, con una brillante barba negra, que llevaba debajo del brazo una especie de paquete. No le estaba prestando atención al juego. Su mirada no se apartaba del hombre que acaba de identificar como Epaminondas.

Al fin dejó el paquete en suelo y se arrodilló para desenvolverlo. Cuando se puso en pie, tenía una espada en la mano.

Protos supo al instante lo que estaba punto de ocurrir.

El hombre que estaba intentando echarle de allí alargó la mano para darle un empujón a Protos en el hombro.

—He dicho que no puedes…

Nunca llegó a acabar la frase. El ilota le apartó el brazo, dio un paso hacia él y le hundió el codo en las tripas.

Mientras el hombre caía de rodillas, gruñendo como una mujer de parto, Protos desenvainaba su cuchillo.

Por un instante observó al joven de la espada, que empezó a correr, lanzando un aullido de rabia.

Epaminondas, sorprendido, volvió la cabeza. Por la expresión de su rostro era evidente que sabía que estaba a punto de ser asesinado.

No podía permitir que ocurriera. Protos supo al instante que no había sido enviado para presenciar cómo mataban a ese hombre. Aferró el cuchillo por la hoja, se tomó un instante para apuntar y lanzó.

Al igual que un pájaro de presa, el cuchillo subió por el aire y luego pareció abatirse sobre el asesino, acertándole en la nuca.

El joven se tambaleó un instante, aunque la inercia hizo que diera algunos pasos más. La sangre le brotaba de la garganta. Para entonces ya estaba lo bastante cerca de su víctima como para que parte de esa sangre salpicara el rostro de Epaminondas.

Pero Protos no vio más que un instante de aquello. Casi al tiempo de hacer

su lanzamiento, dos o tres jóvenes le derribaron y empezaron a darle puñetazos.

—¡Hemos cogido al asesino! —gritó uno de ellos—. ¡Le tenemos!

—¡Alto! ¡Deteneos de inmediato!

Epaminondas, que aún se estaba limpiando la sangre de los ojos, llegó a la carrera.

—¡Idiotas! ¡El asesino está ahí! —dijo con un gruñido—. Este hombre me ha salvado la vida.

Se acercó a Protos, que estaba doblado de dolor por culpa de la paliza recibida.

—¿Has sido tú el que ha lanzado el cuchillo? —preguntó mirando a Protos mientras este pugnaba por incorporarse.

—Sí.

—Pero se lo has lanzado a él, ¿verdad?, no a mí.

Con un gesto de la mano señaló el cuerpo que aún teñía la hierba de sangre.

Protos posó los codos sobre las rodillas y sacudió la cabeza, como el perro empapado que se sacude el agua. Entonces, enfadado aunque no quisiera, miró a Epaminondas.

—De no haber sido así, anciano, no estarías vivo para preguntar esas estupideces.

Epaminondas se acuclilló junto a su lado, visiblemente afectado por su roce con la muerte. Observó a Protos fijamente.

—Llevo siendo un guerrero desde mi juventud —dijo sin aliento—. Jamás había visto a nadie haciendo un lanzamiento como ese. Hasta ahora hubiera dicho que no podía hacerse. ¿Quién eres?

—Alguien que quiere que le devuelvan su cuchillo.

Caminando, volvieron juntos a casa de Epaminondas, una vivienda que podría haber dado cobijo al menos a cuatro familias ilotas, aunque su dueño se refería a ella como «humilde». Protos fue conducido al jardín, un espacio cerrado que debía de medir unos ocho pasos de largo por ocho de ancho; parte del suelo estaba adoquinado, parte era gravilla. Había viñas en flor enroscadas en las rejas que cubrían prácticamente todo el muro exterior. Se quedó solo un momento, hasta que Epaminondas volvió. Llevaba dos cálices y una jarra en una bandeja de bronce.

—No tengo sirvientes —dijo mientras posaba la bandeja en una pequeña mesa redonda—. No me lo puedo permitir. Además, así hay menos personas que puedan traicionarme. Por favor, toma asiento.

La jarra, por fortuna, contenía cerveza.

—Como puedes ver —continuó Epaminondas gesticulando hacia el entorno con la mano izquierda—, no soy un hombre rico. Pero hoy me has salvado la vida, así que puedes pedirme cualquier recompensa que esté en mi mano conceder. ¿En qué puedo complacerte?

—No podré saberlo hasta que te conozca.

—Esa respuesta es un tanto críptica —repuso su anfitrión con una sonrisa.

Protos no pudo más que encogerse de hombros.

—Sabes tanto como yo. Solo sé que he sido enviado para encontrarte.

—¿Quién te ha enviado?

—Una mujer que tiene sueños.

Los ojos de Epaminondas se entrecerraron mientras parecía valorar la respuesta. No había forma de saber si le creía o no.

—¿Podría ser que esta mujer tenga algún tipo de conexión con los espartanos? —preguntó al fin.

—Ninguna. Si fuera así, ya me habría vendido a ellos.

—Lo que, por supuesto, plantea la interesante pregunta de quién puedes ser.

Por un momento quizá dio la impresión de que Protos no le había oído. Había un pajarillo posado en las vides. Se lo quedó mirando hasta que echó a volar.

—¿En qué posición te encuentras respecto a los espartanos? —preguntó el muchacho con el rostro inexpresivo.

—No hay duda de que han sido ellos, o sus partidarios, los que han enviado al hombre que has matado hoy.

Protos asintió.

—Pareces un hombre lo bastante sabio como para buscar el entendimiento con sus enemigos. —Se permitió una sonrisa—. ¿Alguna vez has oído hablar de una costumbre suya llamada cripteia?

—Sí. —La expresión en el rostro de Epaminondas cambió de pronto—. Por los dioses, ¿fuiste…?

—Humedecieron sus espadas en mi padre y en mi madre. Yo corrí. Uno de ellos me siguió y le maté. Unos días después volvieron a buscarme y mataron al resto de mi familia, cuatro en total, solo para averiguar dónde me encontraba. Mi tía y sus hijos no sabían dónde estaba, pero los mataron igualmente. Maté a toda la partida, salvo a uno. Algún día también le mataré a él.

—Entonces, ¿eres ilota?

—Sí.

—¿Qué edad tienes, hijo?

—Dieciséis este verano.

Epaminondas negó con la cabeza, visiblemente superado por lo que ahora no tenía más remedio que creer.

—En ese caso, quizá tenga que contarte una historia…

—Durante la gran guerra contra Atenas, Tebas se alió con Esparta. —Epaminondas hizo un gesto desdeñoso con la mano izquierda, como si estuviera espantando ese hecho—. Atenas amenazaba nuestra supremacía en Beocia y, por tanto, atendiendo a la premisa de que el enemigo de tu enemigo es tu amigo, nos aliamos con Esparta. Ese fue el principio de mi propia carrera militar. Yo luchaba con la infantería tebana, y allí fue donde sufrí esta herida. —Señaló la cicatriz que tenía en brazo izquierdo—. Luchaba para salvar a un amigo, y al final el rey espartano Agesípolis nos salvó a ambos. —Sonrió como si invitara a Protos a apreciar las ironías de la vida—. Pero después de la guerra, Esparta parecía empeñada en convertir a sus antiguos aliados en súbditos. En nuestro caso, protegió a una serie de ciudades que queríamos controlar. Al fin hubo una guerra, seguida de una paz inestable. Hace unos tres años, los espartanos ocuparon nuestra acrópolis y desde entonces mantienen allí una guarnición. También establecieron un gobierno afín a ellos y empujaron a muchos de mis amigos al exilio. Nos hemos convertido, en realidad, en una ciudad ocupada.

—Pero a ti no te expulsaron.

El significado de la aseveración era evidente. Protos sonrió para indicar que no pretendía ofenderle.

—No, no lo hicieron —repuso Epaminondas devolviéndole la sonrisa—. Soy filósofo, con lo que consideran que estoy medio loco. Además, creen que soy demasiado pobre como para suponer una amenaza.

—¿Y están en lo cierto?

Epaminondas se limitó a negar con la cabeza. Era el momento de cambiar de tema.

—Los vi luchar una vez —continuó Protos—. En Elis. Arrollaron a los defensores. Fue bello de ver, pero tienen una debilidad.

—¿Y qué debilidad es esa?

La observación pareció divertir a Epaminondas.

—Para llegar a alcanzar tal grado de disciplina, supongo que se les somete a ejercicios continuos. En Elis eran como sonámbulos. Apenas le prestaban atención al enemigo, seguramente ni siquiera pensaran que merecía la pena hacerlo. Simplemente hicieron lo que probablemente llevan haciendo desde

tiempo inmemorial, y eso les dio la victoria. Pero si alguien los atacara desde donde no se lo esperan, creo que no sabrían cómo responder.

Daba la sensación de que Epaminondas no estuviera escuchando. Entonces, de pronto, ladeó la cabeza.

—¿Dices que eso fue en Elis?

—Sí, derrotaron a un contingente que los superaba en más del doble.

A Protos se le ocurrió que probablemente estuviera diciendo una tontería, así que decidió hacer otra pregunta.

—Esos hombres del gimnasio… ¿a qué estaban jugando?

—Al juego de la guerra.

Epaminondas había sido invitado a una cena y le pidió a Protos que acudiera con él, pero Protos se negó. Después de todo, no era más que un campesino con un cuchillo, y recordaba la saña con que aquellos jóvenes, a los que ahora suponía involucrados con Epaminondas en alguna especie de conspiración, le habían molido a palos. No sufriría tal humillación de nuevo.

Pero la conspiración no carecía de interés.

—¿Te unirás a nosotros? No llevas en Tebas ni un día entero ¿y ya estás dispuesto a arriesgar tanto por ella?

—No es por Tebas, sino por debilitar a Esparta. —Protos sonrió, no pudo evitarlo—. El enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Aquello hizo reír a Epaminondas, aunque solo por un instante. Luego volvió a adoptar su semblante serio.

—Los riesgos que corres no son pocos —dijo.

—Estoy acostumbrado a correr riesgos. Ya he metido la cabeza en las fauces del león en otras ocasiones.

—Háblame de ello.

Y Protos se lo contó. Fue un relato pormenorizado de todo lo que había ocurrido desde aquella primera noche, cuando sus padres fueron asesinados, y hasta el momento de antes de llegar al lugar donde Nubit había acampado. Había decidido que, por el momento, Epaminondas y sus amigos no tenían por qué saber de la existencia de Nubit.

—Y esto que haces con la daga, esos lanzamientos… ¿puedes enseñárselos a otros?

Pero Protos solo pudo sacudir la cabeza.

—Ni siquiera yo sé cómo lo hago.

—Entonces es un don de los dioses.

La primera tarde de Nubit en Tebas fue todo un éxito. Sus pócimas amorosas se vendieron bien y la muchedumbre quedó encantada cuando invocó al espíritu de Cadmo con una nube de humo púrpura. La mitad de ellos creyeron de verdad haberle visto.

Al día siguiente su público sería mayor. Los tebanos parecían tan aburridos… Estaban dispuestos a creer cualquier cosa y a comprar lo que fuera por entretenerse un rato.

Casi había anochecido cuando volvió a la carreta. Protos no estaba allí, pero eso quizá solo significara que había encontrado lo que estaba buscando. Le dio de comer al caballo y se sirvió un cuenco de cerveza; bebió lentamente mientras alimentaba el fuego perezoso con leña.

Cuando el contenido de la olla había empezado a hervir, Protos aún no había aparecido, y empezó a preocuparse. Después de todo, era un esclavo ilota en una ciudad ocupada por los espartanos. Y seguía siendo un niño.

¿Y si no volvía nunca? ¿Y si, sencillamente, se fuera un día? ¿Cómo encontraría el valor para seguir viviendo?

Le amaba. La sola idea de perderle le hacía sentir pánico. El amor que sentía por él era el castigo que los dioses le habían impuesto.

Y entonces, de pronto, ahí estaba, de pie al otro lado de la hoguera. Se arrodilló, olisqueó la olla, la miró y sonrió de un modo que Nubit sintió que las entrañas se le derretían.

—Nunca volveré a dudar de ti —dijo él.

14

—Encontré al hombre de tu sueño —le dijo—. Y tuviste razón al decirme que llevara el cuchillo, porque alguien intentó matarle. Si hubiera dejado aquí la daga, ese hombre habría sido asesinado ante mis propios ojos.

—¿Y el asesino? ¿Le mataste?

—Sí.

Se sentó a su lado y partió un hueso de cordero para llegar al tuétano. —Le gustaba mucho el tuétano. El hecho de que hubiera matado a un hombre hacía unas horas no parecía preocuparle lo más mínimo. Era una cuestión circunstancial, mencionada únicamente para demostrar que su consejo había sido sabio.

—Ese hombre… ¿cómo se llama?

—Epaminondas.

—Y este Epaminondas… ¿es importante?

—Está entrenando tropas para recuperar Tebas de manos espartanas.

—¿Está loco? ¿Cómo puede entrenar a las tropas ante sus narices?

—Han decidido ignorarle…, al menos hasta hoy. —Aquello hizo reír a Protos—. Ellos, al igual que tú, piensan que está mal de la cabeza, que es un excéntrico inofensivo con el que pueden acabar cuando les convenga. Lo que no saben es que su plan tiene una segunda parte.

—¿Y cuál es?

—No tengo ni idea. Tengo algo que ver con ella, pero tendré que esperar para saber de qué se trata.

—Empiezo a creer que te he empujado a los brazos de un lunático.

La respuesta de Protos fue colocarle el brazo alrededor del cuello y atraerla hacia él para darle un beso.

—Son todos unos lunáticos —le susurró al oído—. Esos grandes hombres que quieren gobernar a otros están todos locos. Si no lo estuvieran, serían campesinos, como mi padre.

A la mañana siguiente Protos volvió a casa de Epaminondas. Entró por la puerta que daba al jardín y que, según le había dicho, tendría la cuerda del cerrojo por fuera. Encontró a su propietario sentado a la misma mesa redonda,

examinando un objeto que sostenía con ambas manos. Cada extremo era como un huso, y en medio había algo plano y delgado.

—¿Sabes leer? —preguntó Epaminondas.

—¿Qué es eso?

—Entonces he de suponer que la respuesta es que no. —Epaminondas sonrió y posó el objeto—. Ven, échale un vistazo a esto.

Habiéndolo examinado, Protos lo comprendió un poco mejor. Entre los husos había un rollo de algo, y ese algo estaba surcado de marcas negras.

—Es un poema escrito por un hombre llamado Píndaro. ¿Sabes lo que es un poema?

—¿Una especie de cuento?

—Más o menos. —Epaminondas asintió—. Mi abuelo oyó una vez recitar a Píndaro. Este rollo está escrito de su puño y letra.

—¿Qué es todo esto? —Protos señaló las marcas negras.

—Letras. Cada una representa un sonido, y cuando juntas esos sonidos obtienes palabras.

Epaminondas cerró el rollo y lo metió en una pequeña cesta de lino. Entonces se quedó en silencio, con las manos sobre el regazo, observando a Protos fijamente.

—Creo que eres un muchacho listo —dijo al fin—. Te sería muy útil aprender a leer.

—¿Por qué? ¿Para poder leer a este Píndaro?

—No, hijo. Para que puedas llevar cartas en mi nombre y saber lo que dicen. Para que algún día pueda escribirte cartas y así poder decirte lo que estoy pensando sin necesidad de estar a tu lado. ¿Lo comprendes?

—Sí. —Protos se encogió de hombros—. O eso creo.

—Bien. —Epaminondas se puso en pie—. Vamos dando un paseo hasta el gimnasio a ver qué tal van nuestros jóvenes soldados.

—¿Cómo puede luchar alguien así?

Desde el extremo del campo, Protos y Epaminondas observaban a los hombres formando cuadrados y empujándose los unos a los otros con los escudos y con varas de madera. Parecía una mala parodia del modo de luchar espartano. Era incomprensible.

—Debo admitir que no parecen estar haciéndolo muy bien —dijo Epaminondas acariciándose la barba con la palma de la mano izquierda—. Y tus talentos particulares te llevan a otro modo de hacer las cosas, pero quiero que al menos adquieras cierta experiencia en formas de lucha más

convencionales.

—¿Por qué?

—Porque la guerra es inevitable. Aun suponiendo que podamos expulsar a los espartanos de Tebas, volverán, aunque solo sea por una cuestión de prestigio. Puede que dentro de diez años aún sigamos luchando contra ellos.

Miró a Protos, y vio algo en sus ojos que le recordó a los de un animal de presa.

—Hasta ahora has matado espartanos de uno en uno, y debo decir que con bastante éxito. Ahora debes aprender a matarlos en masa.

—¿Qué están intentando hacer? ¿Empujarse hasta la muerte?

Epaminondas rio.

—No. Intentan quebrar la línea del contrario. Siempre que los hombres luchen como una unidad, en formación compacta, matarlos es difícil. Pero cuando la formación se quiebra, los hombres que la componían vuelven a ser individuos que luchan cada uno por su vida. Y que mueren solos.

—¿A qué otra forma de hacer las cosas me llevan mis talentos?

Protos sintió el peso de la mano de su acompañante en el hombro.

—Cada cosa a su tiempo. Pero veamos…, ¿alguna vez has utilizado una espada?

—Sí.

—Pero no se puede lanzar una espada.

—Una espada espartana sí.

Epaminondas sacudió la cabeza como si estuviera desconcertado.

—Quizá quieras aprender a luchar con una sin necesidad de lanzarla.

Aquí y allá, por todo el recinto, había individuos y parejas de hombres ejercitándose con diferentes armas; jabalinas, espadas y, de vez en cuando, con las largas lanzas de doble punta que utilizaba la caballería. Epaminondas encontró a uno de ellos que parecía extremadamente diestro con una espada curva que era algo más larga que su brazo. Era un hombre de unos veinte años, elegante y preciso en sus movimientos, con el pelo corto y negro y una barba que era poco más que un recorte a lo largo del rostro. Observó a Protos con bienintencionado desdén.

—Si eres tan amable, Egisto, enséñale los elementos a nuestro joven amigo.

Después de hacer un gesto desdeñoso con la mano, Epaminondas se alejó.

Egisto esperó hasta que el veterano estuvo a cuarenta pasos de distancia y entonces se dirigió a su alumno.

—¿Y bien? ¿Te tienes por ser bueno con la espada? —preguntó en un tono burlón ante lo vanidoso de tal aseveración—. ¿Alguna vez has blandido una espada?

Cuando Protos no respondió, Egisto se arrodilló junto a una caja de madera que había sobre la hierba, la abrió y sacó otra espada, una idéntica a la suya.

—Toma… Cógela —dijo ofreciéndole el mango—. Vamos a ello.

Antes de que Protos pudiera cogerla adecuadamente, y mediante una leve sacudida de su propia espada, Egisto derribó la del ilota. Sonrió mientras Protos se agachaba a recogerla.

—¿Lo ves? —dijo—. La espada no es para todo el mundo. Uno debe nacer para esto.

«Igual que se nace rico», pensó Protos. Como si todo logro, todo privilegio, fuese propiedad exclusiva de aquellos cuyos padres jamás habían recogido una cosecha con sus propias manos. Aquel muchacho era como los espartanos, salvo que, quizá, no matara gente por diversión.

Quizá ahora vieran quién había nacido para qué.

Después de eso, practicaron estocadas y blocajes, y poco a poco Protos comenzó a desarrollar su comprensión del arma. Empezó a sentir que podía manejarla. Los movimientos eran obvios.

—Y ahora defiéndete —anunció Egisto—. No te preocupes, no te haré daño.

Pero Protos no estaba preocupado. Se dio cuenta de que era capaz de predecir cada uno de los ataques. Su oponente, pensó, no era demasiado imaginativo. Una y otra vez Egisto intentó hacerle retroceder, pero Protos no cedía terreno.

No tardaron en atraer un pequeño público. Quizá hubiera unos veinte jóvenes a su alrededor.

Y ante sus ojos, Egisto pareció presentir que tenía algo que probar.

—Y ahora ataca tú. Y, por favor, no te reprimas. No podrás tocarme.

«No podrás tocarme». La multitud murmuró una aprobación. Protos apretó los dientes y procuró ignorarlos.

Cuando tenía nueve años, un toro se había escapado y recorría uno de los campos de la aldea. Era tiempo de cosecha y tenían que sacar al toro de allí antes de que aplastara todo el trigo.

—Solo hace falta saber lo que va a hacer el toro —le había dicho su padre.

Fue al lugar en el que había caído parte de la valla del cercado por donde había escapado el toro. La apartó y fue caminando hacia el animal. Después de atraer su atención, corrió hacia la apertura en la valla. El astado cargó detrás de él. Cuando llegó a la valla, su padre se apartó a un lado y el toro siguió adelante en línea recta, de vuelta a su cercado. Poco después se detuvo, pero para entonces ya se había olvidado de padre y bajó la cabeza para pastar. Padre reparó la valla y todos se fueron a casa.

«Solo hace falta saber lo que va a hacer el toro». Protos decidió que su

padre hubiera sido bueno con la espada.

Lanzó un ataque obvio que Egisto bloqueó casi sin esfuerzo. Después de algunos ataques parecidos, Egisto pareció cansarse de estar a la defensiva y Protos dio unos pasos atrás.

El público estaba disfrutando de su actuación. A Protos le daba la sensación de que les gustaba ver cómo le daban una lección al campesino.

Después de un rato así, Protos cerró la trampa. Fingió tropezar y Egisto cargó, pero se acercó demasiado.

Protos se apartó, metió el pie detrás del de su oponente y, acto seguido, simplemente alargando la pierna, le hizo perder el equilibrio.

Egisto cayó, y cuando se recuperó de la sorpresa vio a Protos de pie sobre él y la punta de su espada a menos de dos dedos de su garganta.

—Me has hecho una zancadilla —exclamó Egisto, su voz cargada de indignación—. No ha sido justo.

—Debes perdonarme, no soy más que un campesino sin educación. No se me había pasado por la cabeza que todo esto es solo un juego.

Protos hundió la punta de la espada en el suelo a medio palmo de la cabeza de Egisto y se fue. A su espalda oyó los aplausos de su público. «Que los dioses los maldigan».

—Me esperaba algo así —dijo Epaminondas, como si comentase el resultado de una pelea de perros—. Me dicen que ayer se habló mucho sobre un «lanzamiento afortunado». Que no te afecte, es difícil para un hombre superar los prejuicios de clase. Pero ahora saben que no ha sido suerte, sino una habilidad innata con las armas. Ahora te respetarán. Incluso Egisto cambiará de actitud.

—Me importa poco lo que piense Egisto.

Epaminondas posó la mano en el hombro del ilota y rio.

—Debes aprender, joven amigo, a no hacer enemigos de forma innecesaria. En este momento Egisto está resentido porque has hecho que quede como un necio, pero no pasará mucho tiempo antes de que esté contando la historia de su derrota con un toque de orgullo. Espera y verás. Aunque por hoy es mejor que no vuelvas al gimnasio.

Protos quiso decir algo, pero Epaminondas hizo un gesto con la mano para que no respondiera.

—No es por nuestros jóvenes amigos, sino porque los espartanos observan todos nuestros movimientos. Sospecho que llevas tiempo disfrutando de cierta fama entre ellos, y preferiría que no ataran los cabos. Además, tengo una labor

que encomendarte en otro lugar…

—Quiere que vaya a Atenas —le dijo Protos a Nubit.

Era de noche y estaban resguardados en la carreta. Ella estaba desnuda hasta la cintura y se estaba peinando la negra melena, que parecía brillar a la débil luz de la lámpara de aceite.

—¿Qué hay en Atenas? —preguntó ella sin mirarle.

El muchacho pensó, y no era la primera vez, lo bella que era su espalda, lo perfecta que era su piel del color del bronce nuevo. Tardó un instante en recordar que le había hecho una pregunta.

—Un hombre llamado Pelópidas —respondió—. Escapó de Tebas cuando los espartanos tomaron la ciudad. Epaminondas me ha dado una carta para él.

—Deja que la vea.

La carta estaba oculta dentro de un rollo de papiro. El joven se la entregó por encima del hombro izquierdo. Cuando la cogió, Protos se permitió recorrer su espalda con la yema de los dedos. El simple hecho de tocarla ya era un placer. De pronto Nubit rio.

—¿Sabes lo que hay en este rollo? —le preguntó—. Es una comedia de Aristófanes, y es muy picante.

—¿Sabes leer?

—Sí, por supuesto. No puedo leer mi propia lengua, pero el griego es sencillo. Solo tiene veinticuatro caracteres.

—¿Qué dice la carta?

La egipcia desenrolló el documento. La carta estaba escrita en un solo pliegue de papiro que sacó por las esquinas.

Permaneció en silencio un instante.

—Es sobre ti —dijo al fin—. La opinión que tiene de ti es interesante: «Te presento a este muchacho, Protos, que parece haber vivido varias vidas en sus dieciséis años. Puedes confiar en él, pues tiene buenas razones para odiar a los espartanos. Es ágil como un escorpión e igual de mortífero. Estoy convencido de que se te ocurrirá en qué emplearlo, pero no cometas el error de subestimarle. Aunque carece de lo que tú y yo llamaríamos educación, es extremadamente inteligente y encontrará, sin duda, el modo de descubrir lo que pone en esta carta. Pídele que te enseñe cómo lanza un cuchillo».

Nubit volvió a meter la carta en el rollo, volvió a colocarlo como estaba y lo introdujo en su bolsa de lino.

—Deberíamos partir al amanecer —dijo él.

Nubit suspiró y le sonrió.

—Es una lástima. En Tebas hubiéramos ganado muchísimo dinero.

—¿Puedes enseñarme a leer?

—Sí, claro. Nos dará algo que hacer durante el viaje.

La mujer se deshizo de su falda y extinguió la llama de la lámpara de aceite. En la oscuridad el muchacho sintió la mano de Nubit deslizándose suavemente por su muslo.

—Pero las clases pueden esperar a mañana —dijo ella.

15

En carreta, el viaje de Tebas a Atenas llevaba cerca de dos días. Los esfuerzos de Protos por aprender el alfabeto griego los tuvieron entretenidos. Usaban la comedia de Aristófanes a modo de texto de estudio. Nubit señalaba una letra, decía cómo se llamaba y el sonido asociado a ella, y Protos tenía que buscar la misma letra en las demás líneas. A media tarde habían repasado las veinticuatro.

—Sigma, omega, mu, alfa. Sss, ooo, mmm, aaa. —Pronunciaba cada letra alargando inconscientemente los sonidos—. ¿Cuerpo? ¿Es eso? ¿Es lo que significa?

—Sí. Eso es.

Al segundo día Protos seguía reproduciendo el sonido de las letras, pero estas poco a poco se fueron convirtiendo en frases y, a veces, topaba con algún chiste de la comedia y reía.

—Has aprendido todo lo que hay que aprender —le dijo Nubit—. A partir de ahora es solo cuestión de práctica. Encuentra textos y léelos. ¿Sobre qué te gustaría leer?

—Los héroes de mi pueblo. Éramos aqueos antes de que los espartanos nos convirtiesen en esclavos. Mi tío me contó muchas historias sobre ellos y sobre la gran guerra en la que lucharon para conquistar una lejana ciudad.

—¿Troya?

—Sí. Ese era el nombre.

Nubit se recostó contra el asiento de la carreta para que Protos no la viera sonreír.

—Puedes oír esas historias en cualquier taberna —le dijo—. Hay gente que se gana el pan recitándolas por unas monedas. Las escribió un poeta llamado Homero.

—En ese caso, me gustaría leer a ese Homero.

A medida que la tarde iba avanzando, llegaron a las afueras de Atenas. Los campos eran bellos y estaban bien abastecidos de agua, y había plátanos de sombra a ambos lados de la calzada que protegían del sol. Aquí y allá se veían casas en ruinas; sus muros estaban tan destrozados y desgastados que después de un cuarto de siglo casi parecían parte del paisaje.

—Los espartanos hicieron esto —le dijo Nubit—. Sembraron la desolación

por el Ática. Hubieran destruido la mismísima Atenas, pero al final decidieron no hacerlo. Dijeron que era por la parte que había jugado la ciudad durante la guerra contra Persia, pero creo que tenían otros motivos.

—Los espartanos no son un pueblo generoso.

No dijo más; se recluyó en sí mismo hasta que una hora después las murallas de Atenas se alzaron ante sus ojos.

—Epaminondas me dijo que me dirigiera a la parte norte de la ciudad y que encontrara una casa cerca de la puerta de Acarnas. Deberíamos buscar un lugar donde acampar, será de noche de aquí a una hora. Su amigo puede esperar hasta mañana.

—Pareces enfadado. ¿Qué te pasa?

La pregunta le sorprendió. Quizá ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza que estaba enfadado. Pero ahora se daba cuenta de que era cierto.

—Me envían de recadero, y no me dicen nada más —dijo al fin—. Me utilizan.

Nubit alargó la mano y se hizo con las riendas, como si le exasperara tal estupidez.

—Por supuesto que te utilizan, del mismo modo que tú los utilizas a ellos. Y claro que hay cosas que no te dicen. No te conocen, ¿por qué deberían confiar en ti? Y jamás serás uno de ellos. En el mejor de los casos, eres un aliado, pero solo mientras tus intereses coincidan con los suyos. Así es el mundo, Protos. Ve acostumbrándote.

—¿Es eso lo que somos tú y yo? ¿Aliados?

Habían llegado a una zona con sombra debajo de un plátano. Nubit tiró de las riendas.

—No, tú y yo no somos aliados. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque yo estoy en tu bando solo porque es tu bando.

Dado que nunca había superado sus costumbres de campesino, Protos se despertó dos horas antes del amanecer y preparó el fuego para el desayuno. Nubit dio a entender que pretendía darse el capricho de dormir hasta que el desayuno estuviera listo.

Mientras el cielo aún lucía gris perla, Protos recorría el exterior de las murallas buscando la puerta de Acarnas. Una vez dentro apenas pudo creer que la gente viviera en aquel lugar. Los edificios eran más grandes que los templos de Corinto, y la ciudad era igual de bella. Muchos tenían la fachada de mármol blanco y columnas que sostenían toldos sobre las entradas.

Le habían dicho que debía buscar la tercera casa del costado derecho de la calle y preguntar por un hombre llamado Dexíleo. No le costó encontrar la casa, pero estando de pie ante la puerta, le llevó un momento hacer acopio de coraje para llamar.

Sentía que se estaba precipitando por un acantilado. Fuera cual fuese el destino que le aguardaba al otro lado de esa puerta —y no tenía ni la menor idea de lo que podía ser, salvo que resultaría peligroso—, sería irrevocable.

Quizá fuera mejor irse. Podía volver a la carreta y Nubit y él podrían vivir algo parecido a una vida normal.

Pero al final llamó. Al principio no ocurrió nada. Estaba a punto de golpear la puerta de nuevo cuando esta se abrió y un hombre alto, corpulento y con una túnica blanca que casi le llegaba al suelo le miró con evidente aire de sospecha.

—Vete, chico —dijo, como si hubiera protagonizado esa escena muchas veces—. No tengo restos de comida. Vete antes de que llame al alguacil.

—¿Eres Dexíleo?

Estaba claro que esa pregunta era lo último que se esperaba, porque se quedó en silencio un momento y luego observó inquisitivo el rostro de Protos.

—No, no soy el amo Dexíleo —dijo como si le doliese admitirlo—. Soy el capataz de esta casa.

—Pues dile que tiene visita, alguien que le trae noticias que le interesará oír.

Protos alzó el rollo que llevaba en la mano izquierda.

Casi podía verse la progresión de ideas que iba tomando forma en la mente de aquel hombre corpulento. Tenía ante sí a un chico, a un campesino que apenas tenía dinero para comprar un par de sandalias. Sin embargo, sabía que el amo Dexíleo vivía en esa casa y traía un mensaje. ¿Cómo se había hecho con ese rollo de papiro? ¿Lo habría robado? Era una posibilidad. Quizá quisiera vendérselo al amo Dexíleo.

O quizá, dado que Dexíleo era un hombre que coqueteaba con la política, hubiera más de lo que parecía.

—Puedes entrar, muchacho. Le preguntaré al amo si está en disposición de recibirte.

Llevó a Protos a una estancia que estaba vacía salvo por un banco de mármol y unas cuantas mesas. Probablemente midiera tres veces lo que medía la casa en la que Protos viviera con sus padres. Las paredes estaban decoradas con frescos que las hacían parecer ventanas a un mundo ideal.

—Siéntate ahí, chico —dijo el capataz señalando a la bancada de mármol.

—¿Vive solo Dexíleo? —preguntó Protos asombrado. Era grotesco que un hombre pudiera tener tanto.

—Vive aquí con su esposa. Ahora siéntate, muchacho, y no hagas ruido.

Un cuarto de hora después volvió el capataz, seguido de un anciano que iba mal envuelto en una sábana. Su pelo blanco era una maraña. Era evidente que acababa de salir de la cama y que no estaba satisfecho.

—Joven —le espetó—. ¿Tienes idea de la hora que es?

—¿Eres Dexíleo? —preguntó Protos poniéndose en pie.

—Sí, soy Dexíleo. ¿Qué ocurre?

—En ese caso, sé tan amable de decirle a Pelópidas que tengo un mensaje para él.

La expresión de Dexíleo cambió al instante. Ya no parecía molesto por haber sido despertando a una hora que, a él, se le antojaba intempestiva. Achicó los ojos y observó a Protos como si estuviera calculando lo que pesaba.

—Si conociera a alguien llamado Pelópidas… —empezó a decir, y luego se detuvo—. Si conociera a ese hombre no creo que se lo presentase a un muchacho que habla con acento dórico y que lleva una daga espartana.

—Entonces dile a Pelópidas, a quien puede que conozcas o puede que no, que este amigo de Epaminondas quiere saber si aún le duelen las muelas.

Sin decir palabra, Dexíleo dio media vuelta y volvió por donde había venido. Su capataz siguió sus pasos de cerca. Protos se quedó solo de nuevo y continuó examinando las pinturas que decoraban las paredes.

Poco después entraba en la habitación otro hombre. Vestía una sencilla túnica militar y parecía tan fuera de lugar en ese entorno como Protos.

—Soy Pelópidas —dijo.

—¿Has leído esto? —preguntó Pelópidas levantando la carta.

—Sé lo que dice.

Estaban sentados, el uno frente al otro, en una sala cercana al patio interior. Una estancia que parecía diseñada para ese tipo de encuentros; dado que era pequeña, no disponía de muchos muebles, y la puerta podía ser atrancada desde dentro.

—¿Sabes lo que estamos planeando?

—A muy grandes rasgos. Tenéis intención de recuperar vuestra ciudad. Las tropas que está entrenando Epaminondas probablemente sirvan para contener a la guarnición espartana. Aunque, por supuesto, no me dijo cuál sería tu cometido.

—¿Por qué «por supuesto»?

—Porque esperaba que lo hicieras tú. Y, hasta que lo hagas, puede que, cuanto menos sepa, tanto mejor.

Pelópidas sonrió. Era la sonrisa de un hombre inteligente que acabara de percatarse de algún hecho interesante.

—Por joven que seas, me veo en la obligación de hablarte como a un igual —dijo mientras alargaba la mano para coger la jarra que había en la mesa que los separaba. Había dos cálices. Rellenó ambos con vino que tenía el aspecto de estar rebajado con agua en una proporción de uno a siete, el cual no servía para emborracharse, tan solo para saciar la sed—. Me da la sensación de que te has visto obligado a abandonar tu juventud, de que eres un hombre porque no tienes elección. No me sorprende que impresionaras tanto a mi amigo Epaminondas.

—¿Vas a decirme cuál es tu cometido en todo esto?

Por un instante Pelópidas se mostró ausente. Quizá ni siquiera hubiera oído la pregunta. Y entonces volvió a mirar a Protos y a esbozar una taimada sonrisa.

—Tengo un grupo de exiliados tebanos —dijo—, todos ellos buenos hombres, y los atenienses han prometido ayudarnos con un contingente de infantería. Tengo que encargarme del gobierno que nos han impuesto los espartanos y de los espartanos mismos. ¿Cómo lo harías tú?

Protos probó el vino, casi sin saborearlo. El problema acaparaba toda su atención. Era una cuestión a la que llevaba días dando vueltas.

—Mantendría a la infantería ateniense a un día de marcha de Tebas, por si los espartanos envían exploradores. Infiltraría a tus propios hombres en la ciudad, porque el factor sorpresa será esencial, y luego me uniría a las fuerzas de Epaminondas para contener a los espartanos en donde están hasta que llegaran los atenienses. Están apostados en la acrópolis, creo recordar.

—Sí.

—Es difícil acceder, pero también lo es escapar. Si controláis la ciudad, podéis conseguir que perezcan de hambre.

—Has descrito mi plan casi al completo. —Pelópidas asintió a modo de aprobación. Estaba disfrutando de la charla. Era como un juego de estrategia—. Pero aún queda un detalle crucial. ¿Qué harías con el gobierno actual, con los traidores?

—Matarlos. Matarlos a todos.

Era media tarde cuando Protos salió de casa de Dexíleo. No volvió a la carreta, sino que guio sus pasos hacia el mercado, que estaba a poco más de un cuarto de hora de camino en dirección sur. Confiaba en ver a Nubit por allí.

Dio con ella en la escalinata que llevaba al templo de Zeus. Una nube de

humo púrpura descendía flotando por la escalinata, lo que significaba que había estado conjurando el fantasma de algún héroe local, y coqueteaba del modo más estrafalario y a la vez con varios de los hombres del pequeño grupo que había congregado para asistir a su espectáculo.

Protos se mantuvo a unos diez pasos de distancia, a un lado y algo apartado de la multitud, donde Nubit sería incapaz de advertir su presencia mientras pensaba en lo bella y fascinante que era. Su público la adoraba. No se daban cuenta, pero los poseía. Nubit era capaz de convencer a un lobo de que le lamiera la mano.

Con cada movimiento de cabeza, su cabello se arremolinaba en torno a ella como una nube oscura. Era fácil imaginar que poseía poderes mágicos… Ella misma era mágica. El sonido de su voz, más agudo de lo que cabría esperar y dotado de un insinuante tono ronco, resultaba embriagador. La música era tan evocadora que uno acababa por olvidarse de las palabras.

«Y esto es lo que debo dejar atrás», pensó para sí. Intentó buscar consuelo pensando que era probable que estuviera muerto antes de acabar el mes, con lo que el período de duelo sería breve, pero la idea tampoco es que le hiciera sentirse mejor.

Pero quizá sobreviviera. Al menos era una posibilidad. Y entonces, quizá…

En ese instante ella volvió el rostro y le vio, y sus ojos se llenaron de algo parecido al miedo.

Protos se unió a la muchedumbre y se acercó a la primera fila.

—¿Puedes predecir mi futuro, bruja? —dijo alzando la voz, y ella soltó su mejor risa de ramera.

—Lo que tienes entre las piernas es lo que te dará fortuna, muchacho. Pero ven, hablemos a solas. Por una moneda de plata te revelaré tu glorioso futuro.

Remontaron la escalinata del templo y se ocultaron detrás de una de las gigantescas columnas. Al instante de encontrar la privacidad, ella le cogió la mano entre las suyas y apretó, como si ya supiera que iba a decirle algo malo.

—Tengo que irme…

—Lo sé —repuso ella interrumpiéndole como si no pudiera soportar oír más—. He tenido un sueño. Pero vuelve a la carreta, solo esta noche.

—No me atrevo. Esparta debe de tener agentes en Atenas. Seguramente están vigilando la casa a la que he ido esta mañana. Tengo que desaparecer. Hasta estos instantes son una locura, pero no podía irme sin…

—Lo sé. Promete que volverás a mí.

—Si salgo de todo esto con vida, volveré.

—En ese caso, debes prometerme que vivirás.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

No fue más que un chiste insulso, pero rieron. Y entonces las risas murieron y ella alargó la mano para tocarle la cara.

—Sé que volverás —dijo como si su voluntad bastara para hacerlo realidad —. Tienes talento para la supervivencia. Volveremos a vernos.

Y entonces salió corriendo escaleras abajo.

Mientras descendía la amplia escalinata umbrosa del templo, Protos podía oír su voz y las risas de la multitud.

16

—¿Alguna vez has oído hablar de un hombre llamado Epaminondas? —le preguntó Dienekes a su hijo.

Éurito había vuelto de la península itálica y llevaba cinco días en casa, disfrutando de la gloria que acompañaba a quien se había distinguido en batalla. Por tanto, y dado que la pregunta tenía que ver con la política, y no había nada de heroico en ella, no la recibió del todo con agrado.

Aunque también reflejaba la nueva actitud de su padre hacia él, un respeto que les permitía hablar entre ellos como iguales.

—Sí, por supuesto —repuso—. Aunque sea nuestro enemigo, es un hombre ilustre, tanto como soldado como en lo intelectual. Le vi una vez en Tebas.

—Sí. Bien, por lo visto, ha sufrido un intento de asesinato hará unos seis días; me ha llegado la carta esta mañana. Aunque lo niegan, me temo que ha sido idea de esos idiotas que hemos aupado al gobierno. Nunca lo sabremos, claro, porque el asesino cayó muerto antes de alcanzar a la que debía ser su víctima.

Estaban sentados en el jardín de Dienekes, esperando a la cena. Este rellenó el cáliz de su hijo casi hasta el borde.

Éurito se quedó mirando el vino un instante, como si fuera portador de malas noticias, y luego pareció olvidarse de que existía.

—Supongo, padre, que el asunto es más profundo. ¿Te estás guardando lo mejor para el final?

Dienekes volvió la mirada a la puerta que daba a su casa, como si esperara que alguien le rescatara de algo.

—Según dicen —continuó, sin mirar del todo a su hijo—, el asesino cayó abatido por una daga, lanzada, informan, desde una distancia de unos veinte pasos. La hoja le impactó de lleno en el cuello, así que murió casi en el acto. Además, nos dicen que el individuo que llevó a cabo tal proeza era bastante joven, que no superaba los dieciséis, y que hablaba con acento dórico.

—No…

Éurito observó su cáliz con añoranza. No se atrevía a tocarlo por miedo a derramar su contenido sobre la mesa.

Dienekes asintió.

—Me temo que sí.

—Protos.
—Me parece lo más probable.
Dienekes inclinó la cabeza los pocos grados necesarios para mirar a su hijo a los ojos.
—Dejé que el cuerpo de tu hermano se pudriera —dijo, con la dureza de un hombre que se acusa a sí mismo—. Pensé que no era un verdadero espartano, dado que se había dejado emboscar y matar por ese crío, pero los acontecimientos me han enseñado que juzgué mal a Teleclo. Ese chico ilota es un guerrero natural… Es asombroso.
»En cualquier caso, estas noticias que nos llegan de Tebas nos fuerzan a actuar, a llevar a cabo otro intento de capturar o, mejor aún, matar a ese Protos.
—¿Y quieres que yo eche una mano?
Los ojos de Éurito hablaban de resignación, lo que quizá fuera lo más cercano al valor. Iría a dar caza a su más temido enemigo porque el honor así lo exigía.
—Eres el único con vida que lo ha visto —dijo Dienekes quedamente—. Claro que fue hace unos años, y su aspecto puede haber cambiado…
—Volví a verle en Corinto —dijo Éurito casi gritando. Miró a su padre y sonrió amargamente—. Fue bastante cordial… Me invitó a beber vino.
Y entonces le contó todo lo ocurrido. Fue la confesión más terrible de su vida, pero no tenía más elección que hacerla. No podía seguir viviendo con esa mentira.
Dienekes escuchó en silencio, hasta que resultó evidente que su hijo había concluido. Supo que la tormenta había pasado cuando Éurito alzó su cáliz, con mano firme, y dio un sorbo.
—Debe de haber sido terrible para ti —dijo al fin—. Y no te culpo, ni por lo que hiciste ni por lo que no hiciste, tampoco por habérmelo ocultado. Todo este asunto es desagradable, pero precisamente por eso debemos encontrar a ese ilota y darle muerte. ¿Irás?
—¿A Tebas? Sí.
Dienekes logró sonreír.
—Una cosa —dijo, y se inclinó hacia delante para posarle la mano a su hijo en el hombro—. Ese malvado muchacho…
—Ya no es ningún muchacho, padre, y dudo que sea un malvado. Se limita a vengar a su familia del mismo modo que lo haría yo o lo harías tú.
—¡Es un esclavo! —Dienekes retiró la mano—. No es más que un renegado. Es lo único de lo que te culpo, Éurito, el respeto que has desarrollado hacia él. Es un ilota y por tanto carece de honor, carece incluso del derecho a la vida.

No merece respeto alguno.
»Y ya me ha costado un hijo. Asegúrate de que no me cueste otro.

A Dienekes la conversación que había mantenido con su hijo le hizo sentir extrañamente inquieto. Empezaba a pensar que apenas conocía a Éurito. Empezaba a creer que el problema era que su hijo tenía demasiada imaginación.

O quizá él tuviera demasiada poca. Era como si ambos vivieran en mundos diferentes.

Éurito, que acababa de ser elogiado por su valor en batalla, le temía a un esclavo. No temía la muerte, ya se había enfrentado a ella, así que debía de ser algo en aquel chico ilota que Dienekes no era capaz de comprender.

De niño, y ahora de adulto, Éurito siempre se había mostrado inteligente. Su hermano no era rival. Éurito siempre había sido el líder. Su abuelo había sido un hombre de intelecto prodigioso, comandante militar y hombre de estado, y en su tiempo libre un incansable estudioso de los poetas, en particular de Homero. Éurito era como él.

Dienekes admiraba a su hijo del mismo modo que había admirado a su padre, pero en lo más profundo de su alma sentía que la vida era un asunto sencillo. La inteligencia, como virtud práctica, no se diferenciaba en nada de la astucia, y como arma no era muy diferente de la espada.

En cuanto al resto, era imposible ver demasiado. La imaginación era una debilidad si desembocaba en duda. Dienekes siempre había creído que la duda era el único enemigo verdadero. Ser inmune a la duda era ser un verdadero espartano.

Y había algo en ese muchacho ilota que hacía que Éurito dudase de sí mismo.

Fuera como fuera, estaba dispuesto a ir a Tebas a dar caza al esclavo. Ya era algo. No era un acto de valentía menor enfrentarse a algo que para él parecía ser más aterrador que la muerte misma.

Era todo un misterio. Dienekes decidió que acabaría el vino que quedaba e intentaría olvidarse del asunto.

La misión se consideraba lo bastante importante como para que a Éurito le fuera facilitado un caballo, lo que le permitiría recorrer la distancia entre Esparta y Tebas en tan solo tres días y medio.

La primera noticia que tuvo nada más llegar fue que nadie había visto al

«lanzador» desde hacía casi ocho días. Protos había hecho una aparición en el gimnasio al día siguiente de abatir al asesino y había demostrado que también era magnífico con la espada. Luego se había esfumado.

La primera reacción de Éurito fue la decepción. Su enfrentamiento con Protos era inevitable, y lo quería, aunque significara su muerte. La sola idea de que Protos y él habitaban en un mismo mundo estaba volviéndose insoportable.

Su primera charla con el comandante de la guarnición no fue halagüeña.

—No tenemos a nadie infiltrado en el grupo de seguidores de Epaminondas —dijo sin más, como si no pudiera esperarse otra cosa—. Sí tenemos agentes dispersos por la ciudad, no es que hayamos dejado al gobierno a su suerte, y se vigila a las personalidades más señaladas.

—¿Puedo preguntar por qué, sencillamente, no se los arresta a todos?

Éurito sonrió afable. Aunque fuese el hijo de un hombre que había sido éforo, no tenía intención de enemistarse con el comandante, llamado Listeo, y cuya familia era prominente en la esfera política. También era unos diez años mayor que Éurito y tenía aspecto de curtido veterano. Parecía molesto.

—Los ciudadanos llevan a cabo entrenamientos militares en todas las ciudades de Grecia —dijo con aspereza—. ¿Acaso puede haber algo más normal que Epaminondas, el soldado más distinguido de Tebas, dirija tales entrenamientos? La cuestión es que si actuamos contra él la ciudad tendrá aún más motivos para volverse contra nosotros. Aunque si intenta cualquier cosa contra el gobierno le aplastaremos, que no te quepa duda.

Estaban en lo alto de la acrópolis; otro paso hubiera supuesto una caída al vacío de treinta codos. No había más que un estrecho sendero hasta lo alto que a su vez estaba completamente expuesto. La posición era inexpugnable.

Aunque también era una ratonera.

Desde aquella altura podían divisar el extremo este de la ciudad y los campos que había más allá. Tebas era un caos de callejuelas estrechas, un terreno perfecto para una emboscada.

Éurito cayó en la cuenta de que si perdían el control de la ciudad estarían atrapados ahí arriba, en la cima de roca baldía. Tendrían pocas opciones de salir de allí o de abrirse paso luchando.

Así que Epaminondas y sus secuaces se harían con el control de Tebas mediante una acción relámpago, después de lo cual podrían tomarse su tiempo con la guarnición espartana.

—¿Has sabido algo, lo que sea, sobre el hombre que abatió a vuestro asesino?

—No era nuestro asesino.

—Lo mismo da. ¿Desapareció sin más?

—Sí. Desapareció sin más. —Listeo se encogió de hombros—. ¿Por qué? ¿Es importante?

Para entonces Éurito ya había decidido que el comandante de la guarnición era un imbécil, así que decidió no dar explicaciones.

De hecho, Protos estaba a menos de tres horas de camino, en la aldea de Leuctra, en una reunión de unos cuarenta exiliados tebanos que planeaban en secreto su retorno a la ciudad.

Se dieron cita en la única taberna de la aldea, donde solo se servía cerveza. Por una cantidad, y por simpatía hacia la causa tebana, el tabernero se había ido a pasar la noche con la mujer de su fallecido hermano. La taberna era pequeña, y, puede que como expresión de sentimiento democrático, las mesas y los bancos, que hubieran servido para acomodar a una docena de personas, se empujaron contra las paredes y una treintena de jóvenes se sentó en el suelo.

El encuentro lo encabezaba Pelópidas, quien ya había desarrollado su plan al detalle y que tan solo estaba asignando las funciones que habría de cumplir cada uno.

—Solo tenemos que lograr tres cosas —les dijo—. Debemos derribar el gobierno títere, después de lo cual la lucha será entre tebanos y espartanos. A partir de ahí deberemos acorralar a la guarnición espartana en la acrópolis, y para lograrlo tenemos que conseguir que la sorpresa sea absoluta, lo que significa que no puede haber nada que pueda alertarlos; así que nada de altercados por las calles. Luego tenemos que obtener el apoyo de los ciudadanos y que nos declaren como su legítimo gobierno. Para entonces las fuerzas atenienses estarán en posición para ayudarnos a enfrentar cualquier contramedida que puedan tomar los espartanos.

»Pero la primera tarea, la tarea crucial, es acabar con la oligarquía que los espartanos nos han impuesto. Y para ello Epaminondas ha puesto a nuestra disposición a un joven cuyos dones le hacen ideal para la labor. Amigos, quiero que conozcáis a Protos el ilota.

Cuando Protos se puso en pie, un murmullo recorrió la estancia. Los presentes se habían estado bebiendo las reservas de cerveza del tabernero a placer.

Protos hizo lo posible por no tomarse su evidente reticencia como algo personal. Lo más probable era que todos fueran de buena familia, mientras que él era un campesino. Además, no era tebano.

—Los oligarcas celebran un banquete dentro de dos días —les dijo Protos

—. Serán necesarios diez hombres para llevar la operación a cabo, yo mismo y otros nueve. Entraremos en la ciudad al anochecer, en pequeños grupos de dos y tres, disfrazados de cortesanas.

Surgió un clamor de inmediato.

—¿Como mujeres? ¡Es una deshonra! ¡El truco de un esclavo! No saldrá bien.

—¡Saldrá bien! —gritó Protos con un tono de voz que exigía atención—. Haremos que salga bien. Funcionará aunque sea yo el que tenga que entrar solo ahí dentro a matarlos a todos.

—¿De verdad no eres más que un esclavo? —preguntó alguien.

La pregunta fue recibida con una risa burlona.

—¿Te gustaría ver las cicatrices de mi espalda?

Envuelto en el silencio que provocó la respuesta, Pelópidas se puso en pie y posó la mano en el hombro de Protos.

—Tengo que aclarar algunas cosas —anunció quedamente—. La primera es que hace tan solo doce días nuestro joven amigo salvó a Epaminondas de un atentado contra su vida. La segunda es que después de haber matado al hijo del éforo Dienekes consiguió despistar o matar a sus perseguidores y huir de Laconia. He investigado el asunto y sé, de buena fuente, que los espartanos hicieron ímprobos esfuerzos por encontrarle, pero aquí está.

—Epaminondas le avala. Nos lo ha enviado para que cumpla un encargo concreto. Sugiero que le escuchemos con atención.

—Sería un deshonor acabar capturado vestido de prostituta.

El hombre que había hablado estaba en primera fila, casi a los pies de Protos. Pero el ilota apenas le miró al responder.

—Deshonra o no, si os capturan acabaréis muertos igualmente. Además, os invito a pensar en la deshonra que supone permitir que vuestra ciudad siga ocupada por el enemigo. Tebas no es mi hogar, pero en dos días, con o sin vuestra ayuda, arriesgaré la vida por liberarla. Pero haced lo que os plazca. Yo no soy más que un esclavo fugitivo que no sabe lo que significa eso que los nobles llamáis honor.

Se hizo un espeso silencio, y entonces alguien se puso en pie.

—¿Qué decís, amigos? ¿Vamos a permitir que nos avergüence el valor de un esclavo? Dinos tu plan, Protos, y yo, al menos, estaré dispuesto a seguirte.

El joven que hablaba se llamaba Agenor. Dio unas zancadas al frente y cogió a Protos de la mano. Y ese acto supuso que la cuestión quedara zanjada.

Todos se ofrecieron voluntarios.

—Tendréis que raparos las barbas —les dijo Protos—. Es raro ver cortesanas barbudas.

—¿A quién elegirás, Protos? ¿A los más valientes?

Pero fue Pelópidas quien respondió. Estaba encantado: era como si hubiera estado deseando que alguien formulara esa misma pregunta.

—No —dijo—. A los más agraciados.

Una vez elegidos los nueve, subieron al piso superior, al dormitorio del tabernero, y Protos usó un trozo de carbón para dibujar un mapa de la sala de banquetes en el suelo. Los espías de Pelópidas habían hecho bien su trabajo, así que el dibujo era muy preciso.

—Está en una casa particular, en el sector oriental de la ciudad —les dijo—. El propietario, que es uno de los oligarcas, es un vicioso y, por tanto, el tipo de persona que contrata este tipo de servicios para solaz de sus invitados.

»Como veis, hay cuatro puertas que llevan a la estancia. Apostaremos a un hombre en cada una de ellas para asegurar que no entre ni salga nadie. Aparte de un viejo capataz, todos los esclavos de la casa son mujeres, así que no creo que haya dificultades en ese sentido.

»Seis de nosotros nos encargaremos de los asistentes. Habrá treinta en total y no portarán armas. Será como matar ovejas.

—No parece muy glorioso —dijo alguien.

—No, pero sigue siendo peligroso. Hay mil formas de que todo el asunto salga mal. —Hizo una pausa y esbozó una mueca de dolor—. Una cosa es matar a un hombre en un enfrentamiento justo —empezó a decir—, o a alguien que pretende matarte, o a alguien que te ha hecho daño en lo más profundo. Otra es matar cuando tu enemigo está indefenso y no le conoces. Yo lo he hecho, y son esos los que me atormentan en sueños.

»Vamos a llevar a cabo un acto terrible, no es un crimen, dado que es necesario, pero no será algo de lo que vayamos a sentirnos orgullosos. Así que, si alguno de vosotros cree que será incapaz de hacerlo, que titubearéis en vuestro cometido, que lo diga ahora y que se retire. Nunca os tendré por cobardes si es así. Solo pensaré que lo que queréis es salvar vuestra alma.

Se expusieron los detalles. Alguien incluso propuso que hubiera un par de cortesanas de verdad que pudieran ayudarlos con el maquillaje. Habría un alijo de armas en el lugar en el que se darían cita, la casa de un acaudalado patriota. Llegarían hasta las puertas de la ciudad en carretas cubiertas para que los centinelas no tuvieran ocasión de verlos del todo.

Y cuando llegara la mañana del ataque, se afeitarían las barbas, así como los

brazos y las falanges. Ya había mujeres tejiendo sus vestidos.

Mientras tanto, los diez permanecerían juntos. Protos quería conocerlos mejor porque, en el último momento, tendría que elegir cuáles serían los encargados de cubrir las puertas y quienes entrarían en la sala de banquetes a llevar a cabo la masacre.

¿Cómo había llegado la situación a esto? Tenía dieciséis años y ya había matado a un hombre por cada año de vida. ¿Cómo habían llegado las Moiras a darle forma al hilo que definía su existencia? Sabía que cuando entrara a la sala de banquetes haría correr la sangre sin titubeos ni clemencia, aunque no sin remordimiento.

Veía los riesgos con dolorosa claridad. El resultado más probable era su propia muerte, aunque esto último casi hubiera supuesto una liberación. Porque ¿cómo sería el resto de su existencia si vivía tras cometer una atrocidad tal? Su alma ya estaba lo bastante atormentada.

Y, sin embargo, si sobrevivía y triunfaba, los espartanos serían expulsados de Tebas, lo que probablemente llevara al principio de una gran guerra que quizá pondría fin a la hegemonía espartana.

«Si». «Probablemente». «Quizá». Le estaba entregando su vida a una conjetura. Lo único que podía hacer era empujar la puerta y ver si se abría.

¿Podía llegar el día en el que ningún ilota tuviese que perecer para que un joven espartano probase su hombría en un ritual de muerte?

El mundo se había vuelto loco: el camino hacia la liberación de su pueblo pasaba por una sala de banquetes repleta de aristócratas masacrados.

Los diez durmieron en una granja abandonada a las afueras de la aldea. Todos menos Protos, que fue incapaz de conciliar el sueño. Permaneció fuera, con la espalda contra un árbol y una jarra de cerveza en la mano, contemplando la luna cerosa. Dentro de dos días sería luna llena, como la noche en la que sus padres fueron asesinados. Para algunos sería sinónimo de mala suerte.

17

Éurito ya había hecho partícipe al comandante de la guarnición de su plan para que las tropas espartanas descendieran de la acrópolis para desplegarse, si fuera necesario, en la ciudad misma. Pero Listeo, que seguía órdenes y que, aparentemente, carecía de imaginación, no tenía intención de moverse salvo autorización expresa del Consejo de los oligarcas.

—Coméntalo con Layo —dijo, sonriendo de tal modo que daba a entender que ya sabía cuál sería la respuesta—. Tenemos que mantener la farsa de que Tebas se gobierna a sí misma.

Layo, el más influyente de los miembros del Consejo, resultó ser un hombre gordo e indolente de unos sesenta años, que estaba más preocupado por su complexión que por las cuestiones de estado. Recibió a Éurito mientras se daba un baño.

Estaba tumbado en una enorme bañera de mármol, acompañado de cuatro esclavas desnudas. El agua estaba turbia, merced a los aceites, y olía a violetas rancias.

—¡Ah! ¡El noble Éurito! —exclamó mientras levantaba la mano para que una de sus esclavas se la secara antes de estrecharla con su invitado—. El famoso hijo de un distinguido padre, bienvenido. Hasta aquí han llegado noticias de tus logros en la península itálica; aquí, al culo del mundo. —Rio su propio chistecillo, si es que lo era—. Debes excusar lo informal de este recibimiento, pero mis físicos me obligan a pasar al menos dos horas a remojo todas las mañanas… El viento caliente de esta región reseca la piel, ¿sabes? Seguro que te has dado cuenta.

Éurito se no supo qué respuesta dar, pues ni siquiera se había percatado del viento. Y entonces vio que su anfitrión ahora se preocupaba del estado de su pie izquierdo, y que lo sacaba del agua para que le cortaran las uñas.

—Ten cuidado, Cloe —gritó con voz afeminada y aterrada—. Haré que te azoten si me las vuelves a dejar demasiado cortas.

—Mi señor —intervino Éurito—, hay un problema relacionado con la seguridad que me gustaría comentar contigo…

—Sí, por supuesto, dame un rato.

Al fin Layo pudo volver a meter el pie en el agua. Suspiró satisfecho.

—Estoy a tu disposición, noble Éurito —dijo, con la sonrisa de quien solo

vive para el placer.

—Mi señor, hay indicios de que Epaminondas está preparando tropas para…

—¡Ah, Epaminondas! —Layo dejó escapar un gruñido, como si las tripas se le estuvieran revolviendo—. Lo lamento, noble Éurito, he conocido a Epaminondas toda la vida, conocí a su padre. Es un cascarrabias, un filósofo, un pitagórico, por así decirlo. «Los números son la llave secreta del universo». ¡Cuánta tontería!

—Mi señor, los informes son concluyentes, está organizando un ejército ante tus propios ojos.

—Epaminondas no podría organizar ni la visita a un burdel —rio Layo, como si de pronto se hubiera hecho gracia a sí mismo.

—Mi señor, traman algo. —Éurito posó el pie en el borde de la bañera y se inclinó hacia delante, su rostro a menos de un codo del de Layo—. Si se diese el peor de los casos y los demócratas se hicieran con el control de Tebas, las cosas se pondrían feas y la guarnición espartana quedaría atrapada en la acrópolis. Te ruego que me des permiso para desplazar a treinta o cuarenta hombres a la ciudad.

—¡Oh! Por los dioses, no. —Layo negó con la cabeza con tal vehemencia que el agua de su cabello salió despedida en todas direcciones—. Sería como pedir a gritos una revuelta. No lo permitiré, eso te lo digo ya. Estarían poniendo todas nuestras cabezas a merced del verdugo.

—Si estoy en lo cierto, mi señor, tu verdugo ya está afinando su espada.

Esa noche, Éurito escribió una carta a su padre. La misiva saldría al día siguiente en manos de un mensajero.

> *«Deseo dejar constancia de lo que pienso, por si no llegara a vivir para expresarlo en persona. Estoy convencido de que, sea cual sea el resultado de este asunto del ilota Protos, el despliegue de nuestras tropas en Tebas es totalmente inefectivo. Estoy convencido de que Epaminondas planea una insurrección y que, dadas las circunstancias, tendrá éxito. He hecho lo posible por convencer tanto al comandante de la guarnición como al oligarca Layo de que destinen un contingente de nuestros soldados a la ciudad, pero no ha servido de nada.*
>
> *Ahora depende de ti convencer a los reyes y a los éforos para que preparen contramedidas en caso de que Tebas se rebele. Si somos incapaces de imponer nuestra ley aquí, acabaremos arrastrados a una guerra larga y costosa.*
>
> *Padre, tengo intención de permanecer aquí hasta cerciorarme de que mis temores están justificados. Si la guarnición perece, yo caeré con ellos. Supongo que no te costará entender mis razones».*

¿Le costaría? Era imposible saberlo. Éurito no podía evitar sospechar que su padre era un espartano demasiado convencional como para comprenderlo.

¿Cómo iba a saber lo que significaba pensar en un futuro en el que no tendría un lugar? Para él, Protos no era más que un esclavo rebelde sobre el que obtener la victoria; jamás podría comprender lo que había supuesto sentir el odio y el desprecio de aquel hombre y, al mismo tiempo, sentir que ambos sentimientos eran justos. A pesar de que fuera un esclavo, o quizá precisamente por ello, Protos era alguien a quien Éurito no podía evitar respetar.

Y, sin embargo, Éurito era tan espartano como su padre. No podía evitarlo. Cada uno de sus reflejos estaba condicionado por la tradición en la que había nacido. Y por eso odiaba a Protos, porque le había empujado a sentir cosas peores que la cobardía. Al fin había superado sus miedos, pero no le resultaría tan fácil aplastar la duda.

Mientras guiaba su carreta por la calzada occidental que partía de Atenas, la angustia de Nubit no resultaba ser tan compleja. Había soñado con sangre y fuego.

No necesitaba que los sueños le dijeran que Protos volvía a Tebas. Había dado con un hombre en Tebas que le había enviado a ver a otro hombre en Atenas. Ambos eran patriotas, con solo mencionar sus nombres cualquiera te lo decía, así que… ¿qué otra cosa podían estar tramando si no la liberación de su ciudad? ¿Y qué querrían de un joven como Protos salvo su habilidad para arrebatar vidas?

Los sueños tan solo la avisaban de que el momento se acercaba.

Había un centenar de soldados espartanos acantonados en Tebas. Cien espartanos era considerado un ejército invencible. ¿Qué posibilidades tenían esos patriotas? Estaban planeando inmolarse y, de alguna manera, usarían a Protos para iniciar el incendio.

¿Qué podía hacer ella? Probablemente nada. No habría forma de convencer a Protos de que dejara que esos hombres se enfrentaran solos al destino que habían escogido. El muchacho se había comprometido, aunque jamás hubiera pronunciado esas palabras, y no volvería. Él no era así.

Pero ella tenía que estar allí. Tenía que ir a Tebas. Verle de nuevo. Compartir su destino. Cogerle de la mano mientras moría. No sabía por qué. Solo sabía que tenía que estar allí.

Pasó la mayor parte de la noche en camino. La luna lucía con tal intensidad que bien podía ser de día. Entonces, cuando su caballo se detuvo y se negó a avanzar más, se apartó de la calzada y se permitió dormir tres horas. A media mañana divisó las murallas de Tebas.

Llegó a las puertas pasado el mediodía. Tuvo la suficiente calma como para

dar de comer al caballo y atarlo. En caso de que pudiera resultar útil, Nubit cogió el zurrón en el que llevaba los utensilios de magia y entró a la ciudad.

El mercado, como siempre, estaba repleto de gente. Las personas paseaban con calma ocupándose de sus asuntos. Nubit se sentó en las escaleras del templo de Dionisos a observarlos, asombrada por la aparente indiferencia de todos ante lo que para ella era un ambiente cargado de malos presentimientos, que percibía como quien presiente una tormenta.

—¡Quita, mujer!

Estuvo a punto de ser apartada de un puntapié por un hombre que vestía con elegancia y que llevaba un báculo. En ese momento Nubit reconoció en él a un heraldo.

—Espera —dijo alguien en voz alta—. Es la bruja, ¿no?

El que hablaba era un hombre mayor, extremadamente gordo, cuyo perfume Nubit podía oler aunque estuviera a tres o cuatro pasos de ella. Sonreía encantado, como si acabara de toparse con un viejo amigo.

—¡Te vi conjurar al fantasma de Cadmo! ¿Hace cuánto fue eso? ¿Hace diez, quince días? Quería que me leyeras la mano y desapareciste. ¡Y aquí estás de nuevo!

Bajó un par de escaleras, quizá porque sabía que doblarse le resultaría incómodo, y alargó la mano hacia ella.

Por un instante la muchacha no pudo hablar, ya que a lo largo de su palma, desde la base del dedo meñique a la del pulgar, había una espesa mancha de sangre.

Alzó la mirada para ver la cara del individuo. Parecía estar divirtiéndose. Los hombres que tenía alrededor, aduladores y parásitos, sonreían y hablaban entre ellos.

Al fin recordó que tenía que leerle la mano y le cogió los dedos entre los suyos. Con la yema del dedo tocó el riachuelo de sangre; estaba húmedo, pero cuando apartó el dedo y volvió a mirar, no había nada.

Aquellos hombres no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo. La sangre tan solo era para los ojos de la muchacha.

Nubit forzó una carcajada.

—Tu noble persona recibirá la bendición de una vida larga —proclamó ocultando la mentira detrás de una sonrisa—. Conocerás la prosperidad el resto de tus días y los hombres te envidiarán.

—Bueno, ya casi soy un anciano —dijo el hombre con una risilla que surgió convertida en un sonido débil y sibilante—. Pero viene bien saber que no moriré en una cloaca.

El hombre dejó caer una moneda en su regazo, pero la mujer apenas se

percató.

—¿Cómo te llamas, noble ciudadano? Querría ofrecer un sacrificio en tu honor.

—¿Acaso no sabes nada, mujer? —preguntó el heraldo—. Es Layo, el oligarca.

Los vio bajar las escaleras. Al fin, cuando desaparecieron entre la muchedumbre, recogió la moneda. Era un dracma ateniense de plata. Le dio la vuelta y vio la imagen de un búho en la parte trasera, el pájaro de la muerte. Crispada de repulsión, lanzó la moneda a un lado. Cayó por las escaleras. Un mendigo se detuvo y la recogió.

En aquel momento a Protos le estaban haciendo unos coloretes con los restos de vino de una copa. Llevaba una peluca roja y se había afeitado la barba con su daga espartana después de afilar y pulir la hoja hasta conseguir que cortara con un mero roce.

Protos fue el último en estar listo, pero para entonces todos tenían pechos falsos bajo sus ropas de mujer y tanto sus brazos como sus manos brillaban con joyas baratas. Los hombres se lanzaban piropos entre ellos y hacían bromas obscenas. Consideraban todo aquello desternillante.

La prostituta que los había maquillado y les había indicado cómo actuar era una ferviente patriota y se había ofrecido a abrirse de piernas a cualquiera de ellos. Unos cuantos aceptaron la invitación, aunque la mayoría tenía demasiado miedo de lo que iba a ocurrir.

Protos sabía perfectamente a lo que se enfrentaba, lo sabía desde hacía días, y sus emociones se habían reducido a una triste y apática resignación.

A modo de último preparativo, Protos se ató la vaina de la daga al muslo izquierdo. Sería el único que entraría en la ciudad con un arma.

—Las herramientas de uno son las mejores —les dijo. También les dijo muchas otras cosas—. Cuando matéis a un hombre, no le miréis a la cara. Evitad su mirada, o puede que dudéis; también puede que, si sobrevivís a esta noche, os atormente para el resto de vuestras vidas. Prestad atención a sus manos, porque intentará defenderse apartando vuestra espada. Apuntad a la tripa. El mejor lugar es justo debajo de las costillas y hacia arriba, para así atravesarle los pulmones y el corazón. Puede que no muera de inmediato, pero no tardará en hacerlo y no le quedarán fuerzas para resistirse. Cuando le hayáis abatido, olvidaos de él e id a por el siguiente. Una vez hayan caído todos, no habrá tiempo para rematar a los que aún estén con vida.

»Recordad: no los miréis a los ojos. Sus ojos os recordarían que son

humanos, como vosotros, y esta noche no pueden ser tal cosa, sino solo objetivos.

En cuestión de una hora se separarían, tomarían tres carretas y se dirigirían a la ciudad desde dos direcciones diferentes. Era el momento de hacerlos partícipes de las últimas instrucciones.

—Las carretas llegarán con un cuarto de hora de diferencia. Dejadlas atrás en cuanto lleguéis a la puerta principal. Nos reuniremos en casa de Cleitómaco. ¿Conocéis todos el camino?

Hubo un afirmativo murmullo general.

—Yo no, así que seguiré a uno de vosotros. La casa de Layo solo está una calle más allá, así que iremos juntos. Estará oscuro, así que lo más seguro es que nadie tenga ocasión de preguntarse por qué un grupo de cortesanas blanden espadas.

El chiste no era muy bueno, pero todos rieron.

—Una vez dentro, Nicómaco, Agenor, Crates y Arístides se encargarán de las puertas: nadie entra, nadie sale. El resto vendréis conmigo. Cuando hayamos concluido el trabajo, volveremos a casa de Cleitómaco para asearnos y para ponernos ropas de hombre. Entonces iremos a donde podamos ser de utilidad.

18

Protos iba en la primera carreta, con otros tres hombres y una cortesana que hablaría por ellos y coquetearía con los oficiales de guardia para distraerlos y para que no prestaran mucha atención al resto de pasajeros.

Si algo salía mal en la puerta, Protos tenía pensado matar a los guardias, hacerse con sus armas y dirigirse sin más a casa de Layo con quienquiera que quisiera o pudiera seguirle. Quizá jamás llegaran vivos, y cuatro hombres no tenían muchas posibilidades de matar a una treintena, menos aún con las salidas desprotegidas, pero estaba dispuesto a morir en el intento.

«Quizá haya nacido para este momento —se dijo—. Quizá la vida de cada hombre no es más que el camino hacia un propósito concreto, y este es el mío. Después, ¿qué más dará haber muerto en el intento?». Hizo lo posible por creer que su propia vida no importaba, ni a él mismo siquiera, pero no podía dejar de pensar en Nubit, cuya imagen no dejaba de entrometerse en sus pensamientos. La egipcia hacía que la vida fuera dulce…

Pero no había vuelta atrás.

Cuando llegaron a cien pasos de la puerta principal, la conversación en el interior de la carreta murió. Se acercaron al puesto del centinela, y la cortesana, que se llamaba Torakis y era una belleza, sacó la cabeza y sonrió. Un gesto de la mano del centinela indicó que podían pasar.

El conductor se detuvo dos calles más allá de la puerta y todos salieron del interior.

—El beso de la suerte, Protos.

Torakis estaba a su espalda. Él se dio la vuelta y la prostituta se le abrazó al cuello y le dio un beso en los labios. Entonces dio media vuelta y desapareció entre las sombras.

—Le gustas —dijo un joven llamado Jenias, quien, aun antes de afeitarse la barba, era lo bastante bello como para ser una chica.

Los otros rieron, pero Protos alzó la mano para ordenar silencio. En realidad, solo estaba un tanto avergonzado.

Les llevó veinte minutos llegar a casa de Cleitómaco.

La casa estaba vacía y la puerta abierta. Una lámpara de aceite arrojaba luz en una de las habitaciones que daba al patio interior y allí encontraron ropas, jarras de agua, paños y, envueltas en una especie de sábana, unas veinte

espadas. Incluso había una gran jarra de vino que nadie tocó.

La espera se hacía siempre difícil. Salvo por esa habitación, la casa estaba oscura y en profundo silencio. Las sombras y la quietud jugaban con las mentes.

Pasado lo que les pareció mucho más que un cuarto de hora, llegó el segundo grupo. Agenor era uno de ellos. Este apartó la mirada cuando Protos se dirigió a él.

—¿Cómo ha ido? —preguntó el ilota.

—No ha habido dificultades. Nos han dejado pasar sin decir palabra.

—¿No os ha seguido nadie?

—Nadie.

Cuando llegó el tercer grupo todos tenían los nervios tensos como cuerdas de arco. Era el momento de ponerse en marcha.

—Coged las espadas —les dijo Protos—, y recordad, son como mujeres. Escoged a la que os ame. Los que vais a entrar conmigo, coged dos.

La casa de Layo estaba a un breve paseo de allí. Aun así, no dejaba de ser una extraña sensación la de estar en la calle vestidos de mujer y con espadas en la mano. Protos tenía dos, además de la daga, que seguía bien atada al muslo. Pero a esa hora las calles de esa zona de la ciudad estaban vacías.

Se veía luz en todas las ventanas de la casa de Layo, y no había soldados a la vista.

La puerta principal estaba atrancada.

Aquello era un problema. Si la echaban abajo alertarían a toda la casa. ¿Cuándo se había visto que un grupo de prostitutas entraran a casa de un cliente echando una puerta abajo?

Y entonces la respuesta se le hizo evidente. Las prostitutas llamaban a la puerta.

Protos le dio unas leves patadas a la base de la puerta con la base de las sandalias. Aún no se había acostumbrado al calzado y juró que se lo quitaría en cuanto estuviera dentro. Un instante o dos después, un anciano esclavo abrió la puerta.

—¿Sí, señora? ¿Se la espera?

No vivió lo suficiente como para darse cuenta de su error. La punta de la espada de Protos ya se había hundido en sus órganos vitales. Abrió la boca como si pretendiera protestar, pero todo lo que salió fue un chorro de sangre.

Protos le echó a un lado de un manotazo. El hombre se tambaleó y cayó al suelo, donde permaneció boca abajo, con la mirada privada de vida pero fija en su brazo extendido.

—Que alguien le aparte de aquí y que atranque la puerta.

La planta del primer piso era exactamente como se esperaban. Un pasillo rodeaba tres de los costados de la sala de banquetes y había cuatro puertas. Las cuatro estaban abiertas.

—Los que os vais a encargar de las puertas, cerradlas en cuanto hayamos entrado nosotros seis. Si los esclavos de la casa se acercan, amenazadlos con las espadas. No queremos matar a nadie que no debamos. Si alguien intenta huir de la sala, ya sabéis qué hacer. Y recordad, no los miréis a los ojos. Limitaos a matarlos.

No temía que se le oyese, ya que el ruido proveniente de la sala de banquetes latía como el dolor de una herida. Las paredes mismas parecían estremecerse.

Miró a los hombres que tenía alrededor, como si les preguntara si estaban preparados.

Lo estaban.

Protos alargó la mano para coger la daga que tenía atada al muslo. Cambió de arma para tener la daga en la mano izquierda y la espada en la derecha; luego lanzó la espada al aire y la cogió por la hoja.

—Y ahora, vamos a ofrecerles una diversión con la que no contaban. Es el momento.

Abrió la puerta de la izquierda, al fondo de la sala. Parecía ser la puerta que utilizaban los esclavos de la cocina, y los seis hombres se colaron dentro.

Su disfraz parecía estar funcionando. Incluso llegaron a oír vítores cuando entraron.

En ese primer momento Protos lo vio todo, y a punto estuvo de ahogarse de la rabia. Los invitados estaban en sus divanes, con las cabezas decoradas de laurel y flores. Todos eran vejestorios. Puede que hubiera tantas esclavas como invitados, y ninguna de ellas superaba los catorce años. Sus labores, resultaba evidente, iban más allá de las de servir comida y verter vino.

En medio de la sala, sobre una de las mesas, una niña, que por su aspecto no debía de tener más que ocho o nueve años, bailaba desnuda al son de una música que era imposible que pudiera oír en medio de aquel jolgorio. Al menos intentaba bailar, pero los invitados que tenía más cerca no paraban de tocarle las piernas y el trasero.

—No toquéis a las chicas —dijo Protos lo bastante alto como para que sus hombres le oyeran—. No deberían sufrir también a vuestras manos.

—¿Y los músicos?

—Ellos tampoco.

Se quitaron las pelucas y mostraron sus armas. De pronto hasta el más ausente de los invitados de Layo calló. Surgieron algunas notas más de la flauta, y luego todo se detuvo.

Protos ya había decidido quién sería el primero en morir. Un hombre extremadamente gordo que yacía en un diván en el centro de la sala y que tenía las manos entre las piernas de la pequeña bailarina. Ella, más rápida en sobresaltarse que su admirador, o quizá debido a que tenía menos cosas a las que prestar atención, vio enseguida lo que estaba ocurriendo y, dando un grito, saltó de la mesa y se ocultó debajo. Protos lanzó su espada, cuya punta le acertó al viejo en pleno pecho.

—¡A trabajar! —proclamó Protos cogiendo la daga con la mano derecha.

Lo que siguió fue como la coreografía de un baile. Los asesinos se dispersaron y avanzaron por la sala, dando tajos y ensartando sus espadas allá donde iban. Los juerguistas, en muchos casos, intentaron levantarse de sus divanes, mientras que otros hacían por esconderse debajo de ellos. Aunque muchos se quedaron paralizados por el terror, esperando a una muerte que probablemente no pudieran creer que ya tenían encima.

Había gritos y chillidos agudos y graves, y el aire se tornó espeso de sangre. Protos se mostró eficaz e inmisericorde. Hizo su camino a lo largo del lado derecho de la sala; cada una de sus víctimas recibía una rápida estocada en el vientre. A veces se veía obligado a sacarlos a rastras de debajo de sus divanes, o de las mesas, para matarlos.

—¡No! ¡No! —gritaban.

Algunos se limitaban a chillar. Otros lloriqueaban de forma lastimera. Uno de ellos se cubrió la cara con un cojín y murió sin emitir sonido alguno. Al fin, Protos no tenía ni idea de a cuántos había abatido.

Y acabó. Los muertos yacían tendidos por todas partes, amontonados, y había sangre incluso en las paredes. Algunos de los invitados aún daban débiles muestras de vida, pero no tardaron en ser rematados. Al final no quedó nadie por matar.

Los seis se miraron entre ellos. Estaban cubiertos de sangre y vísceras; sus torsos se hinchaban y deshinchaban presas de una excitación rayana en el pánico.

Para Protos acabó cuando identificó el origen del sonido que le molestaba: los llantos de las niñas aterradas, la mayoría de las cuales estaban apiñadas contra las paredes, algunas salpicadas de sangre.

De pronto sintió vergüenza, no por los hombres que había matado, sino por la masacre que aquellas chiquillas habían tenido que presenciar.

—Nadie va a haceros daño —les dijo—. Salid de aquí.

Ninguna de ellas se movió. Probablemente no se atrevieran.

—¡Abrid las puertas! —aulló.

Las puertas se abrieron. Sorprendentemente, nadie había intentado escapar

por ellas, y los cuatro hombres que las guardaban entraron en la sala. Hasta ellos parecían horrorizados ante lo que estaban presenciando.

Poco a poco las niñas fueron encontrando el coraje suficiente como para ponerse en pie y caminar rozando la pared hasta poder huir.

Protos sintió unos ojos sobre él y se volvió. Agenor le perforaba con la mirada. Era una expresión de reproche. Protos apartó la cara de inmediato.

—Nos vamos —dijo más alto de lo que hubiera querido.

En la calle, aquellos diez hombres con espadas, seis de ellos cubiertos de sangre hasta los ojos, no se encontraron con un alma en su camino de vuelta a la casa de Cleitómaco. Las casas por las que pasaban estaban a oscuras. Era como si la ciudad supiera que sobre ella se cernían tiempos convulsos.

Lo primero que hicieron al entrar fue quitarse las ropas hasta quedarse en taparrabos. Aun aquellos que no habían estado dentro de la sala sintieron la necesidad de asearse.

Fue un asunto sórdido. Las toallas, que hundían en el agua, enseguida acababan saturadas de sangre. Sencillamente era imposible deshacerse de lo que había ocurrido esa noche.

Al fin, Protos rompió el sello de la jarra de vino y hundió un cuenco dentro. Odiaba el vino, pero en ese momento se odiaba aún más a sí mismo, y quería quitarse de encima aquella sensación de repulsión.

Todos bebieron. No pasó mucho tiempo antes de que todos estuvieran un poco borrachos. Era mejor que estar sereno, cualquier cosa era mejor que el cruel y nítido recuerdo de lo que habían visto y hecho.

Protos se sentó a solas, malhumorado, bebiendo el vino a sorbos, intentando comprender por qué se sentía tan derrotado. Después de todo, habían llevado a cabo su misión y todos habían salido con vida. Los oligarcas ahora eran un montón de vísceras sangrientas y casquería.

Pero de algún modo, después de hacerlo, parecía una afrenta a los dioses estar respirando el aire puro de la noche. Era algo, aceptó a regañadientes, con lo que tendría que aprender a vivir.

Entonces, de pronto, sintió en el brazo la presión de una mano. Se volvió. Agenor se había sentado a su lado.

—¿Por qué me dejaste fuera? —El tono de voz de Agenor estaba entre el enfado y la desesperanza—. ¿Por qué? ¿Acaso no creías que daría la talla?

Al principio, Protos solo pudo responder con una carcajada cruel y privada de sentimiento.

—¿Es eso lo que crees? —dijo al fin—. ¿Que llevé conmigo a los mejores? No era una labor para los mejores de entre vosotros, sino para los peores. ¿Cuántos años tienes, Agenor?

La pregunta debió de antojársele una especie de reto.

—Diecinueve, ¿por qué?

—En ese caso, tienes tres más que yo. A mí me robaron la niñez la noche que asesinaron a mis padres, y jamás la recuperaré. Ahora soy mayor que tú, no en años, sino en la cantidad de hombres que he matado… Y esta noche soy mucho más viejo de lo que lo era ayer. Puede que sintiera cierta debilidad: dado que me apoyaste, supongo que quería hacerte un favor. Puede que durante un tiempo sientas que se te ha privado de algo por el hecho haber permanecido al margen de este crimen, pero pasará. Y será una mancha con la que tu alma no tendrá que cargar.

19

Llegó el momento de marcharse. Nadie parecía tener la menor idea de lo que ocurriría a continuación, así que decidieron dirigirse a la casa de Epaminondas con la esperanza de que hubiera alguien allí que les diera instrucciones.

Epaminondas vivía en una zona diferente de la ciudad. Tardaron más de media hora en llegar. Antes de que pasara mucho tiempo, el frío aire de la noche consiguió despejar el efecto del vino, lo que produjo en Protos el deseo de buscar una esquina cálida en la que volver a emborracharse.

Epaminondas no estaba en casa, pero no hacía falta mucha imaginación para saber dónde se encontraba. Su casa estaba a tan solo cinco calles de la base de la acrópolis.

Y a esa distancia cualquiera podía ver el fulgor de las hogueras.

Era bello a su modo. Epaminondas había ordenado que vigilaran la casa de Layo, y en cuanto los hombres de Protos entraron, apostó arqueros alrededor de la acrópolis, que encendieron hogueras pensadas para proyectar una luz demoníaca sobre los farallones. Todo aquello había ocurrido mientras los espartanos dormían en sus barracones y ahora estaban atrapados.

—El secreto de cualquier acción militar está en saber elegir el momento oportuno —le dijo Epaminondas a Protos mientras observaban cómo el fuego lamía el cielo—. No pueden bajar, y sé que solo tienen agua para unos cinco días. El hecho de que los espartanos constituyan un ejército invencible dentro de nuestras murallas ya no importa. Pueden bajar aceptando nuestras condiciones o pueden bajar muertos.

—¿Qué quieres que haga ahora?

A Epaminondas pareció sorprenderle la pregunta.

—¿Hacer? Ve a buscar un lugar donde dormir, supongo. La fase siguiente será política. Debemos convocar una reunión de la asamblea popular para pedirles que legitimen nuestra toma de poder. Dado que, gracias a ti, no hay alternativa, el voto no será más que un formalismo, pero, una vez se que vote, nos convertiremos en el nuevo gobierno de Tebas. Entonces nos encargaremos de nuestros amigos de la acrópolis y de cualquier contramedida orquestada

por los espartanos. Pero por ahora tu papel en este drama ha concluido.
—Por cierto, había alguien preguntando por ti. —Sonrió—. Una mujer, y bastante atractiva… Extranjera, creo.

No les llevó mucho tiempo encontrarse.

Al principio, en medio de la oscuridad, se abrazaron, como náufragos exhaustos agarrándose a un tablón. Nubit sollozaba inconsolable.

Y entonces, de pronto, dejó de llorar y se apartó.

—¡Puaj! Apestas a sangre. ¿Era uno de ellos Layo el oligarca?

—¡Sí! —dijo sorprendido, aunque la sorpresa no duró mucho—. ¿Lo sabías?

Negó con la cabeza, como si no quisiera responder.

—Vuelve conmigo a la carreta —dijo—. Puedes contarme tus aventuras mientras limpio… Como la noche que nos conocimos.

Atravesaron la ciudad silenciosa que al día siguiente quizá despertara siendo libre, aunque en ese momento a ninguno de los dos le importaba. Bastaba con que estuvieran vivos.

Éurito estaba en lo alto de la acrópolis, al borde mismo del acantilado. Observaba el espectáculo que tenía a sus pies. Su alma hirvió de ira. Había dado toda la vuelta al perímetro y había comprobado que la guarnición estaba sitiada. El hecho de que todo hubiera ocurrido tal y como había predicho no suponía ningún triunfo.

—Bien, parece que tenías razón —dijo una voz a su espalda.

Se volvió y se topó con el rostro del comandante de la guarnición.

—Layo debería haber escuchado —dijo Listeo casi con suficiencia—. Seguro que se siente como un imbécil.

—Dudo que se sienta de ninguna manera. Lo más probable es que a estas horas ya esté muerto.

Listeo parecía desconcertado. Al parecer, jamás se le hubiera ocurrido.

—¿Te arriesgarías a llevar a cabo un golpe como este sin haber neutralizado al gobierno opositor? —Éurito casi sentía lástima por él—. ¿Lo haría alguien? Creo que es probable que todos los oligarcas hayan cruzado ya la laguna Estigia y que se estén acomodando en el lugar del Tártaro que los dioses tengan reservado para los colaboracionistas.

—Eso es un poco duro.

—¿En serio? —Éurito sonrió afable. Casi tenía la sensación de estar

hablando con un niño—. ¿Crees que porque eran nuestros villanos su traición no cuenta? ¿Crees que Éaco los juzgará como hombres buenos porque estaban en nuestro bando? Quizá fuera espartano en su vida mortal.

Miraron a la base de la acrópolis, donde los arqueros tensaban sus armas y alisaban las plumas de sus flechas. Esos hombres miraban hacia arriba, midiendo la distancia, intentando decidir cuál era el mejor ángulo para sus proyectiles.

—¿De cuánta cuerda disponemos? —preguntó Éurito del modo que cualquiera hubiera preguntado por el precio de una comida que no estaba seguro de querer.

—Unos miles de codos, creo. —El comandante se encogió de hombros: la pregunta le resultaba absurda—. Unos cuantos rollos en el almacén. ¿Por qué?

Éurito le ignoró. Intentaba calcular lo rápido que un hombre podría descender treinta codos con una cuerda y cuáles podrían ser sus posibilidades de sobrevivir mientras lo hacía.

—Podemos huir —dijo al fin—. Al menos un puñado de nosotros. Es posible. Al fin y al cabo, somos espartanos. Quizá podamos abrirnos paso por Tebas luchando.

—¿Estás loco?

Listeo negó con la cabeza, no tanto para mostrarse en desacuerdo, sino porque estaba seguro de que había oído mal.

—¿Qué habrías hecho en las Termópilas, comandante? ¿Rendirte mansamente?

Fue un instante tenso. Había hombres que habían luchado hasta la muerte por insultos menores, y Listeo empezaba a sentir las ganas de humedecer la espada. Pero, tal y como Éurito esperaba, se impuso la cautela.

—Te crees Aquiles porque has estado en una batalla —dijo el comandante casi entre dientes—. Tengo más heridas en el cuerpo que dedos tienes en las manos.

»Además, no es necesario. Esto no son las Termópilas. —Sonrió triunfal—. Los tebanos no son unos necios. Se darán cuenta de que obligarnos a luchar y morir atraería una campaña de venganza. Puede que estén preparados para algo como esto, que no es más que una pantomima, pero no están preparados para la guerra. Cuando hayan pasado uno o dos días, nos estarán invitando a que salgamos de aquí por nuestro propio pie.

—Eso es precisamente lo que debemos evitar.

Concluida su conversación con Éurito, el comandante se retiró a su barracón,

rompió el sello de una jarra de vino y se sentó ante su mesa a beber.

El chico estaba loco. Había luchado en una buena batalla y estaba borracho de gloria. Haría que los mataran a todos para nada.

Tuvo que trasegar dos cuencos del mejor *pramno* para volver a centrarse.

Para entonces estaba dispuesto a aceptar que Éurito era un joven inteligente y que su análisis de la situación, a juzgar por los acontecimientos, era probablemente correcto. Los tebanos contaban con que Esparta se mostrara tolerante con respecto a aquel revés político. Después de todo, los espartanos habían establecido una guarnición en Tebas y habían impuesto un gobierno oligárquico afín valiéndose de engaños, y ahora los tebanos les daban a probar su propia medicina. Si se permitía que la guarnición saliera indemne de la ciudad, era probable que Esparta decidiera que volver a capturar una ciudad bien fortificada no merecía la pena.

Éurito era el hijo de un antiguo éforo y sabía cómo funcionaban esas cosas. Listeo se vio obligado a estar de acuerdo con su análisis.

Pero entonces Éurito había perdido la cabeza.

—¿De verdad no comprendes lo que significa este pequeño incidente? —había dicho Éurito casi gritando—. ¿No ves cuál será el resultado inevitable si Esparta no aplasta esta rebelión de inmediato? Epaminondas nos expulsará de la Grecia continental. Tiene ambiciones para su ciudad, y es listo, y probablemente mejor general que cualquiera de los nuestros. Debemos aplastarle ahora que es débil, y si acaba con nosotros, entonces Esparta no tendrá más remedio que arrollarle. ¿No vale eso la vida de un centenar de hombres? ¿Cuántos más morirían en la guerra que Epaminondas desataría contra nosotros?

El muchacho quería morir. Todo el mundo sabía que Éurito había actuado de forma peculiar desde la muerte de su hermano. Quizá se sintiera responsable… Todo aquel episodio era turbio como nube de tormenta.

Listeo se tenía por un comandante responsable. Sí, llevaba a su cargo la vida de sus hombres, y si pudiera sacarlos de Tebas con vida lo haría. Era cosa de los reyes y de los éforos decidir sobre cuestiones de guerra y paz, y hubiera sido insolente, hasta el punto de rozar la traición, que cualquier oficial con órdenes se atreviera a entrometerse en sus decisiones.

Cuando volvieran a Esparta, decidió, informaría a los éforos sobre el comportamiento errático de Éurito.

No merecía menos.

Protos estaba mucho más calmado. Una vez que Nubit le hubo lavado y

exprimido su semilla, bebieron tres cuencos de cerveza. Nubit le había añadido algo a la mezcla sin que él lo supiera y durmió durante seis horas seguidas. Cuando despertó, le vino a la cabeza todo lo ocurrido la noche anterior, pero lo recordaba como las historias que el tío Neleo solía contarle cuando era niño. No tenían nada que ver con él. Se trataban de las hazañas de un Protos mítico y distante, de una persona diferente al Protos que dormía en brazos de Nubit. Era tan responsable de los actos de aquel hombre como lo era de que Odiseo hubiera cegado al cíclope. Su conciencia no estaba atormentada.

A la mañana siguiente desayunaron gachas de trigo y melón, y luego se retiraron a la carreta, donde Nubit volvió a reconfortarle con su cuerpo hasta que estuvo listo para quedarse dormido de nuevo.

Nubit, decidió, era una mujer sabia que le entendía mejor de lo que se entendía él mismo. Amaba a Nubit y deseaba no volver a separarse de ella.

Una hora antes de que se pusiera el sol, mientras Protos estaba tumbado en el suelo con la cabeza en el regazo de la egipcia, digiriendo la cena, llegó un mensajero.

—El beotarca le pide al noble Protos que le visite en su casa a la mayor brevedad.

El mensajero tenía unos dieciocho años, un hombre muy a la moda; vestía una túnica de lino bordada que le llegaba hasta medio muslo. Por el modo que miraba a «el noble Protos», parecía pensar que había acabado en el lugar equivocado.

—Yo soy Protos, pero soy un campesino laconio, no tengo nada de noble. ¿Qué es un beotarca?

El mensajero se le quedó mirando como si sus orejas estuvieran al revés.

—Un comandante del ejército, el líder del estado… En este caso, el noble Epaminondas.

—Ah. Bien, entonces voy.

El mensajero insistió en acompañarle, aunque Protos le aseguró que no necesitaba molestarse, que conocía el camino.

—Ah, Protos. —Fue Pelópidas el que acudió a la puerta y tomó la mano del joven entre las suyas—. La asamblea nos ha declarado libertadores. Epaminondas, Górgidas y yo hemos sido elegidos beotarcas, así que controlamos el gobierno. En su discurso de toma de posesión, Epaminondas describió cómo le salvaste la vida, juzgó apropiado no mencionar a los oligarcas y la asamblea, en gratitud, te ha concedido la ciudadanía. Enhorabuena. Ahora eres tebano.

Entraron en el jardín, y allí encontraron a Epaminondas.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Epaminondas mirando a su amigo.

Pelópidas sonrió y asintió.

El contraste entre ambos hombres no podría haber sido más impactante. Epaminondas era más alto y ancho de hombros, y hacía gala de una calmada elegancia; irradiaba la solemnidad de un filósofo, mientras que Pelópidas era impetuoso y dicharachero.

—Bien, pues hay más buenas noticias —continuó Epaminondas—. Dado que la ciudadanía tebana requiere un cierto nivel de riqueza, se ha dispuesto que tomes posesión de una pequeña casa, propiedad de uno de los partidarios del antiguo gobierno que ha juzgado conveniente huir ahora que la asamblea le ha declarado traidor. También hay una buena recompensa en metálico.

Por un momento Protos no dijo nada. Parecía no haber oído. Salvo por un puñado de monedas de plata de vez en cuando, nunca había estado en contacto con el dinero, y no podía decidir qué significaba para él. Lo de la casa estaría bien, si es que Nubit aceptaba vivir en ella.

—¿Qué será de las esclavas que eran propiedad de Layo? —preguntó al fin.

—Serán vendidas, junto con el resto de sus propiedades. —Al hablar, la expresión del rostro de Epaminondas delató cierta decepción—. ¿Por qué? ¿Te llamó la atención alguna?

—Si mi recompensa es suficiente, me gustaría comprarlas a todas y poner a su disposición una dote suficiente que les permita casarse con hombres decentes, hombres que no abusen de ellas. —Protos entrecerró los ojos—. Recuerda, anciano, que he sido esclavo.

Epaminondas y Pelópidas intercambiaron una mirada. Era como si les estuvieran haciendo una broma, como si estuvieran a punto de echar a reír avergonzados.

—Creo que se puede organizar algo por el estilo —dijo Pelópidas rascándose la cabeza—. Pero, dado que te tendrás que desprender de la mayoría del dinero que se te ha concedido, nos veremos obligados a buscarte un puesto en el ejército, para que no te mueras de hambre.

—Fue el peor error de los espartanos —dijo Górgidas de pronto. Golpeó la mesa con la mano, la situación le resultaba hilarante—. Deberían haber licenciado a nuestro ejército en vez de obligar a jurar lealtad al Consejo de oligarcas, quienes, gracias a nuestro joven amigo, están bien muertos. Les ha permitido unirse a nosotros con la conciencia tranquila.

De pronto el ambiente en el jardín se tornó gélido, y Protos empezó a pensar que aquellos hombres importantes y ocupados no le habían llevado allí en su primer día de gobierno solo para darle la enhorabuena. Había algo más.

—Y hay otra cuestión que debemos abordar… —Epaminondas cogió entre el índice y el pulgar un estilete que había sobre la mesa—. En estos últimos

días alguien, un espartano, ha estado haciendo preguntas sobre el hombre que me salvó del asesino. Uno debe preguntarse: ¿por qué se preocuparía un espartano de tales cosas?

—¿Tiene ese espartano curioso un nombre?

—Sí, de hecho, hemos conseguido identificarle. Se llama Éurito. ¿Le conoces?

—¿Éurito, hijo de Dienekes?

—Sí.

Protos se quedó mirando a la puerta que había en el muro del jardín. Deseaba poder atravesarla y huir. La idea de que Éurito estuviera en Tebas…

—Ese hombre es un asunto que tengo pendiente —dijo como no revistiera importancia—. Algún día le mataré. ¿Qué está haciendo aquí?

—Por lo que parece, buscarte.

Era una historia compleja que tenía más que ver con la política que con la venganza. El nuevo gobierno de Tebas había enviado mensajeros a la guarnición espartana para negociar los términos de su retirada, y había un problema. Mientras que el comandante estaba dispuesto a rendir la acrópolis y abandonar la ciudad con honor, Éurito, por lo visto, quería pelea, y algunos de los oficiales le apoyaban. Éurito debía de ser una persona influyente.

—Nuestras fuentes indican que luchó bien en la península itálica —dijo Pelópidas al tiempo que se encogía de hombros—. Y, dado que el valor es casi la única virtud que reconocen los espartanos… Pero, por sí solo, eso no explica la deferencia que le dispensan, así que hemos de suponer que está bien relacionado.

—Su padre fue éforo y es un hombre cercano al rey Agesilao —les dijo Protos, y entonces cambió su expresión esbozando una sonrisa triste y cruel—. He llevado a cabo una especie de estudio sobre esa familia.

—¿Podemos detenerle? —preguntó Epaminondas.

La pregunta estaba dirigida a Protos.

Pero ¿cómo podía responder? Éurito estaba en el acrópolis, rodeado de sus compañeros espartanos, tan inaccesible como si ocuparan el monte Olimpo.

Además, ¿de qué servía matar a un hombre que estaba al borde del suicidio? Éurito parecía estar buscando una muerte gloriosa, la muerte en batalla, lo que hubiera privado a Protos de su venganza y hubiera provocado una guerra con Esparta para la que Tebas no estaba preparada.

Pero quizá hubiera otro modo…, una forma de arrebatarle a Éurito algo que era para él más preciado incluso que la vida.

Protos se dirigió a su anfitrión y sonrió.

—Puede ser.

A la mañana siguiente un grupo algo más nutrido de enviados recorrieron el estrecho camino que llevaba a la acrópolis. Uno de ellos era un joven con una barba de dos días del color del trigo. Su atuendo era aristocrático, aunque, curiosamente, no calzaba sandalias. En virtud del protocolo diplomático, no portaba armas.

Los tebanos fueron recibidos en la puerta principal por el comandante de la guarnición y cinco de sus oficiales, entre los que se encontraba Éurito.

Tales encuentros seguían el patrón que dictaban las antiguas costumbres. Primero los tebanos fueron escoltados hasta una amplia estancia de la ciudadela. Los muros eran de piedra desnuda y las ventanas, altas y pequeñas. Tenía aspecto de ser un lugar que solo se usara para ceremonias.

Entonces se sirvió vino y los antagonistas se mezclaron y charlaron como si fueran viejos amigos. Aquel prólogo informal era previo a las negociaciones formales y podía durar un tiempo, dado que daba a ambos bandos la posibilidad de evaluar el estado de ánimo de sus interlocutores y a los representantes la oportunidad de intercambiar información a espaldas de sus subordinados.

Fue al inicio de esa fase que Éurito percibió una mirada fija en él. Volvió la cabeza y reconoció de inmediato al joven con la barba de dos días.

Cuando sus miradas se cruzaron, Protos inclinó la cabeza hacia la puerta y caminó en esa dirección.

Éurito sintió una repentina sacudida de miedo, y entonces se le ocurrió que, si las conversaciones con los tebanos iban como él quería, iba a morir igualmente. ¿Qué tenía que temer de Protos? Además, sentía curiosidad.

No muy lejos de la puerta principal había una escalinata de piedra que llevaba a lo alto de las murallas. Allí estaba Protos, contemplando las llanuras de Beocia.

—No sé por qué, pero no me sorprende verte aquí —dijo Éurito quedamente a su lado.

—¿Por qué debería sorprenderte? Sabías que estaba por aquí. Has estado haciendo tus averiguaciones.

Éurito asintió; no estaba seguro de que Protos se hubiera dado cuenta.

—¿Te han enviado los tebanos? ¿Acaso te has unido a su causa?

—Me traen sin cuidado los tebanos —repuso Protos. Casi parecía aburrido —. Solo tengo razones personales para estar aquí.

—¿Y qué razones son esas?

Protos hizo caso omiso de la pregunta. Parecía completamente absorto en su

examen de la planicie.

—He oído que tuviste éxito en la península itálica —dijo al fin—. ¿Te hirieron?

—Sí. En el hombro.

—¿Y se te ha curado?

—No del todo. —Éurito sonrió—. Pero puedo sostener una espada.

—No te hará falta blandir una espada —respondió Protos. Seguía sin mirar a su antagonista a la cara—. Tu comandante, por lo que se ve, no tiene tantas ganas de convertirse en un mártir. Saldrás de aquí con el resto de la guarnición.

—Eso aún está por ver. Si consigo poner de mi lado a los suficientes oficiales, acabara sucumbiendo y aceptará luchar, aunque solo sea por decoro.

—En ese caso, tendrás que modificar tu postura en cuanto a la rendición.

Pasó un buen rato antes de que ninguno de ellos hablara.

—¿Por qué habría de hacer eso?

Protos se volvió para mirar a su enemigo.

—Los tebanos no quieren la guerra con Esparta…, al menos por ahora —dijo—. Pero, como digo, me traen sin cuidado los tebanos. Yo sí querría esa guerra. Tú también, aunque no vivieras para luchar en ella. Sé que no tienes miedo a la muerte. Pero no morirás aquí, ni ahora. No morirás hasta que yo te mate. No lo permitiré. Y el momento aún no ha llegado.

Éurito no sabía que la soterrada amenaza era vana. Solo podía esperar, aguantar la respiración.

—Masacraste a mi familia —continuó Protos, con la voz falta de toda emoción—. Creo que, si me fallas en esto, me veré obligado a devolverte el gesto. Volveré a Laconia, le haré una visita a tu padre, al respetado y antiguo éforo. Créeme, le encontrarán en unas condiciones que no ayudarán a engrandecer su memoria. Y luego me dedicaré al resto. Es, por lo que tengo entendido, una familia extensa, así que me llevará un tiempo. Pero al final…

—Te cogerían.

—¿En serio? —Protos sonrió, como diciendo «tú deberías saber mejor que nadie que eso no es así»—. No se lo esperan, y tampoco habría nadie para prevenirlos. Tú estarás muerto y ellos no tardarían en unirse a ti.

Éurito no pudo más que quedarse mirándole. Podía ver la verdad en el rostro de Protos. Lo haría, quería hacerlo. Toda su familia masacrada, uno a uno.

Protos dejó de contemplar las vistas.

—Sin embargo, te doy mi palabra de que si abandonas esta ciudad con vida, si evitas la masacre de los tebanos, dejaré en paz a tu familia. Y este asunto

quedará entre tú y yo. No tienes por qué tomar la decisión ahora. Sabré cuál es dependiendo de cómo se desarrollen los acontecimientos.
Y entonces volvió sobre sus talones, bajó las escaleras y se esfumó.

Dos días después la guarnición espartana bajaba de la acrópolis y abandonaba la ciudad. Protos los vio pasar por la puerta sur, pero los soldados, con los yelmos calados, resultaban anónimos. Cuando se fueron subió a la acrópolis desierta.

—No vas a engañarme —dijo para sí, mientras recorría una a una las habitaciones de la guarnición. No encontró nada, ningún suicida tendido en el suelo sobre un charco de sangre—. Sigues vivo… El duelo continúa.

20

Al día siguiente Protos y Nubit tomaron posesión de su nueva casa. Era un edificio de dos plantas de piedra sin pulir y, aunque no lo hubieran visto aún, les dijeron que disponía de un pequeño jardín en la parte trasera. Estaba en un distrito agradable, no muy lejos del mercado.

Pasaron cerca de un cuarto de hora plantados en la calle cogidos de la mano, contemplándola.

—¿Qué haremos con la carreta? —preguntó Nubit.

—La dejaremos en el almacén, con las carretas de suministro del ejército. Y la caballería se encargará de estabular al caballo, que disfrute de algo de compañía, ya tiene una edad.

—¿Y qué hay de mis cosas?

—Traeremos lo que nos haga falta, aunque supongo que no será mucho. Tengo entendido que la casa ya está amueblada; su antiguo dueño la abandonó a toda prisa. —Inclinó la cabeza para mirarla a los ojos.— ¿Hay algo que te preocupe?

—Un poco. —Nubit se encogió de hombros y le rodeó la cintura con el brazo—. No he vivido en una casa desde que era niña. Tengo malos recuerdos de aquellos días.

—¿Me los contarás alguna vez?

—Alguna vez.

Esperaron en silencio un instante y luego Protos dijo:

—Quizá deberíamos entrar.

Alargaba la mano para tirar de la cuerda del cerrojo cuando la puerta se abrió de repente. Dentro había una niña de unos nueve años. Cuando vio el rostro de Protos sus ojos se abrieron al máximo presa del pánico. La chiquilla se tiró al suelo y se abalanzó sobre sus pies en ademán suplicante.

—Levanta —ordenó mientras la cogía con delicadeza del brazo—. Levanta, no te haré daño.

La chiquilla se puso en pie lentamente. No sabía hacia dónde mirar, aún estaba aterrada.

—¿Qué es esto? —preguntó Nubit con un toque de celos en la voz.

—Una esclava…, o al menos una antigua esclava. —Protos sonrió: sospechaba que parecía un necio—. Es de la casa de Layo, quien mostraba

cierta inclinación por las muchachas que aún no eran del todo mujeres, incluso más jóvenes. Tenía la casa llena. Las compré con el dinero de mi recompensa, con la idea de proporcionarles dotes y la oportunidad de una nueva vida. No me esperaba encontrar a ninguna aquí. Me tiene miedo porque la última vez que me vio estaba cubierto de sangre. —Miró a la niña a los ojos, como si intentara recordar—. ¿Eras la bailarina? —preguntó.

—Sí, mi señor…

—No me llames así.

—Mi señor, yo…

—No me llames «mi señor». Me llamo Protos, y esta dama se llama Nubit. Deberías saber que no soy diferente a ti, nací esclavo. —Sonrió de nuevo—. Supongo que te consideraron demasiado joven como para buscarte un marido. ¿Eres la única que queda?

—No, mi…, no. Hay otras dos.

Dos chiquillas, más jóvenes aún que ella —no debían de superar los siete o los ocho—, aparecieron en la entrada a una habitación contigua.

Nubit dio un paso y les colocó las manos sobre los hombros, se arrodilló y las chiquillas se le acercaron. La mujer se quedó así un buen rato, y cuando se puso en pie había lágrimas en sus ojos.

Cuando miró a Protos lucía en el rostro un principio de sonrisa.

—¿Cómo puedo saber que no las has comprado para tus propios fines y placer? —preguntó ella.

Protos no pudo más que reír.

—Porque para eso te tengo a ti.

Recorrieron el piso de abajo pasando por las habitaciones una a una, y sí, la casa estaba ricamente amueblada. Muchas de las paredes estaban decoradas con frescos, y había sillas con cojines y baúles cuyas cubiertas estaban talladas.

—En mi aldea esta casa hubiera servido para que vivieran doce familias —dijo Protos casi con amargura—. ¿Cómo quieres que vivamos en un lugar tan grandioso? Éramos felices en la carreta.

—Supongo que estás a punto de convertirte en un hombre importante en Tebas. Necesitarás esta casa.

—A ver, por ejemplo, ¿para qué sirve este hueco?

Estaban en medio de una estancia amueblada tan solo con una mesa y una silla, un baúl y unas baldas que contenían medio centenar de rollos de papiro.

—Debe de haber sido el estudio del anterior propietario —repuso Nubit. Se acercó a la mesa y le dio la vuelta a una hoja de papiro para ver qué había

escrito en ella—. Sí, aquí es donde venía a leer y a escribir cartas. ¿Ves? Has heredado su biblioteca.

Protos cogió uno de los rollos y lo desplegó casi un codo. Pasó un rato leyendo, moviendo los labios mientras formaba palabras.

—Conozco esta historia —dijo al fin—. Es una de las que me solía contar mi tío Neleo. —Sonrió, satisfecho por su hallazgo; luego volvió a enrollar el documento y lo dejó en su sitio.

Fueron al piso superior y en la habitación más grande encontraron una cama de verdad, de madera, con un jergón relleno de lana, a varios palmos del suelo. Ninguno de ellos había dormido nunca en algo así.

—¿Cabremos los dos? —preguntó Nubit.

—Es más amplia que el suelo de la carreta, y eso nunca ha supuesto un problema.

—Pero se hunde hacia el centro…, ¿ves? Caeremos los dos hacia el centro.

Protos levantó una de las esquinas del jergón y vio que descansaba sobre un entramado de cuerdas.

—Solo hace falta ajustar un poco las cuerdas. Eso es fácil.

Entonces pareció ocurrírsele algo y dejó caer el jergón.

—¿De verdad te importa lo de las chicas? —preguntó—. Te prometo que no tenía ni idea de que las traerían aquí. Y son demasiado jóvenes.

—Solo tienen unos pocos años menos que tú.

Nubit sonrió y, de pronto, su sonrisa se desvaneció y volvió el rostro.

—No me importa —dijo, con un tono que daba a entender que estaba tragándose sus lágrimas—. Por un tiempo al menos serán como las hijas que nunca tuve.

Protos la envolvió en sus brazos y la besó en la nuca. Así se quedaron un tiempo, sin decir una palabra.

Dado que Nubit no tenía muchas cosas y Protos casi nada, se mudaron a la casa en una tarde. Y después de esa noche, Nubit decidió que le gustaba su nueva cama.

—Es casi como flotar sobre el agua —dijo—, y me encanta cómo chirría al ritmo de tus embestidas.

Las chicas sí que planteaban una serie de problemas.

Habían sido entrenadas como esclavas sexuales y parecían entender que sus obligaciones en esa casa serían más o menos las mismas que en la anterior. Solían caminar desnudas por la casa y no hacían más que repetir su pantomima de sumisión sexual: la sonrisa, los ojos huidizos, los besos en las manos…,

hasta el punto que Protos estalló y las llegó a echar de la habitación.

Después de aquello fueron a ver a «la señora Nubit» llorosas, y esta les explicó la situación.

—Protos no está interesado en vuestros cuerpos —les dijo—. Con el mío parece bastarle. Sale a los baños públicos a asearse. No necesita que le ayudéis. Tal y como os ha dicho, él nació esclavo. No quiere poseeros. Lo que quiere es que ayudéis en casa hasta que seáis lo bastante mayores como para casaros. Si queréis complacerle, haced caso de lo que os acabo de decir.

Y, por supuesto, no sabían qué hacer en la casa. Solo se les había enseñado a avivar el deseo de un viejo.

Su nueva educación empezó unas mañanas después de que Nubit y Protos tomaran posesión de la casa. Nubit despertó a las niñas antes del amanecer.

—Iremos al templo de Hestia y recibiremos el fuego sagrado con el que encenderemos el hogar —les dijo—. De ahora en adelante será vuestra responsabilidad como mujeres de la casa mantener el fuego encendido. El fuego es sagrado, es el alma de nuestra casa. Solo lo apagaremos si muere uno de los miembros de esta familia.

»Donde yo nací la diosa se llamaba Maat, pero es la misma la llamen como la llamen, y es una de las diosas más antiguas. Es la diosa del hogar y del orden, en el estado, en el cielo y en la casa, y gracias a ella las mujeres son más poderosas que los hombres, no importa lo que piense la gente. Los hombres juegan a la guerra y a la política y creen que gobiernan el mundo, pero no es así. Una mujer lleva la casa, y esto la coloca en el centro de la vida, dado que se puede vivir sin guerra y sin política, pero no sin comida y cobijo. No se puede vivir sin hijos, a los que nosotras criamos. Antes incluso de que los hombres se den cuenta de que los niños existen, los hemos convertido en lo que han de convertirse en este mundo y, por tanto, somos las que damos forma al futuro, tanto en el interior de nuestros cuerpos como durante la crianza. Recordadlo.

Recorrieron las calles de Tebas, cada una con su carga. Galene, la mayor, llevaba una pequeña olla de madera, y las dos más jóvenes, que se llamaban Hemera y Eupraxia, cargaban con un pastel de miel y una pequeña jarra de vino que utilizarían como sacrificio a la diosa. Nubit llevaba una caja con leña que usarían para mantener vivo el fuego hasta que llegaran a casa.

El templo era un lugar humilde, una estructura basta de madera que no contenía nada salvo el fuego sagrado, un altar con una estatua de la diosa de menos de un codo de alto y una única sacerdotisa de avanzada edad. Nubit le

dio a la sacerdotisa un dracma de plata y recibió tres trozos de carbón al rojo vivo. Las niñas ofrecieron el sacrificio, después de lo cual la sacerdotisa les tocó a cada una de ellas en los labios, exigiéndoles silencio.

De camino a casa, Galene llevaba la olla con el carbón mientras que las dos pequeñas alimentaban el fuego, y, dado que la conversación estaba prohibida, Nubit no podía hacer más que pensar.

¿Qué iba a hacer con esas chiquillas? ¿Qué tenía ella para darles? ¿Qué podía enseñarles? Habían crecido como esclavas. ¿Qué sabían de la vida normal? ¿Acaso era ella diferente? ¿Qué sabía ella?

Tan solo los hechizos que le había enseñado su madre, así como algunas habilidades femeninas que ella misma había aprendido como había podido de las otras esclavas en casa de su padre.

Su padre. ¿Había sido él diferente a Layo, el viejo, el repulsivo sibarita que había hecho a esas criaturas cautivas de sus degenerados deseos? Quizá no.

Quizá, pensó Nubit, eso era algo que sí pudiera ofrecer a esas niñas, a las que ya empezaba a querer. Podría darles el don de sus conocimientos.

Cuando volvieron a casa entraron en la cocina por la puerta del jardín y Nubit hizo un pequeño montoncito de leña en el centro del hogar frío. Después, sacudió la olla de hierro para que los trozos de carbón cayesen uno a uno sobre la leña.

—El primero es Galene —dijo quedamente mientras caía el primero. La leña ardió casi al instante—. Este es Hemera, y este Eupraxia. Así las tres, como hijas de esta casa, adquirís la responsabilidad de mantener vivas estas llamas, del mismo modo que todas nosotras tenemos una responsabilidad para con las demás.

Se volvió para mirarlas, y se sorprendió al comprobar que sus ojos estaban cargados de lágrimas. Pudo sentir que sus propios ojos estaban a rebosar, pues su corazón estaba completo, y así, como alternativa al llanto, se abrazó a las tres chiquillas.

Cinco días después de haberse mudado, Protos dio un paseo por el perímetro de la ciudad. Al igual que todo el mundo, sabía que los espartanos acabarían atacando. Cuándo y en qué número eran cuestiones abiertas a la conjetura, pero no cabía la menor duda de que acabarían llegando. El ilota quería comprobar las defensas de la ciudad. Se sorprendió al comprobar que ya se estaban cavando zanjas más allá del distrito norte.

Al día siguiente fue convocado por Epaminondas.

—El ejército está mal entrenado y desmoralizado —le explicó el beotarca

—. No podemos enfrentarnos al ejército espartano en el campo de batalla. Estaríamos provocando una masacre.

Estaba sentado en su jardín, que parecía preferir al interior de su casa, echando trocitos de pan a un grupo de pajarillos que confiaban lo bastante en él como para acercarse a unos palmos de sus pies. El tebano parecía absorto en su tarea.

Al fin se acabó el pan y Epaminondas se frotó las manos para dejar que los restos cayeran al suelo. Luego, cuando le dedicó toda su atención a Protos, se encogió de hombros y le enseñó las manos vacías, como el hombre que no puede dejar de admitir un hecho incontestable.

—Por tanto nuestra estrategia deberá ser eminentemente defensiva. Podemos mantenerlos fuera de la ciudad, ya has visto las zanjas y las empalizadas. Es todo lo que podemos hacer por el momento.

—¿Nada más?

—Poco más. —El beotarca esbozó una leve sonrisa—. Arrasarán los campos, de eso no hay duda, pero no podemos evitarlo. La única victoria a la que podemos aspirar es seguir siendo libres una vez decidan volver a casa.

—¿Qué quieres que haga?

—Que consigas que quieran volver a casa —dijo, como si estuviera pidiendo un favor sin importancia—. Quiero que siembres sus vidas de incertidumbre. Quiero que piensen que no pueden salir por las noches a aliviar sus vejigas sin coquetear con la muerte.

El ilota deseó de pronto que Epaminondas no fuera tan asceta en sus gustos y le ofreciera un cuenco de cerveza.

—Quiero que entrenes a un pequeño grupo de hombres, unos veinte o treinta, y que les enseñes lo que puedas de tu astucia y uso de las armas. Despliégalos como consideres conveniente. Quiero que hostigues a los espartanos hasta que no sean capaces de soportarlo. ¿Puedes hacerlo?

Protos sonrió mostrando los dientes; el resultado fue una mueca salvaje.

—Convertirme en una molestia… es lo que mejor sé hacer —dijo.

—Hecho entonces. —Epaminondas se puso en pie. Parecía estar a punto de hablar y de pronto se quedó inmóvil, como si acabara de pensar en algo—. La tuya, Protos, es la parte más peligrosa y menos gloriosa de la guerra —dijo al fin—. Los griegos suelen ver la guerra, tal y como dijiste una vez, como una especie de juego de empujones. Los hombres cargan los unos contra los otros intentando expulsar al otro del campo de batalla. Uno mira a su enemigo a los ojos, y es deshonroso huir. Los hostigadores avanzan a la carrera, golpean y huyen para luego volver. Esa no se considera una forma respetable de luchar en una guerra, así que un hostigador no acumula honores. Y, sin embargo, se

arriesgan mucho más que aquellos que forman parte de la falange.
»Este año no habrá grandes batallas, así que la tuya será la única guerra que podamos llevar a los espartanos. Sospecho que conoces los riesgos mejor que yo.

Lo primero que oyó Protos al llegar a casa fueron risas. Venían de la cocina y eran tan agudas como el canto de los pájaros.

Cuando intentó entrar en la cocina, Nubit le empujó para apartarle de la puerta.

—Las chicas han estado aprendiendo a hacer pan —le dijo en un tono que apenas superaba el susurro—. No han tenido mucho éxito en sus primeros intentos. Es todo un desastre, pero se avergonzarían si fueses testigo de su fracaso.

Protos le puso la mano en la nuca y le besó la frente.

—Se hará tal y como dices, pequeña madre.

Entonces se dirigió a la estancia que Nubit llamaba su «biblioteca» y se sentó. Era el único lugar de la casa en el que estaba seguro de que le dejarían tranquilo. Las chicas tenían prohibido entrar allí, y Nubit solo lo hacía para limpiar. Necesitaba pensar.

La vida había sido más sencilla antes de conocer a Nubit. Se había limitado a sobrevivir y a matar a sus enemigos…, y su supervivencia era importante, aunque solo fuera porque su existencia resultaba molesta para los espartanos. Había dedicado su vida a la venganza y, por tanto, no era suya. No le había importado pasar frío o hambre. No le había importado saber que en cualquier momento podía ser capturado y ejecutado. Sencillamente, no le había preocupado mucho nada.

Y entonces se topó con la hoguera de Nubit y ella le había dado cobijo, le había ofrecido su cuerpo y había acabado envuelto en su calor. Amar a alguien, y, más importante aún, ser amado, lo cambiaba todo.

Ahora estaba esa casa, con las niñas, las hijas de Nubit, que habían despertado algo en ella. Era como volver a tener una familia, solo que sin una historia compartida.

No era que Protos tuviera miedo de aquella nueva tarea que Epaminondas le había encomendado…, bueno, sí, tenía miedo, pero el miedo era algo con lo que llevaba viviendo tanto tiempo que apenas lo percibía. No era miedo a la muerte, sino la idea de que ahora había cosas que la muerte podía arrebatarle.

Aun así, sería divertido. Ya en su imaginación podía ver el rostro sorprendido de un espartano que, de pronto, se percataba de que acababa de

morir.

Habría sido mejor que le hubieran dejado cazar solo, pero un hombre nunca hubiera podido infligir el daño con el que contaba Epaminondas que aplicara. Así que Protos tendría que reclutar su pequeño ejército y luego preocuparse también de esas vidas, no solo de la suya propia.

Se sintió agotado. Su nuevo lecho era ideal para hacer el amor, pero era tan mullido que muchas veces se despertaba con dolor de espalda. Quizá no solo fuera la cama, quizá fuera él quien se estaba volviendo demasiado blando.

Se tumbó en el suelo y, en un instante, se quedó dormido.

21

En cuanto los espartanos que habían conformado la guarnición de Tebas llegaron a casa, el antiguo éforo Dienekes acusó a su comandante de incumplimiento del deber. Tenía la carta de su hijo, escrita antes del golpe de Epaminondas, y las predicciones de Éurito se habían materializado. Las pruebas eran concluyentes.

Por supuesto, el objetivo de la acusación no era solo el de destruir a Listeo. El hijo de Dienekes le había convencido de la necesidad de una guerra preventiva contra Tebas, y el juicio contra el comandante de la guarnición ofrecía un perfecto trampolín para abogar por ella. Más aún, Éurito había tenido razón y su superior se había equivocado. Dienekes empezaba a darse cuenta de que su hijo tenía más intuición que él mismo, que tenía el potencial de convertirse en un gran hombre. Quería que toda Esparta se diera cuenta de ello.

Por desgracia, después del primer día de juicio, el fallo le parecía tan evidente que Listeo fue a casa y cayó sobre su espada.

—Lo que importa es que leí tu carta ante el tribunal —le dijo Dienekes a su hijo mientras desayunaban. Estaban comiendo fuera, disfrutando de la brisa matinal que precedía al sofocante calor que pronto se abatiría sobre la planicie lacedemonia—. Todos lo oyeron. En cuanto a Listeo, él mismo ha dado el veredicto.

—Pero no se trata ni de Listeo ni de mí —repuso Éurito con rabia contenida —. La cuestión es la guerra. Debe lucharse, y yo tengo que formar parte de ella. ¿Puede organizar que así sea?

Dienekes dejó que su mirada se posara sobre el rostro de su hijo, el último de su linaje, y sintió una extraña ternura de la que se avergonzó. No quería amar a aquel joven, a quién apenas conocía. Su padre, de eso estaba seguro, nunca le había amado, y así era como debía ser. Bien pensado, Éurito no era más que una prolongación de su familia, una rama que se remontaba a un pasado casi mítico y que, indulgencia de los dioses mediante, perduraría también en un remoto futuro. Era la familia lo que importaba, no los miembros individuales. Ni él ni su hijo. El deseo de Éurito de unirse a la expedición contra Tebas era a la vez natural y encomiable, pero a su padre le aterrorizaba.

—Tu hombro no está del todo curado —dijo al fin, como alternativa a pronunciar lo que sentía.

—Padre, debo estar con el ejército cuando invadamos Beocia.

—¿Por qué?

—Porque él estará allí.

Dienekes perdió todo interés en el desayuno. El mundo en ese momento parecía frío e inhóspito. Sí, una vez más aquel maldito esclavo. Se sirvió un cuenco de vino. Tuvo que hacer acopio de fuerza de voluntad para que su mano no temblara.

—¿Te refieres al ilota? —preguntó, cuidándose de no mirar a su hijo a los ojos.

—Se llama Protos, padre. Aprende a llamarle por su nombre, y deja de fingir que no es más que un fugitivo. No lo es…, ya no.

—¿Sabes dónde está? ¿Le has visto?

Al principio la única respuesta que recibió Dienekes fue una amarga carcajada.

—Sí, le vi —dijo Éurito como si se tratara de una obviedad—. Formaba parte de la delegación tebana, ha llegado lejos en la vida. Pero si no hubiera sido por él ahora estaría pudriéndome en una fosa recién cavada, me estarían comiendo los gusanos y yacería honrosamente muerto. Por los dioses, cómo le odio por ello…

Éurito se dio cuenta de que su cuenco de vino estaba vacío, pero, en vez de rellenarlo, optó por coger el de su padre y beber el contenido de un trago.

—Me ofreció un trato, y acepté.

Lo que fuese que su hijo estuviera a punto de decir, Dienekes estaba convencido de que no quería oírlo. Hasta sus huesos sabían que aquel «trato» entre su hijo y el esclavo fugitivo atentaría contra su estado de ánimo. También sabía que no podía evitar escucharlo.

—Me dijo que mataría a toda nuestra familia si la guarnición se quedaba a luchar.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? —Éurito sonrió, como si no fuera capaz de creer que pudiera haber tanta necedad en el mundo—. ¿De verdad lo es? ¿Recuerdas lo que pasó con la guarnición de Ciparisia? Cuando me dijeron que había sido capturado, me sentí morir de alegría. Le tenían en una jaula. Y, sin embargo, los mató a todos… y a los dos espartanos que fueron enviados para traerlo aquí.

Dienekes se encogió de hombros. Se sintió incómodo; o bien su hijo estaba mintiendo, lo que no creía probable, o se había librado de la muerte.

—La guarnición de Ciparisia era de tan solo seis hombres —dijo, como si

mencionarlo constituyera una ofensa—. Yo mismo he matado a más de seis hombres.

—Eran ocho, contando a los espartanos, y aquellos a los que tú mataste no te tenían metido en una jaula. En verdad te digo, padre, que en sus manos la daga de mi querido hermano se ha convertido en las tijeras de Átropos.

Éurito volvió a reír, pero esta vez su risa adoptó un tinte de terror histérico.

—¿Acaso no es eso lo que significa su nombre? Protos. «Destinado».

—Los nombres no significan nada, hijo. No reflejan más que el deseo inútil de un padre.

—En ese caso su padre, al que maté, eligió bien. Que los dioses me asistan…, ¿qué he desatado sobre la raza de los espartanos? Si no hubiera sido por Teleclo y por mí, ahora estarían arando un campo en algún lugar, sin otros enemigos que los cuervos. Con eso basta para volverse loco.

—Será como deseas —le dijo Dienekes a su hijo—. El rey Agesilao estará al mando de la campaña tebana. Servirás como oficial en su Estado Mayor. Aunque el ejército no partirá hasta dentro de unos meses, y debo decir que me preocupa tu estado de ánimo.

—¿Qué le pasa a mi estado de ánimo?

Éurito había vuelto de cenar en la cantina militar en la que había sido aceptado recientemente. Dormiría allí esa noche, pero su padre le había hecho llegar un mensaje pidiéndole que se acercara a casa a beber un poco de vino. Le encontró en el jardín, ataviado con una capa. Hacía frío.

—He estado releyendo la carta que me enviaste desde Tebas —repuso Dienekes mientras con un gesto invitaba a su hijo a tomar asiento. No había vino por ningún sitio—. Ya sabes que mientras crecíais siempre pensé que Teleclo era el más temerario. Ahora veo que esa veta negligente estaba en ambos. O eso, o este asunto del esclavo te ha afectado mucho más de lo que cualquiera de los dos pudiéramos haber imaginado.

Éurito estaba a punto de objetar algo, pero su padre alzó una mano para detenerle.

—Un soldado a veces tiene que aceptar la muerte como el sacrificio que hace por su ciudad, pero no la abraza como si fuera una salida. Amas demasiado poco la vida, hijo mío. Todos servimos al estado, pero hasta un servidor tiene sus horas de recreo para aprender que el aire que respira es precioso.

»En resumen, he llegado a la conclusión de que necesitas una mujer y, por tanto, y dado que eres demasiado joven para contraer matrimonio, he tomado

otras medidas. Se llama Ifigenia y está arriba.

Dienekes se levantó de su silla y se atusó la capa. Tuvo cuidado de no mirar a su hijo. Estaba avergonzado: siempre había sentido incomodidad ante aquellas cuestiones de la carne. Igual que cuando estaba en presencia de su esposa. Casi fue un alivio que muriera.

—Y ahora voy a hacer llamar a un viejo amigo que, como yo, es viudo y, como yo, le gusta quedarse despierto hasta altas horas y beber mucho vino. La chica, por cierto, es ilota, así que puedes hacer con ella lo que te plazca, aunque te recomiendo que no seas brusco. Es muy joven.

En lo alto de las escaleras había un pasillo corto que llevaba al fondo de la casa, y allí estaba la habitación que Éurito había compartido con su hermano cuando eran niños. No podía recordar la última vez que había estado en esa habitación.

Empujó la puerta y al principio no distinguió nada salvo el suelo desnudo. Cuando entró, descubrió que alguien había extendido un jergón en la esquina opuesta y que había una chica sentada sobre él. Estaba abrazada a sus piernas y descansaba la cabeza sobre la rodilla izquierda. Y, efectivamente, tenía aspecto de ser muy joven.

Cuando le vio, intentó sonreír, pero el intento no tuvo éxito. Era evidente que estaba aterrada.

Nunca en su vida había visto Éurito criatura tan perfecta. Su cabello, largo, era del color del bronce y enmarcaba un rostro aniñado de enormes y brillantes ojos azules. Cualquiera se hubiera perdido en aquellos ojos, pensó. Podría haberse quedado mirándolos toda una eternidad.

Se acercó a ella y se arrodilló a su lado sobre el jergón.

—No te haré daño —dijo—. Nunca te haré daño.

Le tocó el pelo con las yemas de los dedos, y le dio la sensación de que la muchacha se relajaba. Solo entonces se percató de que estaba desnuda.

—No podrás evitar hacerme daño si tomas mi virginidad. —Sonrió de nuevo, esta vez de modo un tanto más convincente—. Pero eso es una nimiedad, no me da miedo.

—¿Cómo has acabado aquí?

Su pregunta, más que provocarle dolor, pareció tocar en la muchacha alguna fibra del corazón. Cerró los ojos un instante, como si hubiera cosas que no quería ver.

Cuando volvió a abrirlos estaban cargados de súplica.

—Mi padre y mi madre trabajan en uno de los estados del noble Dienekes —

dijo—. Hace diez días, creo que fue hace diez, ahora no estoy segura, vinieron unos hombres y me llevaron con ellos. Cuando me trajeron me dijeron que sería una concubina. Nunca había oído esa palabra antes. Supongo que se trata de una mujer que sirve con su cuerpo a un hombre del modo que lo hace una esposa pero que no es su esposa. ¿Es así?

—Sí.

—¿Qué va a ser de mí?

La muchacha tenía miedo. No había duda de que llevaba aterrada desde que la apartaron de sus padres. Éurito enmarcó su cara con las manos. En ese momento lo único que quería era alejar de ella todo temor.

—Me servirás —dijo— y yo te protegeré. Nadie volverá a hacerte tener miedo.

Ella se inclinó hacia él y le besó en los labios. Entonces sonrió; fue una sonrisa bella y serena.

—Entonces penétrame, hazme tuya.

Al día siguiente hubo entrenamiento, por lo que Éurito pasó el día en las afueras, casi hasta el anochecer. Después hubo una cena en los barracones a la que debía asistir. Se sentó a la mesa, apenas consciente de lo que le rodeaba, recordando cada momento que había pasado con Ifigenia.

«Éurito, eres un idiota», pensaba para sí, y luego sonreía, porque no le importaba ser un idiota. Solo por una vez, ser un idiota se le antojaba una bendición.

¿A quién podía comparar con Ifigenia? Había estado Meda, una noble macedonia viuda bastante mayor que él, con quien había perdido su virginidad, y estaban las putas de Corinto.

Y luego estaba su madre, claro. ¿Había amado a su madre? ¿Hubiera sido posible que amara a su madre? «Sé un espartano —era lo que siempre le decía —. No seas débil». Solo podía recordar contadas ocasiones en las que le hubiera mostrado cierta ternura, y luego, a la edad de siete años, había empezado su entrenamiento militar y la había perdido para siempre.

Nunca había tenido a nadie en su vida como Ifigenia. Era una ilota y había tenido miedo, y los espartanos ostentaban su posición en el mundo a base de aterrorizar a la gente, en particular a los ilotas. Pero él había ahuyentado su miedo, la había hecho sentir segura, y ella, de forma voluntaria y de buen grado, le había entregado su cuerpo. Y mediante ese único acto, por mostrar confianza en él, le había obligado a amarla.

Pero ella era una esclava ilota y él un espartano. Al final tendría que casarse

con una espartana: tal era la ley. El matrimonio era un deber para con el estado. Ningún futuro que incluyera a Ifigenia era posible. Todo lo que tenían era el presente, durara lo que durara.

Por tanto, sabía que era un necio al amarla, pero no podía evitarlo. Ni siquiera era capaz de sentir remordimientos al respecto.

Ifigenia le había abierto una vena de ternura en el interior que no sabía que existiera.

Sabía que la tarde siguiente su padre no estaría en casa, así que volvió. Ifigenia le estaba esperando en su antigua habitación.

—Sabía que volverías hoy —le dijo, y pudo ver en sus ojos que la muchacha se alegraba.

—¿Te hice daño? —preguntó él—. ¿Aún lo sientes?

—Solo un poco.

—En ese caso, hoy no te tocaré.

—¿Estás seguro? —Parecía un poco decepcionada—. No me importa que me duela un poco.

—Pero a mí sí me importa. Hoy me basta con estar contigo.

Y entonces ella sonrió y le acarició la cara, y ese momento mereció el sacrificio.

Los meses que siguieron fueron probablemente los más felices de la vida de Éurito. Ifigenia no solo era bella, sino también era delicada y dulce, unos rasgos que no dejaban de sorprenderle, como si los descubriese cada día. Solo mirarla ya era como recibir un regalo.

Como era de esperar, no había mujeres en las mesas comunales de los soldados, así que la muchacha siguió viviendo en casa de Dienekes y Éurito la visitaba siempre que podía.

Solo por estar allí, hacía que su mundo fuera diferente.

El deber, el honor, el coraje, los valores sobre los que se había construido su vida ¿qué eran sino deudas que se veía obligado a pagar? Ser un espartano suponía el continuo sacrificio del individuo para con los antepasados, los descendientes y la ciudad misma. Era como morir una y otra vez.

A un espartano se le enseñaba que el dolor no era nada, que la muerte no era nada. Entonces, ¿qué era la vida?

Estar con Ifigenia era estar vivo, y la vida se volvía valiosa y propia.

¿Qué sentía ella? Sabía que eso no debía importarle, pero le importaba. ¿Le quería? Parecía disfrutar cuando le hacía el amor; no era algo que las mujeres pudieran fingir por mucho que creyeran que sí, y quizá eso fuera suficiente. O quizá no. A veces, cuando estaba alejado de ella, pensar que no era más que su propiedad le atormentaba. No podía poseer su corazón. Este solo sería suyo si

ella se lo daba libremente.
Pero cuando estaba con ella las dudas se esfumaban y se sentía feliz.

Y su felicidad se extendía también a la labor de preparar la campaña contra Tebas y a la creciente relación con el rey Agesilao, que era amigo íntimo de su padre, muy querido por el pueblo y considerado un militar brillante.

Durante los primeros días pasó mucho tiempo hablando con el rey, quien no dejaba de hacer preguntas: ¿Qué tipo de hombre era Epaminondas? ¿Cómo eran las fortificaciones de Tebas? ¿Había suministro de agua en torno a la ciudad? ¿Cuál era la calidad general del ejército de Tebas? ¿Hacían uso de la caballería? ¿Cuál era la actitud del resto de las ciudades de Beocia?

Para muchas de estas preguntas Éurito carecía de respuesta, pero hizo todo lo posible por responderlas. Habló con hombres lo bastante mayores como para recordar los días en los que Tebas había sido una ciudad aliada. «Buenos soldados, aunque no como nosotros». «¿Caballería? ¿Para qué sirve la caballería?».

Nadie recordaba nada en particular sobre Epaminondas.

—Debo recurrir a mis propias impresiones —le dijo Éurito al rey—. Y, debo dejar claro, que no son más que impresiones. Le he visto, pero jamás he hablado con él. Debemos recordar que fue nuestra propia gente la que le tachó de filósofo cascarrabias y los que le consideraron lo bastante insignificante como para no exigir su exilio. Y, sin embargo, ante nuestras narices y en una sola noche, se hizo con la ciudad. Después del asesinato de los oligarcas, su ejército se unió a él en masa. Ahora es todo un ídolo en Tebas. Creo que podemos afirmar que ven algo en él que nosotros no hemos logrado detectar.

Se sentaron en un par de banquetas de madera en medio de la amplia llanura lacedemonia. A trescientos pasos de distancia dos falanges estaban luchando una batalla de entrenamiento. El rey no apartaba la vista de ellos. Estaba cerca de cumplir los sesenta y era el hombre más poderoso de la ciudad; hasta el rey Cleómbroto delegaba en él. Sin embargo, parecía poseer un alma modesta y cercana, y siempre estaba dispuesto a escuchar buenos consejos.

Quizá el hecho de ser cojo le hubiera hecho humilde. Tenía una pierna más corta que la otra, un defecto de nacimiento, pero nunca se había permitido a sí mismo, ni a cualquier otro, hacer de su tara una excusa.

Quienquiera que le hubiera conocido de niño o de joven le amaba y le admiraba. Y así, cuando su hermano murió y su sobrino fue apartado del trono por sospecharse que era ilegítimo, Agesilao subió al trono euripóntida a pesar de que una antigua profecía advertía contra «un reino cojo».

—Y masacró al gobierno que establecimos, hasta el último hombre —dijo Agesilao si apartar la vista de los entrenamientos—. Asesinó a un gobierno al completo… ¿Cómo lo hizo?

—Tengo entendido que mediante un grupo de hombres disfrazados de cortesanas. El finado Layo había invitado a sus compañeros oligarcas a un banquete. La sórdida reputación de estos garantizaba la asistencia de todos. La operación se llevó a cabo con perfecta eficacia, tal y como podría esperarse del hombre que los lideraba. Quienes investigaron lo sucedido dijeron que la mayoría de las heridas habían provocado muertes casi instantáneas. Es probable que los asesinos entraran y salieran en menos de un cuarto de hora.

—¿Conoces al hombre que los lideraba?

—Sí. —Éurito se permitió una única carcajada—. Somos viejos amigos, por así decirlo. Hablé con él dos días después del acontecimiento, pero no dijo nada al respecto. Puede que no lo considerara importante.

Por primera vez en un rato el rey distrajo la mirada de los ejercicios que se llevaban a cabo en la llanura. Se quedó mirando al nuevo miembro de su Estado Mayor con aparente incredulidad.

—¿Hablaste con él? ¿Quién es?

—Es un fugitivo, un esclavo llamado Protos. Asesinó a mi hermano… Aparentemente, le sentó mal que Teleclo matara a su madre. Verás, mi señor, digamos que no respeta el orden establecido. Parece incapaz de comprender que matar a una esclava es algo perfectamente aceptable mientras que matar a uno de los nuestros no lo es.

—Creo que he oído algo sobre ese asunto…

—Sí, mi señor. Y ahora está aliado con los tebanos. Me preocupa más él que Epaminondas. El tebano solo quiere expulsarnos. Protos nos destruiría a todos. Es inteligente y carece de compasión, y cualquiera diría que tiene la habilidad de atravesar paredes. Nos dará problemas en Beocia.

En ese preciso instante, en Tebas, Protos estaba sentado en el jardín trasero de su casa, sirviéndole un cuenco de cerveza a Agenor, que aún parecía sentir cierto recelo hacia él.

—No me tienes que demostrar, ni a mí ni a nadie, que tienes valor —le dijo Protos—. Viniste con nosotros, hacía falta coraje para eso. Lo ocurrido dentro no tiene nada que ver con el valor. ¿Acaso es valiente un carnicero cuando mata a un buey? Pero si quieres acabar con los enemigos de Tebas, te daré tu oportunidad. Y no te tendré en menos si te niegas.

—¿Qué tienes en mente?

—Una guerra que es todo lo contrario de aquello que te han enseñado a admirar. Una guerra ignominiosa. Una guerra más peligrosa que cualquier batalla. Una guerra en la que el valor solo será cosa tuya, lo que hace que sea más difícil de soportar. Cualquiera puede ser valiente rodeado de amigos. Es amargo morir solo.

Entonces le explicó a Agenor los pormenores del plan que Epaminondas le había propuesto.

—No será un combate —dijo a modo de conclusión—. En combate te enfrentas al enemigo en igualdad de condiciones: ambos tenéis las mismas opciones. Lo que hemos de hacer es crear situaciones en las que el enemigo no disponga de opciones. Tu virtud principal no ha de ser el valor, sino la astucia. Matarás a un hombre y luego irás a por el siguiente. Pero si calculas mal morirás. Tendrás que aprender a luchar como una rata de alcantarilla. Como yo. Pero yo solo soy un esclavo fugitivo y no necesito emular a nadie. Debes olvidarte del honor.

Protos estudió su rostro; sabía que Agenor ya había tomado una decisión. Se le pasó por la mente que Agenor no mostraba el aspecto de un guerrero, que en tiempos mejores probablemente hubiera sido un feliz estudioso o un arquitecto. Sus ojos negros y brillantes rebosaban inteligencia… y miedo.

Agenor era el tipo de persona que siempre había de estar tomando la decisión consciente de ser valiente. Había otros hombres que lo eran por costumbre o por necesidad. Así era como se veía Protos a sí mismo, y algunos eran valientes por simple falta de imaginación. Pero Agenor tenía que elegir el valor, y la muerte era una presencia continua en su alma. Y en esa elección, precisamente por ser tan dura, adquiría una nobleza de espíritu de la que pocos hombres podían enorgullecerse.

—Al menos el enemigo es un enemigo de verdad —dijo Agenor.

Protos asintió.

—Sí, es el enemigo de verdad. El recuerdo de haberle matado no te avergonzará, y si te mata a ti, no tendrás que preocuparte ni siquiera de eso.

Pretendía ser una broma, y sonrió, aunque la sonrisa murió en el acto.

—Dime una cosa, Agenor. Esa noche ¿por qué querías venir con nosotros? ¿Qué tenías tantas ganas de probar?

La expresión de Agenor era la del hombre que se ve obligado a admitir un terrible secreto. Tardó en decir algo.

Pero Protos estaba dispuesto a esperar.

—Mi padre… —Agenor hizo un leve aunque desesperado movimiento con la mano izquierda—. Mi padre apoyaba la ocupación espartana. Hacía negocios con los oligarcas. Se beneficiaba…

—Entiendo. —Protos, que mientras esperaba a oír la verdad había adoptado un gesto imperturbable, se limitó a encogerse de hombros—. Pero tú no eres tu padre, y sus inclinaciones no son las tuyas.

—No. Yo me fui con los exiliados. Mi padre murió hace dos años y yo no volví para sus funerales.

—Entonces fue el destino el que te obligó a tomar un camino poco envidiable, pero es culpa tuya.

Agenor sonrió amargamente y negó con la cabeza.

—Sin embargo, siempre la he sentido. A veces la conciencia te pide redención, aunque el crimen sea de otro.

«Sí, es cierto», pensó Protos. ¿Había sido diferente con la muerte de sus padres? Tanto ellos como él eran inocentes, pero a él se le había obligado a aceptar el peso de la venganza.

—Agenor, dime la verdad —dijo—. ¿Alguna vez has matado a un hombre?

—No.

—Bien, aún dispondrás de unos meses para aprender cómo se hace. Y cuando los espartanos vuelvan, saldremos una noche oscura y veremos si tienes los arrestos suficientes. No es algo que un hombre pueda saber hasta que lo ha hecho. Entonces podrás decidir.

Agenor no fue más que el primero. Cuando estuvo preparado para empezar el entrenamiento, Protos ya había reunido a casi cuarenta jóvenes. Con suerte, pensó, quizá seleccionara a quince.

La primera orden que dio fue:

—Quitaos las sandalias. —Aunque desconcertados, cumplieron la orden—. Hasta hace poco —les dijo—, yo jamás había calzado sandalias. Ahora tengo un par que en este momento están debajo de mi cama.

El comentario dio lugar a una oleada de risas nerviosas que provocaron en Protos una sonrisa.

—Cuando volváis a casa esta noche, intentad caminar sobre el suelo de piedra con las sandalias. Mantener los oídos atentos y os daréis cuenta del tremendo ruido que hacéis. El golpeteo de las sandalias contra el suelo ya basta para despertar a los muertos. Además, las sandalias os hacen andar mal. Mirad esto.

Estaban en el mismo gimnasio en el que Protos, por primera vez, se había dado a conocer ante los tebanos. Recorrió la hierba con la cabeza hacia atrás, moviendo los brazos exageradamente, haciendo una parodia de una marcha militar.

A su público le resultó extremadamente gracioso.

—Os reís, ¿pero veis lo que estaba haciendo? —Los miró a todos uno a uno. Parecían desconcertados—. El talón pisa el suelo primero, luego los dedos. Lo haré de nuevo.

Esta vez no rio nadie.

—Un niño no camina así, yo tampoco, como no lo hace nadie demasiado pobre como para tener un par de sandalias. Es un hábito que se adquiere cuando ya no se le tiene miedo al suelo. Vosotros no tenéis que pensar en las piedras, ni en los cardos, tampoco en los alacranes, porque vuestras sandalias os protegen. Así que camináis sin acordaros de respetar a la Madre Tierra. Pues bien, amigos míos, hoy será el último día que se os permitirá ser tan descuidados.

Se sentó en el suelo y levantó el pie izquierdo para que lo vieran.

—¿Veis esto? La planta de mi pie es un callo enorme. Podría afilar la espada con la planta de los pies. Y cuando ando mi cabeza va delante, y mis dedos tocan el suelo primero para sentir por dónde camino. Y soy silencioso como la muerte.

Volvió a ponerse en pie y miró a su alrededor. Empezaban a entender la lección.

—Hoy seré vuestra niñera y volveréis a la infancia. Volveréis a aprender a andar. Y después de hoy os desprenderéis de vuestras sandalias.

Dieron la vuelta al gimnasio en fila, a diez pasos de distancia los unos de los otros. Protos caminaba con cada uno de ellos, enseñándoles cómo apoyar las yemas de los dedos, cómo sentir la tierra y cómo bajar los talones con delicadeza. Pasaron así cuatro horas y llegaron al borde del colapso. Muchos se quejaban de los moratones y de los cortes producidos por las piedras, pero Protos no pudo más que reír.

—Los pies de un bebé son más duros que los vuestros. Pero no temáis, se endurecerán rápido.

Los envió a sus casas cuando caía el sol.

—Esta noche poned los pies a remojo en salmuera. Mañana os enseñaré a correr.

A la mañana siguiente solo volvieron treinta. Protos se sintió satisfecho al ver que Agenor era uno de ellos.

Y así fue día tras día. Cómo andar. Cómo correr. Cómo ocultarse en las sombras. Cómo hacer uso del viento para cubrir tu acecho. Cómo matar en silencio.

—Y sobre todo debéis aprender a no precipitaros. La prisa es la madre del error, y este el padre de la muerte.

Al acabar el mes no quedaban más que doce reclutas. Agenor aún era uno de ellos.

Y al día siguiente los exploradores informaron de que había un considerable contingente espartano dirigiéndose al norte.

22

Éurito, a caballo, dejó atrás el ejército del rey Agesilao para echarle un vistazo a Tebas. Había recorrido el camino desde Esparta a pie, dado que no le gustaban los caballos, pero lo más probable era que hubiera patrullas enemigas en el entorno, y las labores de reconocimiento requerían velocidad.

Se detuvo en una colina baja, donde buscó refugio en una arboleda. La ciudad estaba a una hora de camino hacia el norte, pero no le costó advertir el sistema de zanjas y empalizadas que la rodeaban.

Epaminondas había estado ocupado.

Lo que significaba que no tenía intención de ofrecer batalla. Jugaría a ser el puercoespín ante el lobo espartano.

Ofrecer batalla hubiera sido una necedad, y Epaminondas no era ningún necio. El tipo de campaña, incluso el resultado de esta, estaban decididos.

El rey Agesilao tenía un millar de hombres a su disposición. Mil espartanos podía conquistar el mismísimo Olimpo… a no ser, por supuesto, que los dioses no quisieran salir a luchar.

Así que sería una campaña contra graneros y rebaños de ganado. Arrasarían el terreno y condenarían a los campesinos al hambre en un vano esfuerzo por debilitar la ciudad. Amenazarían otras ciudades de Beocia para evitar que volviesen a sus antiguas alianzas con Tebas.

No funcionaría. Nada funcionaría. Éurito valoró la idea de aconsejar al rey Agesilao de dar media vuelta y de volver a casa, pero eso tampoco serviría de nada. Las inevitables consecuencias políticas no lo permitían.

Además, Éurito no tenía ningún deseo de volver a Esparta. Un oficial del Estado Mayor podía llevar consigo a su concubina, y esa campaña era la primera oportunidad que había tenido de pasar todas las noches con Ifigenia. Era maravilloso. Quedarse dormido, escuchando su lenta y acompasada respiración, era un placer que nunca hubiera podido haber imaginado. Verla moviéndose por la tienda mientras hacía el desayuno…

La amaba. Sabía que era una locura, pero no podía hacer nada para evitarlo.

Y luego estaba Protos, que no era el tipo de persona que fuera a sentarse arropado por zanjas y empalizadas esperando a que los espartanos se marcharan.

«Me traen sin cuidado los tebanos —le había dicho Protos—. Tengo mis

propias razones…».

Hacer que saliera era lo fácil. Un ejército espartano le resultaría irresistible. Lo complicado sería cazarle o, mejor aún, matarle.

Éurito no podía evitarlo. Protos era su enemigo y lo quería muerto, con suerte a sus manos. Pero no quería que fuera llevado de vuelta a Esparta para ser crucificado. Al principio sí, pero no ahora. Y no hubiera sabido decir por qué.

Los espartanos levantaron su primer campamento en un extremo de la planicie de Beocia. Estaban a poco más de dos horas de camino al sur de Tebas, lo que suponía todo un reto. Epaminondas hizo caso omiso.

Protos, en cambio, no. Había estudiado cada palmo de terreno como lo hubiera hecho un cazador. Conocía cada árbol, cada arbusto, cada hondonada. Podría haber caminado desde Tebas hasta las afueras del campamento espartano a plena luz del día y no le hubieran visto.

Pero fue de noche, llevándose a Agenor consigo. Era el momento de que Agenor humedeciera la espada.

Salieron con la puesta de sol. Si el camino era de unas dos horas para un hombre sin nada que ocultar, le llevaba unas cuatro a quien sabía que el más mínimo error podía suponer la muerte. Caminaban descalzos, dedos primero, talón después, dedos primero, talón después, inclinados hacia adelante, en algunos lugares casi doblados por completo. Fue una caminata agotadora, pero Agenor no llegó a quejarse en ningún momento. Ni siquiera se había quejado durante los entrenamientos, con los pies ensangrentados.

Una vez que llegaron a un lugar desde el que podían divisar la empalizada espartana, se ocultaron en el cauce de un río por el que nadie recordaba la última vez que había fluido el agua, y Protos le explicó cómo llevarían a cabo su cometido.

—¿Ves a los centinelas que patrullan justo detrás del terraplén? Hay una zanja de la que tendremos que salir sin hacer ruido, pero que también nos servirá para ocultarnos. La empalizada debe de estar a unos ciento cincuenta pasos hacia el interior, e imagino que habrá unos ocho hombres, cuatro de ellos caminando en una dirección y otros cuatro en la otra. De este modo, la mitad del tiempo, mientras dos de los hombres se aproximan entre sí, se ven. Así, el uno protege al otro.

—¿Entonces esperaremos hasta que se estén alejando?

—No. Atacaremos mientras están viéndose. Utilizaremos su defensa en su contra. Esperaremos hasta que cada uno esté a unos veinte pasos de la esquina de la empalizada, entonces tú atacarás por la espalda al que está a la derecha y

le matarás.

—¿No le alertará el hombre de la izquierda?

—No. Estará demasiado ocupado, porque tu víctima también estará viendo algo. En ese momento, cuando tu víctima solo pueda pensar en lo que está ocurriendo ante sus ojos, le matarás. No tendrás que preocuparte de que el mío dé la alarma… Estará demasiado centrado en morirse.

»Tu hombre no te oirá, así que sé más rápido que silencioso. Limítate a acabar con su vida. Y recuerda, si no muere, morirás tú. No pienses y no dudes. En cuanto esté muerto, correrás como un conejo. Vuelve por donde hemos venido, pero corre.

—¿Qué estarás haciendo tú?

—Divirtiéndome.

El perímetro estaba iluminado por antorchas. Se habían colocado soportes de hierro para sostenerlas a cada cuarenta pasos. Por tanto, los centinelas espartanos quedaban a la vista, no así sus atacantes. Protos consideró aquello un pequeño regalo de unas gentes que parecían pensar que la guerra solo se libraba en el campo de batalla.

El primer obstáculo era la zanja. Tan solo era un poco más profunda que lo que pudiera medir un hombre, pero la tierra que se había extraído estaba apilada detrás de esta. Por tanto, había que bajar a la zanja y luego trepar por una colina de tierra desmenuzada.

—Trepa por la colina en diagonal —le dijo a Agenor—. No intentes subir en línea recta. La pendiente es demasiado pronunciada, tendrás que subir a cuatro patas, usa las espadas, por eso hemos traído dos cada uno. Clávalas en el terraplén y utilízalas a modo de asidero. Y no hagas ruido.

El progreso fue lento, peligroso y sucio, pero al fin llegaron a lo alto del terraplén, y mientras Protos observaba a los centinelas, que aún paseaban por la línea de empalizadas, fue evidente para él que no habían oído nada.

Agenor estaba a unos cien pasos de él sobre el terraplén, una distancia a la que Protos podía, aunque a duras penas, ver su cabeza.

Esperaron hasta el preciso instante en el que los centinelas llegaron a la esquina y volvieron a caminar el uno hacia el otro. Protos observaba a su víctima y contaba los pasos. Uno, dos, tres, cuatro…

Al llegar a veinte empezó a deslizarse por el terraplén. La distancia entre este y la empalizada no era de más de una docena de pasos. Descendió y se agazapó detrás de uno de los postes que sostenían las antorchas.

Las antorchas conferían una ventaja adicional: daban tal cantidad de luz que

cualquier cosa que se encontrara detrás de ellas se volvía casi invisible.

Protos esperó lo justo para confirmar que no había sido descubierto; entonces se incorporó, cogió su daga espartana por la hoja, se tomó un instante para calcular la distancia y lanzó.

El centinela apenas pareció percatarse de lo que había ocurrido. Protos llegó a pensar que había fallado, y entonces vio la empuñadura de la daga asomando por la nuca del hombre. El centinela dio un paso, luego otro y se desplomó.

Su compañero se detuvo un momento, al parecer intentando comprender lo que había ocurrido. Protos emergió de detrás del poste de la antorcha para ofrecerle algo a lo que mirar.

El ilota alzó el brazo y saludó al centinela: cualquier cosa por evitar que se diera cuenta de que Agenor se acercaba a él a toda velocidad por la espalda.

El tebano lo hizo tal y como se le había enseñado. Con la mano izquierda agarró el cuello del espartano y tiró hacia arriba, bruscamente, de la mandíbula. Luego subió la espada que llevaba en la derecha y se la hundió bajo la caja torácica, empujando la hoja hacia arriba.

El centinela permaneció rígido un instante antes de caer de rodillas y luego de bruces.

Agenor se quedó inmóvil, como si no pudiera creer lo que acababa de ocurrir. Parecía haberse quedado congelado.

Protos echó a correr, no había tiempo para tonterías; llegó hasta Agenor y le empujó violentamente.

—Aparta de ahí —le susurró entre dientes—. ¡Vamos!

Con eso bastó. Agenor volvió a la vida y empezó a trepar de vuelta por el terraplén. Al instante siguiente había desaparecido.

Protos se agachó y le arrebató la espada al centinela caído. Corrió en silencio hasta la esquina de la empalizada y se apoyó contra las estacas cuanto le fue posible, al tiempo que procuraba respirar lentamente para poder oír mejor. Escuchaba esperando al siguiente centinela.

No tardó en oír el débil crujir del suelo pedregoso bajo unas sandalias. El centinela dobló la esquina y se encontró mirando directamente a la cara de Protos. Estaba tan sorprendido que lo más probable fuera que ni siquiera sintiera la punta de la espada hundiéndosele en el corazón.

Protos no esperó. Liberó la hoja, dio media vuelta y corrió por donde había venido. Habría otro centinela doblando la esquina opuesta de la empalizada que vería los cuerpos y daría la voz de alarma.

Quizá el ilota estuviera unos cincuenta pasos de él cuando el centinela empezó a gritar. Sin detener su carrera, se agachó y sacó la daga del cuello del cadáver que había tendido en su camino.

Le dio la sensación de que el centinela que gritaba aún no le había visto. Este volvió la cabeza y sus ojos se abrieron al máximo irradiando sorpresa. Aún estaba pugnando por desenvainar cuando Protos le mató.

Tocaba volver a casa. Protos superó el terraplén y corrió en busca de un lugar donde estar a cubierto cuando oyó la tuba de alarma espartana. Les llevaría al menos un cuarto de hora organizarse, y sería interesante ver si se les ocurría enviar partidas de búsqueda. Dio con una hondonada en la que estaría a salvo de cualquier amenaza inmediata, y se abalanzó sobre la hierba. Al principio solo podía pensar en recuperar el aliento, pero al fin se percató de lo seca que estaba la hierba.

Cuando oyó los gritos suficientes, aquí y allá, que indicaban que los espartanos ya habían superado el terraplén, Protos se puso en marcha.

Encontró a Agenor ante las zanjas de Tebas, sentado en un tronco, cubriéndose la cara con las manos. Protos le cogió del brazo y le zarandeó para sacarle de su ensimismamiento.

—He fracasado —dijo Agenor, su voz estaba cargada de remordimiento.

—No has fracasado. Solo estabas obnubilado por lo que habías hecho. Siempre ocurre la primera vez. Pero la ejecución ha sido perfecta.

—No pensé que sería así —continuó Agenor. Protos no estaba seguro de que estuviera escuchando siquiera—. Creía que… No sé ni lo que creía.

—No te preocupes ahora de eso. Volveremos a mi casa y Nubit tendrá lista agua caliente para que nos aseemos, y beberemos mucha cerveza. Por la mañana parecerá algo de otra vida.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Éurito estaba fuera de la empalizada, observando mientras veinte o treinta hombres recorrían el terraplén y buscaban más allá el rastro de un hombre, u hombres, que hacía tiempo se habían desvanecido.

Le importaba poco su búsqueda, era inútil. Lo único que podía ser de utilidad era averiguar lo que había ocurrido allí.

Con esa idea en mente, Éurito dio órdenes de que nadie, salvo él mismo, tuviera acceso al perímetro. No quería que nadie tocase nada, algo que no era del todo posible dado que él no había sido el primero en llegar.

Pero podía valer. Los cuatro cuerpos yacían donde habían caído, y el suelo no era tan pedregoso como para que no hubiera huellas.

Éurito se mantuvo cerca del terraplén mientras recorría la empalizada e intentaba reconstruir la secuencia de acontecimientos. No pasó mucho tiempo

antes de llegar a la convicción de que se trataba de la labor de dos hombres.

Era lógico pensar que el hombre que había dado la voz de alarma, cuyo nombre era Bukelo y cuya voz había sido reconocida por los centinelas, había sido el último en morir. Así que Bukelo había dado con los tres cuerpos y luego había sido asesinado. De aquellos tres, el que estaba en la esquina de la empalizada no hubiera podido ser abatido sin que los otros dos estuvieran ya muertos, pues estos hubieran dado la voz de alarma.

Así que la pregunta era: ¿cómo habían muerto esos dos hombres? Tal y como yacían sus cuerpos, estaba claro que estaban dirigiéndose el uno hacia el otro. Hubieran sido necesarios dos hombres trabajando juntos con una precisión casi inhumana.

Los centinelas se cruzaban varias veces a la hora, día tras día, así que había miles de huellas a lo largo de la empalizada. Las interesantes eran las huellas de pies descalzos: los soldados espartanos llevaban sandalias.

Era fácil ver el rastro que habían dejado los intrusos al superar el terraplén, pues mostraba claros indicios de movimiento. Las huellas que había en la tierra mullida eran las de unos pies desnudos. Bajaron por dos puntos y, al medir las huellas con las suyas propias, Éurito llegó a la conclusión de que unas eran ligeramente más grandes que las otras.

El del pie pequeño había remontado el terraplén, había matado al hombre de lo que, para él, era el extremo derecho de la empalizada y había vuelto por donde había venido. Las huellas del hombre del pie grande estaban por todas partes.

Había una línea de ellas entre el hombre muerto en la esquina y Bukelo. Por la longitud de la zancada, saltaba a la vista que el del pie grande había ido corriendo. La distancia era de unos ciento treinta pasos.

¿Quién en el mundo tendría los testículos de cargar contra un guerrero espartano, solo y desde tan lejos? La pregunta se respondía sola.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Era la voz del rey. Aún vestía su túnica de noche, y sobre esta solo llevaba una capa. Miró a su alrededor como quien no puede creer lo que está viendo.

—Éurito, ¿qué está pasando?

—Mi señor, sabemos que tenemos dos guerras entre manos, una contra Tebas y otra contra Protos, el ilota. —Éurito no pudo reprimir una amarga sonrisa—. Y Protos el ilota ha vertido la primera gota de sangre.

23

Habían mandado a las niñas temprano a la cama, pero nunca se preocupaban de cerrar la puerta de su habitación, y Nubit podía oírlas susurrar entre ellas.

Tenían miedo. Protos no se había unido a ellas para la cena, y todas habían sido testigo de cómo sus ojos parecían emitir destellos, de cómo apretaba la mandíbula mientras esperaba el momento de salir a lo que había descrito, sencillamente, como «una cita».

—Está igual que aquella noche —dijo Eupraxia. Nadie podía dudar de a qué noche se refería—. Tiene ojos de asesino.

Era algo sobre él que ella conocía y Nubit no. Le había visto matar a los dos hombres que se habían acercado a su carreta, pero en esa ocasión había estado completamente calmado, casi ausente, quizá porque no había percibido peligro alguno. Debía de haberse convertido en una persona completamente diferente cuando lideró el ataque a los oligarcas.

Nubit no hacía más que recordar cómo, aquel primer día en su nueva casa, Galene se había arrugado de terror ante él y se había abrazado a sus pies, suplicante.

Una hora después las niñas aún estaban despiertas. Al fin, Nubit fue a su habitación y se sentó en el suelo.

—No debéis tenerle miedo a Protos —dijo con voz queda—. Sois injustas con él si le teméis. Es como un perro al que hubieseis criado desde cachorro: os lamerá la mano, posará la cabeza en vuestro regazo y jamás soñará con haceros daño, pero les gruñirá a los extraños. Como habéis visto, Protos es terrible con sus enemigos. Pero os quiere y siempre os protegerá.

»Y ahora, a dormir.

Un cuarto de hora más tarde volvió a acercarse a su habitación y pudo oír el suave murmullo de su respiración. Estaban dormidas y sus sueños eran placenteros.

La vida que llevaba era extraña, pensó. Tenía unas hijas que no eran suyas y un hombre que le pertenecía más a la ciega Fortuna que a ella misma. Se sentía como el centinela que vigila el tesoro de otro. Nadie le pertenecía en realidad.

Y sabía que algún día todo le sería arrebatado. La Gran Madre tenía sus propios designios, los cuales mantenía ocultos a los ojos de los ciegos y pobres mortales. La verdad de las cosas solo podía saberse cuando era

demasiado tarde y cuando ya no importaba.

Pasaba la medianoche cuando Protos volvió. Traía a Agenor consigo. Nubit no preguntó qué habían estado haciendo. Ambos llegaban cubiertos de suciedad, como si hubieran estado jugando en el barro, y ella los hizo esperar en el jardín mientras calentaba agua con la que pudieran lavarse.

Les llevó cerveza mientras esperaban. Agenor se mostraba consternado, como si le hubiera ocurrido alguna desgracia, así que restregó unas gotas de opio alrededor de su cuenco y, pasado un rato, se calmó.

—Tendremos que atrancar la puerta —dijo Nubit cuando Agenor estaba lo bastante borracho como para que pudieran llevarle a la cama sin que opusiera resistencia.

—¿Por qué?

—Para que no entren las niñas, necio. —Miró a Protos con juguetón desdén—. Sienten mucha curiosidad por los hombres jóvenes.

Protos valoró la cuestión un instante y luego asintió; se le antojó de sentido común.

—Supongo que habiendo crecido en la casa de un viejo gordo y lascivo deben de preguntarse…

—Exacto.

Protos rio y posó la mano en el cuello de la túnica de Nubit y luego la deslizó hasta su pecho.

—¿Te lo has pasado bien esta noche? —preguntó, y le besó la muñeca.

—No describiría matar como un placer, pero no está exento de satisfacciones.

—¿Venganza?

—Sí.

—¿Y puede ser que algún día tu venganza se vuelva parte de un propósito superior?

—¿Cómo qué?

—Fuiste esclavo y eres hijo de esclavos ¿y me preguntas eso?

No dijo más al respecto; en su lugar se deshizo de la ropa y se metió a la cama. Hicieron el amor y después, como siempre, se quedó dormida enseguida.

Puede que fuera debido a la tensión de la correría, o puede que fuera por otra cosa, pero Protos estaba completamente despierto; su mente zumbaba como una colmena.

«Un propósito superior». ¿A qué se refería Nubit? Era una mujer sabia, más sabia, en muchos aspectos, que cualquier hombre. Nunca hablaba por hablar.

¿Cuáles eran las cosas que le importaban? Nubit y su venganza. Las niñas, sí.

Tebas, aunque solo hasta cierto punto.

¿Cuáles eran las cosas que le importaban a Epaminondas? Su ciudad, el enclave y la gente que vivía en él. Había nacido en Tebas y la amaba, por lo visto más que a ninguna mujer, ya que jamás había contraído matrimonio.

¿Qué tenía un esclavo fugitivo comparado con eso? Toda su familia estaba muerta. No tenía ciudad, ni país. Tales lazos les eran negados a los esclavos. ¿A quién tenían salvo el uno al otro?

¿Era eso a lo que se refería Nubit? ¿Qué podía hacer él por los ilotas, más aun teniendo en cuenta que no podía volver a Laconia? ¿Liberarlos? Eso era imposible. Primero hubiera sido necesario destruir Esparta, y nadie podía hacer eso. Esparta era como un león y él era poco más que una astilla en su pezuña.

Pero una astilla, aunque no fuera mortal, al menos era muy molesta. Y con ese fin en mente, Protos pasó los cuatro días siguientes recorriendo la gran llanura amarillenta de Beocia.

Sus doce guerreros, entrenados con esmero en lo que, entre ellos, habían venido en llamar «la pequeña guerra», no podían comprenderlo. Protos solo se había llevado a uno de ellos para llevar a cabo una única incursión y después de eso se encerró en sí mismo. A veces, uno o dos saldrían y se sentarían con él, pero apenas parecía ser consciente de su presencia. Salvo por eso, rara vez le veían.

Al fin, en torno al mediodía del cuarto día, Agenor salió, llevando una jarra de cerveza. Encontró a Protos encaramado a una roca del tamaño y la forma de un carro volcado, observando la empalizada espartana.

Agenor quebró el sello de la jarra, dio un trago y le entregó la jarra a Protos.

—¿En qué piensas? —preguntó al fin—. Los hombres están inquietos.

Al principio el ilota no parecía haberle oído, pero acto seguido, con una leve sacudida de cabeza, pareció volver del lugar por el que su mente había estado vagando.

Sonrió.

—Sí, supongo que lo están. ¿Qué sugieres que haga al respecto?

—Dales algún modo de atormentar a los espartanos.

Protos asintió.

—Muy bien, tráelos aquí, a este mismo lugar, una hora antes de la puesta de sol, y decidiremos qué hacer.

«Decidiremos qué hacer». Agenor volvió a Tebas después de una larga

caminata sintiéndose poco satisfecho con el resultado de la conversación.

Protos, en su opinión, nunca se había acostumbrado a estar al mando. Era buen maestro, y terrible cuando luchaba, pero parecía resistirse a ejercer autoridad.

Los hombres querían que los liderase. Querían que dijera: «Esto es lo que haréis». Podría haber dicho: «Vamos a conquistar el Inframundo», y ellos le hubieran seguido gustosos. Le admiraban. Pero querían recibir órdenes.

Agenor se dio cuenta de pronto de que Protos se había quedado con su jarra de cerveza.

Fuera como fuera, Agenor buscó y reunió a todo el mundo y una hora antes de la puesta de sol se agolparon en torno a la roca con forma de carro.

—¿Se le ha ocurrido a alguien traer cerveza?

Todos sabían cómo era su superior, así que había varias jarras disponibles. Protos cogió una y se sentó a beberla con calma mientras el resto esperaba.

—¿Sentís el viento? —preguntó al fin.

—¿Qué viento? Protos, no hay viento. ¿De qué estás hablando?

—Esperad.

Y sí, en apenas un cuarto de hora el viento empezó a soplar del oeste.

—Sopla de las montañas todas las tardes a esta hora —dijo Protos, saltando con la mirada de uno a otro, como si estuviera buscando algo—. Apenas se nota en la ciudad porque Tebas está construida en un alto, pero a medida que la llanura va descendiendo, el viento aumenta. Si estuviéramos a tan solo media hora de camino al sur de aquí, veríamos que es aún más fuerte.

Alargó el brazo hacia el suelo y pasó la mano sobre la hierba seca y quebradiza.

—Suponed que hacemos algo, digamos, media hora antes de la puesta de sol, algo que provocara que los espartanos salieran a darnos caza. Suponed que conseguimos atraerlos hacia el oeste, bien alejados de su empalizada. Y luego suponed que, de pronto, la hierba empieza arder de forma misteriosa a unos veinte o treinta pasos delante de ellos. ¿Cuál sería el efecto?

Nadie respondió.

—Ocurrió una vez cuando yo tenía siete años —siguió diciendo; el recuerdo le provocó una sonrisa—. Era tiempo de cosecha y se acercaba una tormenta. Todos estábamos ansiosos por recoger tanto trigo como fuera posible antes de que empezara a llover. El viento soplaba con fuerza. Todos sabíamos que no había mucho tiempo.

»Entonces, de la nada, un rayo cayó en medio del campo. Recuerdo el estruendo. Creí que la cabeza se me iba a partir por la mitad. Son ese tipo de cosas las que te hacen creer en la ira de los dioses.

»El rayo dio lugar a un incendio y el viento le insufló fuerza. Nunca vi nada avanzar tan rápido como aquellas llamas. Tres personas quedaron atrapadas por las llamas y murieron achicharradas. Vi los cuerpos; estaban negros, chamuscados. Entonces, también de repente, llegaron las lluvias, así que no perdimos nuestra aldea, pero mientras duró el fuego el espectáculo fue terrible de ver.

Todos se mantuvieron en perfecto silencio durante el tiempo que se tardaba en contar hasta veinte, y entonces habló Agenor.

—¿Quemaría el fuego la empalizada espartana?

—No. —Protos negó con la cabeza—. El terraplén la protegería. Solo estoy pensando en los soldados que saldrían a darnos caza.

—El incendio tendría que estar bastante extendido —dijo alguien. Aquello era buena señal, habían aceptado la idea y se estaban centrando solo en los pormenores—. De lo contrario les sería fácil bordearlo.

—El incendio se ensanchará a medida que avance. —Protos cerró los ojos un instante, puede que para disfrutar de la imagen en su mente—. Pero tienes razón. Tendrá que cubrir cincuenta o sesenta pasos al principio.

—Tendremos que hacer que prenda todo a la vez.

—¿Qué puede arder lo bastante rápido?

—¿Aceite de lámpara?

La sugerencia era de Agenor. Sus ojos negros e inteligentes parecieron cobrar vida.

—Entonces sabemos cómo hacerlo. Todo lo que necesitamos es provocarlos lo suficiente como para que nos persigan. —Protos se encogió de hombros—. Ya pensaré en algo.

Un espartano llamado Cinortas caminaba entre las hileras de tiendas desplegadas en el interior de la empalizada. Tenía treinta y cinco años, lo que significaba que tenía esposa y una casa. Después de su tiempo entre barracones, el matrimonio le resultaba agradable. Su esposa no era ninguna belleza, pero era buena compañía y sabía ser complaciente. Tenían un hijo de tres años y una hija recién nacida.

Por tanto, aunque la guerra era la razón de ser de todo espartano, a Cinortas no le entusiasmaba estar en campaña en Beocia. Echaba de menos a su familia. Echaba de menos su casa. Echaba de menos dormir en una cama alejado del hedor que desprendían el resto de los hombres.

Tenía hambre. En casa podía comer cuando quería. Estando en campaña comía a las horas marcadas, y ahora no había forma de hacerse ni con un

mendrugo de pan hasta el ocaso, algo que no ocurriría hasta dentro de una hora.
Estaba mirando hacia la empalizada para ver si el sol ya se había ocultado tras ella cuando sus ojos percibieron un destello de movimiento. No hubo más que un instante de sorpresa antes de que una jabalina cayera del cielo diáfano y se le hundiera en las tripas. Sus rodillas se doblaron de inmediato al recibir el impacto. Cayó de bruces al suelo y el dolor le recorrió todo el cuerpo. En cuestión de minutos se había desangrado.

Un soldado duerme cuando puede, y Éurito, sabedor de que estaría tomando parte en los ejercicios nocturnos dentro de unas horas, estaba echando una cabezada cuando despertó. No supo si fue debido a la llamada de alarma o a que Ifigenia, a su lado, se había incorporado. Se retiró la sábana que le cubría la cabeza y se puso en pie al momento.

—Quédate aquí —le dijo—. Pase lo que pase, aquí estarás segura. Prométemelo.

La muchacha asintió mientras le miraba con esos ojos enormes y ahora aterrados.

En cuanto salió de la tienda pudo ver que todo el mundo se dirigía hacia el extremo oeste de la empalizada. Había una escala que llevaba a un puesto de centinelas en lo alto de la valla, y cuando Éurito trepó hasta lo alto y miró hacia el exterior, su primera reacción fue, sencillamente, un intenso enfado. No estaba sorprendido. Ni siquiera iracundo. Pero aquello era demasiado.

Porque allí estaba Protos, vestido con un simple taparrabos, con la piel brillante como el bronce, de pie, sobre un pequeño montículo herboso, con dos aljabas que contenían una veintena de jabalinas cada una tendidas en el suelo, junto a su pie derecho. Aferraba una de ellas con la mano y se estaba riendo de ellos.

—Protos, detén esta estupidez —se oyó gritar Éurito. Hasta a él mismo le pareció haber dicho una idiotez.

La única respuesta de Protos fue hacer una exagerada y cómica reverencia.

—Ya ha matado a dos hombres —dijo el oficial de los centinelas—. Con el primero ha tenido suerte: ha lanzado la jabalina por encima de la empalizada y le ha acertado a un soldado que pasaba por ahí. Luego ha matado a uno de los míos.

El oficial bullía de rabia contenida, pero Éurito apenas se dio cuenta. Estaba midiendo la distancia desde la empalizada hasta el lugar en el que Protos había decidido ubicarse.

—¿Lanzó por encima de la empalizada?

—Sí.

La jabalina no era el arma de Éurito, así que no podía estar seguro, pero hubiera apostado a que Protos estaba fuera de alcance.

—¿Alguien ha intentado responder? —preguntó—. ¿Ha intentado alguien acertarle?

—Sí. Todos se han quedado cortos.

—Y tenían la ventaja de poder lanzar desde esta altura. Pero él puede superar la empalizada.

Todo lo que pudo hacer Éurito fue encogerse de hombros. Decidió que nada de lo que hiciera Protos volvería a sorprenderle.

—He hecho llamar a un arquero —dijo el oficial.

Había momentos en los que Éurito casi llegaba a pensar que los espartanos merecían perder. ¿Un arquero? Estupendo. Los arqueros se entrenaban para disparar a distancia, no con precisión. Cuando el objetivo era una falange de veinte hombres de fondo, no tenía sentido entrenar para acertarle a un solo hombre.

Llegó el arquero; las flechas en su carcaj sonaban al golpearse entre ellas a cada paso que daba escala arriba, pero mientras preparaba la flecha cayó muerto de pronto, con una jabalina atravesándole el pecho.

—Me lo veía venir —gritó Protos—. Éurito, hijo de Dienekes, ¿acaso no tienen los espartanos a nadie con fuerza en el brazo?

Otra jabalina cruzó el vacío y mató al oficial. Se quedó de pie, mirándola, impotente e incrédulo, mientras volaba hacia él y se le hundía en la base de la garganta.

Apenas acababan de retirar los cadáveres cuando el rey subió por la escala. Todos se pusieron firmes.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Por instinto, Éurito se volvió hacia Protos.

Porque Protos lo había visto todo. Había visto cómo todo el mundo se ponía firme. Ya estaba preparándose para lanzar.

Éurito no perdió un instante. Se abalanzó sobre el rey tirándole al suelo. Cayeron sobre la madera con un golpe seco, que no logró ahogar del todo un sonido parecido al de un martillo golpeando un clavo.

Éurito miró hacia arriba y vio la jabalina con la punta incrustada en uno de los postes de la estructura. El asta aún vibraba por el impacto.

El rey, por supuesto, no había comprendido nada. Por el modo en que pugnaba por librarse de su abrazo, era probable que pensara que Éurito había intentado asesinarle.

Éurito le soltó y se puso en pie.

—¡Has fallado, Protos! —gritó, agarrándose a la baranda del puesto de observación—. ¡No has hecho blanco!

—Habrá otros, Éurito, hijo de Dienekes —fue la respuesta—. Puedo esperar.

Para entonces el rey ya se incorporaba. Alguien le ayudó a erguirse. Se acercó a Éurito.

—Te debo la vida —dijo, posando la mano en el hombro de Éurito.

—Será mejor apartarse, mi señor. Podría intentarlo de nuevo.

El rey siguió su mirada hasta el hombre del taparrabos, de pie, sobre un montículo a unos cien pasos de la empalizada. Se volvió a Éurito: sus ojos pedían una explicación.

—Ese es Protos el ilota, mi señor.

—¿A quién me has quitado el honor de matar, Éurito, hijo de Dienekes? —llegó la burlona pregunta desde el montículo—. ¿Es uno de vuestros inútiles generales? Parece un poco viejo para despeñar ese trabajo.

Aquello fue demasiado para el rey.

—¡Soy Agesilao, esclavo, de la dinastía euripóntida, rey de Esparta, y mis ancestros se remontan a los dioses inmortales!

Ambos hombres se miraron el uno al otro. El rey temblaba de rabia, y entonces Protos hizo otra exagerada reverencia. Cuando volvió a erguirse estaba sonriendo.

—En ese caso, que ellos te protejan, Agesilao, porque se diría que estás al mando de un ejército de mujeres que se contentan con guarecerse de continuo detrás de la empalizada.

Dio un paso atrás y su cuerpo giró, listo para efectuar otro lanzamiento. La jabalina voló superando con holgura la empalizada, pero todos los que estaban en el puesto de vigilancia se agacharon.

Protos rio. Fue una risotada sonora, profunda, cargada de desprecio, y resultó ser más de lo que el honor del rey era capaz de soportar.

—Enviad una patrulla a por ese rufián desnudo —dijo casi gritando—. Y caballería. Enviad caballería para darle caza. ¡Lo quiero clavado a la empalizada antes de que cumpla una hora más!

—Mi señor… —Éurito posó la mano en el brazo del rey, pero Agesilao se la sacudió de encima.

—Hacedlo.

—Mi señor, le conozco. Es una trampa.

—¿Acaso ha de temblar el ejército de Esparta ante un esclavo? ¡Hacedlo!

Protos sabía que los accesos de la empalizada estaban en las puertas norte y sur, así que había ubicado a dos hombres, a bastante distancia de cada una de ellas, para que le hicieran una señal con un espejo de cobre cuando se abriera alguna de ellas.

Como era de esperar, se abrió la que daba al norte, la que miraba hacia Tebas.

Habría infantería, pero cualquiera que tuviera ojos hubiera visto que había una apertura en el terraplén, frente a la puerta norte, y un puente levadizo sobre la zanja, así que también era posible que apareciesen jinetes. Epaminondas había facilitado los informes de sus espías a Protos, así que sabía que la caballería espartana no superaba la veintena de hombres. Principalmente su cometido eran las tareas de reconocimiento, dado que los espartanos nunca llegaron a comprender que los caballos podían servir para otra cosa.

Protos no creía que los espartanos fueran a desperdiciar muchos jinetes para dar caza a un esclavo. Esperaba que no, porque amaba a los caballos, y sabía que quizá tuviera que matarlos.

Así fue; a su izquierda vio el polvo que levantaban sus pezuñas. La caballería se dirigía al noroeste, era el rumbo que hubieran esperado que Protos tomara para alcanzar la seguridad de Tebas. El ilota no tenía intención de decepcionarlos.

Protos recogió la aljaba de jabalinas y bajó de su montículo hacia una quebrada que corría, a grandes rasgos, de norte a sur a lo largo de unos setenta pasos tanto hacia un lado como hacia el otro, y que le permitiría escapar sin ser visto. Se dirigió al norte. Primero tenía que encargarse de los caballos.

Una de las ventajas de un jinete era la altura. Desde lo alto de un caballo podía ver más lejos que un hombre a pie. Aunque también era una desventaja, porque también era más fácil ver al jinete.

No le llevó ni un instante ver a la caballería. Había tres, apiñados, mirando a un lado y a otro como si se hubieran perdido. El viento ya soplaba de oeste a este, así que los animales no pudieron oler a Protos cuando se acercó a ellos arrastrándose.

A cincuenta pasos los jinetes eran blancos fáciles. Solo era cuestión de comprobar si podría matar a los tres antes de que le localizasen e intentaran arrollarle.

El primer jinete estaba de perfil, así que ofrecía menos blanco, pero la cabeza del caballo no estaba en medio. Nunca vio la jabalina que le mató.

Protos se agachó, procurando hacerse invisible. Los otros dos jinetes gritaban y tiraban de las riendas de los caballos buscando al atacante. Protos les dio un momento y luego se irguió, eligió objetivo y lanzó.

Un segundo hombre se desplomó hacia delante y se deslizó por la cabeza del caballo hasta caer al suelo.

El tercer hombre le vio y se preparó para cargar. La cabeza del caballo bloqueaba el tiro: tendría que matar al caballo.

Esperó, dejando que el caballo cargara contra él. Esperaba poder, de algún modo, tener la oportunidad de acertarle al jinete, pero no pudo ser. En el último momento posible lanzó, el caballo trastabilló y se desplomó.

El jinete se proyectó por encima del cuello del caballo y cayó casi a los pies de Protos. No vivió mucho tiempo.

Protos ahuyentó a los dos caballos restantes para que los espartanos los vieran volver sin sus jinetes… Luego fue de caza.

Los últimos infantes espartanos empezaban a descender hacia la zanja por el terraplén de tierra batida. El resto estaban dispersos formando un amplio abanico de rastreo. A una distancia de cuarenta pasos, Protos eligió al hombre que tenía más cerca y lanzó.

Casi fue demasiado fácil. Mató a dos más antes incluso de que supieran dónde se encontraba. Entonces volaron hacia él tres jabalinas, pero se limitó a dar un paso a un lado y sus puntas se hundieron inofensivas en la tierra.

—¡Tendréis que hacerlo mejor, amigos míos! —gritó.

Entonces lanzó otra jabalina, no le quedaban más que un puñado, y uno de los infantes cayó muerto, derribando al hombre que venía tras él.

Volaron hacia él seis o siete jabalinas, probablemente fruto de la frustración, alguien incluso tiró una espada, pero sujeto a un instinto que ni siquiera él comprendía, Protos observó su patrón en el cielo y supo dónde caería cada una de ellas. Dio un paso a un lado y sus puntas se hundieron en la tierra a su alrededor como si de una valla se trataran.

—¿De verdad sois espartanos? —espetó llevándose las manos a la cabeza gesticulando incrédulo—. ¿De verdad?

Después de eso le hubieran perseguido hasta las mismas fauces de Cerbero. Todo lo que tenía que hacer ahora era dar media vuelta y correr.

Les dejó que le ganaran terreno. El más cercano estaba a unos diez pasos a la zaga cuando, ante él, hizo erupción una cortina de fuego. Protos se limitó a atravesarla de un salto y siguió corriendo.

Sus hombres esperaban al otro lado con las espadas desnudas, aunque, aparentemente, ningún espartano pensó en seguirle. A pesar del rugir del fuego, podían oírse sus gritos.

24

—Una vez, en Corinto, cuando era muy joven, vi a una famosa bailarina —dijo el rey. Había bebido mucho y eso le volvía locuaz—. Era una mujer persa, ágil como un gato, y bella… Era una esclava, y su dueño había rechazado una oferta de cinco talentos de oro puro de un príncipe egipcio que quería casarse con ella. Cuando bailaba, parecía fluir como el agua. Yo jamás había visto nada parecido, y no esperaba volver a verlo nunca.

»Y, sin embargo, Protos no se muestra menos grácil. ¿Viste lo que hizo? Jabalinas cayendo a su alrededor y nada podía tocarlo. ¿A cuántos hemos perdido hoy, Éurito?

—A veintisiete. Diez a manos de Protos, el resto en el incendio.

—Era una trampa. Tenías razón. Debería haberte escuchado.

No era un gran honor haber estado en lo cierto. Tampoco había mucho en haberle salvado la vida al rey. ¿Qué honor podía haber en una derrota tan humillante?

Éurito había aprendido por experiencia que su cabeza no soportaba bien el vino. Si bebía demasiado se quedaría dormido, y no era propio quedarse dormido en presencia de un rey. Así que bebió poco y escuchó al rey Agesilao, su nuevo valedor, un hombre preparado para escuchar sus consejos y para reconocer la deuda personal que tenía con él, describir a Protos el esclavo con asombro.

Quizá fuera el momento más amargo de la vida de Éurito.

Estaban en la tienda del rey, los dos solos. El rey se encontraba tumbado en su camastro, mirando hacia arriba, a la nada. Una única lámpara de aceite daba luz en una mesa que tenía al lado de la cabeza. Éurito estaba sentado en un taburete, con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas bajo el mentón. Hubiera preferido hallarse en cualquier otro lugar, pero el rey, al parecer, odiaba estar solo. Era como si tuviera miedo de que incluso allí, en medio de su ejército, Protos pudiera venir a por él.

Pasaron un buen rato sin decir palabra.

—Peor que las pérdidas de hombres, nos ha hecho quedar en ridículo —dijo el rey al fin—. El principal recurso de un ejército o de una nación es su prestigio. Nuestra aura de invencibilidad constituye la mitad de nuestro poder. Y ahora ese chico…

Alargó la mano hacia su cáliz de vino y frunció el ceño cuando descubrió que estaba vacío. Éurito lo rellenó por él.

—Tenemos que detenerle. Tenemos que matarle. Lo mejor sería poder capturarlo y darle muerte en público.

—Jamás le atraparemos, mi señor. Luchará hasta la muerte, pero no se rendirá jamás.

—Entonces es un fanático, ¿verdad?

Éurito no pudo más que sonreír.

—Ni más ni menos de lo que lo que lo seríamos nosotros, mi señor, si nos enfrentásemos a la crucifixión.

—Sí…, bueno, supongo que hay parte de verdad en eso. —El rey dio un trago al vino—. ¿Qué sabes de él?

—Casi nada. —Con la mano izquierda Éurito hizo un leve gesto de impotencia—. He hablado con él tres veces antes del día de hoy. Sé que le gusta más la cerveza que el vino. Sé que sería un terrible error subestimarle.

Éurito permaneció en silencio un instante. Se sentía vacío.

Al fin miró al rey a la cara y comprobó que estaba dormido. Aún sostenía su cáliz de vino, así que Éurito se lo retiró con delicadeza de la mano inerte. Luego se puso en pie y salió a la oscuridad de la noche.

Cuando volvió a su tienda, Éurito encontró a Ifigenia despierta.

—Has estado fuera mucho tiempo —dijo—. Tenía miedo…

No acabó la frase, dejando que fuese él quien pensara qué era lo que temía. ¿Que le hubieran matado? Hubiera sido agradable creerlo.

Pero no pudo alejar la sensación de que quizá le tuviera miedo a otra cosa. ¿Qué habría oído acerca de aquel asunto? ¿Qué habría deducido?

—Ha habido un ataque… —Éurito negó con la cabeza. «Ataque» era una palabra demasiado fuerte—. Ha habido un incidente, una provocación. Era el cebo para una trampa y han muerto varios hombres.

—¿Se trataba de tus enemigos?

Era una interesante elección de palabras. No «nuestros enemigos» o «el enemigo», sino «tus». También era cierto que no podía culpar a Ifigenia por no tomar partido por los espartanos.

—Solo había un enemigo, y no es tebano.

Ifigenia no dijo nada. Aguardaba, expectante. Y, de pronto, Éurito descubrió que ardía en deseos de contárselo todo sobre Protos el ilota. Quizá entonces pudiera él mismo entender toda la historia.

—Hay un hombre al que una vez hice daño —empezó a decir sin siquiera

saber cómo empezar, salvo por la verdad—. Es un ilota, como tú. Ahora lucha para los tebanos, pero solo porque están en guerra con Esparta. Nos destruiría si pudiera. No puedo decir que yo me sintiera de forma diferente si estuviera en su lugar.

—¿Qué le hiciste?

—Asesiné a su padre.

Las palabras simplemente se le escaparon. Era la primera ver que Éurito reconocía, ante sí mismo o ante cualquiera, que esa noche había hecho algo terrible.

De algún modo, aquella noche era imposible decir otra cosa. Era imposible mentir.

—¿Entonces ha venido a vengarse?

—¿De mí en particular? No. Lo hará algún día, pero hasta el día de hoy dudo que supiera siquiera que yo estaba aquí.

—¿Pero ahora lo sabe?

—Sí. He hablado con él.

Éurito sonrió. Era tan bella…, y no entendía nada de aquella extraña historia. ¿Cómo iba a entenderla? ¿Cómo podría entenderla nadie que no estuviera enredado en ella?

—¿Cómo se llama?

—Protos.

Un instante después Ifigenia apartaba la cara.

—He oído hablar de él —dijo.

Sí, eso era seguro. Todos sabían que algunos de los ilotas del campamento espiaban para los tebanos, y era probable que esos mismos ilotas vieran en Protos a un héroe.

Éurito pensó que jamás podría volver a confiar en ella.

Algunas mañanas después, mucho antes del amanecer, Protos se levantó de la cama y bajó a la cocina, donde volvió a avivar el fuego del hogar. Cuando brotaron las llamas con fuerza, pudo oír el sonido de unos pies descalzos por las escaleras.

Galene asomó la cabeza por la puerta, vio a Protos y arrugó la frente.

—Vuelve a la cama —ordenó en un tono de voz que había aprendido de Nubit—. Nos toca a nosotras preparar el desayuno.

Una tras otra las tres niñas entraron en la cocina con sus túnicas de noche. Resultaba evidente, por la expresión de sus rostros, que lo habían planeado con antelación y que no tolerarían una negativa.

—Muy bien, pero debéis prometerme que no haréis saltar la casa en llamas.

Su broma no fue muy bien recibida, así que consideró que era mejor retirarse escaleras arriba sin hacer ruido.

Cuando se metió en la cama descubrió que Nubit estaba despierta.

—Llevan días planeándolo —dijo—. No hay duda de que te encantará todo, sepa como sepa. Lo más seguro es que aún les lleve otra media hora.

—¡Media hora! Para entonces me habré muerto de hambre.

—En ese caso te costará menos fingir que estás disfrutando del desayuno.

Al fin hizo falta hacer gala de cierto talento dramático. El desayuno consistía en una papilla de lentejas, con una interesante aunque quizá un tanto subjetiva mezcla de hinojo, pan tostado del color del barro de un río, cerveza y trozos de cordero fritos hasta quedar duros como corteza de árbol. Para empeorar las cosas, las raciones eran monstruosas y las niñas se arremolinaban en torno a la cama para comprobar la reacción de Protos a cada mordisco.

Consiguió convencer a Galene y Eupraxia de lo sabrosa que estaba la comida, pero la pequeña Hemera, la más joven, la que había quemado las tortas, estaba llorando.

—Me gustan así —le dijo—. Mi madre las hacía igual, marrones y crujientes.

—No son marrones, son negras.

—No, no lo son. Son muy marrones.

—¿De verdad?

—De verdad. No me gustan las tortas blandas.

Cuando las niñas retiraron las bandejas y volvieron a la cocina, Nubit se apoyó contra el hombro de Protos y le besó.

—Has estado muy convincente —le murmuró al oído—. Pero te acabas de condenar a varios meses de torta quemada.

—Acabará aprendiendo.

—Sin duda.

—Y ha dejado de llorar.

25

Dado que eran incapaces de quebrar las defensas de Tebas, los espartanos se habían contentado con arrasar el territorio. Quemaban campos y casas, ahuyentaban al ganado y aplastaban cualquier foco de resistencia con su habitual brutalidad.

—Esto no tiene sentido —le dijo Éurito al rey—. No hemos conseguido nada salvo ser aún más odiados. Los campesinos pasarán un invierno duro. ¿A quién culparán? ¿A Epaminondas? No, a nosotros. Y hemos hecho todo lo posible por intimidar a otras ciudades de Beocia, sin resultado excepto por el hecho de que ahora tanto ellos como Tebas tienen un enemigo común. Al final nada de esto nos beneficia en nada.

—¿Entonces qué sugieres?

El rey Agesilao estaba sentado en su camastro de campaña y, sin el menor signo de movimiento, todo su cuerpo de pronto se puso alerta, expectante incluso.

Y en ese momento Éurito comprendió que el rey estaba esperando a oír la conclusión a la que él ya había llegado. Era una ocasión cargada de peligro. Una respuesta errónea podía empujar a Agesilao a adoptar alguna medida para salvar las apariencias de la que más tarde se arrepentiría, y sabría también a quién culpar por ello.

Éurito hizo una pausa y respiró profundamente. Luego dejó salir el aire poco a poco.

—Es el momento de volver a casa —dijo al fin—. Aquí ya no hacemos nada.

—¿Y cómo responderemos ante la inevitable acusación de haber fracasado?

Permitiéndose esbozar una leve sonrisa, Éurito negó con la cabeza. Al decir la verdad había dado la respuesta correcta.

—Contando la historia de otra manera —repuso. Ahora todo sería más fácil —. Dada su negativa a enfrentarse a nosotros en campo abierto, los tebanos han hecho gala de su debilidad y cobardía. Aunque no sea del todo cierto, porque lo que han demostrado en realidad es que no son unos necios, podemos maquillar nuestra marcha amenazando con volver el año que viene… y todos los años hasta que salgan de sus murallas. Pero aún falta un año para el año que viene.

Había una bandeja con dos cuencos de cerámica y una jarra de vino sobre la

mesa que el rey tenía al lado del lecho. Agesilao cogió la jarra y rellenó ambos cuencos y le entregó uno de ellos a Éurito.
—Se hará tal y como sugieres —dijo quedamente. Luego alzó su cuenco a modo de saludo—. Muchacho, eres astuto como una víbora.

Y así fue como, tan solo dos días después, los espartanos, sencillamente se fueron. Quemaron la empalizada y tomaron el camino que llevaba al sur.

La población de Tebas, cuyo ejército no había llegado a ofrecer batalla, se regocijó como si hubiera obtenido una gran victoria. Las celebraciones duraron días.

Y a lo largo de los meses siguientes, Epaminondas y el ejército que había revivido casi sin ayuda recorrieron Beocia, yendo de ciudad en ciudad, sin que necesariamente diera la sensación de que se trataba de una demostración de poder. Pero el mensaje había quedado claro y en todas partes el resultado fue el mismo: las oligarquías proespartanas capitularon y fueron expulsadas, se estableció un régimen democrático y el pueblo, jubiloso, votó para unirse a la confederación beocia.

El desarrollo de los acontecimientos se contemplaba desde Esparta con creciente inquietud. Los tebanos ganaban aliados a toda velocidad. Había que hacer algo. Al menos había que evitar que Tebas obtuviese apoyos fuera de Beocia.

Esa fue la razón por la que, poco después de que Éurito volviera a casa, su padre fue elegido como embajador en Atenas. Éurito aceptó acompañarle.

—Toda esta situación puede volverse muy complicada —le dijo Dienekes a su hijo cuando empezaron su viaje por mar desde Laconia.

Estaban juntos, de pie, a popa, y Dienekes miraba hacia la costa cada vez más lejana de Laconia con auténtica aflicción. Odiaba los barcos. Siempre se mareaba muchísimo y le aterraban las tormentas. Pero un barco era más rápido que tomar la ruta terrestre, y tenían prisa.

—Es fácil derrotar a los tebanos —siguió diciendo—, siempre y cuando, claro está, se les pueda persuadir de abandonar sus defensas y luchar. El resto de Beocia es cuestión aparte. Nadie parece muy seguro sobre si esta nueva liga beocia logrará mantenerse unida. Sea como sea, tenemos que buscar la forma de hacer que Atenas siga siendo neutral.

—Dudo que vaya a ser difícil. ¿Por qué habrían de interferir mientras Tebas y Esparta se despedazan? Somos enemigos desde hace tiempo.

Su hijo, como siempre, hablaba con sentido común.

—Estoy de acuerdo con la teoría —repuso Dienekes, asegurándose de

recalcar la palabra «teoría»—, pero apoyaron la insurrección de Epaminondas con tropas y las democracias son criaturas impredecibles.

—Apoyaron a Epaminondas para que nos expulsara del norte. Hecho eso, cualquier simpatía hacia Tebas se habrá evaporado.

Parecía muy sencillo, puede que de verdad fuera así de sencillo. Dienekes se acordó de su padre, quien poseía el mismo don para reducir cualquier problema a su esencia. Su padre, sospechaba, siempre le había depreciado por simplón.

Al menos se le había ahorrado causar una decepción similar en su propio hijo.

—Por tanto, todo se reduce a la cuestión de sobornar a los políticos adecuados.

Éurito ladeó la cabeza ligeramente, como diciendo «¿Acaso no ha sido siempre así?».

Esa noche rugía el viento. A Dienekes, solo en su camarote, el ruido se le hizo insoportable. Al fin se arrebujó en su capa y subió a cubierta.

—Los dioses nos son favorables, mi señor —le dijo el capitán. El rostro del hombre estaba cubierto de espuma y sonreía como un idiota—. Con un viento como este a popa, llegaremos a Atenas pasado mañana.

El sonido del viento era como el de una mujer que gritara, como su esposa cuando se enfurecía, pero para Dienekes resultaba más soportable allí que en su camarote, donde no podía evitar imaginar que la nave estaba a punto de ser engullida por las aguas. Una vez en cubierta, el viento no era más que viento, no la voz de la muerte.

Muerte. Quizá lo que estaba oyendo era el fantasma de su mujer, llamándole, atosigándole.

El padre de su mujer había sido un famoso comandante y el amigo más cercano de su propio padre. Dienekes había tenido la edad suficiente como para luchar durante el último año de la gran guerra contra Atenas, y luego había habido paz durante casi diez años. Un soldado no podía cubrirse de gloria en tiempos de paz, pero ella jamás había sido capaz de hacerse a la idea de algo tan evidente.

Y para cuando dio comienzo la guerra de Corinto y había conseguido hacer todo lo que se esperaba de él, el mutuo desprecio que se tenían se convirtió en un hábito.

Y entonces murió, se desplomó cuando volvía caminando a casa de hacerles una visita a sus padres. Los físicos dijeron que había muerto de una parada

cardiaca, pero Dienekes nunca lo llegó a creer. El corazón era el órgano menos vulnerable de aquella mujer.

En ese momento Dienekes tenía cuarenta años. Sus amigos habían supuesto que se volvería a casar, pero aquel no era un experimento al que quisiera arriesgarse de nuevo. Siempre había esclavas si surgían necesidades, y el pacífico silencio que se había apoderado de su casa constituía un placer continuo.

A los chicos les habían dado permiso para volver a casa y asistir a los ritos funerarios por su madre. Llorar hubiera sido indecoroso, pero Éurito, curiosamente, se mostró indiferente.

Cada año, en el aniversario de su muerte, Dienekes visitaba la tumba de su esposa para ofrecer una libación de vino. Quería que descansara en silencio y que le dejara en paz.

Así que el viento no era la voz de ella. Solo era viento.

Pero sí había momentos en los que la echaba de menos. Dienekes había llegado a comprender que el hecho de que exista una relación es a veces más importante que su naturaleza. Era posible odiar a alguien y que, si ese odio ocupaba un lugar central en la vida de una persona, la muerte pudiera dar lugar a un sentimiento de pérdida.

Su esposa había sido más dura con Éurito que con Teleclo, quizá porque percibía en él alguna debilidad que necesitaba ser contenida. Quizá había estado en lo cierto. Quizá, sospechaba Dienekes, ella hubiera podido explicar el cambio sufrido por su hijo tras el espantoso episodio del esclavo ilota.

—Éurito es como tu padre —le había dicho una vez—. Es inteligente. —Con lo que quería decir, por supuesto, que en su marido esa cualidad había saltado una generación—. ¿Ves cómo domina a su hermano? La debilidad de Teleclo es que le falta la imaginación suficiente como para temerle a nada.

—La temeridad es una virtud.

—Sí —había dicho ella con una sonrisa—. La virtud de los imbéciles.

¿Qué había sabido ella sobre Éurito que a él se le hubiera escapado? Dienekes, en cubierta, en medio de la oscuridad y envuelto en el aullido del viento, lo hubiera dado todo por saberlo.

Si alguna vez había habido un espartano perfecto, ese había sido Éurito el día que su hermano y él se habían dirigido al sur para humedecer sus hojas. ¿Qué le había enseñado aquel esclavo sobre sí mismo? ¿Qué defecto?

Maldito ilota. Había matado a un hijo y, quizá, lisiado el alma del otro.

—He pasado una noche horrible —le dijo Dienekes a su hijo a la mañana

siguiente. El viento había ido muriendo hasta detenerse por completo y ahora había una densa niebla—. Me encuentro bastante mal.

—Entonces échate algo al estómago.

—¿Comida? Solo pensar en comer me produce náuseas.

Éurito negó con la cabeza.

—Cerveza. Hice que subieran dos barriles a bordo. La cerveza calma. Tengo intención de estar medio borracho hasta que lleguemos a Atenas.

—Buen consejo —dijo su padre posando la mano en el hombro de su hijo —. Siempre fuiste muy juicioso.

Aquello hizo reír a Éurito. Y, de pronto, su estado de ánimo cambió.

—¿Habrá otra invasión de Beocia? —preguntó.

—Claro que sí. —Dienekes se encogió de hombros, indicando que el asunto estaba más allá de toda duda—. Es probable que el rey Cleómbroto ya esté preparando su lista de oficiales.

—¿Qué cree Cleómbroto que va a conseguir en Beocia?

—No lo sé. Quizá crea que puede tener éxito donde Agesilao fracasó. Es inevitable que haya cierta competencia…

Estaban cruzando la boca del golfo de Argos y vieron pasar una gaviota, tan próxima que casi hubieran podido tocarla, lo que indicaba que, de no haber sido por la niebla, ya estarían divisando la isla Spetses. En un instante el ave había desaparecido, pero durante un rato ninguno de los dos hombres habló, como si estuvieran esperando a ver al animal de nuevo.

De hecho, era recomendable no hablar. Ninguno de los dos tenía una opinión favorable con respecto a las habilidades de Cleómbroto, pero no podían decir tal cosa.

—No hago más que recordar cuando Epaminondas nos expulsó —dijo Éurito al fin—. Cuando nos dirigíamos al sur, nos topamos con Cleómbroto, que marchaba a la cabeza de un ejército, y se negó a atacar Tebas.

—Es probable que pensara que no tenía las fuerzas suficientes.

—Se le había enviado a rescatarnos, ¿cómo no iba a tener fuerzas suficientes? En ese momento, cuando Tebas estaba aislada y Epaminondas pugnaba por asentarse en el poder, ¿cuánto habría costado? ¿Qué le hace pensar que ahora sí puede hacerlo?

Dienekes no respondió, lo que significaba, por supuesto, que no había respuesta. Deseaba que Éurito cambiara de tema.

—Padre, eres miembro de la asamblea desde hace veinticinco años. ¿Cuántos se reúnen ahora en comparación a los que reunían cuando ocupaste tu puesto por primera vez?

—Menos. Puede que cuatro de cada cinco.

Éurito asintió, como si Dienekes hubiera dicho una gran verdad.

—No podemos poner en el campo ejércitos como los que lucharon en la guerra contra Atenas —dijo—. La población está menguando. No podríamos enfrentarnos a una gran guerra sin nuestros aliados. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que nos veamos obligados a armar a los ilotas?

Dienekes miró a su hijo de reojo.

—¿Qué insinúas?

—Quiero decir que quizá no podamos ganar la guerra contra Tebas y que atenta contra nuestros intereses. No podemos tomar Tebas por la fuerza. Deberíamos dejar de intentarlo y hacer lo posible por revivir la antigua alianza… como iguales.

—Esa iniciativa carecería de apoyos, ya fuese entre los éforos o en la asamblea. Sería un signo de debilidad.

Dienekes se volvió y dejó de contemplar el sudario nebuloso del mar, sintiendo que había expuesto un argumento irrefutable.

—Padre, a veces…

Éurito se inclinó hacia delante y se apoyó en la regala. Parecía sentir el frío, incluso se arrebujó en su capa. Esbozó un gesto de desesperanza.

—Somos débiles… o lo seremos pronto. —Éurito se irguió, como si estuviera haciendo acopio de fuerza de voluntad—. Esa es la cuestión. Tenemos que empezar a ajustar nuestra política a los hechos.

Dienekes no dijo nada. Podía ver la lógica en el razonamiento de su hijo, pero era difícil de aceptar. Estaba en contra de todo lo que siempre había creído que significaba ser espartano y, por lo tanto, no podía ser verdad. Pero lo era.

Aunque no debiera serlo. El mero hecho de pensar esas cosas ya era una especie de cobardía. Y, de pronto, Dienekes se convenció de que el asunto de aquel maldito esclavo ilota había socavado de algún modo la hombría de su hijo. ¿Por qué, si no, iba a hablar de tales cosas?

Aquel maldito ilota. Era culpa suya.

A medida que la nave enfilaba el puerto del Pireo, lo que Éurito vio fue una ciudad que, hacía menos de treinta años, había estado postrada. Un comandante espartano no hubiera tenido más que dar la orden y Atenas habría sido destruida y su población, condenada a la esclavitud.

Esparta había escogido ser misericordiosa, y ahora Atenas volvía a ser rica y poderosa y estaba en condiciones de interferir en Beocia. Saltaba a la vista que la clemencia había sido un error.

Pero nadie podía quedar indiferente ante la belleza de Atenas, menos aún en aquel momento en el que el sol mortecino la acariciaba con su brillo rojizo. Atenas era una ciudad de mármol, de portaladas y templos, donde los ricos vivían rodeados de un esplendor que los mismos dioses quizá envidiaran, lo que significaba que sus habitantes estaban invirtiendo su riqueza en alardear, en vez de hacerlo en barcos y soldados. El lujo reblandecía la fibra moral, lo que llevaba a crear naciones débiles y poco fiables. A eso había que añadirle el antojadizo sistema político.

«Las democracias con criaturas impredecibles».

En Esparta, un puñado de hombres sabios e instruidos podían sentarse alrededor de una mesa y, en el tiempo que tardaban en cenar, acordar cualquier asunto que se les presentase. El padre de Éurito había sido uno de esos hombres, y lo habría seguido siendo si la ley no hubiera limitado el cargo de Éforo a un año. Su padre tenía razón al desconfiar de un gobierno en manos de tenderos.

Se quedarían en casa de un tal Jabrino, un admirador de Esparta y un hombre que disfrutaba de cierta influencia, aunque indirecta, en la asamblea. En cuanto la nave atracó, Dienekes le envió un mensaje a través de uno de los corredores que vagueaban por los muelles. En cuestión de un par de horas Jabrino llegó con sirvientes para iluminar el camino, literas para ahorrarles el esfuerzo de la caminata y una carreta para su equipaje.

Padre e hijo intercambiaron una mirada furtiva.

—Aún somos capaces de usar nuestros miembros —dijo Dienekes sin dejar entrever su desprecio—. Guíanos.

Jabrino era un hombre pesado y falto de fuerza, de unos cincuenta años, así que los «guio» subiéndose a una de las literas. Dienekes caminaba a su lado. El contraste entre ambos era impactante. Dienekes mediaba la cincuentena, pero seguía estando fuerte y ágil. Llevaba a cuestas su zurrón de cuero, su único equipaje, a la espalda, y la carreta, vacía, los seguía lentamente.

—He redactado una lista de hombres a quienes creo que os puede interesar ver.

Mientras hablaba, Jabrino se asomaba hacia Dienekes, muy probablemente para incomodidad de los dos hombres que llevaban su litera, pues les estaba costando hacer que no volcase y acabara en el suelo.

—Representan una corriente de opinión relativa a las cuestiones que te preocupan. Tengo intención de invitarlos a cenar, si te parece bien.

—Es muy considerado por tu parte —repuso Dienekes.

—Sí, bueno, la experiencia me dice que este tipo de encuentro informal…

—Exacto.

Éurito, unos pasos a la zaga, vio que su padre volvía el rostro hacia el orondo ateniense y sonreía. Era una sonrisa que había visto en otras ocasiones y que significaba «Te tengo calado».

—¿Y son algunos de aquellos cuyas opiniones resultan inconvenientes propensos a la persuasión? —continuó Dienekes—. ¿Cuál es tu opinión?

—Creo que todos los políticos son propensos a la persuasión —respondió Jabrino bamboleando ligeramente la cabeza. Éurito no pudo verle la cara, pero era fácil imaginar su expresión—. ¿Qué otro motivo puede haber para convertirse en político?

A Éurito le dio la sensación de que que existía una envidiable simplicidad en vivir rodeado de hombres corruptos.

—Sea como sea… —continuó Jabrino—. Sí espero que la magnitud del entretenimiento necesario para este tipo de ocasiones no ofenda demasiado vuestra espartana frugalidad.

Rio. Por lo visto, no se dio cuenta de que reía solo.

Se detuvieron ante las puertas de la casa de Jabrino, un inmenso montón de mármol blanco y verde que se parecía menos a la casa de un particular que al palacio de un rey Persa. Solo un hedonista hubiera querido vivir en un lugar como ese.

—¿Cómo se hace alguien con tal cantidad de riqueza? —le preguntó Éurito a su padre.

—A nuestro amigo le fue muy bien durante nuestra ocupación de Atenas —respondió Dienekes—. Por eso muestra tal favor hacia nosotros, por eso y por el hecho de que sé algunas cosas que le harían valedor de un cuenco de cicuta si las supieran en un juzgado ateniense.

Dienekes sonrió.

—Nos pertenece.

Los llevaron a sus habitaciones, que eran amplias y espléndidas y estaban dotadas de todos los lujos.

—Disfruta —le dijo Dienekes a su hijo—. Conocer el mundo supone en gran parte familiarizarse con sus vicios. En algunas circunstancias, y esta es una de ellas, merece la pena no ser demasiado estricto con la austeridad. Nuestro amigo piensa que puede dominarnos satisfaciendo nuestros apetitos. Es mejor que así lo crea.

Una esclava le trajo a Éurito su cena en una bandeja. El vino estaba frío y oscuro. La chica era agraciada, lucía una sonrisa provocadora, y no mostraba intención de marcharse.

Ifigenia estaba en Esparta. Éurito decidió seguir el consejo de su padre.

26

Ese mismo día, Epaminondas, a quien Protos no había visto desde hacía dos meses, le hizo una visita.

—¿Te mantienes ocupado? —le preguntó sonriendo con amabilidad; era una sonrisa que Protos había llegado a comprender: significaba que su aparición no era del todo una visita social.

—Hago lo que puedo ahora que no tenemos a los espartanos a las puertas. —Protos le devolvió la sonrisa mientras se preguntaba adónde quería ir a parar.

Estaban en el jardín, las delicias del cual Protos solo había tenido tiempo de disfrutar recientemente. Se sentó en las escaleras que llevaban a la cocina y Epaminondas ocupó el banco de piedra.

—Este es un lugar agradable —dijo Epaminondas mirando a su alrededor.

—Sí. El anterior propietario parece haber sabido cómo hacer que su vida fuera placentera.

Epaminondas no dijo nada.

—¿Te apetece algo de cerveza? —preguntó Protos, consciente de que tan solo estaba intentando llenar el silencio.

Epaminondas negó con la cabeza. Permaneció en silencio un tiempo mientras parecía admirar las vides en flor. Quien le conocía sabía que esa no era más que su manera de cambiar de tema.

—Va a haber una conferencia de paz en Atenas —dijo al fin—. Los atenienses insisten. No se conseguirá nada, y todo el mundo lo sabe, pero nos dará la oportunidad de calibrar las intenciones de algunos de nuestros amigos y de nuestros enemigos. Pelópidas saldrá mañana, y yo me preguntaba si te importaría acompañarle.

—¿Para qué?

—Para que avances en tu conocimiento de los asuntos públicos. —Epaminondas volvió la vista hacia Protos y le dedicó una de sus crípticas sonrisas—. Te estás convirtiendo en una persona importante en Tebas a toda velocidad, y va siendo hora de que vayas aprendiendo que en la guerra no todas las batallas las luchan los ejércitos. Pelópidas es un magnífico soldado, pero también es un diplomático hábil y sutil. Puede enseñarte muchas cosas.

»Además… —Su sonrisa se amplió hasta tornarse casi cruel—. Tu presencia

en Atenas incomodará mucho a los espartanos. Y, créeme, tendré más trabajo para ti cuando vuelvas.

—Tu amigo, ese esclavo ilota, está de camino —le anunció Dienekes a su hijo una mañana mientras desayunaban—. La delegación tebana salió anteayer. Al parecer, viaja con ellos.

Dienekes, que era muy quisquilloso en la mesa, cortó una rodaja de melón verde con la precisión del cirujano que extrae una punta de flecha de la carne viva. Cuando alzó la vista después de completar su tarea, parecía enfadado.

—No puedo imaginar lo que pretenden haciendo que se una a su legación. Diría que se trata de un acto deliberado para insultarnos.

—Quizá deberías hacer llegar una misiva a los tebanos —repuso Éurito, que deseaba evitar hablar del asunto—. Estoy convencido de que les interesará conocer tus opiniones en cuanto a etiqueta diplomática.

Dienekes empujó su plato y levantó la vista al techo.

—¿Es necesario que te recuerde que ese esclavo mató a tu hermano? ¿Puede ser que lo hayas olvidado?

—No, no lo he olvidado. Y él tampoco.

—Lo que él recuerde no me incumbe. Un esclavo no tiene derecho a sentirse ultrajado. —Dienekes volvió a afanarse en la disección del melón—. Creo que va siendo hora de que los enterremos a él y a sus agravios en la misma tumba.

Éurito tardó un tiempo en responder. Se limitó a observar a su padre, preguntándose si, por algún casual, hablaba en serio.

Sí, era posible.

—¿Qué propones? —preguntó al fin—. ¿Enviarías hombres armados a la casa de un ciudadano ateniense para ajustar una cuenta personal? Los atenienses no tienen muchos escrúpulos, pero eso sería demasiado, incluso para ellos. Además, debo recordarte que Protos no es ningún polluelo. No creo que se quedara de brazos cruzados.

—En ese caso, tendré que pensar en otra cosa.

—¿Como qué?

Dienekes se encogió de hombros, como si la forma fuera lo de menos.

En Atenas moría gente asesinada todos los días. Los padres que no les daban a sus hijos lo suficiente para sus vicios se resbalaban y se rompían la cabeza cuando subían las escaleras de entrada a sus casas. Había maridos incómodos que caían enfermos y morían con terribles dolores. Había hombres en la

ciudad que se ganaban la vida organizando tales infortunios.

Dos horas después del desayuno, Dienekes salió al jardín de atrás de la casa de Jabrino y mantuvo con su anfitrión una conversación privada. Solo resultó extraña en tanto no había considerado oportuno informar de ella a su hijo.

Pero la habitación de Éurito resultaba dar a la parte trasera de la casa y Éurito salió por casualidad al balcón, donde quedaba oculto bajo la sombra del toldo. Observó a los dos hombres mientras paseaban por un camino de gravilla flanqueado por setos lo bastante altos como para quedar a salvo de miradas indiscretas. Solo podía ver sus cabezas.

Éurito solía hacer las veces de confidente y consejero de su padre, así que por norma general estaba presente en todas las reuniones de su padre. Dienekes no le había contado nada sobre aquello.

Además, detestaba a Jabrino y solía evitarle siempre que podía.

Ahora se daban cita en el jardín, furtivos como una pareja de enamorados.

Estaban demasiado lejos como para que Éurito oyera lo que estaban diciendo, pero era evidente por sus gestos, o al menos por los gestos de Jabrino, que no se trataba de un encuentro casual. Estaban hablando de algo importante. Jabrino hizo una reverencia, sonrió e hizo un gesto de excesiva confidencialidad, del modo que haría un hombre que está más que encantado de hacer un favor.

Al fin Dienekes dio media vuelta y empezó a caminar hacia la vivienda. Éurito ahora podía verle la cara. Tenía el aspecto de un hombre que hubiera rendido su amor propio.

Por la noche, antes de la cena, Éurito se detuvo ante la habitación de su padre para poder bajar juntos. Se lo encontró sentado en su balcón; tenía una jarra de vino sobre el suelo embaldosado y un cuenco medio lleno de un caldo que casi era negro a su lado, en una pequeña mesa. Dienekes debía de estar bebiéndolo sin rebajar, dado que no había agua a la vista.

Éurito casi había llegado hasta su padre cuando este alzó la cabeza de repente, como si acabara de despertarse. Saludó a su hijo agitando la mano con desgana. Resultaba evidente que Dienekes había estado bebiendo demasiado.

—Padre, ya casi es la hora.

Por un momento dio la sensación de que Dienekes estuviera sopesando sus palabras, y entonces negó con la cabeza.

—Excúsame —dijo al fin—. Dile a nuestro anfitrión que estoy indispuesto. Dile que tengo diarrea. Dile lo que quieras.

—¿Ocurre algo?

—¿Ocurrir? No. —Dienekes sacudió la cabeza, como si estuviera intentando aclarar las ideas—. No, lo que pasa es que no estoy de humor como para estar en compañía de ese maldito gordo.

—Muy bien, le diré que las heridas te están provocando molestias.

Aquello le pareció a Dienekes una broma bien traída. Echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Sí, eso es. Excelente. Dile eso. Y ahora, cuando haya bebido lo suficiente como para que nada me moleste, me meteré en la cama.

Al instante siguiente su semblante volvió a tornarse serio, casi lúgubre.

—Éurito —dijo, mirando a su hijo con ojos tristes y brillantes—. Atenas es una pocilga.

—Sí, padre. Te veré por la mañana.

—Por la mañana, sí.

Jabrino no era capaz de sentarse a la mesa si no tenía treinta o cuarenta invitados comiendo con él, y el banquete de esa noche estaba en pleno auge cuando Éurito entró en la estancia.

La habitación quizá midiera veinte pasos de largo por veinticinco de ancho, y estaba tan repleta de mesas y divanes que los esclavos tenían que hacer gala de toda su agilidad para sortearlos. Contra la pared del fondo había un pequeño grupo de músicos que tocaban, algo que se hacía evidente más por el movimiento de sus instrumentos que por cualquier sonido que pudiera oírse por encima del jaleo de todos aquellos juerguistas. El ruido era ensordecedor. La gente solo parecía ser capaz de conversar alzando la voz.

No era una cena, pensó Éurito. Era una bacanal. El aire apestaba a vino derramado. Y aquellos no eran hombres, aullando y eructando, lanzando comida y riendo sin medida: eran animales, privados de alma, sensuales, básicos.

¿Había sido eso lo que Protos se había encontrado aquella noche en Tebas? Si era así, había hecho bien en matarlos a todos.

Éurito hubiera preferido sentarse en algún lugar apartado, pero su anfitrión no quiso permitir tal desaire. Nada más entraron en la estancia, envió a un esclavo a por él para llevarlo hasta la tarima desde la que Jabrino contemplaba a sus bulliciosos invitados.

—No podemos permitir que estés solo por ahí, mi joven amigo. Ven, siéntate a mi lado. Aún no hemos tenido la oportunidad de conocernos como es debido.

Éurito ocupó su lugar en el diván de al lado, molesto y aburrido ante la

perspectiva de estar en compañía de aquel hombre, de quien no había forma de escapar educadamente, dado que Jabrino solía alargar sus fiestas hasta que tenía que ser llevado a la cama.

Un esclavo le trajo a Éurito un cáliz de oro repleto de vino servido de una jarra de plata y dejó esta última en la mesa. Jabrino ya estaba muy animado y, aparentemente, esperaba que Éurito le alcanzase pronto en su embriaguez.

—Ya ves, amigo mío —dijo el anfitrión acompañando sus palabras con un amplio gesto del brazo derecho—. Políticos, comerciantes que controlan auténticos imperios comerciales y que son la envidia de cualquier rey, prestamistas que poseen la mitad de la ciudad. Y todos son amigos de Esparta. Su poder e influencia están a tu merced.

Volvió el rostro para mirar a Éurito y sonrió como si todo aquello fuera su obra, como si esos hombres, grandes personalidades, fueran sus criaturas, y Éurito recordó las palabras de su padre: «Nos pertenece».

—¿Y puedo esperar ver a la legación tebana alguna noche de estas? —preguntó Éurito imitando, como mejor pudo, la fatua sonrisa de Jabrino.

—Podemos invitarlos, si tu padre y tú pensáis que puede ser de utilidad. —Jabrino, que no había captado el mensaje, pareció valorar la pregunta con detenimiento. De pronto rio—. Pero tendremos que darnos prisa; de lo contrario no podrán venir. Estarán todos de luto.

La chanza le hizo tanta gracia que incluso llegaron a brotarle lágrimas de los ojos. Alargó la mano y tocó el hombro de Éurito mientras caía presa de otro ataque de risa.

—Al menos uno de ellos ya habrá muerto de indigestión.

27

El resto del banquete fue agónico. Al fin, pasadas dos horas, Éurito fue capaz de irse aduciendo que debía ver a su padre. En su lugar fue a su habitación, donde podía estar solo con su desasosiego.

Se dijo a sí mismo que no le importaba. ¿Por qué debía preocuparle la ejecución de un ilota? No era asesinato matar a un esclavo, se hiciera como se hiciese.

Eso era lo que se decía a sí mismo, aunque no era del todo capaz de creerlo.

Lo que le oprimía la garganta era el método. «Al menos uno de ellos ya habrá muerto de indigestión». Protos, el esclavo ilota, iba a ser envenenado, y el veneno era el arma de los débiles y los cobardes, de aquellos que no querían hacerse responsables de sus actos y estaban aterrados de sus víctimas.

¿Qué dirían en los ritos funerarios? «Ahora entregamos a las llamas el cuerpo de nuestro hermano Protos, un hombre valiente que murió en manos de la perfidia, asesinado por los espartanos porque no había ni uno de ellos con los arrestos para enfrentarse a él de igual a igual».

Y todo sería cierto. Dienekes quizá tuviera la excusa de la edad, pero Éurito sabía que su padre nunca habría tomado una decisión así si Éurito hubiera tenido el valor para vengar a su hermano.

Éurito caminaba de un lado a otro de la habitación, bebiendo vino rebajado en agua en tres cuartas partes, esperando que le adormeciese la conciencia lo bastante como para poder dormir. Tuvo el efecto contrario: el de lanzarle el problema a la cara aún con más nitidez.

En las horas anteriores al amanecer, cuando la oscuridad del cielo es como la muerte misma, Éurito al fin aceptó la conclusión de que su propia alma siempre estaría manchada si permitía que tal infamia se llevara a cabo. Tenía que evitarlo. Supondría traicionar a su padre, pero eso no podía evitarse.

Al fin se fue a la cama y durmió hasta el amanecer.

La legación tebana no llegó a Atenas hasta última hora de la tarde. Averiguar dónde serían alojados no supuso ningún problema, dado que todo el mundo parecía saber que serían los huéspedes de Dexíleo, un gran valedor de su causa. La casa de Dexíleo no estaba a más de un par de calles de distancia.

Todo lo que tenía que hacer Éurito era esperar.

Fue un asunto fastidioso: merodear entre las sombras de los edificios. Se dijo a sí mismo que estaba traicionando a su familia, quizá incluso a su ciudad. Se dijo que debería irse y dejar que los acontecimientos siguieran su curso inevitable. Pero no lo hizo. En su corazón había llegado a creer que no solo su honor, sino el honor de su familia estaban en juego, tanto el de los vivos como el de los muertos. No albergaba muchas esperanzas respecto a la vida después de la muerte, pero se sentía observado por los ojos de sus ancestros, por la mirada de hombres que habían luchado y muerto en las guerras de Esparta desde el nacimiento de su raza.

Ellos serían sus únicos testigos, o eso esperaba. Si podía, buscaría el modo de colarse en la casa, de hablar con Protos, con cuyo silencio contaba instintivamente. Luego desaparecería. No quería que su padre se enterase de nada de ello.

Al final no encontró traba alguna a la hora de entrar en la casa. Los porteadores se afanaban en trasladar el equipaje. Éurito cogió uno de los petates y, una vez dentro, preguntó cuál era la habitación que le había sido asignada al «honorable Protos». No tuvo más que subir las escaleras.

La habitación a la que le había llevado el mayordomo de Dexíleo no se parecía a nada de lo que Protos hubiera visto antes. Todo parecía hecho de mármol blanco: el suelo, las paredes, incluso el marco de la cama brillaba, hasta el punto de hacerle daño a los ojos cuando miraba a su alrededor.

Se acercó al lecho, casi como si se estuviera aproximando al enemigo, y tocó el estribo de la cama. Estaba frío. Y sí, era mármol. Tocó el colchón con la yema de los dedos, apenas percibió resistencia. Sería como dormir en el agua.

¿Cómo podían soportarlo los ricos? Se preguntó: «¿Por qué iba a querer nadie vivir así?».

Un cuarto de hora después volvió el mayordomo con una bandeja en la que traía su cena. Dejó la bandeja en una mesa y le sirvió vino en un cáliz.

—Lamento molestar —dijo Protos—, pero me pregunto si por algún casual tenéis cerveza.

—¿Cerveza?

El mayordomo se irguió por completo; era un hombre alto, y su nariz se arrugó asqueada.

—Sí, cerveza. —Protos negó con la cabeza—. No soporto el vino.

—Iré a ver si hay en la despensa de los sirvientes —dijo el mayordomo al

tiempo que recogía la jarra de vino y el cáliz y los volvía a colocar en la bandeja. Luego hizo una reverencia con fingido servilismo.

En ese momento apareció otra persona ante la puerta abierta; probablemente fuera la última a la que Protos esperaba ver.

Éurito llegaba desarmado y vestía una túnica sencilla. Cargaba con un petate, que dejó en el suelo. Cuando sus miradas se cruzaron, se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio. Un instante después el mayordomo salía de la habitación llevándose la bandeja. Apenas pareció percatarse de que había una tercera persona en la estancia.

Cuando se fue, Éurito cerró la puerta.

—No toques la comida —dijo con voz queda.

—¿Por qué?

—Veneno.

Un instante después, en el pasillo, se oyó un estruendo, como si hubiera caído un objeto pesado. Alarmado, Protos apartó a Éurito a un lado y abrió la puerta. Vio al mayordomo desplomado en el suelo, a unos pocos pasos de la escalera. Tenía la bandeja bajo el pecho y la jarra de vino estaba volcada: su contenido fluía como la sangre fresca de una herida.

Protos se agachó y tocó un lado del cuello del mayordomo. Estaba muerto.

Cuando Protos le dio la vuelta, un hililllo de vino manó de la comisura de los labios del hombre. Debía de haber decidido beberse el vino que acababa de verter.

Protos sintió más que vio a Éurito tras él.

—Parece que tenías razón —dijo, poco más que en un suspiro—. Será mejor que me lo cuentes todo.

—Primero saquemos de aquí a este hombre.

No le faltaba razón. No tenía sentido alarmar a toda la casa. Cada uno cogió un brazo y juntos tiraron del cuerpo del mayordomo hasta meterlo en la habitación de Protos. Entonces volvieron al pasillo y limpiaron el desaguisado como pudieron.

Cuando acabaron, Éurito cogió la jarra de vino y la olió.

—Yo no me bebería un vino que oliese como huele este —fue todo lo que dijo.

Protos no respondió. Estaba demasiado ocupado intentando hacerse a la idea de que había estado a punto de ser asesinado.

Una vez estuvieron a salvo detrás de la puerta y tuvieron el cuerpo del mayordomo envuelto en una sábana, se sentaron en dos sillas, el uno frente al otro. Pasó un momento antes de que ninguno de ellos hablara.

—No tengo que preguntar quién me quiere muerto —dijo Protos al fin—.

Solo cabe la duda de por qué has decidido advertirme.

Éurito sonrió; fue un mohín, como si tuviera mal sabor de boca.

—¿Recuerdas lo que me dijiste una vez? —repuso—. «No morirás hasta que yo te mate». Puede que yo sienta lo mismo.

Protos sopesó aquellas palabras un instante y luego negó con la cabeza.

—Supongo que tendrá que valerme como respuesta —dijo—. Pero no voy a dejar que esto quede así.

—Nunca pensé que lo harías.

—¿Entonces qué pensaste?

—Que quizá entrarías en razón. —Éurito miró a su alrededor como si viese la estancia por primera vez—. Esto es Atenas, y no puedes andar por aquí como si fuera un campo de batalla. Habría repercusiones diplomáticas que ni a ti ni a mí nos resultarían agradables.

—Así que es perfectamente aceptable que los tuyos me envenenen, pero yo no puedo ir a por ellos con la espada, ¿es eso?

Éurito asintió. Y entonces emitió una única sílaba de queda carcajada, como si acabara de darse cuenta de las implicaciones.

—Más o menos —dijo al fin—. Sí, algo por el estilo. Un asesinato silencioso es una cosa; una venganza de sangre es otra. La cuestión es que debemos hacer lo posible para evitar avergonzar a los atenienses.

—Aun así, alguien ha intentado matarme. Deben aprender que no voy a permanecer impasible ante algo así.

—Lo entiendo.

—¿Quién ha de pagar entonces? —Protos se encogió de hombros, incluyendo brazos y manos en el gesto—. ¿Quién más hay en la legación espartana?

—Tan solo mi padre y yo.

—Así que fue tu padre el que organizó esto. E imagino que te sentirías terriblemente ofendido si le hiciese pagar por ello… Bien, supongo que te debo la cortesía de perdonarle la vida.

De pronto a Éurito se le cruzó por la mente que, incluso antes de que avisase a Protos, el mayordomo ya había retirado el vino. Por tanto, de no haber intervenido, Protos se habría salvado, el mayordomo habría probado el vino y habría muerto en el pasillo y Protos lo habría sabido igualmente. Quizá, después de todo, lo único que había conseguido había sido salvarle la vida a su padre.

—Sería de agradecer —fue todo lo que pudo llegar a decir. Se sentía como la víctima de una broma grotesca.

—Pero tu padre no envenenó el vino con sus manos —dijo Protos, con los

ojos fríos como los de una víbora—. Alguien lo ha organizado. Y pienso enterarme de quién ha sido.

—Una idea excelente. —La sonrisa de Éurito fue un poco menos dolorosa—. Si matas a esa persona, puede que los atenienses te erijan una estatua en virtud de los servicios prestados a la ciudad. —Y entonces se le ocurrió algo—. Quizá debería acompañarte —dijo.

—¿Y por qué habría de permitirlo?

—Porque no conoces a los actores principales de esta pequeña tragedia. —Éurito alzó las cejas burlonamente, como si pensara que Protos era todo un necio—. Puede que ni siquiera el ejecutor lo sepa. ¿Acaso darías tu nombre real a una persona así? Me necesitarás a mí si todo lo que te va a ofrecer es una descripción.

—En eso tienes razón.

En cuanto Protos comprendió la necesidad de Éurito de ocultar su implicación, no tardaron en ponerse de acuerdo sobre lo necesario. Protos averiguaría lo que pudiera en la casa y luego se encontrarían en la calle.

Éurito salió de incógnito, tal y como había entrado.

Durante un buen rato Protos simplemente estuvo en su habitación, observando el cuerpo envuelto del mayordomo. Había evitado la muerte por muy poco. Un hombre al que hacía media hora hubiera calificado como su peor enemigo era ahora su amigo. O al menos su aliado. ¿O qué? No sabía cómo referirse a él. Nada tenía sentido.

¿Pero cuándo había tenido la vida algún sentido? El mundo se había vuelto loco esa noche, a sus catorce años, cuando vio cómo morían sus padres. Quizá jamás volviera a él la cordura.

Cuando salió en busca de Pelópidas, Protos se llevó consigo la jarra de vino con lo que aún contenía.

Había una habitación al lado del patio de entrada. Allí era donde Protos había hablado con Pelópidas por primera vez, cuando se conocieron. Resultó ser una afortunada suposición.

La puerta estaba cerrada y no se abrió al empujarla, así que Protos llamó. Un instante después Dexíleo la abría un palmo. A su espalda Protos pudo ver a Pelópidas sentado en una silla.

—Tu mayordomo ha muerto —dijo Protos en voz baja—. Ha muerto porque no me gusta el vino.

La puerta se abrió y Dexíleo se apartó. Protos entró y posó la jarra de vino en la mesa.

—Estoy convencido de que está envenenado.

Dexíleo cogió la jarra y se la llevó a la nariz.

—Acónito —dijo—. Y en cantidad. Aquí debe de haber como para matar a medio vecindario.

—¿Estás seguro? —Pelópidas se levantó de la silla y se acercó a su amigo, que le sonrió como si estuviera admitiendo una vergonzosa ridiculez.

—Quienquiera que juegue a la política en esta ciudad teme ser envenenado —dijo—. Uno acaba aprendiendo lo básico.

—Quiero saber quién preparó la bandeja de la cena.

Ambos observaron a Protos, cuya expresión dejaba patente que no estaba dispuesto a admitir una negativa.

Dexíleo asintió; parecía haber aceptado lo inevitable.

—En ese caso, tendremos que interrogar a mi cocinero.

La cocina era una sala enorme, sin ventanas, ubicada en el sótano. Estaba repleta de mesas sin organización aparente, la mayoría cubiertas de ollas y cuencos, verduras de todo tipo y grandes bloques de carne. Varios hornos y hogares calentaban tanto el aire que se hacía incómodo respirar. Había sirvientes por todas partes; la mayoría eran hombres, pero también había varias mujeres e incluso algunos niños.

En una esquina de la sala, sentado en una mesa con tan solo dos tablillas para escribir, había un hombre delgado de pelo blanco que, en cualquier otro lugar, hubiera sido tenido por un escriba o incluso un maestro. Se puso en pie ante la presencia de su señor.

—Radano, quiero hacerte una pregunta —empezó a decir Dexíleo, posando su mano sobre el hombro del anciano, como el viejo y leal sirviente que era—. ¿Quién ha preparado la bandeja que le fue subida al muy honorable Protos esta noche?

—Yo lo hice, mi señor. —Radano parpadeó de forma compulsiva, del modo que haría un hombre recién abofeteado—. ¿Faltaba algo?

Dexíleo negó con la cabeza.

—¿Y el vino?

—Eso es cosa del ayudante encargado del vino, mi señor. Se llama Ludiano.

—¿Y dónde podríamos encontrar a ese Ludiano?

—En la bodega, mi señor. —Radano señaló hacia la trampilla que había en el suelo a tan solo unos pasos de distancia de donde estaban—. Esta noche está haciendo inventario.

—¿Y no hay nadie con él?

—No, mi señor. Está solo.

—Gracias, amigo mío —repuso Dexíleo palmeándole el hombro como si fuera un perro—. No has hecho nada mal, pero tenemos que hablar con tu ayudante.

Radano caminó hasta la trampilla, metió la mano por un aro y tiró para abrirla. Debía de disponer de algún sistema de poleas, porque subió con bastante facilidad a pesar de su tamaño.

Dexíleo dio un paso al frente, pero Protos le tocó el brazo para que se detuviera.

—Este es mío —dijo, sin dejar entrever emoción alguna. Se volvió hacia el cocinero y sonrió—. ¿Es muy grande la bodega? —preguntó.

—Mide la mitad que la cocina —repuso Radano con un pequeño destello de orgullo.

—Es bueno saberlo —contestó Protos. Se volvió y bajó por la escalera hasta la bodega.

Había una argolla en parte interior de la trampilla y Protos la usó para cerrar la puerta. Después esperó unos minutos para darles tiempo a sus ojos a acostumbrarse a la oscuridad.

Podía identificar vagamente el perfil de las cosas; filas y filas de gruesos soportes de madera, todos ellos cargados con ánforas de vino, algunas de las cuales estaban decoradas. El olor a vino era fuerte y dulce, y Protos deseó que supiese tan bien como olía, solo que, de haber sido así, ahora estaría muerto.

Llegaba luz desde algún lugar. Protos podía verla titilar ligeramente en el techo. Todo lo que tenía que hacer era seguirla. El hombre encargado del vino estaba de pie en un pasillo estrecho; los soportes estaban tan cerca los unos de los otros que apenas tenía espacio para volverse. Tenía una tablilla en la mano. También había una lámpara de aceite en una balda a la altura de su pecho.

Era un hombre esbelto, de mediana edad, y estaba quedándose calvo. Estaba tan absorto en su tarea que ni siquiera se dio cuenta de que ya no estaba solo. La impresión que daba era la de una absoluta normalidad. Pero había asesinos de todo tipo.

—¿Eres Ludiano? —preguntó Protos con amabilidad.

El hombre dio tal brinco que sus pies casi abandonaron el suelo, y Protos supo enseguida que su labor iba a ser fácil.

—Me llamo Protos —siguió diciendo—. No me extraña que te sorprendas de verme.

La boca de Ludiano se abrió al máximo, pero no salió un solo sonido de

ella. Entonces volvió a cerrarse emitiendo un violento chasquido.

—Has envenenado el vino que me fue llevado a la habitación esta noche. Yo no bebo vino, así que el mayordomo se lo llevó. Lo probó después de dejarme y me lo he encontrado muerto. Jamás llegó a las escaleras. Tengo intención de averiguar todo lo que sabes sobre este asunto. Sería muchísimo más fácil para ti si te limitas a decírmelo.

Había un ánfora vacía en el pasillo. Protos la cogió y la colocó boca abajo en el suelo para que el hombre tuviera un lugar en el que sentarse. Parecía estar teniendo problemas con las rodillas.

Al principio no hacía más que sollozar. Hundió la cara en las manos y empezó a llorar. Asaltado por una ligera sensación de pena, Protos le dejó en paz hasta que se le pasó el ataque.

—Nunca quise matarte —dijo el hombre—. Me dieron unos polvos y me dijeron que lo pusiera en tu bebida. También que te provocaría molestias y que así no podrías asistir a la reunión de mañana. No te querían allí porque les causarías problemas. Eso es lo que dijeron, que estarías enfermo unos días y que luego te pondrías mejor.

—Pues el mayordomo no se va a poner mejor.

Protos había tenido suficiente tiempo para pensar cómo iba a proceder; aquel desgraciado llevaba casi un cuarto de hora llorando, y decidió que lo mejor sería dejar que le contara toda la historia y que solo al final le haría la pregunta esencial. El «quién» podía esperar.

—¿Por qué lo hiciste?

—Tengo un amante —repuso Ludiano. Se encogió de hombros y sonrió débilmente como diciendo «¿No es así siempre?»—. Trabaja en el muelle, de porteador. Es libre y yo soy esclavo, pero mi vida es mejor que la suya. Es apostador, pero no tiene talento para ello. Está muy endeudado. El hombre que me dio los polvos compró las deudas de mi amigo. Dijo que dado que mi amigo no podía pagar, le rompería los brazos y las piernas. O eso, o yo podía hacerle este servicio.

—Y amas a tu amigo, así que dijiste que lo harías.

—Sí.

Protos asintió. Comprendía. Todo el mundo debe serle leal a algo o a alguien.

—¿Cuál es el montante de su deuda?

—Doscientos dracmas.

Había habido un tiempo, no hacía tanto, en el que Protos ni siquiera sabía lo que era un dracma. Doscientos dracmas, para cualquier persona del común, libre o esclavo, era una suma astronómica.

—Bien, seguramente jamás vuelvas a ver a tu amigo —dijo Protos con voz queda—, pero te prometo que el hombre que te tendió esta trampa tampoco vivirá para pedirle el dinero. Dime su nombre y dónde puedo encontrarlo, y estará muerto antes de que amanezca.

—Sí, te lo diré. —Ludiano, que había arriesgado tanto por amor, tragó saliva—. ¿Qué me pasará a mí?

Protos negó con la cabeza.

—No sé nada sobre las leyes de Atenas —dijo—. No puedo responder, pero hablaré con tu amo.

—Gracias.

Unos instantes después Protos volvió a trepar por la escalera de vuelta a la cocina.

—¿Sabes ya lo que querías saber? —le preguntó Pelópidas.

—Sí. —Protos se volvió a Dexíleo—. ¿Qué le pasará al esclavo?

—Las leyes son meridianas. Un esclavo que comete asesinato muere a latigazos o se le condena a galeras, que es peor.

—En ese caso, ten un poco de clemencia y dale antes un poco de vino.

28

Atenas era una ciudad que no dormía nunca. Muchas de las tabernas ni siquiera abrían hasta que se ponía el sol, y eso era así especialmente en el distrito portuario, más allá de las antiguas murallas.

Allí tanto los ricos como los pobres se mezclaban indiscriminadamente. Las calles eran de tierra apisonada, y los edificios eran por lo general pequeños y de madera, pero era un lugar en el que todo se podía comprar y vender. Un hombre que parecía un mendigo podía estar escondiendo una fortuna en piedras preciosas, o los documentos de deuda de un centenar de haraganes que la gente creía adinerados, o pequeños tarros de polvos que habían sido preparados en lugares de los que la mayoría de la gente ni siquiera había oído hablar y que contenían la promesa del paraíso, al menos por unas horas. Las mujeres ricas venían hasta aquí para lanzarse a los brazos de estibadores musculosos. Los vástagos de las grandes familias iban a beber y a frecuentar los prostíbulos.

Y en las calles y chozas del distrito portuario, el asesinato no era sino algo más con lo que comerciar.

—Ocurrió ayer —le había dicho Ludiano—. Me citó en un lugar llamado El Delfín Azul, donde parecía ser muy conocido. Se llamaba Foneo.

—¿Puedes describirle?

—Un hombre sucio. Olía mal. Llevaba el pelo largo como el de una mujer. Hablaba mal griego, así que debía de ser extranjero. Tenía una cicatriz en el puente de la nariz, recta, como si alguien se la hubiera hecho con un cuchillo.

Poco después, mientras Ludiano aún estaba en la bodega, intentando calmar los ánimos bebiendo algo del vino que había preparado para el invitado de su amo, Protos salía de la casa de Dexíleo y se encaminaba al sur. A unos cincuenta pasos de distancia, Éurito emergió de las sombras de un edificio y le siguió.

—¿Has encontrado a alguien que respondiera a tus preguntas?

—Sí. —Le dijo a Éurito todo lo que había averiguado del esclavo. —Mi anfitrión me ha dado la llave del sótano de un edificio que tiene. Está cerca de los muelles y es muy apropiado. Se ha horrorizado cuando le he dicho que me adentraría solo en tal madriguera de crimen. —Protos rio al recordar—. No le he dicho que iría acompañado.

—Por cierto… —Metió la mano entre las ropas y sacó una espada que le entregó a Éurito por la empuñadura—. Una hoja espartana. Las armas conocidas son las mejores.

—Sabia precaución. Este Foneo tendrá guardaespaldas.

—Pues peor para ellos.

No fue difícil encontrar «El Delfín Azul». A pesar de su nombre elegante, era el tipo de lugar en el que se servía a los más pobres de entre los pobres: jornaleros, ladrones y prostitutas a los que se les había acabado la suerte. El suelo estaba sucio y el aire apestaba a un vino tan rancio que olía a podredumbre.

Protos vestía su mejor túnica. Esa noche era un chico rico, fuera de lugar e inofensivo. Bajo su capa, colgando del tahalí, llevaba su daga espartana.

Éurito caminaba por delante para evitar dar la impresión de que iban juntos. Atravesó la cortina de cuentas que hacía las veces de puerta. El propietario, un hombre pequeño y grasiento que frotaba un cuenco con un trapo húmedo, ni siquiera le miró.

La cortina volvió a agitarse y entró Protos.

—Me han dicho que pregunte por un hombre llamado Foneo —le dijo al tabernero, que le observó con recelo y luego, en silencio, señaló hacia una mesa, en el extremo oscuro de una habitación adyacente.

Éurito se volvió y Protos y él intercambiaron una rápida mirada.

Incluso antes de entrar en la habitación, Éurito se percató de que había dos hombres sentados en mesas a ambos lados de la entrada. Los perros guardianes de Foneo, muchachos robustos del puerto. Uno de ellos se movió y se oyó el sonido de la punta de una espada rascando el suelo embaldosado.

A una mesa, contra la pared del fondo, estaba Foneo, tan repulsivo como Protos hubiera podido esperar. La cicatriz en el puente de la nariz brillaba a la luz humeante de una lámpara de aceite.

—Me encargaré del de la derecha —murmuró Éurito. Protos asintió.

Atravesaron la entrada. Protos iba unos pasos por delante. Con un movimiento limpio y rápido del que el hombre de su izquierda probablemente ni se percatara, Protos metió la mano bajo la capa, sacó la daga y se la hundió en la garganta.

El segundo se ponía en pie cuando la punta de la espada de Éurito se le incrustaba entre las costillas, justo por debajo del pezón izquierdo. Cayó de nuevo en su silla y entonces, lentamente, su cabeza fue inclinándose hasta acabar descansando en la mesa. Ninguno de ellos logró emitir sonido alguno.

—¡Pero ¿qué…?!

Foneo se puso en pie. También él se llevó la mano a la espada que le colgaba del tahalí, pero saltaba a la vista que no era un hombre acostumbrado a las armas y resultó ser demasiado lento.

Protos dio una zancada al frente, lanzó la daga al aire y la cogió por la hoja. Luego, con la empuñadura, golpeó a Foneo en la cabeza. El hombre se desplomó al instante.

No era un hombre corpulento, así que el ilota no tuvo problema a la hora de echárselo al hombro. Ludiano tenía razón sobre lo mal que olía.

Con su carga a cuestas y la daga aún en su mano aferrada por la hoja, Protos salió de la estancia y pasó ante el estupefacto tabernero que no tuvo ojos para Éurito.

—Si tienes intención de morir en la cama, no te metas —gruñó Éurito.

El propietario se limitó a menear la cabeza hacia delante y hacia atrás. Al parecer, ver a un hombre colgando inconsciente del hombro de otro no era un espectáculo poco común, y en aquel distrito la gente entendía que era recomendable ocuparse de sus propios asuntos.

Se hallaban en una pequeña habitación con muros de piedra y sin ventanas. Solo había una puerta, atrancada desde dentro. La única luz era la de una antorcha hundida en un soporte de la pared. Foneo estaba atado a una silla. Sus brazos se veían atados con tanta fuerza que, de haber estado consciente, lo más seguro era que no hubiera sentido las manos.

Éurito se encontraba de pie detrás de la silla cuando la cabeza de Foneo empezó a moverse hacia un lado, lo que indicaba que empezaba a despertar.

A unos dos pasos delante de la silla, en el suelo, había una daga que Éurito reconoció: había sido de su hermano.

Protos, junto a la puerta, estudiaba a su prisionero sin dejar entrever el menor signo de lo que estaba sintiendo.

—Me llamo Protos —dijo cuando Foneo al fin logró alzar la cabeza—. Te contrataron para envenenarme, pero, como puedes ver, no ha funcionado. ¿Te puedes hacer una idea de por qué estás aquí?

Éurito dio la vuelta a la silla, pero Foneo apenas pareció percatarse de su presencia. Tenía toda su atención puesta en Protos.

—¿Quieres venganza? —Foneo sonrió. Éurito contempló su sonrisa desagradable y torcida—. Es mejor el dinero. Soy rico. Me dejas ir y te doy dinero.

—No me interesa tu dinero. Quiero saber quién te contrató para que me

mataras.

—¿Crees que mis clientes me dan nombres? Viene a verme una persona, me dice «Tengo un problema con esta persona», me da dinero y no vuelvo a verle.

Foneo incluso llegó a soltar unas carcajadas. Oírle reír era como escuchar una olla en ebullición: parecía estar sufriendo un ataque, con pequeñas erupciones aleatorias de sonido.

Dejó de reír cuando Protos recogió el cuchillo del suelo.

—Esto te va a doler.

Protos le dio un pisotón con el talón desnudo en el pie, haciéndole gritar de dolor. Entonces, con su mano izquierda, cogió las cuerdas que Foneo tenía en torno a los tobillos y tiró hacia arriba hasta que Foneo estuvo a punto de caer de espaldas en la silla.

Entonces, con absoluta calma, hundió el cuchillo en la articulación del dedo gordo del pie derecho de Foneo y se lo arrancó. El dedo cayó rodando por el suelo.

—Bien, no podemos permitir que te desangres —dijo, y cogió la antorcha del soporte de la pared. Acercó la llama a la herida y la quemó hasta chamuscarla.

Durante todo el proceso Foneo estuvo gritando. Sus chillidos eran agudos como los de un pájaro.

Protos soltó la cuerda y los pies de Foneo golpearon el suelo.

—Puedo seguir así todo el día y toda la noche —anunció Protos con calma—. Tengo mucho tiempo. Puedo cortarte los dedos de los pies uno a uno y luego ir cortando carne hasta que no quede más que hueso. Tú eliges.

—¡Cómete tu propia mierda! —Foneo sollozaba de miedo y dolor, pero seguía mostrándose desafiante.

—Como digo, tú eliges.

Siguieron durante más de un cuarto de hora antes de que Foneo alcanzase el límite de su sufrimiento, momento en el que ya no pudo soportarlo más.

—Por favor, por favor, parad. ¡Por favor!

Protos le agarró de la melena grasienta y enmarañada y tiró de ella. Los ojos de Foneo ahora suplicaban. Toda resistencia había llegado a su fin.

—Entonces dime quién te contrató.

—Nunca supe su nombre.

—Te creo —Protos asintió tranquilizador—. En ese caso, dime lo que sepas.

—Era alto y delgado. Era pelirrojo y tenía la cara plagada de pecas.

—Parece que se trata de Gelio —dijo Éurito—. Es el confidente de mi anfitrión.

—No me hagáis más daño —suplicó Foneo—. Os he dicho todo lo que sé.

No me hagáis daño.
—Lo procuraré.
Y Protos cumplió su palabra. La punta de la daga se hundió detrás de la clavícula de Foneo y le atravesó el corazón.

El cielo nocturno acababa de mudar de negro a gris cuando llegaron a los distritos más distinguidos de la ciudad. No quedaba ni media hora para el amanecer. Apenas habían dicho palabra desde que dejaran el muelle.

Protos llevaba algo envuelto en su capa. Era parte del acuerdo al que habían llegado él y Éurito.

—He visto que aún tienes la daga de mi hermano —dijo Éurito al fin.

—Ya no es de tu hermano. Él no la necesita. —Protos volvió la cabeza hacia Éurito. En la oscuridad era imposible discernir la expresión de su rostro—. Pero sí, es el cuchillo que usó para matar a mi madre.

—Te has vuelto tan insensible como lo fue mi hermano.

—Me he convertido en lo que tu hermano y tú habéis hecho de mí.

—Eso lo sé.

Protos detuvo su marcha y se volvió a su acompañante. El gesto que hizo con el cuerpo casi era en sí una amenaza. Aunque no del todo.

—Éurito, hijo de Dienekes —dijo—, esta noche has hecho que esté en deuda contigo. Debes saber que estoy agradecido, pero eso no cambia nada.

—Lo sé. El pasado es una carga demasiado pesada para los dos.

Protos se limitó a asentir.

—En ese caso, ambos sabemos que la próxima vez que nos veamos será como enemigos. Pero debes saber también que espero de corazón que tal encuentro no se dé nunca.

Al instante siguiente pareció desvanecerse en la noche.

Éurito estaba en su habitación, retirándose las sandalias, antes de percatarse de que el significado de su vida había cambiado por completo. A eso era a lo que se había referido Protos, no podía dejar de escuchar el susurro de la hoja al desenvainar. Ya no era un hombre condenado que esperara de brazos cruzados a que se cumpliese su sentencia de muerte. Protos le había devuelto la vida.

Su alivio le avergonzó.

A la tarde siguiente se oyó que llamaban con insistencia a la puerta principal de la casa de Jabrino. El mayordomo de este abrió, y lo que vio ante él, en lo alto

de la escalinata, fue a un hombre joven y alto, probablemente no hubiera cumplido los veinte, que llevaba una cesta de mimbre.

—Tengo un regalo para tu amo —dijo el joven—. ¿Es esta la casa de Jabrino?

—¿Quién quiere saberlo? —repuso el mayordomo, con esa altivez indispensable en su profesión.

—Un extraño. —El joven dejó la cesta en el suelo, a la derecha de la puerta—. Dile que es el regalo de un extraño.

—¿Y tiene un nombre ese extraño?

—Supongo que el honorable Jabrino podrá deducir eso por sí mismo.

El joven dio media vuelta y se fue, como si ya hubiera olvidado todo el asunto. El mayordomo cerró la puerta y se quedó mirando la cesta.

Quizá por mera curiosidad, o quizá porque lo considerara su deber, alargó la mano y levantó la tapa de la cesta. Lo que encontró dentro, tendida sobre un montón de paja, fue una cabeza humana cercenada, con los ojos abiertos, pero ya vidriosos.

La reacción del mayordomo fue inmediata e involuntaria, y se oyó por toda la casa.

29

Tal y como había predicho Epaminondas, la conferencia no fue un éxito. Los participantes, Esparta, Tebas, Atenas y, por alguna razón que nadie comprendía, Tesalia, se dieron cita en una serie de casas señoriales, hablaron mucho y no consiguieron nada de cara a establecer la paz.

El primer encuentro estuvo cerca de ser el último cuando Dienekes tuvo que ser convencido para que no protestara por la inclusión de Protos como delegado de Tebas.

—No consentiré tener que tratar de igual a igual con un esclavo fugitivo —le gritó a Éurito, que casi tuvo que sacarle a rastras de la habitación—. Traerle ha sido de muy mal gusto por parte de los tebanos.

—También fue de muy mal gusto intentar envenenarle.

Por un instante Dienekes no pudo más que quedarse mirando a su hijo.

—¿Lo sabías?

—Por favor, padre. A estas alturas lo sabe todo Atenas. No todos los días recibe el anfitrión de uno la cabeza cercenada de un conocido asesino.

Dienekes parecía desbordado por esa revelación, y Éurito decidió aprovechar al máximo su ventaja.

—No tienes por qué hablar con él —continuó con la voz calmada, conciliadora incluso—. Puedes fingir que no está ahí. Limítate a trasladarle tus comentarios a Pelópidas y déjame a Protos a mí.

Al fin Dienekes aceptó, pero no dijo más de diez o quince palabras en toda la tarde. No hacía más que mirar al ilota, que estaba sentado, al otro lado de la mesa, sonriéndole y, de vez en cuando, mirando a Éurito como para hacerle partícipe de la broma.

Durante uno de los frecuentes descansos, cuando la diplomacia tenía lugar de forma más distendida, Éurito se acercó a Protos con un cuenco de cerveza.

—¿Podría pedirte que dejes de atormentar a mi padre? —dijo.

—Sí, podrías. —Protos cogió el cuenco y sonrió—. Claro que podrías pedírmelo. Sin embargo, dado que te niegas a que le mate, debo vengarme como pueda.

Después de dos días de conversaciones, resultó evidente que Esparta no tenía

intención de renunciar a su guerra con Tebas, así que la delegación tebana volvió a casa.

—Creo que deberías sentirte halagado —le dijo Epaminondas a Protos días después de que volviera—. Ser objeto de un intento de asesinato confiere cierto aire de distinción. Deben de tenerte miedo si han intentado asesinarte.

—No tenían intención de halagarme. Sus motivos, sospecho, eran más personales.

Epaminondas pareció sopesar sus palabras un instante, y entonces alzó el cuenco y le dio un trago a la cerveza. Estaban sentados en el jardín de la casa de Protos, se estaba poniendo el sol.

—En ese caso debemos darles alguna razón más para temerte —dijo al fin —. Quiero que empieces a entrenar a las tropas.

—¿Cómo voy a entrenar a las tropas? —Protos rio y negó con la cabeza—. Nunca he sido soldado.

—Puedes entrenarlos para la guerra que tus amigos y tú llevasteis a cabo cuando era la única que nos atrevíamos a luchar. ¿Sabes lo que es un escaramuzador?

—Claro. Me lo enseñaste.

—En ese caso lo que querría que hicieras es que entrenaras escaramuzadores. Los espartanos volverán algún día, al menos eso sí quedó claro en Atenas, y tendremos que luchar en batallas de verdad en las planicies de Beocia.

—¿Cuándo quieres que empiece?

Así fue como Protos, el chico esclavo de Laconia, se convirtió en oficial de alto rango en el ejército de Tebas. Reunió a su pequeño grupo de hombres e hizo a Agenor su segundo al mando. Agenor hizo saber que cualquier soldado que estuviera interesado en una vida emocionante y probablemente muy corta debía hablar con él.

Entonces, una tarde, cuando se habían reunido los voluntarios, un joven de diecisiete años bajó hasta el campo de entrenamiento. Vestía una túnica beis que le llegaba a las rodillas y tan solo llevaba encima una daga espartana en una vaina de cuero que le colgaba del cinturón.

El resto de los presentes vestían el uniforme azul del ejército tebano. El joven parecía fuera de lugar. Se fue a un extremo del campo y miró a su alrededor, como si empezara a creer que se había perdido. Sus ojos azules eran grandes y aniñados, parecían desprender desconcierto, pero en realidad lo que estaba haciendo era valorar todo lo que estaba viendo, dejando que sus

sensaciones se fueran organizando solas.

Pocos fueron los soldados que se percataron de su presencia, pero uno de los que sí se dieron cuenta codeó al hombre que tenía al lado y sonrió con sorna.

—Muévete, chico —gritó—. Estamos ocupados.

Uno de los oficiales le oyó, y estaba a punto de reprender al soldado, cuando le dedicó una mirada al muchacho, quien, con un sutil gesto de la mano izquierda, le instó a guardar silencio.

El joven no parecía haber oído nada y avanzó por el campo como si no estuviera seguro de que pudiera soportar su propio peso.

El soldado se acercó lentamente.

—Ya me has oído, chico —dijo en voz alta para que le oyera todo el mundo, y alargó el brazo para empujar al joven para que volviera por donde había venido.

Fue un error. Con la velocidad de una víbora el joven cogió al soldado del pulgar y retorció, haciéndole perder el equilibrio. Luego le dio una patada en el pie derecho provocando que se desplomara en el suelo.

Maldiciendo, el soldado intentó incorporarse y desenvainar su espada al tiempo. Se detuvo cuando vio la daga en la mano del joven, la punta a menos de un dedo de distancia de su garganta.

—¿Cómo crees que deberíamos poner fin a esta charla? —preguntó en voz baja el joven.

Varios oficiales corrían hacia ellos.

—¡Protos, por todos los dioses! ¡No mates a ese maldito necio! —gritó uno de ellos.

Se llamaba Labro, y había sido uno de los guerreros de Protos.

Puede que el ilota no lo oyera. Miró al soldado y sonrió.

—Responde a la pregunta —dijo.

—Lo lamento. —El soldado tragó saliva—. Yo…

Protos apartó la punta de la daga del cuello del sujeto y alargó el brazo para ayudarle a ponerse en pie.

—Bien…, sin rencores.

Labro no se mostró tan tolerante y, de hecho, le propinó un puntapié al hombre mientras se incorporaba.

—¡Babras, idiota! —gritó—. ¿Sabes lo cerca que has estado hoy de morir? Este es Protos el ilota, y ha matado a más espartanos que dedos tienes en pies y manos. ¿Quién puede ser tan imbécil de buscar pelea con alguien a quien no conoce?

Babras el soldado miró a Protos con ojos temerosos.

—Déjalo, Labro —murmuró Protos posando la mano en el hombro del oficial—. No ha sido más que un malentendido.

Entonces Protos volvió la cabeza y comprobó que todos los presentes en el campo de entrenamiento le estaban observando.

—¡Quitaos las sandalias! —gritó.

—La guerra de un escaramuzador tiene lugar entre las líneas de batalla —les dijo—. Somos como un enjambre de mosquitos que a veces provocan la estampida de las reses, solo que nosotros seremos pocos y ellos muchos. Le haremos entender al enemigo que no está a salvo detrás de su muralla de escudos. Mataremos a sus oficiales. Trastocaremos y debilitaremos las falanges espartanas de cualquier modo posible. Ningún hombre le dedica toda su atención a la lucha cuando sabe que la muerte puede caer sobre él en cualquier momento y desde cualquier dirección. Debemos hacer que los espartanos, considerados los mejores soldados de la tierra, tiemblen aterrorizados.

»Ellos también dispondrán de escaramuzadores, y tendréis que enfrentaros a ellos antes de poder atacar el bloque principal de su ejército. Y lucharéis todas vuestras batallas a pie. Debéis correr como una tormenta si queréis acabar con vuestros enemigos y vivir para regocijaros. Por eso tendréis que aprender a caminar descalzos. Durante la última visita del rey Agesilao, los escaramuzadores espartanos intentaron darme caza varias veces. Siempre llevaban sandalias, y todos están muertos.

El centenar de soldados reunidos en el campo de entrenamiento para aprender el arte de la guerra de escaramuzas atendían a cada una de las palabras de Protos. Habían oído las historias. Para ellos el ilota era el hijo vivo de la muerte.

—Se os ha entrenado para admirar el valor y el honor del soldado que se enfrenta al enemigo y lucha hasta la muerte. Vuestra guerra no se parecerá en nada a eso. Olvidaos de ello. Un escaramuzador, cuando el enemigo se concentra para atacarle, hace lo razonable y huye. El enemigo os dará muchas oportunidades para matarle; aprended a seleccionar vuestros objetivos con cuidado. Si uno es demasiado peligroso, buscad otro. Cuando la batalla concluye, lo único que importa es cuánto habéis conseguido debilitar al enemigo. Si el enemigo os odia y os llama cobardes, podéis teneros por héroes. Porque nadie odia a un cadáver. Si habéis sido lo bastante negligentes como para que os maten, solo estaréis muertos.

»Por tanto, lo primero que tenéis que aprender es cómo permanecer con vida.

Lo convirtió en una especie de juego.

—Nunca debéis olvidar que los espartanos tienen jabalinas, igual que nosotros. Debéis conseguir que sea un reflejo para vosotros mirar al cielo para identificar el proyectil que os han lanzado.

Protos ordenó que se retiraran las puntas de hierro de las cincuenta jabalinas y dividió al centenar de hombres por parejas. Cada hombre tenía un escudo, pero solo había una jabalina por pareja. Se las lanzarían el uno al otro: el primero intentaría acertarle a su compañero y este debía aprender a juzgar lo cerca o lejos que caería el proyectil.

—No os limitéis a correr —les dijo—. Dejad que caiga a un par de pasos de vosotros.

Una semana después Protos hizo que volvieran a colocar las puntas de hierro en las jabalinas.

—Ahora los errores los pagaréis con sangre.

En la semana que siguió solo resultó herido un hombre, al que atravesaron el pie anclándolo al suelo, y fue enviado a casa.

Pasado otro mes, los escaramuzadores estaban listos para la guerra.

—Cumplirás los dieciocho este año —dijo Nubit una noche, mientras Protos se estaba quedando dormido—. ¿En qué día naciste?

—No lo sé. En verano.

—¿Solo «en verano»? ¿No sabes el día?

—No. ¿Qué puede importarle eso a un hombre pobre o a un esclavo? Todo lo que sé es que mi madre estaba demasiado hinchada conmigo como para poder echar una mano con la siembra.

—En ese caso debiste de nacer al comienzo del verano, en el mes de las Targelias.

—Supongo.

Estaba a punto de preguntarle algo más cuando se percató de que se había quedado dormido.

Nubit permaneció tumbada, escuchando su respiración profunda y acompasada, pensando que era absurdo no saber el día en el que se había nacido. Ella, también, había nacido esclava, pero sabía que había nacido en el séptimo día del cuarto mes. Lo que no sabía era cómo traducir esa fecha a cualquiera de los diversos calendarios griegos.

Lo que quería era celebrar el cumpleaños de Protos. Quería recordarle que

su vida no había empezado con el asesinato de sus padres, que era un hombre como los demás hombres, no solo un instrumento de venganza. La mayor parte de la gente le apreciaba, muchos le querían, pero no parecía gustarse a sí mismo. O quizá fuera que no consideraba su propia vida, la vida en la que no era más que él mismo, como algo importante.

Más que nada Nubit quería convencerle de que era amado, de que era importante para otras personas. En aquellas circunstancias, Protos estaba dispuesto a arriesgar cualquier cosa, a arriesgarlo todo. Si comprendiera que su vida era preciosa, aunque solo fuera para ella, quizá arriesgara menos.

A veces, sin él siquiera saberlo, ella se encaramaba a las murallas de la ciudad para ver a Protos y a sus reclutas mientras entrenaban. Era bello a su modo. El objetivo al que apuntaba Protos siempre caía. Corría como un ciervo y era grácil como una bailarina, y no había arma que pudiera tocarle. Era como si llevara encima lo que los griegos llamaban *halos*, el fuego divino con el que los dioses cubrían a sus héroes, a sus elegidos.

Pero las visiones la atormentaban.

Había dejado de soñar con la muerte de su padre. Ahora soñaba con la guerra, el chocar de las armas y los gritos de los moribundos. Veía a Protos en medio de una lluvia de proyectiles. Oía a los espartanos golpeando sus espadas contra los escudos.

Y todas las noches sus sueños acababan igual. Veía a Protos alejándose de ella, con los pies descalzos y las armas a cuestas. Y en el último momento se daba la vuelta para mirar a su espalda, pero no la veía.

Aquello era peor que la guerra, porque sabía que la estaba abandonando para siempre.

Planear el banquete de cumpleaños de Protos era toda una liberación. Le permitía pensar en él como si, simplemente, fuera un hombre más, con sus amigos y sus placeres privados, sin la carga del destino que suponía su nombre.

Las preparaciones se llevaron a cabo en absoluto secreto. Nubit envió a las niñas de casa en casa para entregar las invitaciones a todos sus alumnos originales y también a Pelópidas y a Epaminondas. Todos aceptaron ir.

El banquete sería espléndido. Protos recibía la paga de un oficial de alto rango, pero dado que jamás se había acostumbrado al dinero, se limitaba a entregarle el dinero a Nubit y se olvidaba de ello. El cocinero que contrató protestó amargamente acerca de las limitaciones de la cocina, pero al fin decidió que su pericia se impondría a aquellas condiciones de trabajo. Como recompensa recibió ayuda con la compra de vino y comida. Se escandalizó al saber que el homenajeado solo bebía cerveza.

—La cerveza es la bebida de los campesinos —proclamó.

Nubit solo sonrió.

Al fin llegó el día. Dos horas antes de que se pusiera el sol Nubit envió a Hemera, la más joven de las niñas, al gimnasio para decirle a Protos que viniera pronto a casa. Hemera era su favorita, aunque solo fuera porque era la más pequeña. No se negaría.

—¿Por qué? —preguntó Protos—. ¿Por qué he de ir?

Hemera se limitó a cogerle los dedos de la mano derecha y le miró con aquellos ojos enormes y marrones. Sonrió. No había replica posible a tal argumento.

Cuando llegaron a casa, Nubit, muy seria, le dio una serie de precisas indicaciones.

—Ve a la parte trasera y aséate —le dijo—. Te he calentado agua. Luego ve arriba y ponte la túnica bordada. Tus invitados llegarán dentro de una hora.

—¿Qué invitados? ¿Qué es todo esto, Nubit?

—Haz lo que te digo.

Protos pensó, y no era la primera vez, que Nubit hubiera servido muy bien para el ejército. Fue a la parte trasera de la casa.

El primero en llegar fue Agenor y luego el resto de sus antiguos guerreros, algunos de los cuales, como Agenor, llevaban siguiendo a Protos desde la masacre de los oligarcas. Cuando empezaba a ponerse el sol llegaron juntos Pelópidas y Epaminondas.

Desde el principio el banquete resultó ser todo un éxito. La mayoría de los hombres eran de familia aristocrática, pero el triunfo de la democracia en Tebas, sumado a su amistad con Protos, había hecho que sus prejuicios se difuminaran. Pelópidas y Epaminondas eran un caso especial: los dos habían nacido en la opulencia y los privilegios, pero habían donado la mayor parte de su dinero y, en cualquier caso, eran políticos demócratas que no dudaban en hablar con todo el mundo.

Se dijeron los graciosos discursos habituales para honrar al anfitrión y, durante uno de ellos, varios de los oficiales de Protos alzaron un pie para demostrar que habían dejado de usar sandalias. Las niñas recibieron halagos por su belleza; seguramente la mayoría aún creyesen que eran las concubinas de Protos. Hasta la cerveza estaba buena. Fue una de esas felices ocasiones en las que todos se conocían entre ellos y podían disfrutar de la mutua compañía sin tapujos.

Pelópidas, quien en circunstancias normales era el más abstemio de los hombres, se emborrachó bastante e hizo disfrutar a Nubit con su relato sobre la conferencia de paz: —Protos fue prácticamente el único responsable de que

las negociaciones se quebrasen…, él y el hecho de que los espartanos ni siquiera tenían intención de llegar a un acuerdo de paz. No hacía más que hacerle muecas al embajador. El pobre hombre apenas podía soportar estar en la misma habitación que él.

A Nubit, que ya había escuchado la historia de labios de Protos, le pareció hilarante.

Llegada la segunda hora, uno de los oficiales ya le había hecho a Protos una oferta en firme por Eupraxia.

—No es propiedad de nadie, Ladamo, así que no puedes comprarla —le dijo Protos con hartazgo y dignidad—. Y más aún, es demasiado joven para tener marido.

Fue divertido ver a Ladamo valorar la cuestión. No podía apartar los ojos del rostro de Eupraxia.

Al comenzar la tercera hora llegó un corredor con un mensaje para Epaminondas, que lo leyó con el gesto adusto. Mantuvo una breve conversación susurrada con Pelópidas y entonces proclamó: —Uno de nuestros exploradores informa de que un ejército espartano ha levantado el campamento a una hora de marcha de Platea. Pelópidas y yo tenemos que irnos. Protos, quizá convenga que tú y tu segundo vinieseis con nosotros.

El banquete había tocado a su fin.

30

En el jardín de Epaminondas, Protos y Agenor permanecían de pie, en silencio, junto a la puerta mientras Epaminondas y Pelópidas estudiaban un mapa que habían desplegado ante ellos. La única luz era la de una lámpara de aceite en la mesa.

—Mañana al mediodía volveremos a tenerlos a las puertas —proclamó Pelópidas con el ademán sombrío, como si se estuviera cumpliendo alguna especie de profecía—. La pregunta es: ¿salimos a su encuentro mañana o esperamos?

Epaminondas negó con la cabeza.

—Si saliéramos a su encuentro mañana no sabríamos a qué nos enfrentamos.

Protos y Agenor intercambiaron una mirada cuando el mismo pensamiento les vino al tiempo a la mente.

«Debería haber alguien vigilando la calzada por la mañana».

—Pero tendremos que enfrentarnos a ellos pronto —repuso Pelópidas, algo más airado de lo que pretendía—. No podemos pasar otra temporada agazapados detrás de las defensas. Nuestros soldados tienen que luchar o la moral se resentirá. Tienen que aprender que los espartanos solo son hombres.

—Cierto. —Epaminondas se rascó el mechón blanco de la barba que le había crecido hasta cubrirle casi todo el mentón, y sonrió. —Una victoria también sería útil.

Pelópidas se volvió hacia los dos jóvenes que había junto a la puerta.

—Protos, ¿crees que podrías organizarnos una victoria?

Protos se encogió de hombros y sonrió con dificultad. Pelópidas sabía tan bien como él que estaba todo en juego, y sin embargo era capaz de formular esa pregunta con la divertida indiferencia de quien pregunta lo que hay para desayunar.

—Agenor y yo echaremos un vistazo y te haremos saber algo mañana por la tarde.

—Eso sería muy conveniente.

Cabalgaron toda la noche, y con las primeras luces pudieron divisar el humo

de las hogueras espartanas. Se encontraban en una arboleda desde la que podían observar el camino del norte. Ataron y ocultaron a sus caballos en una hondonada y esperaron.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Agenor.

Estaba nervioso, era comprensible: un ejército, más aún, un ejército al que no se ha visto nunca siempre era más aterrador que soldados individuales que, al fin y al cabo, no eran más que hombres.

—En primer lugar, su número. Tropas, equipo, caballería. En segundo lugar, los oficiales. ¿Quién está al mando? ¿Hay en su Estado Mayor alguien a quien conozcamos? Y, por último, el tren de suministros, al que seguirán los esclavos ilotas. ¿Cuántos? ¿Hay muchas mujeres? ¿Veré alguna cara que me resulte familiar?

Agenor parecía confundido, algo que Protos decidió tomarse por el lado gracioso.

—Piensa en la cantidad. Si hay dos mil espartanos y solo cien mujeres, quitando las putas de los oficiales, esas mujeres van a estar muy ocupadas. Además, también tienen que ocuparse de sus labores. ¿Cómo crees que se sienten con ocho o diez hombres queriendo subírseles a las tripas? De todos los esclavos, las mujeres son las que más odian a sus amos.

—¿Estás pensando en espías?

—Eso es.

—¿Cómo podremos contar la cantidad de tropas? Habrá muchos.

—Los espartanos siempre marchan dispuestos a toparse con el enemigo, así que marchan en orden de batalla, diez hombres de ancho por diez de fondo, con un espacio entre cada una de las falanges. No importa si el camino solo es lo bastante ancho como para cinco de ellos: sencillamente se desplegarán a ambos lados. Veinte falanges, dos mil hombres. Tú cuenta a los soldados de infantería, yo contaré la caballería.

El sol aún lucía rojo sangre en el este cuando oyeron el rumor de miles de pies, el chirriar de las ruedas y el repiqueteo de las cadenas de las carretas, la caótica mezcolanza de sonidos que anuncia un ejército en marcha. Lo oyeron más de un cuarto de hora antes de tenerlo a la vista.

—Por los dioses…

Era un espectáculo digno de ver, aun desde una distancia de unos setenta pasos. Los espartanos eran considerados los soldados más excelsos del mundo, y lo parecían. Marchaban en líneas perfectas, llevaban las lanzas erectas y los hombres tenían un aspecto impresionante, de rostros duros y brutales.

—En realidad no son humanos —dijo Protos en voz baja—. Son máquinas

de matar. Esa es a la vez su fuerza y su debilidad.

Agenor se atrevió a mirarle a la cara, que se le antojó pétrea.

—Los odias de verdad, ¿no es así?

—Sigue contando —espetó Protos, y luego, a modo de disculpa, rio—. Y sí, los odio.

Contaron treinta falanges, tres mil hombres y sesenta jinetes. Había una cantidad sorprendentemente baja de mujeres en el tren de suministros.

Y los espartanos habían traído consigo maquinaria de asedio.

—No solo han venido a arrasar el campo —dijo Protos—. Con un ejército de tres mil hombres es probable que los espartanos piensen que pueden conquistar el Olimpo. Y con la maquinaria de asedio quieren obligarnos a elegir. Podemos enfrentarnos a ellos extramuros o en las murallas. ¿Qué elegirías tú? Y ocurrirá pronto.

—¿Cómo lo sabes?

—Vámonos. Tenemos que informar.

Mientras cabalgaban de vuelta, Protos pensaba en el reto que suponía un ejército enemigo de tales dimensiones. Quería quebrar su orgullo, lo que fuera posible. Quería destruirlos, lo cual ya no lo era tan probable. Los espartanos ahora solo suponían un problema para él, y se centró en cómo el ejército tebano, que nunca se había enfrentado a ellos en batalla, podía obtener algo parecido a una victoria. Salvo en un sentido abstracto, ni siquiera los odiaba. Y en su mente no había miedo.

Agenor volvió a preguntar:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tienen muy poca caballería. Sesenta jinetes en un ejército de ese tamaño apenas son suficientes para llevar mensajes de un lado a otro. No enviarán grandes cantidades de exploradores, lo que significa que no les importa lo que nosotros podamos hacer. Tienen la iniciativa, y pretenden hacer uso de ella.

Protos espoleó su caballo para llevarlo al trote y se echó a reír.

—Y por eso se han dejado a las putas en casa.

—¿Entonces qué podemos hacer?

—¿Hacer? Podemos aprovechar sus errores. Ya han cometido el primero.

Encontraron a Epaminondas y a Pelópidas aún en el jardín. Quizá llevaran allí desde la noche anterior.

—¿Habéis comido algo? —fue la primera pregunta que hizo Epaminondas.

Pelópidas le sonrió divertido a su amigo y luego, cuando Epaminondas

había vuelto de la cocina con un plato de carne y algo de cerveza dijo: —Decidnos lo que habéis visto.

Protos les habló del número de tropas y los dos veteranos escucharon sin apenas moverse. Cuando concluyó su informe, Epaminondas tan solo se encogió de hombros.

—¿Qué crees que significa? —preguntó.

—Significa que vienen a por sangre —repuso Protos—. Significa que harán lo posible por obligarnos a ofrecer batalla.

—¿Y qué harías tú?

La sonrisa de Protos fue salvaje.

—Yo se la daría, pero en nuestros términos. No tienen suficiente caballería para labores de reconocimiento. Podríamos enviar un destacamento por la puerta norte y hacer que marchen hacia el este dando un amplio rodeo. Si tenemos un poco de cuidado, los espartanos no sabrán nada hasta que la trampa se cierre.

—¿Y entonces sacamos al resto de las tropas por la puerta sur y los retamos?

Ambos beotarcas intercambiaron una mirada, y Pelópidas asintió.

—Puede funcionar —dijo—. Incluso si solo luchamos para alcanzar un empate.

—Sí, incluso así.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Epaminondas sopesó la cuestión y se quedó mirando las viñas en flor que casi habían ocupado por completo el muro exterior del jardín.

—Estarán aquí esta noche —dijo, acariciándose la barba con el índice de su mano izquierda—. Y esta noche sus esclavos levantarán la empalizada, así que sus comandantes apenas dormirán. Aventuraría que no estarán preparados para luchar hasta pasado mañana.

—Excelente —dijo Pelópidas, y Protos sabía que lo decía de corazón. Pelópidas amaba la guerra como un sátiro a las mujeres—. Cenaremos pronto y después planearemos la destrucción de los espartanos.

»Por cierto —continuó, volviéndose a Protos—, ¿llegaste a identificar al comandante?

—No.

—En ese caso probablemente se trate de Cleómbroto; no enviarían una fuerza tal si no marchase a las órdenes de un rey. Tenemos suerte. Cleómbroto tiene menos talento que Agesilao.

A la mañana siguiente, cuando aún no había amanecido, Protos abandonó la ciudad por la puerta Prétida y empezó a evaluar las posiciones desde las que sus escaramuzadores podrían obstruir el acceso de las partidas espartanas de reconocimiento de camino al norte. Ningún comandante sería tan necio como para avanzar totalmente ciego. Lo más seguro era que estuviese manteniendo vigiladas a las otras ciudades de la liga beocia, por si intentaban enviar refuerzos, pero saltaba a la vista que Cleómbroto no mostraba mucha preocupación por los movimientos de los tebanos. Probablemente creyera que si podía mantener Tebas aislada no tenía nada que temer.

La labor de los escaramuzadores sería seguir manteniendo la ilusión al menos unos días y, para desempeñarla, tendrían que saber las rutas probables que habría de tomar la caballería espartana para explorar el norte.

Protos sabía que, en caso de que los escaramuzadores fracasaran, la trampa que había planeado acabaría produciendo el efecto contrario. Quinientos infantes tebanos marcharían hacia una emboscada.

Les llevó tres horas averiguar las rutas más obvias hacia el norte, y en el este confluían en dos puntos en las colinas, un terreno que, por otra parte, no resultaba muy apropiado para un hombre a caballo. Un jinete que atravesara cualquiera de aquellos dos puntos podía ser abatido con facilidad.

Ubicaría a sus hombres esa misma noche. Y a la mañana siguiente descubriría si habían aprendido algo de lo que había intentado enseñarles.

Para darles algo que hacer, pues Nubit creía que era el mejor modo de evitar que se preocuparan, la egipcia se llevó a las niñas al mercado. Compraría mucha comida que no necesitaba, dado que aún estaban comiendo de lo que había quedado del banquete de cumpleaños de Protos, y les llevaría un tiempo dar cuenta de todo. Las niñas se quejarían de todo lo que tenían que llevar, y así la rutina diaria volvería a su cauce.

El año anterior, cuando los espartanos habían hecho su aparición por vez primera, apenas lo habían notado. Ese año las niñas eran algo más mayores y ya no estaban tan centradas en hacerse a su nueva vida.

Aquel año tenían miedo.

Si Protos hubiera estado en casa quizá todo habría sido diferente, pero había desaparecido con Pelópidas y Epaminondas. Sin él en casa, las niñas eran presa de un terror irracional, como si los espartanos ya estuviesen recorriendo las calles buscando víctimas.

El mercado era interesante. Como siempre, era un espejo de la ciudad en sí, pues reflejaba tanto su estado de ánimo como sus caprichos. El año anterior el

lugar había vivido cercano al pánico, el precio del pan se había multiplicado por diez al día siguiente de que se avistase el ejército espartano. Esa tarde todos los puestos ya estaban vacíos, aunque, al final, los espartanos nunca llegaron a sitiar la ciudad.

Esta vez, con un ejército aún más numeroso a menos de dos horas de marcha, todo estaba relativamente tranquilo. Los precios estaban más altos, pero no demasiado, y no se percibía sensación alguna de histeria. La gente tenía miedo, como cabría esperar, pero habían aprendido a confiar en sus líderes.

—Epaminondas es un viejo zorro —oyó Nubit que le decía un carnicero a su cliente—. Pensará en algo. Siempre lo hace.

Casi estuvo a punto de soltar una carcajada cuando oyó las quejas de una anciana que esperaba a llenar su jarra de una fuente pública: —Lo que necesitamos son algunos más como Protos —dijo—. Si tuviéramos a cinco como él, los espartanos ni siquiera se atreverían a asomarse por aquí.

Eso era la gloria, pensó Nubit. Ser el héroe de algún vejestorio desdentado que probablemente jamás hubiera visto a Protos el ilota.

Estaba fuera de la ciudad, dispuesto a asumir terribles riesgos que solo los dioses conocían. Nunca había sido capaz de mirar atrás. Era como si estuviera retando a las Moiras para ver cuándo decidían cortar el hilo de su vida.

Y Nubit no podía hacer más que esperar, del mismo modo que todas las mujeres esperaban a sus hombres desde que los dioses los crearan. Y por eso los dioses les habían conferido más coraje a las mujeres que a los hombres.

Protos estaba tumbado en la ladera de una colina intentando no quedarse dormido. La tarde era cálida y no había nada que hacer. Daba sorbos a los posos de su jarra de cerveza.

En cuanto oscureciera, cinco falanges tebanas pasarían por la puerta Bóreas y comenzarían su maniobra de describir un amplio medio círculo. Marcharían toda la noche por una ruta que tarde o temprano los llevaría hacia el oeste, hacia lo que, para entonces, se habría convertido en el campo de batalla al sur de la ciudad.

Cleómbroto no quería dar comienzo a un asedio, nadie quería un asedio. Un cerco podría llevar meses y las bajas para los dos bandos serían horrendas.

Querría tentar a los tebanos a abandonar sus fortificaciones, así que no estaría a la cabeza de su ejército al completo. Quizá enviase un cebo de unos mil hombres, quizá menos, hasta las puertas de Tebas, esperando que Epaminondas mordiese el anzuelo.

Pero eso tendría lugar al día siguiente. Por ahora la batalla de Protos estaba allí, en las colinas de la vertiente norte, donde sus hombres y él tenían el cometido de dejar ciegos a los espartanos.

Y para hacerlo había dado unas órdenes que odiaba dar.

—Matad también a los caballos. No podemos permitir que haya caballos sin jinete volviendo a las líneas espartanas, de lo contrario sabrán que escondemos algo. Hombres y bestias tienen que desaparecer juntos.

Uno de los vigías bajó corriendo por la ladera.

—Tenemos visita.

Protos le siguió hasta lo alto de la colina, desde donde miró hacia el sur, y vio a un hombre montado en un espléndido caballo negro. El animal iba al paso. Esperaron media hora mientras se acercaba.

—¡Mira con qué chulería cabalga! ¡Seguro que se lo tiene creído!

Y no cabía duda de que así era. Los espartanos no le tenían mucho aprecio a la caballería, por lo que aquel no era el mejor destino para un joven ambicioso. Era el arma que los padres influyentes elegían para los hijos en los que no se podía confiar en medio de la batalla, el arma de los soldados nacidos para los desfiles militares.

En menos de un cuarto de hora estaría a tiro de jabalina. Era el momento de tomar una decisión.

—Dejadle pasar —dijo Protos, y la orden pasó de boca en boca por toda la línea. Aún faltaban tres horas para que los tebanos estuvieran listos para emprender la marcha, así que aquel hombre errante no tendría nada que ver—. Si vuelve a toda prisa, entonces le mataremos.

Al caer el sol volvieron a verle, dirigiéndose al sur. Su caballo aún iba al paso y el soldado bebía de un frasco del tamaño de un puño cerrado. Nadie rellenaba con agua un recipiente tan pequeño, y por el modo en el que cabalgaba resultaba evidente que el frasco ya debía de estar casi vacío.

«Ese patán no podría encontrar un ejército aunque se topara con él —pensó Protos—. No ha visto nada. Solo está pensando en la cena».

Protos hizo un gesto con la mano que significaba «dejadle pasar» y el espartano pasó tranquilamente a diez pasos de su peor enemigo.

—Lo del vino es una lástima —dijo Ladamo en voz baja cuando ya no había peligro de que le oyera—. Me hubiera venido bien un trago.

—Eso significa que jamás has probado el vino espartano.

Siguieron vigilando toda la noche, pero no apareció nadie más. Con la primera luz gris de la mañana Protos dio la orden de ponerse en marcha. Era

bien sabido que a los espartanos les gustaba empezar a luchar por la mañana: consideraban que traía buena suerte, y el ilota quería un poco de esta última.

Emprendieron una cómoda carrera, a un paso que diluyese la distancia y al tiempo pudiera servir de calentamiento para cuando llegaran. Cuando pasaron por las posiciones que daban al este, Agenor y sus hombres se unieron a ellos.

—¿Habéis tenido mucho que hacer? —le preguntó Protos.

—Solo dos. —Mientras corría junto a Protos, Agenor negó con la cabeza—. Son muy descuidados, hasta resultar insultante.

—Al menos es un insulto al que sabremos dar respuesta.

Cuando llegaron, el enfrentamiento que estaba teniendo lugar ante Tebas ya se había dividido en dos batallas. Los antagonistas, al principio, habían luchado en igualdad de condiciones; el ataque sorpresa del oeste había obligado a los espartanos a desviar tres falanges, dejando tan solo cinco para luchar contra la principal fuerza tebana de unos ochocientos hombres, liderada desde primera línea por Epaminondas.

Los espartanos estaban acostumbrados a salir airosos ante ejércitos numéricamente superiores, pero ese año los tebanos ya no eran una turba temerosa y desorganizada y los espartanos apenas estaban logrando mantener la posición. Aquella no iba a ser la victoria fácil que estaban esperando.

Protos y su medio centenar de escaramuzadores se lanzaron contra los trescientos espartanos desplegados al oeste, cuyas líneas quizá pudieran quebrar.

En una guerra de escaramuzas todo hombre luchaba solo, y Protos olvidó que era un líder y se entregó por completo a la jubilosa locura de la batalla. No tardó en disfrutarlo. Mató, con toda seguridad, a cinco hombres, y tuvo la gratificante experiencia de ver a los espartanos arrastrando hasta la seguridad de su formación a uno de sus comandantes al que él mismo había abatido.

—¿Os ha dado un susto el hombretón malo, niños? —les gritó—. ¡Pues corred a casa con vuestras madres!

La respuesta fue una nube de jabalinas que Protos esquivó con un baile como si fueran gotas de lluvia.

—¿Acaso no lo podéis hacer mejor? ¡O quizá esperáis que vuestros enemigos se queden quietos para poder acertarles!

Giró la cadera y lanzó, y su jabalina mató a un hombre en el extremo izquierdo de la falange espartana más cercana.

—¡Así es como se hace!

Pero mientras los atormentaba, Protos podía ver la entrada norte de la empalizada espartana, donde empezaban a congregarse otras seis falanges. Miró hacia la primera línea de la formación tebana y vio a Pelópidas gritando

algo.

En batalla, Pelópidas era impetuoso y valiente hasta la temeridad, pero resultaba evidente que hasta él mismo sabía que no serían capaces de enfrentarse a un contingente espartano al que igualaran en número. Un instante después los tebanos empezaron a retirarse.

La batalla empezaba a resolverse a favor de los espartanos, que no daban un paso atrás. Pelópidas lo había visto. Era el momento de retroceder de manera ordenada.

Todos habían sabido, desde el principio, que aquel era el mejor resultado que podían esperar y, sin embargo, no dejó de ser un momento amargo. Protos había contado con poder quebrar al menos una de las falanges espartanas. La razón le decía que era imposible, pero la razón no tenía nada que ver con su deseo de obtener una pequeña victoria. De haber dispuesto de una veintena más de hombres, quizá habría logrado forzar la retirada del enemigo, pero tal y como eran las cosas, la disciplina de las formaciones espartanas acabó por imponerse.

La lucha siguió prácticamente hasta llegar a las puertas de la ciudad, donde los espartanos fueron al fin rechazados por los arqueros tebanos parapetados tras las defensas.

Aunque hubieran sido expulsados del campo de batalla, en cuanto estuvieron al abrigo de las murallas los soldados vitorearon, así como los ciudadanos; incluso Epaminondas, que había estado luchando en primera línea con la fuerza principal, aulló como si se hubiera tratado de una victoria. Y sí, había sido una especie de victoria: habían dejado claro que eran capaces de enfrentarse al más excelso ejército del mundo sin deshonra.

—Ha sido bellísimo —exclamó Epaminondas con un entusiasmo poco filosófico—. Les hemos hecho daño. Por primera vez le hemos hecho daño a un ejército espartano.

—Pero siguen estando ahí fuera —dijo Protos. Estaba igual de contento que el resto, pero la vida le había enseñado a ser realista.

—Sí, pero eso no importa. Hemos estado a la altura. —Epaminondas hizo un amplio gesto con el brazo derecho—. El año que viene seremos tan buenos como ellos, y en cuestión de tres años los habremos superado. El problema con los espartanos es que, al contrario que el resto de la humanidad, no aprenden de sus errores.

»Y acertaste con tu análisis de la situación, Protos. Tienes madera de general.

—En esta guerra no, viejo. —Protos negó con la cabeza, aunque se sintió halagado—. Eso os lo dejo a Pelópidas y a ti.

Nubit estaba entre la muchedumbre, cerca de la puerta principal, y al fin logró abrirse paso a codazos hasta Protos. El ilota estaba de espaldas a ella, pero Nubit le tiró de la manga.

Siempre recordaría el gesto de jubilosa sorpresa en su rostro cuando la reconoció.

—¿Dónde has estado estos días? —preguntó la egipcia fingiendo un enfado que para nada sentía.

—¿Que dónde he estado, mi pequeña madre? —Se inclinó y la besó en la boca—. Jugando con los niños mayores.

31

Durante tres días y tres noches Cleómbroto permaneció en su tienda de campaña, consumido por una rabia atroz al no saber a quién echar la culpa. Los hombres habían luchado bien, con valor y arrojo, como se esperaba de los espartanos. No era culpa de los hombres.

Cleómbroto hubiera vivido una existencia feliz si su hermano, Agesípolis, quien le había precedido como rey, no hubiera muerto de fiebres. Cleómbroto era valiente y terco, pero no le gustaba ser rey, y los complicados pormenores del mando le ponían nervioso. No era un político. Era soldado. Solo quería luchar.

A efectos prácticos, la batalla había sido una victoria, dado que habían expulsado a los tebanos del campo, pero no sabía a victoria, y no habían conseguido nada. Si no se conseguía nada, no era una victoria, y si no era una victoria, era una derrota.

Y si se trataba de una derrota, tenía que haber un culpable. Cleómbroto tenía la incómoda sensación de que el culpable era él.

Tres noches después de la batalla un hombre a caballo llegó ante la empalizada y solicitó ser recibido. Vestía como un espartano y traía una carta para el rey del antiguo éforo Dienekes. Cleómbroto la leyó y ordenó que el mensajero se presentase ante él.

—¿Has leído lo que dice esta carta? —preguntó.

—Sí, mi señor.

El rey señaló una banqueta. Éurito se sentó. Un esclavo trajo una bandeja con una jarra de vino y dos cuencos de cerámica.

—Sírvenos algo de vino —dijo el rey—. Y dime por qué tiene tantas ganas tu padre de saber cómo progresa nuestra campaña. Es amigo de mi homólogo, el rey Agesilao. ¿Acaso desea humillarme?

La pregunta era a un tiempo ingenua y falta de tacto. Éurito se sintió avergonzado mientras pensaba en una respuesta.

—Ningún verdadero espartano desea ver humilladas a las tropas espartanas, mi señor —dijo al fin—. Por la razón que sea. Y mi padre es un verdadero espartano.

El rey se encogió de hombros y aceptó el cuenco de vino.

—Entonces ¿por qué?

—Porque sus negociaciones en Atenas no están llegando a ninguna parte. Cada vez se acumula más resentimiento contra Esparta, y este, aunque no sea necesariamente a favor de Tebas, sí que se alimentaría en caso de que la ciudad lograse detenernos. Por lo tanto, está interesado en conocer tu valoración.

El rey bebió el cuenco de un trago y alargó la mano para que le volviera a ser rellenado.

Daba la sensación de que el único comentario al respecto fuera a ser un encogimiento de hombros.

Durante el momento de silencio que siguió, a Éurito se le pasó por la cabeza que el rey Cleómbroto no era un hombre muy inteligente. Todos sus pensamientos quedaban reflejados en su rostro, como si cada uno de ellos necesitara de alguna especie de esfuerzo físico.

—Durante el transcurso de la batalla vi algo tan sorprendente que apenas pude llegar a creerlo —dijo el rey al fin—. Uno de los tebanos, aunque no llevaba su uniforme, mató a varios de nuestros hombres. Estuvo a punto de matarme a mí. Por supuesto, cada una de sus jabalinas recibió la respuesta de varias de las nuestras, pero cayeron a su alrededor sin causarle daño alguno; apenas le costó esquivarlas. Parecía pensar que todo esto era una especie de broma. Se burló de nosotros varias veces. Tenía acento dórico.

—Sé a qué hombre te refieres.

—Sí, eso creía. —El rey, con el semblante ausente, le dio un sorbo al vino —. Hay hombres en el campamento que estuvieron con Agesilao el año pasado… Tengo entendido que tú también estuviste aquí.

Éurito asintió.

—Bien, cuentan historias de un tebano. Le llaman «el hombre descalzo. Por lo visto, nos hizo la guerra él solo. Me pregunto si el hijo de Dienekes puede contarme algo sobre él.

—¿Contarte? —Éurito inclinó la cabeza hacia atrás y rio; hasta a él mismo su risa le sonó histérica—. Solo que es el hombre más peligroso que hay en el mundo.

—Al final no deja de ser nuestro peor enemigo. A Epaminondas y a Pelópidas no les importa nada salvo Tebas. Su objetivo no es destruirnos, sino defender su ciudad. Protos lucha para ellos solo porque luchan contra nosotros. Si Tebas y Esparta alcanzaran la paz, buscaría otra forma de hacernos daño. No se detendrá jamás.

—En ese caso, ¿qué sugieres que hagamos?

—Ofrecerle a Tebas un tratado de paz, y que uno de los requisitos sea que

nos entreguen a Protos. Después de todo es un esclavo fugitivo.

El rey sopesó el comentario un instante, y entonces emitió un sonido que estaba entre el gruñido y la risa.

—No es posible ofrecerle la paz a Tebas —dijo—. Se ofrece la paz cuando se va ganando, y eso aún no está ocurriendo. En este momento ni siquiera podría ofrecer un cese de hostilidades sin que se interpretase como signo de debilidad.

»Además, este Protos tuyo… solo es un hombre.

Con las primeras luces Éurito montó su caballo y empezó su viaje de vuelta a Atenas. Informaría a su padre de que Cleómbroto había luchado en una batalla y había expulsado a los tebanos del campo. Si aquello se tomaba como una victoria o no tendrían que decidirlo los demás.

Estaba desanimado. Consideraba que la campaña contra Tebas era contraproducente. Los días en los que Esparta podía erigirse como árbitro de Grecia habían pasado. En lugar de malgastar sus fuerzas en guerras contra el resto de ciudades, debería establecer un sólido control sobre el Peloponeso.

Los hombres como Cleómbroto, los hombres como su propio padre, aún creían en el gran mito de la invencibilidad espartana. Y eso ya suponía una derrota.

32

El simple hecho de que Tebas hubiese osado salir al campo de batalla contra Esparta, aunque hubiera sido obligada, había sido interpretado como una victoria no solo por los tebanos, sino por otras ciudades de Beocia. Graea, Coroneia, Tespia, Hieto, Orcomeno e incluso Platea enviaron soldados a luchar contra los espartanos. Acto seguido se dieron un puñado de batallas sangrientas e inconclusas, y al fin la campaña de Cleómbroto acabó con su retirada, un reconocimiento tácito al hecho de que había sido incapaz de acabar con la independencia de Tebas.

Protos estaba en la muralla sur, observando a los espartanos mientras formaban y se disponían a marchar hacia el sur. A su lado estaba Agenor.

—No acabará aquí —dijo Protos. Por la expresión de su rostro cualquiera hubiera dicho que se alegraba de ello—. Seguirá durante años. Cleómbroto y Agesilao se darán el uno al otro el mando de la campaña como niños jugando con una pelota de madera, y no se detendrán hasta que ambos bandos acaben exhaustos.

Agenor estaba consternado.

—Estoy seguro de que acabarán por darse cuenta de que es inútil —dijo.

—No, nunca.

Protos negó con la cabeza y rio. Sí, se alegraba de que fuera a ser así.

—Creo que están todos locos. Creo que es la forma en que los crían lo que los hace incapaces de entender hechos incómodos, incluso cuando los tienen ante los ojos. Les falta imaginación para el cambio, así que seguirán atizando la misma piedra con el mismo martillo hasta que el martillo se rompa.

—Pero habrá intervalos de paz. Si no los hubiera, los hombres dejarían de amar la guerra. ¿No sería triste?

Habría un banquete esa misma noche, en casa de un oficial de alto rango llamado Gaiómaco, quien, a la sazón, era rico, así que Nubit le había comprado a Protos una nueva túnica, para que no tuviera el aspecto de un «campesino con boñiga entre los dedos de los pies», tal y como dijo la egipcia.

—Pero soy un campesino con boñiga entre los dedos de los pies —repuso burlón.

—En ese caso lávate los pies y ponte la túnica nueva igualmente. Y cálzate las sandalias.

No había sido necesario comprar sandalias nuevas, porque su único par estaba bajo la cama, acumulando polvo.

—Y no vayas esparciendo tu semilla por ahí con las esclavas.

—Estaré demasiado borracho para eso.

Nubit le dio una bofetada juguetona y rio.

La casa de Gaiómaco estaba a menos de un cuarto de hora de camino. El banquete iba a ser solo para hombres, lo que parecía ser costumbre entre los griegos de buena familia. La esclavitud daba lugar a un efecto nivelador y las familias en la aldea de Protos siempre habían disfrutado juntas de sus pocas celebraciones, algo que le parecía tanto más civilizado como más divertido. Los banquetes en las casas de los ricos solían degenerar y convertirse en terribles borracheras de las que los invitados tenían que ser llevados a cuestas.

Esa noche, sin embargo, entre los invitados estaban los líderes del ejército tebano, y entre ellos los beotarcas Epaminondas y Pelópidas. Era poco probable que hubiera alguien que quisiera hacer el ridículo en su presencia.

A Protos le había sorprendido recibir la invitación. Después de todo no era más que el jefe de un contingente improvisado de escaramuzadores, apenas un soldado de verdad, y solo conocía a Gaiómaco de vista. Además, era un extranjero de baja cuna.

En casa de Gaiómaco le asaltó el terrible presentimiento de que quizá hubiera sido el primero en llegar. Decidió esperar a la sombra de un edificio al otro lado de la calle hasta que algún otro hubiese llegado, pero la suerte no quiso sonreírle.

—Protos, ¿qué haces ocultándote por ahí? Ven, tómate un cuenco de esa asquerosa cerveza que bebes.

Era su anfitrión, que se encontraba de pie en el último escalón del acceso a la puerta principal de su casa. Gaiómaco era un hombre alto, de la estatura de Protos, aunque de complexión más sustancial. Tenía el cabello y la barba negros y rizados, y cuando sonreía mostraba los dientes como pudiera hacer un perro gruñendo. Era temerario en batalla y tenía fama de ser un buen hombre.

—Me alegra que hayas llegado antes que el resto —siguió diciendo mientras le envolvía los hombros con el brazo—. Nos dará un rato para conocernos. Siempre he querido decirte lo que disfruté viendo cómo atormentabas a esos matones espartanos. Te odian, ¿sabes? ¡Es fabuloso!

Una vez dentro apareció una sirvienta con una bandeja en la que llevaba un único cáliz de bronce. Protos se preguntó si efectivamente era una esclava. Sí,

debía de serlo. ¿Qué iba a ser si no?

Gaiómaco cogió el cáliz con delicadeza entre el dedo medio y el pulgar y se lo ofreció a Protos.

—Toma. Espero que esté a tu gusto.

Era cerveza.

—¿Cómo has sabido que prefiero la cerveza, o simplemente lo has supuesto…?

—Es una de esas cosas que uno no puede evitar saber sobre ti. En el ejército todos saben que odias el vino. A las destilerías les va muy bien.

Era una cerveza excelente, pensó Protos. También decidió dejar de sentirse cohibido en presencia de aquel aristócrata, quien, aparentemente, tan solo quería mostrarse amable.

La sala de banquetes era enorme y estaba repleta de divanes que parecían organizados de forma caótica. Protos, instintivamente, se dirigió a la parte trasera de la estancia.

—No, no. Ven aquí arriba —le dijo Gaiómaco casi gritando—. Solo habrá una veintena de invitados esta noche y será muy informal. No querrás estar solo.

Protos se sentó bien erguido en un diván a dos de distancia de su anfitrión, dándole sorbos a su cerveza y sintiéndose como un cateto.

Había dos chicas y un hombre mayor que se afanaban en preparar las mesas para el banquete. Como buenos esclavos, habían adquirido la habilidad de parecer invisibles: estaban y no estaban al tiempo, salvo para quien había sido un esclavo.

Protos los observaba y se preguntaba cómo sería su vida en casa de un hombre poderoso como aquel. ¿Los maltrataba Gaiómaco? ¿Obligaba a las chicas a calentarle la cama? Parecía un hombre decoroso, pero ¿quién podía decirlo? Disfrutar de un poder casi ilimitado sobre otro ser humano no solía sacar lo mejor de la naturaleza de nadie.

Seguramente la mayoría de los ciudadanos de Tebas poseyeran esclavos y consideraran tal extremo como lo más natural del mundo. Salvo por aquellos que trabajaban en las minas o cuyas cortas vidas se diluían cargando con piedras para los grandes proyectos arquitectónicos, los esclavos de las ciudades parecían vivir bastante mejor que los ilotas del Peloponeso, pero no dejaban de ser esclavos. Era un hecho que crispaba el alma de Protos, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. No tenía el poder de cambiar el mundo.

Ni Epaminondas ni Pelópidas tenían esclavos: hacía tiempo que habían concedido la libertad a aquellos que habían heredado. Era una razón más para

apreciarlos.

Poco a poco fueron llegando más invitados y el ambiente se tornó más animado. La mayoría eran hombres a los que Protos solo conocía de vista, algunos ni eso, pero todos parecían saber quién era él. Le hablaban con la familiaridad propia de los viejos amigos. Para el esclavo de Laconia resultó ser una extraña experiencia.

Pasada una hora apareció Epaminondas y luego, poco después, Pelópidas. Sortearon al resto de los invitados y al final Epaminondas se unió a Protos en su diván.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó.

—Te responderé cuando sepa qué estoy haciendo aquí. ¿Por qué has hecho que me inviten?

Epaminondas sonrió levemente, como si hubiera dado respuesta a una necesidad oculta.

—Estás aquí para conocerlos, y para que ellos te conozcan a ti —respondió—. Quiero que empieces a entender lo importante que te has vuelto.

Una esclava le trajo un cáliz con vino. El cáliz tenía un ancho reborde, y el tebano lo cogió con delicadeza, como si temiera derramar su contenido.

—La gente necesita héroes —siguió diciendo después de dar un sorbo—. Los comandantes piensan en los números, pero el pueblo se guía por las personas. Eso es probablemente porque sus hijos, maridos y padres son los que luchan, y, por tanto, la guerra debe adoptar un rostro humano. Tú te has convertido en ese rostro, y creo que es así tanto para los espartanos como para nosotros.

Dio la sensación de que el ruido del banquete empezaba a morir. Ambos se quedaron solos en un pozo de silencio. Protos sintió como si un carámbano de hielo le hubiera atravesado el corazón.

—¿Y qué tienes en mente? ¿Advertirme?

Epaminondas se encogió de hombros.

—En cierto sentido, puede que sí. Deberías saber que tu vida ha adquirido un significado que va más allá de quien eres. Esto supone beneficios y peligros tanto para ti como para Tebas. —Entonces esbozó su indescifrable sonrisa—. Te diré algo que apelará a tu vanidad. Hace diez días recibí un mensaje de Cleómbroto en el que me ofrecía un cese de hostilidades durante seis meses. Solo había una condición: que entregase a los espartanos a un esclavo fugitivo en concreto. —La sonrisa se le hizo más amplia y luego desapareció—. Me he negado, por supuesto. La lealtad personal me obliga, después de todo me salvaste la vida una vez y has sido un fiel y útil servidor a Tebas. Pero un líder suele estar obligado a ignorar consideraciones tales. Aunque tenía dos razones

de fuerza adicionales. La primera es que ya sabía gracias a mis espías que los espartanos estaban preparando la retirada. La segunda es que, de haber aceptado, habría puesto en peligro mi propia posición política. Eres lo bastante querido como para que la próxima vez que apareciese ante la asamblea me hubiera arriesgado a que me apedrearan. —Posó la mano en el hombro de Protos, como si pretendiera reconfortarle—. Puede que esté exagerando un poco, pero no mucho.

Protos sintió el peso de la mano y tuvo que admitir para sí que estaba aterrado. En batalla nunca tenía miedo porque el enemigo estaba a la vista y comprendía todo lo que podía pasar. Pero en el mundo de aquel hombre se sentía perdido.

—¿Y dónde me deja a mí todo esto? —preguntó.

—Esa es exactamente la pregunta a la que debemos hallar respuesta.

Epaminondas apartó la mano y cogió su cáliz. Dio un sorbo y pareció dudar mientras lo sopesaba. Luego volvió a centrar su atención en Protos.

—Tenemos que averiguar cómo hacer el mejor uso de aquello en lo que te has convertido.

Cuando Protos llegó a casa no se fue a la cama. Nubit le encontró en el jardín, sentado en un banco de piedra bebiendo cerveza.

—¿No has disfrutado del banquete? —preguntó.

El ilota se encogió de hombros.

—¿Te han hecho de menos esos aristócratas?

—No. Todo el mundo ha sido muy amable.

—Entonces ¿qué te ocurre?

—Soy un ídolo en Tebas —dijo con un tono de voz que invitaba a pensar que lo que estaba diciendo era a la vez inexplicable y de mal gusto—. Me he convertido en un héroe. ¿Lo sabías?

—Lo supe antes de que lo supiera la gente de Tebas.

—¿Te burlas de mí?

—No. —Rio levemente—. Eso nunca.

Nubit se colocó detrás de él en la cálida oscuridad y le acarició el pelo. Protos inclinó la cabeza hacia atrás, contra su pecho, y cerró los ojos.

—Mi padre jamás mató a nadie —dijo al fin—. ¿Qué pensaría si pudiera verme ahora? ¿Dónde está la gloria cuando matas?

—Eres valiente. La gloria no está en matar, sino en el valor necesario para enfrentarse a la muerte.

—Epaminondas quiere que acompañe a sus diplomáticos en sus misiones.

Voy a ser exhibido como un animal exótico, con colmillos y garras. Dice que ganaré amigos para la causa tebana. ¿Cómo voy a hacer eso?

—Siendo quien eres.

La mujer negó con la cabeza, dando a entender que ya habían hablado bastante sobre el asunto. Pasaron un rato sin decir nada. Y entonces Protos alargó el brazo y le cogió de la mano.

—Creo que me apetece ir a la cama ahora —dijo con voz queda.

—Una magnífica idea.

Casi estaban en las escaleras de piedra que llevaban a la cocina cuando se detuvieron. El muchacho aferró el brazo de Nubit. Parecía confundido, casi temeroso.

—¿Tengo que ser eso? ¿Un héroe? —preguntó.

Nubit alzó la mirada hacia el cielo nocturno, que era del color del azabache y estaba repleto de estrellas. Sobre su cabeza vio la constelación a la que los griegos llamaban el Trabajador, que estaba relacionada con Heracles. Le hizo sonreír.

—Te guste o no.

33

Ese mismo cielo cubría Esparta cuando Éurito fue convocado por su padre.

—Ahora tienes veinticinco años —le dijo Dienekes—. Va siendo hora de que te cases.

—Aún me faltan cinco años para la edad obligatoria. El matrimonio puede esperar.

Dienekes estudió el rostro de su hijo: Éurito parecía un animal acorralado. Tal y como temía.

—Estás pensando en tu esclava —dijo en voz baja—. He tomado las medidas oportunas. Se casará con un hombre libre que no sea ciudadano, un joven agraciado y ambicioso. Tendrá una dote adecuada y se irán a vivir a una de las colonias itálicas.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

—Como digo, he tomado las medidas oportunas. No te corresponde a ti estar o no de acuerdo. Está hecho.

Estaban en el jardín de Dienekes; no era el tipo de conversación en la que a Dienekes le gustara tener testigos, y los dos hombres estaban de pie. La escena tenía todo el aspecto de ser una discusión.

—Sabías que lo de Ifigenia no podía durar siempre —continuó Dienekes, ya que lo sentía por su hijo—. Siempre lo has sabido. Te has encariñado demasiado con ella.

—No volveré a cometer el mismo error.

—No. —Dienekes negó con la cabeza—. Pero quizá encuentres la felicidad con una esposa. Mi amigo Nicandro tiene una nieta…

—Y seguro que el matrimonio incluirá ventajas políticas y dinásticas —interrumpió Éurito—. Bien, dado que te gusta hacer arreglos, lo dejo en tus manos. Al parecer, una mujer es lo mismo que cualquier otra.

Dicho eso, dio media vuelta y se fue del jardín de su padre. Era su padre, y no era capaz de soportar mirarle a la cara. Un instante más y le hubiera golpeado.

Una vez en la calle se limitó a caminar sin dirección ni propósito. No tenía ni idea de dónde estaba ni de adónde se dirigía. Era como un ciego; el mundo a su alrededor estaba anulado.

Al fin se detuvo. Estaba exhausto, no por el paseo, sino por la negra tristeza

que sentía en el corazón. Se apoyó contra un edificio y se cubrió los ojos con la mano.

¿Dónde estaba Ifigenia? Ahora, en ese preciso instante, ¿dónde estaba? ¿Le había amado alguna vez? ¿Un poco incluso? ¿Estaba ahora en brazos de su ambicioso y apuesto nuevo amante? ¿Con el que dentro de poco sería su esposo?

Contra todo juicio y razón, Éurito sintió que Ifigenia le había traicionado.

Al mismo tiempo sabía que no era culpa suya. Era una esclava, al servicio absoluto de su dueño. Lo que pudiera desear o sentir no importaba. Si le echaría de menos en la península itálica, si echaría de menos sus caricias o si la nueva vida que se abría ante ella suponía una liberación…, nadie, ni siquiera su nuevo esposo, lo sabría nunca.

Y tampoco era culpa de su padre. Aquel momento era inevitable. Por ley y por costumbre, Éurito era perfectamente consciente de ello: debía casarse. Y por ley y costumbre su novia debía ser una doncella espartana.

Su padre le había hecho un favor. En un año más hubiera sido aún más difícil dejar marchar a Ifigenia. Pasados cinco años hubiera sido imposible.

En aquel momento perderla no le mataría, aunque esa noche casi lo deseara.

Durante varios días, sus compañeros de mesa comunal no sabían muy bien qué le ocurría a Éurito. Acudía a las comidas como correspondía, pero siempre parecía estar en otro lugar. No hacía bromas, apenas hablaba, y si alguien se dirigía a él sonreía débilmente y pedía que repitiera lo que le había dicho.

Y bebía más vino del que era decoroso beber.

De haber sabido cómo pasaba las mañanas, sus amigos se hubieran preocupado aún más.

Pero nadie lo sabía, porque después del desayuno no había modo de encontrar a Éurito. Solía coger un caballo y adentrarse en la campiña, sin nadie a su lado salvo una jarra de recio vino laconio; luego buscaba una sombra desde la que poder contemplar el correr del Eurotas y bebía hasta que empezaba a llorar. Una vez exhaustos sus lamentos, dormía bajo los árboles y después nadaba en el río. De este modo era capaz de superar el resto del día sin ponerse en ridículo.

Jamás pasaba cerca de la casa de su padre.

Tarde o temprano, sabía, hasta los corazones rotos sanaban. Quizá siempre llevara las cicatrices de su tormento, pero acabaría funcionando lo bastante bien. Latiría, aunque perdiese su capacidad para sentir.

Ifigenia se había ido. Estaba en la península itálica, yaciendo bajo su marido

mientras este descargaba su semilla. Nada podría traerla de vuelta.

Y Éurito no tardaría en convertirse en el esposo de una tal Helena.

Entendía que aquello era necesario. Había sido el modo de vida de los espartanos durante cientos de años. Un espartano debe casarse para perpetuar la raza. Era la ley, parte de la disciplina que los había convertido en los mejores soldados del mundo y, durante un breve espacio de tiempo, en dueños de Grecia. La dificultad no radicaba en comprenderlo, sino en aceptarlo. Lo haría porque estaba obligado a hacerlo, aunque sus deseos caminaran en otra dirección.

Pero a nadie le importaban sus deseos.

Al fin Éurito llegó a la conclusión de que era tan esclavo como lo había sido Ifigenia. Y, siendo ella libre, él sería un esclavo hasta su último aliento. Su vida le pertenecía al estado.

Pero reconocerlo era lo que hacía a los espartanos lo que eran. Servían a los dioses, a sus ancestros y a su ciudad. Eso era lo que ennoblecía sus vidas.

Y la liberación solo llegaba cuando cerraban los ojos al morir.

Esparta, la Esparta en la que vivían Éurito y su padre, era un lugar pequeño, poco más que un pueblo en el que todo el mundo conocía a todo a todo el mundo, o al menos a ellos. Así que Éurito sí conocía vagamente a Helena, la nieta de Nicandro. Su madre había muerto de unas fiebres que había contraído, o eso decían, tras la noticia de que el padre de Helena había encontrado su final luchando en algún lugar de Asia. La niña les había sido confiada a sus abuelos.

Éurito decidió que probablemente la conociera de vista, aunque estaba prácticamente seguro de que nunca había hablado con ella. Pero eso estaba a punto de cambiar.

Esas cosas se organizaban según fórmulas establecidas y probadas desde hacía siglos. El festival de Artemisa llegaría pronto y todos acudirían. Las chicas, vestidas con túnicas de color azafrán, bailarían por las calles. Una de ellas sería Helena, que acababa de cumplir los diecisiete, y un niño sería sacrificado en el templo de la diosa. Habría comida por las calles y todas las familias se darían cita. Y, de algún modo, nadie sabía nunca cómo, se organizaría con celo un encuentro «fortuito».

Así fue aquella maravillosa tarde, en la que el tiempo era perfecto y Éurito ya había tomado uno o dos cuencos de vino, que se encontró con la espalda reposada contra un árbol, comiendo pedazos de buey asado en compañía de una muchacha de pelo negro, bastante bella, que parecía, a juzgar por sus ropas ligeras, tener un pecho bien formado.

¿De qué hablaron? Éurito acabó contándole su campaña itálica. Incluso le enseñó la cicatriz que tenía en el hombro.

—¿Te dolió? —preguntó ella.

—Sí, pero menos de lo que hubiera esperado. Me dicen que siempre es así. En batalla uno no le presta atención al dolor.

Hacía cinco meses que Ifigenia se había ido y Helena hizo lo posible por mostrarse seductora. Casi se le subió al taparrabos, y ¿por qué no? Prácticamente podía decirse que ya estaban casados.

Al fin Éurito alargó la mano y le palpó el pecho izquierdo con la mano. El gesto fue casi despreciativo. Pero ella no se negó. Parecía estar intentando dar la sensación de que no se había dado cuenta.

No, no le importaría apartarle las piernas a aquella muchacha. Era un hombre con las necesidades de un hombre, y para eso serviría la muchacha. Pero para entonces ya sabía que jamás sería capaz de amarla.

Dos días después Éurito visitó al abuelo de Helena y le pidió su mano. La cuestión de la dote, le había dicho su padre, ya estaba hablada, así que su aparición por allí no fue más que un formalismo. No vio a Helena. Por tradición ya era suya.

Y esa noche, a altas horas, cuando la casa de Nicandro estaba sumida en la oscuridad, Éurito volvió a caballo a recoger a su novia para consumar el acto que la haría su esposa.

Era una tradición, tan inviolable como absurda, una reminiscencia de la idea de que el guerrero se llevaba lo que quería. Una boda tenía que tomar la forma de un rapto.

Así que, instantes después, Helena, vestida con el atuendo de un hombre, salió por la puerta del jardín, él se inclinó para auparla y colocarla detrás de él en el caballo.

Cuando hubieron cabalgado lo suficiente como para perder Esparta de vista Éurito se apeó de su montura y la llevó de las riendas con su novia encima, hasta el bosque. Allí tendió su capa en el suelo para ella.

Intentó hacerle el amor, pensando que quizá algo pudiera despertarse entre ellos si la besaba y la tocaba del modo en que lo había hecho con Ifigenia, pero la muchacha no respondió.

Ella al fin suspiró tensa:

—¡Hazlo!

Lograron consumar. No pareció provocar en la muchacha placer alguno, y él se alegró cuando acabaron. Esperaron un poco, sentados en su capa, y luego

Éurito se puso en pie y le ayudó a levantarse.
Cabalgaron de vuelta a Esparta y la dejó junto a la puerta del jardín de su abuelo. Todo había ocurrido según la tradición. Apenas habían intercambiado unas palabras.

Protos estaba con Pelópidas, viajando por las ciudades de la liga Beocia, y Nubit estaba en casa enseñándoles sumas a las niñas.

Al principio no eran capaces de entender para qué. Eran ignorantes como cisnes y apenas podían contar los dedos de ambas manos, pero al fin Nubit consiguió explicarles todo de modo que pudieran comprenderlo.

—¿Queréis acabar siendo las esposas de un campesino o las de un estibador o un jornalero? ¿Acaso vuestras ambiciones no van más allá? Espero veros casadas con comerciantes o con hombres que tengan alguna habilidad, para que podáis vivir unas vidas cómodas y no morir de agotamiento antes de cumplir los cuarenta. Si aprendéis a sumar podréis ayudar a vuestros maridos en sus negocios.

»También quiero enseñaros a leer.

—¡Leer! —gritó Galene—. Hay escribas que se dedican a eso. ¿Qué mujer lee? No es nada femenino.

—Yo no quiero leer —lloriqueó Hemera—. Los números ya son lo bastante difíciles.

Pero Nubit no cedería.

—Yo puedo leer —les respondió—. Yo le enseñé a leer a Protos. Le llevó exactamente dos días aprender el alfabeto y ahora lee a los poetas griegos por placer… Y sabe escribir. Claro, debemos tener presente que Protos es inteligente. Ni siquiera un hombre de cada diez sabe el alfabeto, y menos de uno de cada veinte puede escribir los caracteres de su propio nombre. Vuestros maridos, ricos y prósperos como espero que sean, probablemente no sepan leer, pero es siendo más sabia que su marido que una mujer se gana su respeto. Vamos, si Protos puede aprender, también podéis vosotras. Lo que puede hacer un hombre lo puede hacer una mujer.

Pero lo primero eran las cuentas.

La dificultad inicial fue convencerlas de que los números superaban el diez; en sus mentes, cualquier número superior a diez era, sencillamente, «muchos». Así que Nubit empezó por enseñarles los nombres de los números hasta el veinte, luego hasta el treinta, y así sucesivamente. En unos pocos días lo estaban contando todo: la cantidad de piedras en el hogar de la cocina, el número de árboles que había en la calle, el número de días de cada mes…

Entonces Nubit sacó su bolsa con el dinero de su escondrijo y dejó caer las monedas sobre la mesa. Les enseñó los valores de las monedas y cómo sumarlas. Dado que las monedas provenían de muchas ciudades diferentes y cada una tenía valores diferentes, la suma se hacía complicada. Eupraxia resultó ser bastante hábil calculando equivalencias.

Cuando lograron dominarlo, Nubit les enseñó a sus hijas cómo escribir los números, y dado que los griegos utilizaban los mismos caracteres tanto para números como para letras, fue un buen punto de inicio para aprender el alfabeto.

Tales diversiones duraron la mayor parte del mes. Los números acabaron siendo más fáciles que las letras, y leer seguía confundiendo a las chicas, aunque Galene progresaba. La pequeña Hemera solía romper a llorar con solo ver algo escrito.

Cada cinco o seis días, que solía ser la regularidad con la que Éurito se veía capaz de hacerlo, el espartano se colaba por la puerta del jardín de la casa de Nicandro para subir arriba y visitar a su nueva esposa. Nicandro era perfectamente consciente de las visitas, y lo habría considerado una ofensa contra el honor de su familia si estas no se hubieran llevado a cabo, pero había que seguir manteniendo la ilusión de que eran acciones furtivas.

Cuando Éurito abría su puerta, siempre había una lámpara de aceite encendida en el suelo junto al lecho de Helena. Él la vería y ella, sin decir palabra, levantaría el extremo de la sábana para que pudiera contemplar su cuerpo desnudo. Parecía pensar que con eso era suficiente para excitarle.

Una vez acababan, ella sacaba una pequeña jarra de vino y un par de cuencos de debajo de la cama. Entonces pasaban a la parte de la visita en la que conversaban, que en poco tiempo se tornaba lo bastante aburrida como para Éurito ardiese en deseos de marcharse.

Llevaban tres meses casados cuando Helena empezó a quejarse de que aún no se había quedado embarazada.

—Si vinieses más a menudo quizá ocurriese —susurró.

Estar encinta, por lo visto, sería la solución a todo, incluida su aparente indiferencia hacia el acto sexual. Lo único que quería de su marido era su semilla.

—Vengo todo lo que puedo. Tengo otras obligaciones.

El comentario fue recibido con un gesto de desprecio.

Y así era el matrimonio, pensó Éurito para sí. Era un milagro que la raza de los hombres no se fuera extinguiendo poco a poco.

Después de haber estado fuera un mes, Protos volvió una tarde. Las niñas apenas le dejaron aclararse la garganta con un poco de cerveza antes de insistir en mostrarle sus logros. Fingió estar asombrado, pero no puedo evitar percatarse de que Hemera, la pequeña, se mostraba retraída.

Cuando acabaron de cenar se sentó con ella hasta la hora de dormir y le leyó alguno de los rollos de papiro que tenía en su despacho. Era un relato muy interesante, pero Protos se detenía de vez en cuando para señalar las letras.

—¿Ves esta? —preguntó—. Esta es alfa, y se parece a la cabeza de un buey, solo que hacia atrás. Esta es pi, y se parece al marco de una puerta.

—¿Crees que puedes conseguir que aprenda? —le preguntó Nubit una vez que estuvieron en la cama—. No es tan avispada como las otras dos.

—Es joven y tiene miedo a hacerlo mal. ¿Recuerdas las tortas?

Incluso en la oscuridad, Nubit sabía que Protos estaba sonriendo.

—A veces el truco está en enseñar algo sin que parezca para nada que lo estás enseñando —siguió diciendo mientras le posaba la mano en el vientre.

Después de hacer el amor, él se quedó dormido y Nubit despierta, escuchando su respiración. Se sentía feliz como una tonta. Amaba a aquel hombre, que parecía adorarla; era valiente e inteligente y aún podía sentarse durante horas a enseñarle a una pequeña las letras. Tenía a sus tres hijas, que parecían haber decidido que los dioses habían subsanado su error dándoles una madre. Su vida parecía bendecida.

Pero Nubit sabía que todo era una ilusión. Las niñas crecerían y la dejarían por sus maridos y sus hijos. Ella se convertiría en alguien del pasado. Protos era un guerrero que se arriesgaba demasiado. El fin de una felicidad como la suya estaba cerca.

Se decía a sí misma que con el presente bastaba. Todo lo que quería del futuro era que las niñas se establecieran bien. La vida misma tenía un límite.

Cerró los ojos y le pidió a la Madre Tierra que retrasara su venganza.

34

La guerra se alargaba sin que nadie pudiera atisbar un final. Duraba ya siete años, y ambos bandos estaban hartos. Incluso Protos estaba cansándose de la inactividad. Le daba la sensación de que nadie estaba dispuesto a arriesgar, que las batallas se habían convertido en bailes formales que no decidían nada.

Por eso Protos, Epaminondas y otros treinta oficiales estaban esperando junto al templo en ruinas de Poseidón en Istmia, donde se darían cita con un contingente similar de oficiales espartanos y les serían entregados diez rehenes que servirían de garantía a las buenas intenciones de Esparta.

Epaminondas y cinco de los oficiales tebanos viajarían a Esparta para ver si podían alcanzar un acuerdo que acabara con la guerra.

Protos estaba sentado en su caballo, sintiendo las brisas del golfo de Sardes e intentando imaginar en qué se convertiría su vida si esa guerra acababa. No quería que se llegara a un entendimiento. Quería una victoria.

Se sentía incómodo con su atuendo militar. Lo que más odiaba era el casco, que era de bronce y hacía que fuera difícil oír.

—Ahora tienes veinticinco años —le había dicho Epaminondas—. Eres un oficial importante y el protocolo exige que lleves esas ropas. Y quiero que los espartanos te vean la cara. Te temen, y tu presencia en la entrega les recordará que Tebas no va a tolerar ninguna tontería.

Al fin, en la distancia, vieron una nube de polvo que flotaba de izquierda a derecha. Llegaban los espartanos.

Media hora más tarde, justo antes de que se pusiera el sol, los dos grupos se encararon y Epaminondas espoleó a su caballo para estrecharle la mano al oficial espartano de mayor rango, que resultó ser el mismísimo rey Agesilao.

—Pensé que bien podríamos hablar de camino —dijo, dirigiéndose a Epaminondas, pero hablando lo bastante alto como para que todo el mundo le oyera—. El camino es largo. Mi nieto, por cierto, es uno de los rehenes.

Epaminondas asintió.

—Es un honor inesperado, mi señor.

Mientras tenía lugar esa charla, Protos estudió los rostros de los rehenes espartanos. Uno de ellos era Éurito.

Sus miradas se cruzaron y, después de una pausa, Éurito asintió. Protos le devolvió el saludo.

Al fin Epaminondas se fue con su escolta espartana dejando atrás diez rehenes, algunos de los cuales tuvieron menos éxito al ocultar su inquietud. Los tebanos los rodearon y todos juntos emprendieron el camino hacia el norte.

Tebas estaba a dos días de camino, así que levantaron el campamento esa noche en las amplias planicies que había al oeste de Megara. Encendieron hogueras y cenaron lo que fuera que llevaban en sus morrales.

Dado que eran soldados, no les guardaban a sus enemigos ningún rencor, y pronto la conversación giró en torno a cuestiones banales, y espartanos y tebanos intercambiaron impresiones sobre las batallas en las que habían luchado. Siete años de guerra habían dejado en casi todos un amplio surtido de historias.

Durante la cabalgada de la mañana siguiente, ambos contingentes se mezclaron libremente y, de algún modo, se habían convertido en un mero grupo de hombres que compartían camino. En un momento dado Protos y Éurito se encontraron cerca y, como por impulso, tiraron de las riendas de sus caballos para acercarse el uno al otro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Protos—. No creo que nadie te haya obligado a venir de rehén.

—Mi padre está en el Consejo de ancianos, así que presentarme voluntario era lo correcto. Además, sentía curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo van las cosas en Tebas. Sobre ti. Sobre si la paz es, en verdad, posible.

—Si la paz es posible no es algo que vayas a averiguar en Tebas —dijo Protos—. Sospecho que ya sabes la respuesta.

—¿Y cuál es?

El ilota no dijo nada durante un rato. Se limitó a mirar al frente. Y luego se volvió a Éurito y sonrió.

—¿Quiere Esparta la paz? —preguntó.

—Sí. —Éurito asintió, pero su «sí» dio la sensación de ser algo provisional —. Es una mera cuestión de detalles.

—En ese caso, deja que te haga otra pregunta. ¿Quieres tú la paz?

—Sí y no. Esta guerra es una locura. Nos estamos desangrando mutuamente sin propósito alguno. Es una locura seguir adelante.

—Esa es la parte del sí. ¿Cuál es la del no?

—Tengo miedo de lo que puedas hacer si hay paz.

El comentario le hizo reír a Protos.

—No tengo ni la menor idea de lo que haré —dijo, negando con la cabeza y

sonriendo.
Éurito tiró de las riendas y se fue quedando atrás, con el resto de los rehenes. No volvieron a hablar en todo el camino hasta Tebas. Quizá Éurito hubiera decidido que ya había dicho demasiado.

Los rehenes estaban bajo vigilancia. Salvo por eso, se los trataba como honorables invitados. Vivían en las casas de los principales oficiales del ejército tebano, y su presencia dio lugar a un interminable ciclo de banquetes y espectáculos. Todos eran hijos de hombres importantes, y era necesario que volvieran a casa llevándose consigo una impresión positiva de Tebas.

Cuando los preparativos iniciales para el intercambio fueron establecidos, Pelópidas y Epaminondas decidieron que ninguno de los espartanos se alojaría con Protos, dado que hacerlo podría resultar políticamente incómodo. Después de todo, era un esclavo fugitivo, y los espartanos se lo habrían tomado como un insulto. Lo curioso, sin embargo, era la cantidad de ellos que deseaban conocerle.

Había recibido una invitación para desayunar en casa de Gaiómaco. Era probable que el tebano quisiera hablar sobre la conferencia de paz, pensó Protos, dado que todo el mundo sabía que Pelópidas le hacía llegar al ilota las cartas que recibía de Esparta.

Pero no era diplomacia, al menos no a ese nivel, lo que habría de discutirse en esa conversación. Gaiómaco le recibió en la puerta.

—Tengo a dos jóvenes espartanos como invitados —murmuró rodeando los hombros de Protos con el brazo como si pretendiera hacerle partícipe de algún secreto—. No son más que unos chiquillos, así que no te los comas. No han dejado de incordiarme hasta que te he invitado. Me alegra ver que no llevas armas.

—Podría matar a un espartano con un palo, pero te prometo que me portaré lo mejor que pueda.

Gaiómaco le llevó hasta una pequeña habitación soleada donde, sobre una mesa baja, había desplegado un desayuno a base de faisán frío, caldo de mijo y cerveza. Dos hombres jóvenes, vestidos a la espartana, estaban de pie, en posición de firmes. Salvo por la robusta perfección típica de los jóvenes espartanos, no se parecían entre sí en nada, pero Protos no pudo evitar ver en ellos a los dos hermanos que habían aparecido de pronto al borde del camino aquella noche cuando tenía catorce años.

Y entonces hicieron algo que acabó con sus ensoñaciones. Sonrieron, dieron un paso al frente y le ofrecieron un apretón de manos.

—Es un honor —dijo uno de ellos—. Hace cuatro años, en Tegira, le hundiste una jabalina a mi padre en el muslo. Tiene guardada la punta como recuerdo y se pavonea del incidente siempre que alguien se digna a escucharle.

—Debo de haber estado en baja forma ese día. Suelo apuntar al corazón.

Protos sonrió para mostrar que no pretendía que sus palabras se tomaran como un insulto.

Gaiómaco se había retirado discretamente. Se sentaron en los divanes. Protos no tocó la comida, pero sí bebió cerveza.

Hablaron sobre la guerra en la que Protos llevaba tanto tiempo luchando y en la que aquellos jóvenes estaban a punto de entrar. Como a todos los soldados, les preocupaban más las tácticas y las virtudes y defectos de los diferentes comandantes que otras cuestiones más elevadas. Fue una charla amistosa.

Y entonces, uno de los jóvenes espartanos, cuyo nombre era Tindareo, preguntó lo que quizá fuera inevitable.

—Honorable Protos…

—No soy ningún aristócrata —interrumpió el ilota sin alzar la voz—. Nací esclavo y mi nombre es, simplemente, Protos.

—En ese caso…, Protos. Dado que me das libertad para dirigirme a ti por el nombre, la tomaré y te preguntaré por qué nos odias tanto.

Protos le dio un sorbo a la cerveza y dejó el cáliz sobre la mesa con una delicadeza casi protocolaria.

—No os odio —dijo, dándole a cada palabra exactamente el mismo peso—, al menos no de forma individual. Nunca estaría dispuesto a compartir desayuno con hombres a los que odio. Odio la idea de Esparta. Odio lo que los espartanos han hecho con su poder. Odio la esclavitud que han impuesto sobre mi pueblo. La guerra que lucho contra ellos fue obligada; me fue dada la elección de luchar o morir. Elegí luchar. No negaré que la venganza también es un motivo, ya que, una vez, los espartanos me hicieron un terrible agravio. Seguro que conocéis ese pequeño ritual llamado cripteia.

Ambos jóvenes intercambiaron una mirada y entonces Tindareo asintió.

—La cripteia se cobró a toda mi familia. —Protos sonrió con tristeza—. Primero a mi madre y a mi padre, después al resto. Era gente inofensiva, inocente ante los dioses, y sin embargo fueron asesinados para que unos muchachos pudieran creerse hombres.

»Pero ya se ha vertido la suficiente sangre como para saldar esa cuenta. Ahora lucho por la libertad de mi pueblo, y para conseguirla debo mutilar Esparta. Por eso lucho para los tebanos.

—Pero eres ilota.

—Sí. —A la afirmación le siguieron unas cuantas carcajadas—. Es un hecho que no necesito que me recuerden.

—¿Acaso no es la esclavitud lo que los cielos han decretado para los ilotas?

Protos se quedó mirando al joven un instante. Se llamaba Orestes y parecía todo un niño, aunque lo más seguro era que no fuera más que cuatro o cinco años más joven que él. Y, lentamente, su furia se fue disolviendo en algo parecido a la compasión.

—Los ilotas son los pobladores originales del Peloponeso. —Dada la falta de pasión en su voz, cualquiera hubiera dicho que se disponía a explicar un problema de geometría—. Habéis leído a Homero, así que habéis oído hablar de los aqueos. Aquiles era aqueo, como Agamenón, como Menelao, como tu tocayo Orestes. Los aqueos vivían en grandes ciudades mientras que los dorios aún eran nómadas y vagabundos. Pero entonces los dorios invadieron el Peloponeso y los convirtieron en esclavos. Vosotros lo llamaríais conquista, yo lo llamaría robo.

»¿Fue ese el deseo de los dioses? Puede ser. Y quizá ahora su deseo sea que los ilotas sean liberados. En cualquier caso, creamos lo que creamos, no tenemos más remedio que actuar como si fueran los hombres, y no los dioses, los que dan forma al destino en este mundo.

—Toma, lee esto.

Pelópidas estaba tumbado en el diván de su estudio. Le dolía la cabeza, una clara indicación de que las cosas no estaban yendo bien en la conferencia de paz. Había echado a su mujer y a sus hijos de casa. Protos era su única compañía.

—¿Qué dice?

—Léelo tú mismo. —Pelópidas le dedicó a Protos una mirada crispada—. Toma, lee. —Agitó el documento como si le estuviera ofreciendo un hueso a un perro—. De vez en cuando deberías leer otra cosa que no fuera a ese maldito Eurípides.

—Esquilo. No me gusta demasiado Eurípides, aunque *Medea* no fue del todo mala.

—Otro maldito ateniense. Toma, lee lo que nos dice Epaminondas.

Protos tomó el papiro y lo desenrolló.

—Parece que tenemos un tratado, aunque dudo que vaya a respetarse una vez que la tinta se haya secado. Los atenienses, que no tienen nada que ver con esto, están deseosos de que haya paz, y los espartanos saben que necesitan tiempo para recuperarse y, precisamente por eso, su orgullo está herido. Sospecho que

todo el asunto se hará añicos por alguna menudencia.

»Esto se escribió hace diez días. La hoguera arderá en cualquier momento.

Y así fue, esa misma noche los centinelas informaron de que habían visto luz en lo alto de las colinas que quedaban al sur. Así era como la señal llegaba desde Esparta, una hoguera tras otra en una línea que serpenteaba hacia el norte. Eso significaba que Epaminondas estaba de camino a casa.

El templo de Poseidón había ardido y se había venido abajo hacía casi veinte años. Hacía tiempo que la arena cubría la escalinata y el suelo. Las malas hierbas e incluso algunos árboles crecían entre las ruinas. El templo parecía estar a punto de ser engullido por la naturaleza, a punto de desaparecer en el paisaje.

Aparentemente, ni siquiera los dioses eran inmunes al paso del tiempo.

Protos y su grupo de soldados, así como los rehenes espartanos, aguardarían la llegada de Epaminondas y de su escolta. Seguramente tuvieran que esperar ese día y el siguiente, dado que Istmia estaba más cerca de Tebas que de Esparta. Acamparían, comerían y pasarían el resto de la noche bebiendo y contando historias, convertidos en los mejores de los amigos. En un par de días los espartanos se dirigirían al sur y los tebanos al norte, y cuando volvieran a verse sería en calidad de enemigos.

El mundo estaba loco.

¿Había mayor locura que estar sentado sobre una manta con Éurito compartiendo una jarra de cerveza? Y, sin embargo, eso es lo que estaba haciendo Protos.

—El mayordomo se metió en la cama y estuvo allí una semana después de haber abierto tu «regalito» —dijo Éurito riendo—. No hubo forma de que nuestro anfitrión, Jabrino, le echase aunque fuera un vistazo.

—¿Pero sabían que era de mi parte?

—Bueno, yo lo sabía. —Éurito echó la cabeza hacia atrás y rio—. Lo habría sabido aunque no hubiera estado ahí viendo cómo se la cortabas. Siempre que pienso en cabezas cercenadas me vienes a la mente.

Protos le entregó la jarra de cerveza y Éurito le dio un buen trago. La cerveza era fuerte y los dos estaban ligeramente borrachos.

—Sí que somos una raza de salvajes, ¿sabes?

—No somos de la misma raza —corrigió Protos—. Tú eres dorio y, sí, un salvaje. Yo soy aqueo.

Se dio cuenta de que tuvo que hacer un esfuerzo para no balbucir la última palabra.

—Pero tú también has hecho cosas horribles.

—No tanto como las que has hecho tú. —Protos le quitó la jarra de cerveza; no estaba enfadado, solo sediento—. He matado a muchos hombres, pero nunca a una mujer o a un niño. Tengo mis pesadillas, pero me pregunto si tú eres capaz de conciliar el sueño.

—Nuestras tradiciones y entrenamiento marcial adormecen la conciencia —repuso Éurito con tristeza—. Una naturaleza sensible no es algo que un espartano se pueda permitir. Me apartaron de mi madre cuando cumplí siete años. A ti se te permitió seguir siendo humano hasta que cumpliste… ¿Cuántos años tenías?

—Catorce.

—Catorce entonces. A los catorce yo ya era un monstruo.

—¿Y has vivido lo suficiente como para ser consciente de tu error? ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—Y ahora, a los treinta y dos, ¿te das cuenta de lo que te han hecho?

—Tenerte como enemigo le hace a uno plantearse muchas cosas.

Epaminondas llegó a la tarde siguiente. Se mostró, como siempre, muy cordial cuando se despidió de su escolta, y estrechó manos con cada uno de los rehenes espartanos. Se puso a la altura de Protos con su caballo y saludó y sonrió hasta que los espartanos estuvieron a una distancia desde la que no podían oírlos.

—Vamos a casa —dijo, tirando de las riendas, molesto. No volvió a hablar hasta pasada media hora.

—Bueno, ya tienes lo que querías.

Protos, sobresaltado, parecía haber despertado de repente. Se había acostumbrado al silencio y no sabía muy bien a qué se refería su interlocutor.

—¿Y qué quería, viejo?

—Tendrás tu guerra. Sé que nunca te ha gustado chismorrear después de los tratados. Los espartanos se niegan a dejarme firmar en representación de la liga beocia, insisten en que cada una de las ciudades de la liga firme por separado mientras que Esparta sí pretende firmar en representación de sus aliados. Me he negado, por supuesto, y eso es lo que esperaban. No creo que quisieran la paz, sino nuestra capitulación. Así que ahora habrá guerra, y esta vez será hasta que caigan ellos o nosotros.

35

El rey Cleómbroto estaba en Fócida cuando llegó el mensajero con órdenes, del rey Agesilao y de los éforos, de marchar contra Tebas.

—Así que la conferencia ha fracasado, ¿verdad?

—Así es, mi señor.

—¿Hace cuantos días?

El mensajero, quien probablemente no tuviera más de quince años y todavía era bello como una niña, observó al rey un tanto confundido.

Cleómbroto intentó sonreír amablemente, pero el experimento quizá no fuera del todo un éxito. Estaba ansioso por recibir una respuesta.

—¿Cuántos días llevas de viaje, muchacho?

—Seis días, mi señor. Cuatro en la mar y dos por tierra.

—Buen chico. Ahora ve a comer algo y descansa. Vendrás con nosotros a Beocia y nos verás triturar y convertir en gachas a ese ejército de pastores.

El muchacho sonrió como si el mayor anhelo que albergara su corazón se hubiera hecho realidad. Se marchó en cuanto el rey hizo un pequeño gesto indicando que podía retirarse.

Seis días. Epaminondas ya estaría de vuelta en Tebas y sin duda sabría que había un ejército espartano llevando a cabo operaciones en Fócida. Ya habría dado órdenes para que los pasos de montaña entre Fócida y Beocia estuvieran guarnecidos. Cleómbroto no tenía intención de marchar con un ejército de diez mil hombres hacia una emboscada.

La única alternativa era llevar al ejército hacia el norte, bordeando las faldas del monte Parnaso por el este, para luego seguir la costa hasta caer sobre las planicies de Beocia.

Aquella sería la parte más dura de la campaña, llegar hasta allí. Una vez en Beocia, aplastaría al ejército tebano como una rueda de molino.

Era extraño, pero días antes de que Epaminondas volviera a Tebas todos parecían saber que la guerra con Esparta seguiría adelante. Protos lo supo antes incluso de unirse a la escolta de los rehenes.

—En realidad no quieren la paz —le dijo a Nubit—. Para ellos la paz supone aceptar el control tebano de Beocia, lo que viene a ser lo mismo que admitir la

derrota. Los espartanos no pueden tragar con eso.

Al día siguiente se subió al caballo y se dirigió al sur. Partía jubiloso.

Seis días después, cuando Epaminondas y su pequeño séquito de oficiales llegaron ante la puerta Oncaida fueron recibidos como héroes. La gente de Tebas estaba harta de la guerra, pero culpaban al enemigo.

Así que seguiría, año tras año. Siete años de guerra podían convertirse en otros siete, o quizá nunca acabara hasta que todos los soldados de Grecia estuvieran pudriéndose en los campos.

La noche que volvió Protos, Nubit tuvo un sueño inquietante, aunque al principio no podría haber dicho por qué, dado que el sueño había sido pacífico, idílico incluso.

Vio a Protos en un campo de trigo, con el sol muy alto, sobre su cabeza, cálido y brillante como el hierro que está listo para recibir el martillo del herrero. Estaba sentado en el suelo con otros hombres, todos ellos vestidos únicamente con sus taparrabos. Sus cuerpos brillaban de sudor. Había una hoz de cobre tendida en el suelo, así que debía de ser tiempo de cosecha. Pero descansaban de sus labores y se pasaban una jarra de cerámica con agua de mano en mano.

Protos hablaba. No podía oír lo que decía, pero sabía por sus gestos que era presa del entusiasmo.

Al fin se puso en pie y se señaló a sí mismo con las puntas de los dedos, golpeándose el pecho de tal modo que Nubit casi pudo oír el ruido que hacían.

¿Cuántas veces le había oído hablar así? Sus manos eran tan elocuentes como sus palabras. Con un gesto del brazo era capaz de hacer que los hombres le siguieran hacia las fauces mismas de la muerte.

¿Y adónde si no iba a llevarlos? Protos era un guerrero.

Pero ese hombre, sentado en el campo de trigo, no era el Protos que había entrado en Tebas a lomos de un caballo y al lado de Epaminondas, resplandeciente en su túnica azul, un héroe para miles de personas que ni siquiera habían hablado con él. Aquel hombre era un campesino que estaba hablando con otros campesinos. ¿Qué podía estar haciendo salvo incitarlos a la lucha?

La guerra entre Tebas y Esparta se iba arrastrando de año en año como una serpiente herida, pero algún día dejaría de ser la guerra de Protos.

¿Quiénes eran esos hombres, esos campesinos con los que hablaba Protos? ¿Dónde estaba ese campo de trigo? Tenía la sensación de que no lo sabría jamás.

Y eso era lo que hacía que el sueño fuera inquietante.

—«Son como sonámbulos, luchando la misma batalla una y otra vez. Golpéales por donde no se esperan y no sabrán lo que hacer». ¿Recuerdas cuando me dijiste eso?

Protos negó con la cabeza.

—No. Quizá te lo dijera otra persona. De todos modos, no deja de ser verdad.

—Lo dijiste tú. —Epaminondas se inclinó hacia delante y acarició el cuello de su caballo—. Tenías dieciséis años, quizá algo menos. Llevo siendo soldado desde antes de que nacieras, y jamás me han dado mejor consejo. Pretendo seguirlo hoy.

Estaban en una pequeña elevación, a un cuarto de hora de camino de la aldea de Leuctra. Era un día caluroso de verano. Ante ellos, desplegado, se extendía el ejército espartano, que, junto con sus aliados, debían de sumar los diez mil hombres.

—¿Crees que tenemos posibilidades, Protos?

El comandante de los escaramuzadores tebanos, que ya habían llegado a sumar los cuatrocientos efectivos, observaba las líneas de batalla enemigas con los ojos entrecerrados y reflexivos. Estaba intentando identificar a los aliados de los espartanos en función de sus uniformes.

Y no solo a sus aliados, sino a un contingente de unos ochocientos hombres descalzos y vestidos con túnicas caseras, armados con poco más que lanzas cortas de hierro que no servían para otra cosa que no fuera la defensa. Aquellos hombres, ubicados a la izquierda de las falanges espartanas, no guardaban formación alguna.

A Protos le impactó darse cuenta de que eran ilotas. Solo podían estar allí por una razón: para servir de distracción, para entorpecer con su número el ataque tebano y para ser masacrados.

Aunque quizá algunos pudieran sobrevivir…

—¿Quieren luchar los arcadios en esta batalla? —preguntó, volviendo a centrar la mente en el problema que tenían entre manos—. ¿Y los de la Argólida? —Alzó el brazo y señaló hacia las líneas compactas de infantería que había a la derecha—. Allí, en el flanco de honor, esos son los únicos a los que debemos derrotar hoy. —Protos contó por encima—. Hay setecientos de ellos contra seis mil de los nuestros. Yo diría que tenemos las de ganar.

Epaminondas rio.

—Tengo la sensación de que podría enviarte solo hacia allí y que matarías a la mitad de ellos. Pero quiero que tú y tus hombres os mantengáis en reserva hasta que yo haya trabado combate con los espartanos. En cuanto esté hecho,

tienes mi permiso para hacerles la vida tan difícil y corta como te sea posible.

—¿Tienes algo en mente, viejo?

—Sí. —Epaminondas asintió con vigor. Tenía los nudillos blancos de agarrar las riendas del caballo—. Sí, tengo pensada una sorpresa para ellos.

—¿De qué se trata?

—Piensa, Protos. ¿Qué harías si fueras Cleómbroto? O, mejor dicho, ¿qué harías si pensaras como piensa él?

—Me dirigiría a ti de frente.

—Exacto, y tal y como has dicho, solo tenemos que derrotar a los espartanos para ganar. Así que concentraré mis mejores tropas a la izquierda, en una falange profunda, frente a los espartanos, y giraré de tal modo que las primeras líneas choquen con ellos no ya de frente, sino en ángulo. Le atacaré por el costado. ¿Qué crees que hará Cleómbroto entonces?

—Creo que no sabrá lo que hacer.

—Precisamente.

Era un buen plan, probablemente fuera un plan brillante, pero ¿funcionaría?

Protos y sus escaramuzadores se reunieron en un alto a unos doscientos pasos de la retaguardia. Disfrutaban del enfrentamiento de la caballería que marcaba el preludio a la acción principal.

En los últimos años las tropas bajo su mando habían crecido. Protos había empezado a montar a caballo. El caballo le permitía ver mejor cómo se iba desarrollando la batalla y le servía para poder moverse con mayor rapidez. Cuando llegaba el momento de que los escaramuzadores trabaran contacto con el enemigo, desmontaba y luchaba con sus hombres. No llevaba armadura y ni siquiera portaba escudo. Confiaba en sus pies y en su destreza para evitar el peligro.

Pero aún no había llegado el momento. Y desde su caballo pudo ver que la caballería tebana, más numerosa y sencillamente mejor, estaba empujando a la espartana hacia sus propias líneas de infantería, dando lugar a una situación caótica que a Cleómbroto le llevaría un tiempo solucionar.

—Odio estar quieto —dijo Agenor levantando los pies, primero uno y luego otro, como si el suelo hubiera empezado a arder de pronto—. ¿Cuándo podremos atacar?

Protos le sonrió.

—No seas avaricioso. Dentro de un cuarto de hora los espartanos tendrán bastantes problemas a los que enfrentarse.

Las falanges espartanas eran bellas y precisas. Se enfrentaban al enemigo

prácticamente de cabeza. El flanco izquierdo de las líneas tebanas estaba empezando a retroceder, sin siquiera enfrentarse al enemigo, dejando creer a los espartanos que estaban ganando la batalla. Eran principalmente tropas aliadas, pero Protos había luchado con ellos en otras ocasiones. No eran cobardes, así que estaban obedeciendo órdenes.

—Están cayendo en la trampa —le dijo Protos levantando el brazo para señalar a los espartanos—. Una falange solo puede luchar contra lo que tiene delante, pero Epaminondas piensa atacarlos en ángulo, a lo que serán incapaces de responder si no reorganizan las líneas. Setecientos hombres. ¿Crees que podrán hacerlo a tiempo?

La respuesta de Agenor fue un aplauso y una carcajada.

Y en ese momento vieron cómo la trampa se cerraba. La principal fuerza tebana, en una falange de unos cincuenta hombres de fondo, empezó a marchar. Se habían mantenido bastante separados, con lo que disponían de espacio suficiente para maniobrar, y empezaron a describir un arco pronunciado que acabaría por llevarlos a chocar con el costado derecho de la formación espartana.

Fue muy bello. Por un instante los espartanos no parecían estar dándose cuenta de lo que ocurría. No tenían ni idea de que ya estaban sentenciados.

Cuando Cleómbroto se percató de que la principal fuerza tebana estaba en marcha, abandonó la seguridad de la falange espartana para verlo mejor. Observó la columna de infantería durante un rato y poco a poco fue dándose cuenta de que Epaminondas estaba usando una falange muy profunda, probablemente de unos cincuenta o sesenta hombres de fondo.

No importaba. Su propia formación tenía casi la misma profundidad y sus hombres eran espartanos. Y, además, era evidente que Epaminondas era un hombre que no tenía ni idea de lógica militar.

¿Qué comandante ubicaba a sus mejores tropas en el flanco izquierdo? ¿No sabía que había que ubicarlas en el derecho para contrarrestar la inevitable deriva hacia la derecha? ¿No le importaba? ¿No podía ver que sus tropas en el flanco derecho ya estaban emprendiendo una ignominiosa retirada?

Poco a poco fue dándose cuenta de que la columna tebana no marchaba en línea recta, sino que estaba describiendo una amplia curva. Era algo que desafiaba todo lo que había aprendido sobre cómo se enfrentaban dos ejércitos. Epaminondas debía de estar loco.

Y entonces lo vio. En un momento que probablemente fuera el peor de su vida, vio que los tebanos tenían intención de golpear a sus fuerzas en ángulo.

Le atacarían de costado.

Cleómbroto solo tenía que organizar sus líneas para recibir la embestida de frente. Pero no había tiempo. No había tiempo.

Dio la orden, consciente de que era demasiado tarde.

—Nos toca —les dijo Protos a sus hombres—. Están desorganizados y confundidos… Que mueran así. Si un hombre sale de la línea frontal, matadlo. Que vuestras jabalinas lluevan sobre el centro de la formación. Enseñadles que ser valiente significa morir. Enseñadles a tener miedo. Por cada uno de ellos que matéis, uno de nuestros hermanos vivirá. ¡No mostréis piedad! ¡Os enseñaré el camino!

Medio enloquecido por el júbilo que le producía la batalla, corrió hacia el campo. Entonces se detuvo, a menos de cien pasos de las líneas espartanas, y lanzó. Su jabalina describió una parábola en el aire y luego cayó como un halcón sobre su presa.

Los espartanos le vieron. Sabían quién era. Sabían que su brazo derecho era el mismísimo dios de la muerte. Vieron cómo la jabalina abandonaba su mano.

Cleómbroto vio y recordó al «hombre descalzo», al hombre que había matado a tantos, sembrando la muerte. «Ha vuelto a por mí», pensó. Vio la jabalina llegar al cénit de su parábola y empezar a caer. Se sintió afortunado. Era mejor morir que sobrevivir al desastre en el que se había convertido esa batalla. Sabía que en esa ocasión el hombre descalzo no fallaría.

Los espartanos lucharon con valentía. Lucharon para proteger el cadáver de su rey, para al menos poder llevárselo del campo de batalla y así enterrarlo con sus antepasados en Esparta. Aquella fue su única victoria.

Y para eso pagaron un alto precio. Más de la mitad de los espartanos yacían sin vida en las llanuras de Leuctra. Sus aliados, al ver cómo se desarrollaba la batalla, huyeron hacia su campamento fortificado. Revocarían su alianza con Esparta, dijeron. Todo lo que querían era salir vivos de allí.

—Nunca se ha visto nada igual —proclamó Pelópidas, fuera de sí, triunfal —. Los espartanos nunca habían sido derrotados luchando contra un enemigo en igualdad de condiciones. El mito de su invencibilidad ha muerto.

Protos, que estaba refrescándose el alma con cerveza, no pudo más que sonreír.

—Lo habéis conseguido. —Alzó la jarra de cerveza a modo de saludo—. Lo hicisteis hace cuatro años en Tegira. Os enfrentasteis a los espartanos en igualdad de condiciones y los derrotasteis. Lo sé porque estaba allí.

—Sí, pero no fue nada en comparación con esto. Nunca se recuperarán de lo que ha ocurrido hoy.

Epaminondas estaba resuelto a que así fuera. Cuando los espartanos pidieron permiso para recoger y enterrar a sus muertos, Epaminondas se negó hasta que los aliados de estos hubieran retirado a los suyos. Quería que todo el mundo viera cuántos espartanos habían muerto. Quería que todo el mundo fuera testigo de la magnitud del desastre.

Y entonces surgió la cuestión del intercambio de prisioneros. En este caso Epaminondas estaba dispuesto a mostrarse indulgente, pero había un buen número de ilotas capturados que los espartanos habían utilizado como tropas ligeras. Los lacedemonios se negaron a ofrecer un rescate por ellos.

—Nacieron esclavos, que mueran como esclavos —dijo el negociador espartano—. No nos importan lo más mínimo.

Todo el mundo sabía cuál era el destino habitual de los prisioneros por los que no se pagaba un rescate. Su vida se consumiría cavando zanjas y cargando con piedras. La mayoría estarían muertos en cuestión de seis meses.

Cuando llegó a oídos de Protos, fue a ver a Epaminondas.

—Dámelos a mí —dijo—. Sabré lo que hacer con ellos.

Sentado en una silla delante de su tienda de campaña, y mientras bebía un cuenco de vino con aire de general triunfante, Epaminondas estaba de humor para ser magnánimo.

—¿Y qué harás? —preguntó.

—Los convertiré en un arma.

El beotarca, el héroe de Leuctra, un hombre que acababa de ganar la gran apuesta de su vida, pareció sopesar la cuestión un instante y luego sonrió.

—Haz lo que consideres oportuno, Protos.

Protos se encontró a los prisioneros ilotas, sus compatriotas, sus hermanos, sentados en una zona baldía cerca del centro del campo de batalla. Probablemente hubiera tres centenares de ellos y solo doce o catorce soldados custodiándolos, pero no hacían nada por escapar. Eran hombres derrotados, hombres que habían perdido una guerra que no era suya, los desechos abandonados de un conflicto que ni siquiera podían entender.

La batalla había acabado dos días antes, pero nadie les prestaba atención. Todo lo que sabían era que su suerte estaba echada, que ya estaban muertos.

Protos llegó con una de las carretas de suministros que llevaba cuatrocientas hogazas de pan y cien grandes jarras de cerveza.

—Comed —les dijo—. Aplacad el hambre y emborrachaos un poco. Después hablaremos.

La transformación que produjo la comida y la bebida fue asombrosa. En menos de una hora aquellas carcasas muertas se habían vuelto a convertir en hombres vivos.

—Y ahora escuchadme —dijo al fin—. Me llamo Protos y soy uno de los vuestros. Nací esclavo, como vosotros. Esta guerra me fue impuesta cuando los espartanos masacraron a mi familia, y llevo luchando desde entonces. No necesito que me digan que no estáis aquí por amor a vuestros amos espartanos. Sé que estáis aquí porque os arrancaron de vuestras aldeas y os obligaron a ser soldados.

»Y creedme cuando os digo que, de haber ganado los espartanos, os daría lo mismo estar muertos. En dos ocasiones, en las guerras de antaño, han hecho uso de tropas ilotas, prometiéndoles la libertad si luchaban bien. Y en ambas ocasiones los ilotas se distinguieron en combate solo para ser masacrados después por sus amos. No pueden arriesgarse a que permanezcáis con vida, menos aún después de haber aprendido a luchar como un ejército.

»Pero aquí, en este campo de batalla, los espartanos han perdido, y ahora vais a volver todos a casa.

Al principio sus palabras fueron recibidas con un silencio pasmado, y luego, uno a uno, empezaron a ponerse en pie y a vitorear. El sonido pareció surgir del suelo como una erupción. Era el rugido enloquecido de unos hombres empeñados en creer lo que apenas habían podido imaginar.

Al fin Protos alzó las manos y los vítores fueron muriendo.

—Se os dará comida suficiente para vuestro viaje de vuelta a Laconia. A los espartanos no se les permitirá enterrar a sus muertos hasta mañana, así que os sugiero que salgáis hoy si no queréis que os alcancen en el camino. Pero antes os invito a hacer dos cosas.

»En primer lugar, id a ver a los espartanos que han caído. Según nuestros cálculos, hay unos cuatrocientos. Quieren que creáis y quieren que el mundo crea que son invencibles. Pero aquí, en Leuctra, hemos dejado claro que pueden morir como cualquier hombre. Ahora id a ver a vuestros amos pudriéndose al sol.

»En segundo lugar, seguid mi ejemplo.

Protos desenvainó su daga espartana y la alzó por encima de la cabeza para que todos la vieran.

—¡Este es el cuchillo que un espartano usó para matar a mi madre! —gritó

—. Yo se lo arrebaté a su asesino y con él le corté el cuello. Desde esa noche ha bebido mucha sangre espartana.

»El campo de batalla está cubierto con las armas de hombres que no van a necesitarlas. Cogedlas y lleváoslas a casa. Escondedlas y esperad a que llegue el día en que podáis volverlas contra vuestros opresores.

»¡Esperad a que llegue el día! ¡Y cuando llegue, si aún queda aliento tras mis costillas, estaré con vosotros!

Vitorearon una y otra vez. Vitorearon hasta quedarse roncos, pues ahora tenían algo en lo que creer. Sabían que volvían a casa. Creían que su libertad era posible. Y creían en un esclavo llamado Protos que había huido, luchado y ganado.

36

—Habrá otra conferencia de paz, es inevitable que tenga lugar en Atenas. —Protos abrió un higo por la mitad y analizó su interior como si se temiera lo peor. Aparentemente satisfecho, le ofreció la mitad a Nubit—. Pelópidas quiere que vaya con él. Promete probar toda mi comida.

Protos rio con su propia chanza, aunque a Nubit no pareció hacerle ninguna gracia.

—¿Por qué necesitáis una conferencia de paz? —preguntó—. ¿Por qué no podéis simplemente marchar hacia el sur y acabar con Esparta?

—Eso fue lo que pregunté, a lo que Epaminondas respondió: «Protos, hijo, eres muy inocente».

Le gustaba preparar el desayuno cuando estaba en casa, y las chicas aún estaban dormidas. Hoy estaba haciendo unas gachas de trigo. Le ofreció una cucharada a Nubit para que las probase.

—Los atenienses no están nada satisfechos con nuestra victoria —continuó, y volvió a centrar su atención en la olla para añadir más miel—. Pelópidas y Epaminondas se plantearon hacer exactamente lo que planteas, pero atenienses y tesalios se han opuesto. Quieren que Esparta sea un medio para contrarrestar a Tebas. Así que habrá una conferencia de paz.

—¿Puedo ir contigo? —Nubit le tocó la mano—. Las niñas ya son lo bastante mayores como para cuidar de la casa. Yo puedo seguiros en la carreta. Nadie sabrá siquiera que estoy ahí.

Protos se volvió y le dedicó una sonrisa.

—Creo que es una gran idea. Los dioses saben que tendré poco que hacer. Lo más seguro es que Pelópidas ya tenga redactado el tratado.

—¿Se saldrá con la suya respecto a los espartanos?

—Sí. —Protos asintió, como si la conclusión fuera evidente—. Si no me engaña el juicio, ese viejo zorro conseguirá que Tebas quede en una posición en la que pueda hacer lo que le dé la gana.

—¿Cómo ocurrirá?

—Espera y verás.

—Espera y verás —le dijo Dienekes a su hijo—. Esparta saldrá airosa de esta

tormenta.

—Esparta está hundida, y todo porque, después de haber sido invitado a una conferencia de paz, a Epaminondas no le fue permitido firmar en nombre de la liga beocia. El rey Agesilao parece empeñado en negarse a aceptar que la liga beocia existe. Es una locura.

—Agesilao es mi amigo y tu rey, Éurito. Muestra un poco más de respeto.

—Agesilao piensa con los testículos. Ha puesto a Esparta de rodillas. Por su culpa el rey Cleómbroto y casi cuatro centenares de espartanos están muertos. ¡Agesilao es un necio!

Dicho esto, Éurito se apartó de la mesa en la que estaba el desayuno y salió a grandes zancadas de la estancia. Su padre solo pudo suspirar y encogerse de hombros, aunque ya no hubiera nadie para ser testigo de sus gestos. Éurito, cuyo ánimo parecía haberse ensombrecido con los años, se había mostrado nervioso e irascible desde que llegara la noticia de la derrota de Leuctra. Empeoraba día a día.

Y ahora estaba la propuesta de paz de Atenas, la cual, tal y como había apuntado Éurito, Esparta se vería obligada a firmar, dijese lo que dijese, porque era lo único que mantendría a Epaminondas alejado del Peloponeso.

Tiempo. Esparta necesitaba tiempo para reponer sus tropas y reavivar su sistema de alianzas.

—Después de este desastre nuestros aliados no querrán tener nada que ver con nosotros —dijo Éurito—. ¿Por qué iban a hacerlo? Si deciden abandonarnos y crear ligas defensivas propias, saben que contarán con el apoyo de Tebas.

—Espera y verás —susurró Dienekes para sí.

Dada la posición de Tebas como vencedora y árbitro, las negociaciones del tratado se llevaron a cabo en casa de Dexíleo, en la que Protos fue recibido con mayores honores de los que estrictamente le correspondían. Dexíleo parecía sentir que tenía algo de lo que disculparse.

—He dado instrucciones precisas a mi cocinero para que sea él solo quien te prepare la comida, que te será servida por mis más fieles y antiguos sirvientes. Estarás perfectamente…

—Lo que ocurrió podría haber ocurrido en cualquier lugar —le interrumpió Protos posándole la mano en el hombro—. No había forma de predecirlo, y no fue culpa de nadie salvo del hombre que elaboró el plan y contrató a quienes lo llevaron a cabo.

Al segundo día de conversaciones, Protos vio a Éurito sentado con la

delegación espartana. Se dedicaron el uno al otro un asentimiento. Cuando hubo un receso para cenar, Éurito le buscó. Se sentaron juntos fuera, en un banco de mármol, haciendo equilibrio con los platos en sus regazos.

—¿Crees que saldrá algo de todo esto? —preguntó Éurito.

—Oh, sí, habrá tratado. Está arriba, con el equipaje de Pelópidas. No lo he visto, así que no me preguntes lo que pone.

—¿Tan seguros están?

—Como lo estaríais vosotros de haber ganado en Leuctra.

—Entonces habrá paz.

—Sí, durante un tiempo. Eso ya dependerá de lo que puedan soportar vuestros reyes —repuso Protos sin alzar la mirada de su plato—. Por cierto, deberías probar el rodaballo. Está exquisito.

—He perdido el apetito.

—¿Por qué? No te he dicho nada que no hayas averiguado ya por ti mismo.

—No, no es eso. —Éurito posó el plato a su lado, en el banco—. Se me acaba de pasar algo por la cabeza.

—¿Y qué es?

—El hecho de que estés aquí significa que volverá a haber guerra. De lo contrario no hubieras venido.

Protos le miró y sonrió.

—Prueba el rodaballo —dijo.

Las negociaciones solían durar hasta altas horas de la madrugada, pero Protos nunca acudía después de la cena. Y dado que ningún diplomático que se preciara de serlo se levantaba de la cama antes del mediodía, Nubit y él tenían mucho tiempo por las mañanas para vagar por ahí y llenar la vista con la maravilla que era Atenas.

—¿Viste algo de la ciudad la última vez que estuviste aquí? —le preguntó Nubit mientras subían a la acrópolis.

—Vi el interior de algunas grandes mansiones. Vi el distrito portuario. Lo demás no me interesaba. Si voy a visitar maravillas, prefiero hacerlo con alguien con quien pueda compartirlo.

Sonrió, le cogió la mano y se la llevó a la boca. En ese instante el mundo parecía un lugar maravilloso y cómodo.

La acrópolis era un lugar pequeño atestado de templos y dominado por el Partenón. Protos no podía apartar la vista del templo. Cada poco tiempo daba dos o tres pasos, pero solo para cambiar de perspectiva o para ver mejor el santuario que quedaba bajo la techumbre. Parecía estar sumido en una especie

de trance.

Al fin se volvió a Nubit, negó con la cabeza y sonrió.

—Había oído decir que era el edificio más bello del mundo, y ahora lo creo.

—¿A qué dios veneran aquí?

—A una diosa —repuso Protos—. Atenea, protectora de la ciudad.

—La conozco. Su nombre egipcio es Neith y es una diosa de la guerra.

—Atenea es la diosa de la sabiduría y de las ciencias.

Dentro encontraron la estatua de la diosa, que medía de altura casi lo que ocho hombres.

—Ya te dije que era una diosa guerrera —proclamó Nubit triunfal—. ¿Ves el escudo y la lanza? ¿Y es virgen?

—Sí.

—¿Y dices que es la diosa de la sabiduría? —Nubit se encogió de hombros —. Los griegos parecen pensar que la guerra y la sabiduría son una misma cosa. ¿Pero qué lleva en la mano derecha?

—Solo es un mochuelo —repuso Protos—. Es el símbolo de la sabiduría.

La reacción de Nubit fue envolverse con sus propios brazos. Dio la sensación de que se estremecía, aunque fuera un día cálido.

—Es el símbolo de la muerte. Escúchame, Protos, amor mío. No confíes en nada de lo que se diga o haga en Atenas.

—Es un ingenio muy elegante —dijo Pelópidas.

Estaba sentado, tomando un baño, mientras Protos leía el texto del tratado. En casa Pelópidas era un asceta en cuanto a sus hábitos: solo se lavaba con agua fría, pero en Atenas, en la casa de su amigo Dexíleo, se volvía un sibarita. Aquello, decía, era sabiduría, porque, aunque uno no debiera buscar el placer y la comodidad, tampoco debería negarse a ellos.

—Puedes saltarte eso —continuó—. La parte interesante está más cerca del final, en la lista de los firmantes.

Protos lo comprendió al instante.

—Firmarás por la liga beocia, pero cada una de las ciudades del Peloponeso firmarán por separado. Esparta no puede firmar por ellos y, por tanto, el tratado reconoce su independencia. A Esparta eso no le va a gustar.

—No tienen elección. —Pelópidas sonrió, del modo que siempre hacía cuando se sentía particularmente astuto—. Negarse a firmar es una invitación a invadirlos.

—Y si firman y luego intentan forzar su liderazgo del Peloponeso…

—Estallará una revuelta entre sus aliados y nos pedirán ayuda. Es el precio que

han de pagar por haberles enseñado a odiarlos. Ahora, si eres tan amable, pásame la toalla.

Cuando se firmó el tratado, ya no había nada que hacer en Atenas, y Dienekes y su hijo embarcaron rumbo a Laconia. El viaje fue penoso. Una tormenta que llegó desde Occidente y que duró medio mes los obligó a permanecer en la isla de Kithnos, donde no parecía haber nada para comer salvo pulpo a la brasa. Cuando los vientos al fin cambiaron de dirección estuvieron a punto de encallar en la costa de la Argólida. Sintieron alivio cuando al fin pusieron pie en tierra firme.

Les llevó tres días llegar a Esparta, y allí se encontraron de inmediato con una nueva crisis.

—¿Te haces una idea de lo que está ocurriendo en Mantinea? —preguntó el rey Agesilao con impaciencia—. A todo esto, ¿dónde habéis estado?

Dienekes apenas había tenido tiempo de sacudirse el polvo de las sandalias cuando fueron convocados por el rey. No había comido en todo el día, y hubiera matado por un cuenco de vino. Pero el rey era el rey.

—Viajando, mi señor…, por mar.

El rey parecía haber olvidado su propia pregunta. Observó a Dienekes con el rostro inexpresivo y descartó la cuestión con un brusco gesto de la mano.

—Los mantineos, que los dioses luminosos los maldigan por su impertinencia, han unido sus principales poblados para levantar una ciudad y están empezando a fortificarla. Al parecer, son lo bastante necios como para tomarse en serio el tratado que has firmado.

—Si recuerdas tus propias instrucciones, mi señor, debía firmar lo que fuera para obtener la paz.

—¡Pues ahora no tenemos paz, no si los mantineos están levantando murallas!

El rey ya superaba los setenta años, y la cojera que le causaba el hecho de que su pierna izquierda fuera más corta que la derecha se había ido acusando con los años. Saltaba mucho más a la vista mientras daba zancadas de un lado a otro en su sala de audiencias. Estaba enloquecido por la rabia.

«Agesilao piensa con los testículos», había dicho Éurito. En aquel momento lo acertado del comentario le golpeó a su padre con fuerza.

—Tenemos la paz, mi señor, siempre y cuando no hagamos la guerra. Una vez hayamos recuperado nuestras fuerzas, no será muy difícil hacer que los mantineos derriben sus murallas.

—¡Debo recordarte, honorable Dienekes, que Mantinea está justo al otro

lado de la frontera! Si no hacemos nada, ¿cuánto tiempo podremos mantener el control del resto del Peloponeso?

—Más tiempo que si les damos a los tebanos una excusa para la invasión, mi señor.

Y así fue como Dienekes descubrió que, por primera vez en su vida, estaba enojado con su rey.

A los treinta años Éurito tenía el derecho de abandonar los barracones y crear su propio hogar. Su padre era dueño de una casa en la calle adyacente, que le cedió a su hijo, y Helena llegó con una cantidad adecuada de mobiliario y utensilios. Su padre también le hizo entrega de esclavos domésticos, uno de los cuales resultó ser un excelente cocinero. Éurito no echaba en falta los barracones, pero de no haber sido por su esposa, la casa hubiera supuesto el principio de una existencia agradable.

Helena no carecía de virtudes. Gestionaba bien tanto la casa como a los esclavos. Era ahorradora. En muchos sentidos encarnaba las virtudes de una esposa espartana.

El problema era que carecía de ternura. No amaba a su marido, al menos no del modo en que Ifigenia siempre parecía haberle amado. Quizá Ifigenia solo fingiera amor, pero, al menos cuando estaba con ella, Éurito sentía que era un amor verdadero. Helena daba la impresión de ver en su marido tan solo un medio para quedarse embarazada.

En cuanto dispusieron de su propia habitación, Éurito empezó a penetrar a su esposa tan a menudo como le permitía su vigor. Sin embargo, después de siete años de matrimonio, no había hijos. Sabía que Helena le culpaba a él.

De vez en cuando sopesaba la posibilidad del divorcio. Éurito no podía iniciar algo así sin provocarle problemas políticos a su padre. Nicandro era un amigo fiel y un aliado en el Consejo de ancianos. Pero no había nada en la ley que impidiese que una mujer se divorciara de su marido y encontrase a otro. Helena solo tenía veinticuatro años y sus propiedades eran suyas. Aunque ella jamás habló de tal eventualidad.

Quizá estuviese esperando a que muriera. Quizá le fascinase la idea de ser viuda. Quedaba claro, a medida que sus esperanzas de tener hijos se iban desvaneciendo, que no había nada en su comportamiento que diera a entender que la vida de Éurito le resultaba valiosa.

Así que una noche, días después de volver de Atenas, las circunstancias de la vida doméstica de Éurito no incitaban a rechazar la invitación de su padre a cenar.

Salvo que a Dienekes, por lo visto, no le interesaba la comida. Éurito le encontró en su jardín, dando cuenta de una jarra del mejor vino de Lesbos, que parecía estar bebiendo sin aguar. Éurito ya había aprendido que eso siempre era mala señal.

—Lamento el modo en que te increpé sobre Agesilao —dijo, con una sentida gravedad que confirmaba cómo había estado pasando el tiempo—. Tenías toda la razón. Puede que se haya hecho demasiado viejo. Puede que yo ya sea demasiado viejo.

Éurito se sentó frente a su padre y se sirvió algo de vino que diluyó en dos partes de agua.

—¿Qué ha ocurrido?

Dienekes le explicó la situación en Mantinea y la reacción de Agesilao. Luego negó con la cabeza y miró a su hijo.

—La cuestión es: ¿cómo le detenemos?

Éurito se encogió de hombros y le dio un sorbo al vino.

—No sé si podremos. Es muy querido, y la gente culpa a Cleómbroto de lo de Leuctra. Incluso antes de acudir a Atenas me daba la sensación de que aquí nadie se ha dado cuenta de la magnitud del desastre. Pero no atacará Mantinea si el Consejo de ancianos no le da el visto bueno. No se atreverá. Por tanto, es ahí donde debes plantear la necesidad de prudencia.

Dienekes valoró sus palabras un instante y asintió. Luego le puso a su hijo la mano en el brazo.

—Haré lo que sugieres —dijo.

—Pero no será suficiente. —Éurito se movió un poco, ante lo que su padre le retiró la mano—. No hago más que recordar la profecía del rey tullido.

—¿Que si los espartanos elevan al trono a un tullido sufrirán las tormentas de la guerra? Sí, puede que los dioses nos estén castigando por no hacer caso de su advertencia.

—¿Te gustaría ir a casa, Protos?

Epaminondas había bajado al gimnasio, supuestamente a presenciar los entrenamientos de los escaramuzadores. Llevaba un tiempo junto a su comandante antes de que este formulase su pregunta, como si se le hubiera ocurrido en ese instante.

—¿Qué ha pasado?

—¿Pasado? —El semblante inocente de Epaminondas se convirtió en una astuta sonrisa—. Bien, sí, ha pasado algo. Ven a mi casa esta noche y Pelópidas te lo explicará.

Una vez concluidos los entrenamientos, Protos volvió a casa para asearse y cambiarse. Su nerviosismo debió de traicionarle, porque Nubit ladeó la cabeza y sus ojos le estudiaron inquisitivos.

—¿Vas a salir esta noche? —preguntó.

—Sí, a ver a Epaminondas. Pasa algo.

—¿Y no sabes de qué se trata?

—No, salvo que me ha dicho algo de volver a casa.

—¿Cómo vas a hacer eso?

—No lo sé.

El rostro de la mujer adoptó un gesto de aflicción, así que Protos la estrechó entre sus brazos.

—No haré ninguna tontería —dijo—. Lo prometo.

—Sí, pero ellos no lo han prometido.

—La situación es muy sencilla —explicó Pelópidas—. En cuanto la tinta del tratado de paz se secó, Mantinea declaró su independencia de la liga espartana. Entonces las ciudades arcadias, con el apoyo de Mantinea, empezaron a negociar la creación de una liga propia. Para contrarrestar todo esto, el rey Agesilao, con el apoyo a regañadientes del Consejo de ancianos, le ha declarado la guerra a Mantinea, lo que ha provocado que todas las ciudades de Arcadia se unan a la nueva liga y nos pidan ayuda. Para los espartanos es la forma habitual de la acción diplomática: el modo de hacer amigos es amenazarlos.

—El tratado se firmó hace tres meses —intervino Epaminondas—. Me sorprende que hayan sido capaces de contenerse durante tanto tiempo.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

La pregunta de Protos se quedó flotando en el aire. Estaban cenando en la azotea para evitar uno de los últimos días calurosos de la temporada. Las luces de Tebas titilaban a su alrededor, y más allá quedaba el gran vacío oscuro de las llanuras de Beocia.

No hacía más que recordar lo que había dicho Nubit en el templo de Palas Atenea.

«No confíes en nada de lo que se diga o haga en Atenas».

—¿Te gustaría invadir Laconia, Protos? —Epaminondas rellenó el cuenco de cerveza de Protos como buen anfitrión—. Conoces la zona mejor que cualquiera de nosotros. Te necesitaremos.

Protos experimentó una extraña sacudida de emociones en el pecho. Volvía a casa. De verdad iba a ocurrir. Volvería a contemplar el lugar en el que había

nacido.

—¿Cuándo podemos partir?

—No será hasta pasado el invierno. —Epaminondas se encogió de hombros, aunque era imposible saber si el gesto respondía al inevitable retraso o a la impaciencia de Protos—. Por suerte Agesilao está llevando a cabo la guerra con inusitada timidez, así que no hay prisa. Si vamos a enfrentarnos a Esparta en su terreno, preferiría hacerlo sin tener que luchar también contra las lluvias.

—¿Qué harás en Laconia?

—¿Te refieres a qué le haremos a Esparta? —Sin esperar respuesta, Pelópidas suspiró con dramatismo—. Pues no podemos matar a la vieja. Si amenazáramos con hacerlo es probable que Atenas se pusiera de su lado. Pero sí podemos desnudarla y ver qué le parece acabar temblando de frío. ¿Eso te satisfaría?

—Tendrá que valer por ahora —repuso Protos—. Pero recordad: mi guerra no acabará cuando concluya la vuestra.

La noche después de que Protos emprendiese su camino hacia el Peloponeso, y por primera vez en años, Nubit soñó con su padre. No era el sueño en el que le veía morir. No era un recuerdo, o al menos no del todo. Era un sueño de verdad, nacido de la imaginación, o de los dioses.

Soñó con el día en el que su padre mató a su madre. Madre estaba débil, acosada por lo que llamaban la fiebre del Nilo, que recorría las ciudades del delta varias veces al año. Tenía que cargar con una pesada ánfora de agua caliente, se resbaló y cayó, rompiendo una de las baldosas del baño de su padre.

—¡Maldita puta torpe! —gritó saliendo del agua—. ¡Mira lo que has hecho!

Cuando vio la baldosa rota estalló de ira. De una patada derribó a madre y le empezó a dar patadas en el vientre, una y otra vez, hasta que empezó a vomitar sangre.

Entonces, de pronto y de ninguna parte, surgió un hombre, un hombre alto que no llevaba más que un taparrabos y que blandía una espada.

—¡Asesino! —gritó—. ¡No tenía culpa de nada!

Le golpeó a padre con el plano de la espada. Fue inmisericorde en su castigo, y padre aullaba aterrorizado. Nubit no podía ver el rostro del hombre, pero tenía cicatrices en la espalda y conocía su voz.

Era Protos.

37

Unas horas después del amanecer, Dienekes y su hijo estaban en lo alto de una colina desde la que se divisaba el río Eurotas y desde donde se veía el gigantesco ejército de Epaminondas mientras lo cruzaba. Había tebanos, junto con sus aliados beocios, además de mantineos y arcadios, un contingente de al menos sesenta mil hombres penetrando en territorio espartano. Jamás había ocurrido nada parecido.

—Todo lo que podemos hacer es defender la ciudad —dijo Dienekes en voz baja—. No podemos enfrentarnos a un ejército de esas proporciones en campo abierto. Sería un suicidio.

—Suicidio ahora o después, ¿qué importa? En cualquier caso, este es el principio del fin.

Éurito sonrió amargamente y Dienekes se preguntó por qué, en ese momento, odiaba tanto a su hijo. Y entonces lo supo y se sintió avergonzado. Éurito estaba diciendo en alto lo que su propio corazón llevaba días susurrándole.

—Podemos aguantar. Al final se irán.

—Y luego solo tendrán que volver.

—Éurito, te prohíbo…

Pero Éurito no escuchaba. Alargó el brazo y señaló a la margen opuesta del río.

—Allí está, padre —dijo, casi emocionado—. Hace años que no le ves, pero seguro que puedes reconocerle. Allí, el que no lleva atuendo militar y monta un caballo negro. Es Protos. ¡Qué sacudida de triunfo debe de estar sintiendo ahora!

—Sí, es él. —El rostro de Dienekes se tornó duro como el hierro—. Ese es el esclavo que mató a mi hijo.

—Ni es un esclavo ni es un niño, y mató a Teleclo en defensa propia. Si hubiera nacido espartano pensaría de él que es un gran hombre.

—Pero no nació espartano, y ahí radica la diferencia.

—¿De verdad?

El sujeto al que estaban sometiendo a escrutinio no se percató de que había dos

hombres en lo alto de la colina, y no tenía sensación alguna de triunfo. Su mente estaba ocupada pensando si en el terreno que tenían delante habría peligro de sufrir una emboscada. Los exploradores habían dicho que no, pero eran arcadios y Protos no estaba del todo seguro de que supieran hacer su trabajo.

—Voy a echar un vistazo —le dijo a Agenor—. Volveré cuando anochezca, o antes, si me topo con problemas.

El camino seguía el curso del río por la margen izquierda, pero las aguas corrían por la planicie hasta llegar al mar, así que el ejército podía desplegarse a ambos lados del camino. Teniendo en cuenta el paso lento que una fuerza tan grande se veía obligada a adoptar, estaban a dos días, quizá tres, de Esparta.

Protos iba de un lado a otro de la llanura buscando lugares en los que un importante contingente de soldados pudiera ocultarse, pero no encontró nada. Parecía que los arcadios tenían razón.

Llevó a su caballo al límite. A media tarde llegó a menos de una hora de camino de Esparta.

A unos cincuenta pasos de distancia vio a un hombre que llevaba un azadón, lo que significaba que era ilota y que, por tanto, supondría que cualquier persona a caballo tenía que ser un enemigo. Protos avanzó lentamente para que el hombre no huyese.

No hubiera sido necesario que se preocupase. El hombre se volvió, le miró y dio la sensación de que se convertía en piedra.

Cuando no estaban a más de unos pasos de distancia, Protos tiró de las riendas de su caballo.

—Buenos días, amigo —dijo Protos—. Me preguntaba si…

—Eres él —le interrumpió el hombre—. ¡De verdad eres tú!

Protos sacudió la cabeza.

—¿Nos hemos visto antes?

—En el norte, el verano pasado, hubo una gran batalla.

—¿Te refieres a Leuctra? ¿Estuviste allí?

—Nos diste pan y nos dijiste que volviéramos a casa. ¡Nos liberaste!

El hombre se llamaba Kibo, y dado que caminaba de vuelta a su aldea, insistió en que Protos le acompañara.

—¡Verás cuando te presente a mi mujer!

Hablaron sobre lo que estaba ocurriendo en Esparta.

—Llevamos días sabiendo que se estaba cociendo algo —le dijo Kibo—. Hemos visto a muchas tropas en movimiento, y a los ilotas que trabajan en Esparta no se les ha permitido salir. La hija de mi tío cuida de los niños de una familia. Por lo general vuelve a la aldea a cenar y a dormir, pero nadie la ha

visto desde hace cinco días.

—Hay un ejército tebano que marcha hacia el sur.

—¿Quiénes son los tebanos?

—Los que derrotaron a los espartanos en Leuctra.

—¿Ah, sí? Nunca nos dijeron nada. Solo estábamos allí para morir.

Kibo, que tendría unos treinta años, de cuerpo delgado y cara redonda, miraba a Protos por el rabillo del ojo.

—¿Esta vez vais a acabar con los espartanos? Quiero decir, ¿seremos libres?

—Puede que no del todo, pero casi.

La aldea había perdido diez hombres alistados por las partidas de reclutamiento espartanas. Solo cuatro habían vuelto a casa. Aquellos cuatro recordaban a Protos como un salvador, y sus familiares, que, aparentemente, eran todos, parecían estar dispuestos a creerlos.

Protos compró cinco corderos y toda la aldea lo festejó. Incluso había una cuba de cerveza, cerveza lacedemonia, que Protos no había probado desde niño.

Los cuatro hombres a los que había liberado sacaron las armas espartanas saqueadas en el campo de batalla. Querían que las viese, para dar a entender que estarían preparados cuando volviese para liderarlos. Parecieron desilusionados cuando supieron que ese no sería el día.

—Debéis comprender que, aunque debilitados, siguen siendo peligrosos —les dijo Protos—. Tenemos que socavar la base de su poder, y eso puede llevar años. Pero ocurrirá.

»Y ahora decidme: ¿qué tal se ha dado la cosecha?

Fue para Protos toda una satisfacción estar de nuevo entre los suyos. Durante unas horas se permitió el lujo de olvidarse de que era soldado y volvió a convertirse en un campesino que podía sentir con los dedos de los pies la tierra de sus mayores.

Estaba oscureciendo cuando volvió a subirse al caballo para volver con el ejército. No se topó con el primer centinela tebano hasta pasada la medianoche.

—¿Dónde has estado? —exigió saber Agenor—. Ya pensábamos que estarías en manos de los espartanos.

—No, son ellos los que están en las nuestras. —Protos negó con la cabeza y rio—. Se están preparando para la batalla final.

—No. Es una locura.

—Podemos hacerlo. De una vez por todas, y librar al mundo de esta maldición.

Epaminondas observaba al comandante de sus escaramuzadores, como si Protos hubiera propuesto que atacasen Esparta desde las nubes.

—Vi Esparta una vez, cuando era niño —siguió diciendo Protos, con la voz ya completamente en calma, como si aquello solo fuera una consideración táctica más—. No está fortificada. Al parecer, nunca se les ocurrió que alguien pudiera llegar lo bastante cerca como para atacar.

Estaba cada uno a un lado de la mesa en la tienda de campaña de Epaminondas. La mesa estaba cubierta de mapas, el de arriba del todo era de Esparta. Cierto, no había murallas.

—Estoy convencido de que a estas alturas ya habrán hecho terraplenes, y estimamos que deben de disponer de unos cuatro o cinco mil hombres armados, todos dispuestos a luchar hasta la muerte por su ciudad. No será tan fácil como recoger una moneda que se le haya caído a alguien en la calle.

Epaminondas se inclinó hacia delante hasta que su rostro no estuvo a más de un palmo del de Protos.

—Nunca has tomado parte en un asedio —continuó, gesticulando con la mano como si pretendiese barrer cualquier objeción—. El proceso es largo y terriblemente peligroso. Hasta que se da el asalto final, la cantidad de tropas no cuenta mucho, y cuando decidamos superar sus defensas deshechas podremos estar seguros de perder dos o tres hombres por cada uno de los suyos.

»Y mucho antes de que llegue ese día, tendremos un ejército ateniense a la espalda. Atenas nos teme tanto ahora como temía antes a los espartanos. No se quedará sentada para ver cómo nos convertimos en el único árbitro de Grecia.

—Tenemos sesenta mil hombres. ¿Por qué deberíamos preocuparnos de los atenienses?

Nada más abrir la boca, Protos supo que estaba diciendo una tontería. Al menos desde la perspectiva tebana, Epaminondas tenía razón. Esparta estaba acabada como potencia en los asuntos de Grecia. Jamás volvería a levantarse. Tebas no ganaba nada destruyéndola por completo.

Excepto que, por supuesto, era la dama de Laconia. Aún mantenía a los ilotas subyugados. Pero ¿qué le importaba eso a Tebas?

—Te abriré mi mente —dijo Epaminondas ignorando explícitamente el pueril desprecio de Protos hacia los atenienses—. Te haré partícipe de lo que pretendo conseguir a lo largo de esta campaña, y quizá eso te ayude a renunciar a tu venganza.

Cuando al fin Protos llegó a la cama sintió cierto consuelo. No habría

sangre en las calles de Esparta. No habría asedio. Esparta sufriría un destino diferente, uno que no vengaría a su familia ni los cuatrocientos años de sumisión que había sufrido su pueblo.

Pero estaba cerca.

Con Pelópidas al mando, un ejército de treinta mil hombres, la mayoría arcadios y mantineos, aunque acompañados por un importante contingente de tebanos destinado a reforzar la moral de los últimos, se ocuparon de vigilar Esparta. Se permitió que los mercaderes entraran y salieran para evitar que los espartanos acabaran sucumbiendo al hambre y la desesperación, pero el abultado número de soldados quedó inmovilizado en la ciudad.

Epaminondas se dirigió con el resto del ejército hacia el sur para incendiar las granjas de los terratenientes espartanos y para hacerse con sus enormes reservas de trigo. El ejército tomó lo que necesitaba y les dejó el resto a los ilotas. Aquel invierno no habría hambre en las aldeas.

Siguieron marchando hasta el puerto de Gitión, enclave que ocuparon durante un tiempo y donde entregaron varios barcos a las llamas. Después volvieron a dirigirse al norte. En Esparta Epaminondas reunió a su ejército y dio la orden de retirarse a sus bases de Arcadia.

38

Dos mañanas después de emprender el viaje de vuelta, puede que a una hora de camino al norte del Eurotas, la vanguardia del ejército beocio se topó con una carreta que esperaba a un lado del camino. Había una mujer sentada en el pescante, una mujer cuya piel era del color del bronce y cuyo cabello negro le caía hasta la cintura, una mujer a la que conocían al menos algunos de los oficiales que la vieron.

—¡Enviad un mensajero a Protos y decidle que su mujer está aquí! —gritó uno.

Y entonces cabalgó hasta la mujer y esta se le abrazó al cuello y le besó la barba. Era el tipo de gesto que para una mujer griega hubiera sido indecoroso, pero Nubit, como todos sabían, era egipcia y no tenía más reglas que las suyas propias.

Cuando Protos llegó, a pie, inclinó la cabeza a un lado y frunció el ceño.

—Creí que te había dejado en Tebas —dijo.

—Me harté, así que he vuelto a los caminos. —Nubit se encogió de hombros y sonrió—. Qué coincidencia encontrarnos de este modo.

—Y has comprado un caballo nuevo.

—El viejo murió… de aburrimiento, supongo.

Protos se subió a la carreta, se sentó a su lado, la besó en la boca y cogió las riendas.

—Pues yo creo que me has seguido —dijo—. Tendré que buscar algún modo de castigarte.

—Seguro que se te ocurre algo.

Vieron pasar al ejército ante ellos, y esa noche nadie fue capaz de encontrar a Protos.

Durante las semanas que siguieron la carreta siguió al ejército, y los soldados se acostumbraron a verla. Por la noche se detenía en algún lugar próximo al agua. El lugar de acampada de la «bruja» se convirtió en parte del paisaje.

Animal de costumbres y campesino de alma, todas las mañanas Protos se levantaba dos horas antes del amanecer y encendía una hoguera mientras Nubit dormía. Después del desayuno volvía con el ejército.

Una noche, tan tarde que las estrellas parecían lo bastante cerca como para tocarlas, Protos apoyó la cabeza en el regazo de Nubit.

—¿Alguna vez has llegado a echar de menos esta vida? —le preguntó—. Yo sí. Hasta ahora no me había dado cuenta de hasta qué punto.

—¿Qué echabas en falta exactamente?

Protos se mantuvo en silencio un instante.

—La sensación de que el futuro no importa —dijo al fin.

—Eso lo hemos perdido los dos para siempre.

Unos días más tarde, ya establecidos en su campamento base de Arcadia, Pelópidas pasó por allí antes del amanecer, justo cuando Protos atizaba el fuego para que cobrase vida.

—Los ilotas de Mesenia han vuelto a levantarse contra Esparta —dijo—. Epaminondas dice que deberíamos acudir en su ayuda. ¿Qué dices tú?

—Que cuándo partimos.

Dos días después estaban de camino.

—Estos acontecimientos son estratégicamente muy importantes para nosotros —explicó Epaminondas mientras Protos y él cabalgaban hacia el suroeste, a la zaga de la vanguardia del ejército—. Por supuesto, en cuanto nos retiremos, los espartanos intentarán retomar Mesenia. Dominan la región desde hace doscientos años, así que no la dejarán ir tan fácilmente. Pero si podemos dejar su vieja capital lo bastante fortificada, la pérdida bien pudiera resultar permanente, y la fuente de riqueza de Esparta habrá menguado a la mitad. El verdadero músculo de un estado no reside en su ejército, sino en su tesoro.

»Nos haremos por un breve espacio de tiempo con el gobierno de Mesenia; supongo que en este momento no hay gobierno, y haremos que vuelva lo que queda de la antigua aristocracia. Puede que los ilotas vean con recelo ambas medidas, y ahí es donde entras tú. La explicación de lo que tenemos intención de hacer les sonará mejor si se lo cuenta uno de los suyos. Diles que no permaneceremos allí más tiempo del necesario para que Mesenia sea defendible y que cuando nos vayamos dejaremos un gobierno democrático. Diles que Epaminondas te ha dado su palabra de que no tenemos intención de incorporarlos a ninguna especie de imperio tebano.

—¿Y me das tu palabra?

Epaminondas asintió.

—Así es.

—Entonces eso será lo que les diga.

Tres días después Protos empezó su carrera como diplomático.

Debido a un rumor de que había una especie de gobierno local establecido en una ciudad portuaria no muy lejos del monte Itome, Protos partió en su busca. Incluso antes de ver cómo se mecían los mástiles de los barcos en el puerto, reconoció el lugar.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Doce años? Al menos doce años, casi la mitad de su vida.

Tiró de las riendas de su caballo y miró a su alrededor. La calzada vacía se extendía ante él superando un altozano; el mar quedaba a un cuarto de hora de marcha a su derecha.

«Suelta el arma, chico. Vales una buena cantidad vivo, pero después de esto no vamos a arriesgarnos».

Habían sido cuatro, pero uno de ellos yacía muerto en el suelo. Había sido una elección entre la muerte segura en ese momento o la posibilidad de ser crucificado.

«Suelta el arma, chico, o no vivirás para saber lo que te aguarda en Esparta».

Aquel había sido el día en el que Protos había aprendido que los espartanos no eran sus únicos enemigos.

Chascó la lengua y el caballo reanudó la marcha al paso hacia la ciudad.

Hacía dos horas que había amanecido. La brisa marina había ido muriendo presagiando un día cálido. Por lo visto era día de mercado. Había tenderetes dispuestos a ambos lados de la calle principal, aunque eran menos de los que hubiera cabido esperar en una población de ese tamaño, y faltaban el barullo y la atmósfera festiva típica en los mercados de las pequeñas ciudades.

—¿Cómo puedes pedir tanto por un puñado de trozos de pescado? —preguntó una mujer en un tono de voz justo por debajo del grito. Era una muchacha menuda y parecía agobiada; no tenía ni veinte años, pero las muescas de la lucha interminable ya eran manifiestas en su rostro—. ¿Cómo se puede tolerar un robo así? ¿Cómo puedo darle de comer a mi familia con estos precios?

—¿Y cómo me voy a permitir cobrar menos? —repuso el pescadero casi tan airado como ella—. ¡Tengo que pagar los impuestos del mercado!

La mujer rebuscó en una bolsita, sacó un puñado de monedas y las fue colocando en el mostrador como si estuviera cometiendo un acto vergonzoso.

¿Impuesto de mercado? Protos no pudo más que negar con la cabeza. ¿Quién había oído hablar de tal cosa?

Unas setenta u ochenta de las personas que había en el mercado se habían percatado de su llegada, algo que no le sorprendió. Iba vestido con su uniforme azul de Tebas y llegaba montado a caballo. Sus armas estaban a la vista. Para la mayoría de la gente los soldados eran sinónimo de problemas.

El edificio donde se había detenido años antes a tomar un cuenco de cerveza, en el que había aprendido lo que era la traición y lo que valía un dracma, no era más que una ruina chamuscada. El estado de las vigas daba a entender que el incendio había sido reciente.

Protos desmontó y ató su caballo a una de las vigas renegridas. Varias personas le observaban con indisimulada atención.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular—. Recuerdo que esto era una taberna.

Sonrió para mostrar que su interés no tenía un trasfondo oficial.

Al principio no hubo respuesta, y entonces un hombre dio un paso al frente.

—Era una taberna —dijo—. La regentaba un granuja llamado Jabo que llevaba años siendo un chivato. Cuando la guarnición oyó lo de la revuelta de Pilos se fueron y la gente quemó este lugar con Jabo dentro.

El hombre miró al suelo, como si pretendiera negar cualquier implicación personal. Lo había hecho «la gente», no él, como si «la gente», en aquel lugar tan pequeño, fuera una entidad remota como los dioses.

—Lo comprendo —asintió Protos—. Hace mucho tiempo pasé unos días aquí como huésped de vuestra guarnición.

Para entonces los ciudadanos que se arremolinaban a su alrededor superaban la veintena. Por un instante permaneció en silencio y luego, poco a poco, se empezó a oír un murmullo de voces.

El hombre que había hablado de la venganza de «la gente» alzó la mirada y se quedó estudiando el rostro de Protos, como si pretendiera ubicarlo.

—Cuando tenía veinte años —dijo— mataron a la guarnición, hasta el último hombre. Tenían preso a un esclavo fugitivo, un muchacho ilota. La gente decía que lo había hecho el chico. Decían que había matado a unos cuantos espartanos antes de llegar aquí. Eso no lo sé, pero los cinco hombres que conformaban la guarnición fueron masacrados como ovejas en una sola noche. Yo mismo vi los cuerpos. Y nunca oí que dieran caza al muchacho.

—Puede que jamás lo lograran.

Protos sonrió, como si estuviera disfrutando de algún recuerdo inocente, y el hombre, que debía de rondar la treintena, asintió.

—Esos cinco eran hombres perversos —dijo—. Eran los chacales de los espartanos. Nadie los echó en falta.

—Y ahora habéis expulsado a los mismísimos espartanos —repuso Protos

indicando que ya estaban charlando de lo que le llevaba allí—, aunque lo difícil va a ser conseguir mantenerlos fuera.

Fue un momento interesante. El susurro de voces fue muriendo y Protos se percató de que nadie, ni siquiera el hombre que había hablado de los «chacales de los espartanos», parecía querer mirarle a los ojos. La pequeña multitud se mostraba extrañamente hostil, como si Protos hubiera sacado un tema que preferían ignorar.

Pero no, no era eso. Era otra cosa. Tenían miedo.

—¿Quién eres? —preguntó alguien cuando el silencio se volvió demasiado espeso—. ¿Qué haces aquí?

—¿Que quién soy? —Protos negó con la cabeza. Hasta a él se le antojó una pregunta sin respuesta—. En estos momentos soy un enviado del ejército tebano, que está acampado a unas horas a caballo de aquí. Sería más correcto que me preguntaseis lo que hacen ellos aquí. Ellos, al igual que vosotros, quieren mantener a los espartanos alejados de Mesenia, eso es todo. El honorable Epaminondas, comandante del ejército, ha jurado que Tebas no tiene intención de suplantar a Esparta como señora del Peloponeso. Cuando nos retiremos, y será pronto, esperamos dejaros en condiciones de que podáis defenderos por vosotros mismos y de que podáis organizar vuestros asuntos como estiméis oportuno. Tenemos un enemigo común y, por tanto, intereses comunes. No queremos súbditos, sino aliados, y los aliados han de ser libres e iguales.

—Libres e iguales… ¿Cuándo se ha visto tal cosa?

Al principio Protos no pudo identificar a la persona que había hablado, pero la multitud se apartó y dejó al descubierto a tres hombres con espadas colgadas del tahalí. Uno de ellos, sin duda el líder, tenía los brazos cruzados y sonreía como si aquello se tratara de una broma.

Debía de tener unos veinte años y estaba muy sucio, aunque no del modo que lo hubiera estado alguien que llevara todo el día trabajando en el campo. La suciedad de ese hombre era algo habitual. Tanto su barba como su cabello eran un manojo grasiento, y daba la sensación de que no se había lavado la cara en meses. Un campesino era pobre, pero no por eso carecía de amor propio. Ningún campesino se hubiera permitido tal degradación.

Sus compañeros eran casi igual de desagradables.

—¡Libres e iguales! —repitió el hombre con absoluto desprecio.

Los lugareños tenían miedo y mantenían una prudente distancia. Muchos de ellos no apartaban la mirada del suelo, como si estuvieran avergonzados.

La situación resultó evidente al instante. Esos eran los energúmenos que se habían erigido como señores de aquel montón de edificios junto al mar. Aquel

era el «gobierno» que Protos había ido a encontrar. Su autoridad manaba del miedo que suscitaban.

Pero Protos no tenía intención de tratar con calaña como aquella, así que su primera labor era romper las cadenas de ese miedo.

—¿Te hace gracia, verdad? —preguntó Protos con insultante serenidad—. Quizá creas que miento.

—O quizá estés loco. —El hombre hizo un gesto con el brazo como si pretendiera abarcar la ciudad al completo—. Puede que esta gente sea ganado, pero al menos entienden que todo poder descansa sobre la punta de una espada.

—Una postura un poco incómoda para el poder, de eso no hay duda. —La sonrisa de Protos fue como una provocación—. ¿Y quién eres tú sino un campesino fugitivo con una espada que probablemente uses como quien usa un cuchillo para cortar el pan?

El rostro del hombre se tornó negro de ira. Se llevó la mano derecha al tahalí y luego se tensó, pero aún no estaba listo para desenvainar.

—¡Soy Plákido! —dijo gritando su nombre a modo de reto—. Soy el segundo al mando de Carpo, el dueño de esta ciudad. Quienes viven aquí lo hacen con su permiso, porque hasta el aire que respiran es de Carpo.

Protos no pudo evitar reír.

—¿Y puedo preguntar de cuántos hombres armados dispone ese Carpo? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Más aún?

Plákido, por primera vez, empezaba a parecer incómodo. Observó a sus compañeros, quizá para asegurarse de que seguían ahí.

—Deja que te hable del ejército tebano —continuó Protos como quien es portador de buenas noticias—. Está muy cerca, pero a principios de mes estaba acampado al otro lado del Eurotas, frente a la mismísima Esparta. Y sin embargo los espartanos, a quienes el mundo entero ha aprendido a temer, nunca se atrevieron a presentar batalla, ya que los tebanos y sus aliados se cuentan por decenas de miles y cuando marchan tiembla la tierra.

—En ese caso, siendo tantos, no creo que vayan a echar uno en falta.

La mano de Plákido ya estaba en la empuñadura de la espada. Hervía de rabia ciega. Protos le observaba casi con pena. Un instante después negó con la cabeza.

—No seas necio —dijo—. Tengo quinientos hombres a mi mando, y si no vuelvo esta noche querrán saber por qué. Me atrevo a decir que acabarán por cazar a cada uno de los integrantes de vuestra pequeña banda de ladrones. El resultado te sería desagradable.

»Aunque tales esfuerzos no serán necesarios, porque no me matarás. Piénsalo un momento. ¿Acaso parece que tenga miedo? No sabes nada de mí,

pero yo me he topado contigo cientos de veces antes del día de hoy.

Lentamente, con las puntas de los dedos, Protos desenvainó su daga espartana. La alzó para que Plákido la viera.

—Ya no mandas aquí. Si quieres vivir, huirás de Mesenia. Empezarás a correr y no te detendrás hasta que llegues a un lugar en el que puedas ganarte el pan como un hombre honrado. Si desenvainas, morirás aquí y ahora. Eso te lo prometo.

No había más de seis o siete pasos de distancia entre ellos. Plákido quizá creyera que podía recorrer ese trecho en un instante. Quizá pensara que no tenía nada que temer de un hombre que blandía tan solo una daga. Quizá su mente estaba tan nublada por la ira que ni siquiera pensaba. Al final no importó.

Dio un paso al frente al tiempo que desenvainaba, pero entonces se detuvo, dio otro paso tambaleante, cayó de rodillas y se desplomó a un lado. Su pierna izquierda dio una sacudida, pero después de eso ya no volvió a moverse. Tenía la hoja de Protos hundida en el corazón.

Aquello era todo lo que necesitaban ver sus dos acompañantes. Dieron media vuelta y huyeron.

Protos se acercó hasta el cuerpo de Plákido y retorció el cuchillo para liberarlo.

—Os diré por qué los tebanos no temen a hombres como este —dijo con calma mientras se agachaba para rasgar un trozo de la túnica de Plákido con el que limpiar la sangre de la daga—. En Tebas todo hombre de entre los dieciséis y los sesenta años entrena para ser soldado. No pueden emerger tiranos porque un tirano no puede gobernar salvo por la fuerza. La fuerza reside en el ejército, y el ejército es la ciudad en sí. Y, por tanto, la ciudad es libre.

Se irguió y miró a su alrededor, estudiando los rostros de la muchedumbre, que para entonces ya sumaba unas cincuenta personas.

—Ahora… ¿quién puede llevarme ante ese tal Carpo que cree ser el amo de todo esto?

—Estará en los viejos barracones, están…

—Gracias —interrumpió Protos con una sonrisa—. Recuerdo el camino.

Dado que no sabía lo que habría de encontrarse en ese lugar sin ley, había traído consigo un carcaj con jabalinas que colgaba de las grupas del caballo. Las contó; había once.

¿Cuántos hombres podía tener Carpo en su séquito? Lo averiguaría pronto.

Tenía miedo, pero el miedo se había convertido en un compañero habitual.

Mientras caminaba por la calle que corría paralela al mar, se dio cuenta de

que la muchedumbre le estaba siguiendo. No miró a su espalda, no quería dar la impresión de que contaba con ellos, pero sí tenía la sensación, aunque solo fuera por el murmullo de sus voces, de que estaban creciendo en número.

Había un pequeño grupo de hombres, quince a lo sumo, reunidos en torno a la entrada de los barracones. Daban vueltas sin razón aparente. No fue difícil averiguar quién era su líder.

Carpo parecía ser el mayor y también el más fuerte. Su cuerpo rebosaba músculos, hasta tal punto que tenía los hombros caídos y el cuello desaparecía en ellos. Y, sin embargo, había algo en su aspecto que le daba un aire de peculiar vulnerabilidad, y a Protos le impactó darse cuenta de lo que era. El hombre estaba completamente clavo, ni siquiera tenía cejas.

Protos se detuvo a unos cincuenta pasos en la vía principal. Sacó seis jabalinas del carcaj y las hundió de punta en el suelo, creando una pequeña línea delante de él.

—¡Carpo! —gritó—. Exijo tu rendición. Tus hombres podrán abandonar este lugar con vida, pero tú deberás responder por tus crímenes.

El jefe de los bandidos se cubrió el pecho con sus poderosos brazos y tembló de risa. Daba la sensación de que aquella era la única respuesta que iba a recibir Protos.

—¡Muy bien!

Había tres hombres en pie próximos al líder de los rufianes. Protos arrancó una jabalina del suelo, la sopesó en la mano y lanzó. Le acertó al hombre que estaba más cerca de Carpo en pleno pecho.

Antes de que pudieran recuperarse de la sorpresa, un segundo hombre se desplomó sin vida. El tercero intentó correr, pero la jabalina de Protos se le clavó entre los omóplatos.

—Carpo, si desenvainas la espada o dices aunque solo sea una palabra, te mataré de inmediato. En cuanto al resto, todos aquellos que quieran morir que sean tan amables de dar un paso al frente.

Nadie se movió. Parecían congelados.

—Muy bien. —Protos cogió otra jabalina.

Al instante siguiente los hombres de Carpo se dispersaron como paja al viento. Sencillamente huyeron. Solo quedó Carpo.

¿De verdad iba a ser tan fácil? ¿Era tan fácil que un hombre acobardase a quince? «Debo de ser un tipo aterrador», se dijo Protos a sí mismo.

Lentamente se dirigió a Carpo hasta encontrarse a unos pasos de él. El hombre parecía aturdido. Ya no era peligroso. En cuestión de un cuarto de hora todo le había sido arrebatado y ahora estaba solo, contemplando un futuro en el que solo parecía haber muerte.

Pero su mirada no estaba fija en Protos, sino en algo mucho más terrorífico. Pasó un instante antes de que Protos se diera cuenta de lo que era.

Era la muchedumbre.

Protos casi se había olvidado de ellos. Se volvió para mirar por encima del hombro, y allí estaban: hombres, mujeres e incluso niños. Puede que en total fueran cien personas. Y su odio colectivo solo estaba centrado en una.

—No me entregues —dijo Carpo con un tono de voz que casi era un murmullo—. Hagas lo que hagas, no me entregues a ellos.

Hasta ahí llega la gloria, pensó Protos. Los bandidos se habían dispersado no porque le temieran a él, sino porque los temían a ellos. La gente de esa ciudad había hecho que su victoria fuera inevitable.

Pero en ese momento no eran más que una turba, y Protos sabía que si les daba a Carpo quizá ya nunca llegaran a ser nada más. Tenían que aprender a ser ciudadanos, y era el momento de impartir la primera lección.

—Dame tu espada —dijo—. Pagarás por tus crímenes, aunque no a sus manos.

—Carpo desenvainó y le entregó el arma presentándole la empuñadura—. Acepto tu rendición.

Una hora después Protos estaba sentado ante una pequeña mesa con otros tres hombres, representantes de la ciudad, en la estancia principal de los barracones. Carpo estaba en una jaula, la cual, para su protección, había sido metida dentro y ubicada en una esquina de la habitación. La jaula era pequeña y estaba muy oxidada, y Protos sospechaba que probablemente fuera la misma en la que a él le habían dejado ahí fuera, bajo la fría lluvia. El recuerdo no le produjo placer alguno.

—Deberías entregárnoslo —dijo uno de los ciudadanos—. No se podía vender un saco de trigo sin que pidiese para él dos tercios del precio. Era más avaricioso incluso que los espartanos. Además, sus crímenes incluyen el asesinato y la violación. Mi propia esposa… —Por un instante el dolor y la rabia le hicieron enmudecer—. La asaltó en la plaza del mercado, delante de todo el mundo. Estuvo a punto de morir, e incluso ahora tiene miedo de salir de casa.

Protos miró a Carpo, quien, acurrucado e incómodo en su pequeña prisión, escuchaba con atención, y sonrió.

—Confía en mí —dijo—. Se hará justicia.

—Debería morir —dijo otro de los ciudadanos—. La peor de las muertes sería demasiado misericordiosa para él.

—Confía en mí —repitió Protos, y con un gesto de los hombros descartó la

cuestión—. Y ahora permitid que os cuente lo que los tebanos tienen pensado hacer en los meses siguientes, y lo que deberíais hacer en preparación para los cambios que han de venir.

Aquella tarde Protos cabalgó de vuelta al campamento tebano. Avanzó con lentitud dado que su prisionero le seguía con las manos atadas a la espalda y con una cuerda al cuello.

Pasadas dos horas Carpo suplicó que le permitiese descansar. Protos le retiró la cuerda del cuello y dejó que se sentara a la sombra de un árbol. Carpo aún tenía las manos atadas, así que Protos le sostuvo la bota de agua para que bebiese.

No sentía hostilidad hacia el hombre. Era un prisionero que debía ser entregado para que Epaminondas decidiera su suerte, pero seguía siendo un ser humano.

—¿Cómo llegaste a convertirte en un bandido?

Carpo cerró los ojos un instante, como si estuviera intentando recordar.

—Tiempos difíciles —dijo al fin—. Era el forzudo en un espectáculo ambulante. Nuestra carreta perdió una rueda en Esfacteria y no teníamos dinero para repararla. Llevábamos juntos cinco años, pero pude ver que aquello era el fin. Me convertí en ladrón. Me ganaba la vida así, y en cuanto tuve lo suficiente como para comprar una espada se me antojó que asaltar caminos debía ser el paso siguiente. Todos queremos medrar en el mundo.

Observó a Protos y luego apartó la mirada.

—¿Qué será de mí? —preguntó.

—Los tebanos tienen en mente reconstruir la antigua capital de Mesenia. Levantarán una gran muralla en torno a la ciudad para mantener alejados a los espartanos. Supongo que podrán encontrarte un trabajo.

—¿Trabajaré como esclavo?

—Sí.

—Bueno, es mejor que la muerte.

—En ese sentido hay dos formas de verlo.

Cuando llegaron al campamento tebano Protos entregó su prisionero a la guardia y le relató a Epaminondas lo que se había encontrado en la ciudad.

—El peor de los gobiernos es mejor que ningún gobierno —fue la sentencia de Epaminondas—. Una vez que se han ido los espartanos, toda aldea mesenia está a merced de un matón con espada. Quiero que selecciones a diez hombres y recorras la región. Seguirás actuando como mi embajador, pero además deberás encargarte de deshacerte de los rufianes con que te topes. Si traemos la

paz y la seguridad a estas gentes, confiarán en nosotros.

A la cabeza de un destacamento de diez escaramuzadores, Protos inició su recorrido por las aldeas del sur de Mesenia. Nubit se empeñó en acompañarle.

—Me necesitarás —dijo—. Ya sabes cómo son las aldeas de campesinos. Habrá enfermedad, y esa gente nunca ha visto un físico.

—Tú no eres físico —repuso Protos con una sonrisa.

—Soy mejor físico que cualquiera de tus griegos. Todo lo que saben hacer es sacudir la cabeza y poner cara de preocupación. Mi madre me enseñó medicina egipcia, y los egipcios tenían físicos que podían abrir cráneos cuando los griegos aún eran salvajes.

¿Qué podía decir el ilota?

Cuando entraba en una aldea, Protos parlamentaba con el jefe. A veces no había jefe, sino bandidos con espadas.

—¿Quién eres tú? —le preguntó a uno de ellos en una aldea grande con la que se toparon al tercer día de viaje.

El sujeto se limitó a sonreír dejando al descubierto una boca llena de dientes negros. Se llevó la palma de mano a la empuñadura de la espada como si aquello fuera respuesta suficiente.

—Arrestadle.

La investigación entre los lugareños desveló que su prisionero era el recolector local para un bandido que les exigía tributo a varias aldeas a dos días de camino a la redonda. Lideraba un grupo de diez hombres, todos a caballo y armados, y solía aparecer sin previo aviso cuando pensaba que era necesario hacer valer su autoridad. Nadie parecía saber dónde tenía su escondrijo.

Su representante local no era querido. Había asesinado a tres hombres que se habían opuesto a sus pretensiones con sus esposas.

—Te daré a elegir el modo de tu muerte —le dijo Protos—. Si me dices dónde puedo encontrar a vuestro líder, solo te cortaré la cabeza. En caso contrario, te ataremos manos y pies, cavaremos un hoyo y te enterraremos en él hasta el cuello. Y luego dejaré que los lugareños se venguen de ti como consideren oportuno. ¿Qué prefieres?

El hombre estaba demasiado aterrado como para hablar, así que Protos le dio hasta el amanecer para que pensara cuál sería su respuesta.

A la mañana siguiente, después de que el hombre decidiera sabiamente que prefería que le cortaran la cabeza a que sus víctimas le arrancaran la cara a tiras con las uñas, Protos y sus hombres salieron en busca del jefe de los bandidos, que se reunían en un poblado a tan solo unas horas de camino hacia el sur.

Los ladrones, aunque dispusieran de espadas y caballos, no eran rival para soldados entrenados, y parecían saberlo. Se dispersaron en cuanto vieron lo que se les venía encima, y Protos y sus hombres les dieron caza uno a uno y los ataron. El jefe fue lo bastante necio como para permitir que le capturaran con vida y sufrió el destino que su subordinado había decidido evitar.

Pero solía haber cabezas visibles en las aldeas, y la visita del embajador de Epaminondas se desarrollaba de un modo mucho más cordial. Mientras Protos parlamentaba, Nubit visitaba las chozas. Sabía tratar las infecciones, en particular las de los ojos.

—Son comunes en Egipto —dijo—, así que llevamos siglos perfeccionando los tratamientos.

Pero había tantos niños desnutridos que apenas tenían defensas contra las enfermedades.

—Lo que necesitan es comida. ¿Cómo puede permitirse que la gente muera de hambre en medio de tal abundancia?

—Eso cambiará a partir de ahora —le dijo Protos.

—Tus banquetes les sientan mejor que mis remedios.

Y Protos daba sus banquetes, los cuales, tal y como decía Nubit, probablemente fueran la mejor medicina para una gente que quizá no hubiera comido carne en años. El ilota compraba cuatro o cinco ovejas e invitaba a toda la aldea. Y cuando el hambre de todos quedaba saciada, se ponía en pie.

—Me llamo Protos —decía—, y soy uno de los vuestros.

Después explicaba lo que pretendían hacer los tebanos, y dado que había hecho justicia, que les había dado de comer y que les hablaba en su propio dialecto, los lugareños le consideraban un hombre magnífico y creían sus palabras.

Por lo general pasaba una noche acampado a las afueras de la aldea, junto a la carreta de Nubit. Protos y sus hombres se acomodaban en torno a su hoguera y estos, muchos de los cuales jamás se habían alejado mucho de Tebas, bebían la cerveza de la mujer y escuchaban las historias que les contaba sobre Egipto y sus viajes.

—No hay ríos en Grecia como el Nilo —les dijo Nubit una noche—. Fluye lentamente, como una anciana, y es tan ancho que desde una orilla apenas se ve la otra. Pero uno no se puede acercar demasiado porque hay cocodrilos.

Babras se negaba a creer en la existencia de tales monstruos.

—Puedes creerlo —dijo ella con un asentimiento, como si estuviera desvelando un gran secreto—. Yo los he visto, miden cinco o seis codos de largo y sus mandíbulas son capaces de partir a un hombre en dos. A veces se llevan a las mujeres que bajan al río a rellenar sus ánforas. A los grandes

criminales se les suele echar a los cocodrilos, así que han desarrollado una apetencia por la carne humana.

—Jamás volveré a nadar —proclamó Babras, y todos rieron.

Pero un día Nubit no volvió a la carreta. Cuando empezaron a brillar las primeras estrellas, Protos, preocupado, fue en su busca.

—La hechicera está allí —le dijo alguien señalando a una choza de barro que era pequeña incluso para lo que resultaba habitual en una aldea—. Me temo que hoy trabaja en vano.

La puerta estaba ligeramente abierta, y pudo ver la luz titilante de una hoguera, así que Protos entró.

Vio a Nubit acuclillada en el suelo, junto a la cabeza de una mujer que yacía tendida en una sucia estera de junco. Nubit lavaba el rostro de la mujer con un trapo húmedo.

Al principio Protos pensó que la mujer probablemente estuviera muerta, pero entonces le vio los ojos, abiertos al máximo y desconcertados. Estaba viva, pero poco más.

—¿Queda algo del banquete? —preguntó Nubit con la voz tensa de ansiedad —. Se muere de hambre y su hora se acerca.

Solo entonces Protos se fijó en el vientre de la mujer, que evidenciaba que estaba próxima a dar a luz.

—Encontraré algo —dijo.

Volvió casi al instante con un pequeño recipiente de cerámica, cuyo contenido aún estaba caliente. Nubit hundió los dedos en él y los acercó a los labios de la mujer.

—Su marido murió hace medio mes, y los aldeanos son tan pobres que han dejado que muera de hambre. Estaba tan débil que ni siquiera ha podido salir al banquete, y a nadie se le ha ocurrido traerle nada.

—La necesidad hace que la gente se vuelva egoísta —dijo Protos en un susurro—. No pueden evitarlo.

Nubit se limitó a mirarle con desprecio y siguió dándole de comer el caldo a la mujer.

—No me atrevo a darle carne —dijo pasado un rato—. Tal y como está, no sería capaz de digerirla.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó Protos.

—Calienta un poco de agua.

Una hora después le dijo que se fuera.

—Esto es cosa de mujeres —dijo—. Lo único que harías sería estorbar.

Pero le sonrió al decirlo.

—¿Puedo traerte alguna cosa? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

Dos horas antes del amanecer Protos volvió a la choza. La mujer estaba lúcida, pero parecía estar agonizando.

—Rompió aguas hace horas, está con las contracciones. No creo que falte mucho ya.

Nubit estaba arrodillada entre las piernas de la mujer y le masajeaba el vientre hinchado. Podían verse las contracciones, rítmicas como las olas del mar.

—Si el niño nace vivo necesitaré leche —siguió diciendo—. Protos, ¿puedes ir a buscar una cabra que tenga las tetas repletas?

—Iré a ver.

Tuvo que perseguir a una por el campo abierto que se extendía al sur de la aldea, pero al final la capturó. Cuando volvió Nubit ya estaba meciendo a la criatura en sus brazos.

—Es niño —dijo con el rostro iluminado.

La madre estaba muerta.

—Creo que su corazón se había dado por vencido, apenas ha sangrado. Dar a luz ha acabado con sus fuerzas.

Protos tuvo que sostener a la cabra, pero el niño pudo mamar.

Se quedaron en la aldea todo ese día y el siguiente. Protos supuso que quizá Nubit se hiciera cargo del niño y lo criara como si fuera suyo, pero al fin se lo entregó a una mujer del lugar que había perdido a un hijo el año anterior.

—Ahora tenemos esperanza —les había dicho la mujer—. Nos habéis hecho creer que las cosas pueden mejorar después de esto.

—Nadie piensa en la madre fallecida —dijo Nubit con amargura, casi al momento de que el niño le fuera retirado de los brazos—. Esta gente la dejará ahí hasta que apeste. Protos, ¿me harías un favor? ¿La enterrarías? Que descanse en paz en su tumba, hazlo por mí.

—Por supuesto.

A la mañana siguiente, antes de partir, cogió la pala del costado de la carreta de Nubit y cavó una tumba junto a un árbol. Envolvió el cuerpo de la mujer en una capa de soldado y le puso una moneda en la boca para pagar al barquero que la llevaría a través de la laguna Estigia hacia el mundo de los muertos. Nunca supo su nombre, pero fue enterrada con honor.

Durante todo el trayecto hasta la siguiente aldea, Nubit permaneció en el interior de la carreta, llorando.

Protos había estado ausente del monte Itome poco más de dos meses. Lo que le

esperaba a su vuelta parecía un milagro. Donde había habido ruinas y desolación, ahora había una ciudad repleta de gente. Incluso las murallas estaban prácticamente acabadas.

—Hemos levantado la ciudad mejor fortificada de Grecia —dijo Epaminondas con orgullo cuando le llevó a dar un paseo por las murallas—. Los espartanos jamás podrán tomarla.

—Pero lo intentarán.

39

Las defensas de Mesenia aguantaron. La derrota era algo a lo que los espartanos aún tenían que acostumbrarse, y para ellos fue una amarga experiencia. Y la amargura conducía a la sed de venganza.

Un día Dienekes recibió la invitación del rey Agesilao para una partida de caza. No le sorprendió. Era algo bastante habitual.

Sí le sorprendió, sin embargo, descubrir que no habría séquito, ni escolta, nadie salvo él y Agesilao.

Y el rey estaba de muy mal humor.

—Vayamos a buscar una sombra y emborrachémonos. —Miró a la nuca de su caballo como si odiara al animal—. ¿Qué se dice? ¿«En el vino está la verdad»? Pues bien, amigo mío, al menos siempre puedo contar contigo para que me digas la verdad.

Cuando encontraron la sombra, en un terreno ligeramente inclinado que se extendía hasta la orilla del Eurotas, Agesilao usó el pulgar para romper el sello de la jarra de vino, dio un buen trago y le pasó el recipiente a Dienekes.

—Está todo hecho un desastre, ¿verdad? —dijo con hosquedad mientras se mesaba la barba con las uñas—. Nunca pensé que viviría para ver un ejército tebano recorriendo Laconia. Cuando llegue mi hora, no sé cómo me enfrentaré a mis antepasados.

—No es culpa tuya. Cleómbroto propició el desastre en Leuctra.

—Sí es culpa mía. —Agesilao rio amargamente y negó con la cabeza—. Cleómbroto fue un memo. Nunca debería haberle dejado ir a Beocia. Y después de que muriera debería haberte escuchado para evitar la trampa en que se convirtió atacar Mantinea. Es culpa mía.

En vez de responder, Dienekes le devolvió la jarra de vino a Agesilao.

—Y ahora nos han arrebatado Mesenia. La mitad de nuestro territorio, perdido en un instante. Han fortificado la antigua capital y ese maldito ilota…, ¿cómo se llama?

—Protos —repuso Dienekes. Siempre que alguien hablaba de «ese maldito ilota» seguro que se estaban refiriendo a Protos.

—Sí, ese maldito ilota, Protos, va por los campos diciéndoles a los campesinos que son libres. Es una obscenidad.

—Mató a mi hijo.

—Lo sé. —El rey volvió la cabeza y le miró a Dienekes directamente a los ojos—. ¿Hace cuánto de eso? ¿Diez años?

—Doce.

Dienekes apartó la mirada. Tenía la incómoda sensación de que habían tocado el tema que había dado lugar a la partida de caza y que su presa estaba lejos, en Beocia.

—Ese Protos es la amenaza real —continuó Agesilao—. Todos los esclavos son egoístas, y la ambición de cualquier esclavo avispado va más allá de lo que podamos imaginar. Creo que se ve a sí mismo como el rey de una especie de nación ilota que pretende levantar sobre las ruinas de Esparta. Si no le detenemos, puede que acabe consiguiendo su objetivo. Hace tan solo diez días un capataz espartano murió a manos de un esclavo que tenía una espada…, una espada espartana. Hay una tensión peligrosa entre los ilotas. Tenemos que hacer algo.

Dienekes miraba al río, que brillaba al sol como una serpiente con piel nueva. Se sintió entumecido por el miedo. Aunque sabía que se esperaba una respuesta de él, no era capaz de pensar en nada.

—Debería haber escuchado a tu hijo durante aquella primera campaña. —La voz de Agesilao, como la de un tutor que se estuviera dirigiendo a un estudiante falto de luces, vibraba de impaciencia—. Éurito me advirtió sobre ese Protos.

«Que los dioses protejan a mi hijo», susurró Dienekes quedamente, en su alma, y luego, en alto: —La mente de Éurito, sospecho, está perturbada con la cuestión de Protos el ilota. Para él fue toda una conmoción cuando…

—Sí, por supuesto —cortó el rey—. Supongo que agradecerá la oportunidad de vengarse, y los dioses saben que no hay nadie entre nosotros que sepa más sobre ese esclavo que Éurito. ¿Quién mejor para desarrollar un plan de asesinato? Envíamelo.

Unos pocos meses después de su vuelta del Peloponeso, Nubit empezó a sospechar que estaba embarazada.

Habían pasado años desde que aceptara que era estéril. Antes de conocer a Protos, cuando los hombres entraban y salían de su vida del modo que se hacía en una taberna, no le había importado. De hecho, lo había llegado a considerar una bendición. Vagar de un lado a otro, dando espectáculos en las plazas públicas…, ¿qué hubiera hecho con un niño indefenso y berreando en brazos?

Pero entonces había llegado Protos, y no había dado señales de querer quedarse con ella para siempre, y a ella le había dolido no poder darle un hijo.

Claro que estaban las niñas, a las que Nubit quería y quienes la querían a ella como si fuera su verdadera madre, pero no había amamantado a ninguna de ellas con sus pechos. Quizá le habría resultado más fácil si hubieran sido las hijas de Protos, pero no lo eran. Nubit no tenía a nadie en el mundo que fuera suyo. O que fuera de la sangre de Protos.

Y entonces, de pronto, en su trigesimoséptimo año de vida, cuando empezaba a pensar de sí misma que ya era una anciana, empezó a echar en falta sus sangrados.

Bien, no había nada extraño en eso. Le había ocurrido antes. Ya no estaba tan acostumbrada a viajar, y su periodo quizá hubiera sufrido cambios debido a las horas de carreta. Era algo que les solía pasar a las mujeres de los soldados.

Pero varios días después Nubit empezó a sentirse indispuesta. En una ocasión tuvo que salir corriendo al jardín para vomitar. Esa sensación le duró casi un mes, a partir del cual comprobó que, por segunda vez, no llegaba el sangrado.

Al fin decidió que o bien estaba muy enferma o estaba embarazada. Cuando las náuseas dejaron de acosarla, no se sintió enferma.

Nubit pensó que se iba a volver loca de alegría. Un bebé, quizá hasta un hijo… Sí, seguro que sería un varón, al que pudiera ver crecer hasta parecerse a su padre. Fue como sentirse nacer de nuevo.

Pero no se lo dijo a nadie, ni siquiera a las niñas. Tampoco a Protos. Hablar de ello hubiera roto el hechizo. Hablar de ello suponía tentar la ira de los dioses.

No había un modo educado de negarse a cumplir la orden de un rey. Lo último que quería Éurito era quebrar la tregua que había entre él y Protos. Temía al ilota como un hombre piadoso teme la ira de los dioses, e, incluso sin contar eso, odiaba la idea del asesinato. Habían sido enemigos durante mucho tiempo. Si Protos moría, el mundo se le presentaría vacío. Fracasar supondría morir, tener éxito sería como matar a una parte de sí. Pero no había elección.

Y quizá hubiera llegado el momento de pagar la deuda que Éurito le debía a su hermano muerto.

Así, aquel otoño lluvioso volvió a embarcarse hacia Atenas, esta vez solo. Disponía de algo de información secreta, que no llevaba salvo en su cabeza. El rey le había permitido bastante libertad en cuanto a los tiempos y al modo de desempeñar su misión.

—Estaría bien que la cuestión estuviera zanjada antes de que acabe el invierno —dijo el rey—. Pero eso te da unos meses.

Desde Atenas, Éurito fue a caballo hasta Platea; allí tenía orden de alojarse

en una posada concreta y esperar instrucciones.

A la tarde siguiente, cinco días después de haber desembarcado en Atenas, Éurito se encontró en la cocina de una casa a las afueras de Platea, en compañía de un tal Labotas, un oficial de unos cuarenta años a quien casi nadie veía nunca y al que nadie hubiera tomado por espartano. Incluso hablaba con acento ático. Había pasado los últimos diez años de su vida reclutando y gestionando una amplia red de espías a lo largo de la Grecia continental.

Esperaban a un hombre cuyo nombre Labotas se negó a mencionar.

Al fin el hombre llegó. Era bajo de estatura y cojeaba, lo que se manifestaba principalmente a través del leve raspar del suelo siempre que avanzaba el pie izquierdo hacia delante. Sus ojos, negros como su pelo, delataban astucia. No parecía griego, y cuando hablaba lo hacía con un acento de origen indeterminado.

—¿Necesitáis de mí? —preguntó con una sonrisa propia de una broma libidinosa.

—Solo información —repuso Labotas como si se estuviera dirigiendo a un esclavo—. Responderás a algunas preguntas que te hará mi asociado.

Labotas miró a Éurito y, después de encogerse de hombros de modo casi imperceptible, dejó la cuestión en sus manos.

—En realidad no tengo más que una pregunta —dijo Éurito intentando no darle a su tono de voz ni un tinte amistoso ni lo contrario—. ¿Qué puedes contarme sobre un tal Protos, un hombre que fue esclavo en Laconia?

El espía volvió a sonreír o, mejor dicho, dado que no había dejado de hacerlo, su sonrisa se tornó más intensa.

—Solo sé de un Protos —dijo, como si hubiera detectado una debilidad que pudiera explotar—. Se cree que fue esclavo una vez, si en Laconia o en otro lugar, no puedo asegurarlo. Es un hombre de extremado valor y disfruta del favor de los beotarcas. ¿Puedo suponer que es ese al que buscas?

—Sí, es él.

Por alguna razón el espía pareció tomarse esa respuesta como malas noticias. Alzó las manos en un gesto de decepción.

—¿Qué puede querer saberse de él? —preguntó, y suspiró con delicadeza—. Es el hombre que mató a los oligarcas. La asamblea le entregó una casa y una suma de dinero que se ha gastado en concubinas. Vive con ellas y con una mujer egipcia que por lo visto es bruja, y bastante mayor que él. Aparte del gusto por las putas, excusable por su juventud, vive una existencia sencilla y no se tiene por un gran hombre. Camina con los humildes como un igual. Eso hace que sea muy querido.

—¿Puedes averiguar más? —preguntó Éurito intentando contener el

nerviosismo de su voz—. Sus hábitos, sus movimientos, los nombres y las vidas de sus colaboradores… Deseo saber esas cosas.

—¿Para destruirle, quieres decir? —La sonrisa se desdibujó del rostro del espía—. Vamos, mi señor, no soy ningún necio. ¿Por qué si no querrías hacer esas averiguaciones?

—Piensa lo que quieras, pero guárdatelo —le advirtió Labotas al tiempo que golpeaba la mesa con el dedo medio.

—Como desees, mi señor.

El espía, aún sentado, hizo una leve reverencia.

—Déjanos —dijo Labotas—. Ya sabes cómo ponerte en contacto conmigo.

Una vez solos, Labotas se puso en pie y levantó una pequeña trampilla que había en el suelo de la cocina. Empezó a tirar de la cuerda que había atada a la parte inferior de esta. Teniendo en cuenta el tiempo que estuvo tirando, Éurito supuso que el hueco era extremadamente profundo.

Al fin Labotas sacó una caja de madera repleta de pequeños recipientes de piedra; todos ellos sudaban agua fría del pozo. Se volvió a sentar y rompió el sello de una de las jarras, sacó unos cuencos y rellenó el de Éurito con un vino de color rojo oscuro.

—Un hombre desagradable, ¿verdad? —dijo—. Si algún día vuelve la paz, quizá me plantee vendérselo a los tebanos, pero hasta entonces me sirve. Los buenos espías no suelen ser buenas personas.

—¿Nos servirá para algo esta vez? —preguntó Éurito.

Labotas asintió, como si se mostrara de acuerdo con una verdad obvia.

—Por supuesto. Dale medio mes y te podrá decir con qué frecuencia se cambia ese Protos el taparrabos.

Éurito esperó en Megara. La ciudad era un puerto de mar y sus gentes estaban acostumbradas a los extranjeros. Sería allí donde se daría cita con sus amigos.

Eran cuatro, siendo Éurito el quinto.

Llegaron uno a uno, por tierra y por mar, y se alojaron en posadas diferentes ubicadas en distritos diferentes de la ciudad. Todos esos hombres se conocían desde la niñez, de los campos de entrenamiento. La primera vez que se vieron eran demasiado jóvenes como para esconder su dolor al ser separados de sus familias y su miedo ante esa nueva vida amenazadora que marcaba el camino hacia la vida adulta.

Éurito y sus camaradas habían recorrido juntos ese camino, habían compartido adversidades, habían aceptado castigos producto de la culpa de otros, pero todos recordaban los llantos de los demás cuando pensaban en sus

madres, así que entre ellos ninguno podía fingir que era el héroe perfecto. Por tanto, confiaban el uno en el otro.

—Es un asesinato —les dijo; ya se habían dado cita por separado en Esparta—. Debo advertiros de que es posible, incluso probable, que ninguno de nosotros sobreviva. Si nos capturan no habrá clemencia, y el propio objetivo es extremadamente peligroso.

—¿Quién es?

—Eso lo sabréis en Megara.

Los cuatro se ofrecieron voluntarios al instante. Eso era lo que significaba ser espartano.

El primero en llegar fue Dión, el más cercano amigo de Éurito, quien, muy a su estilo, llegó como miembro de un barco mercante proveniente de Gitión. Era alto, de cabello amarillo, y el único espartano que hubiera conocido Éurito al que le gustara estar en el agua. Era oficial en la marina y resultó estar de permiso, en casa, cuando Éurito buscaba a sus voluntarios.

—Sí, claro que iré —dijo—. En la flota se lucha muy poco… Casi se me ha olvidado lo que significa ser un guerrero. Gracias por pensar en mí.

En Megara encontraron una taberna fría y húmeda cerca de los muelles y pasaron el resto de la tarde bebiendo un vino autóctono oscuro como el alquitrán y que entumecía el rostro nada más probarlo. Dión sentía mucha curiosidad por el sujeto.

—Espero que se trate de Epaminondas —dijo—. Un primo mío murió en Leuctra.

—No es él. Es alguien al que apodaban «el hombre descalzo».

Dión se quedó boquiabierto.

—¿Nos vamos hasta Tebas para dar muerte a un esclavo? ¿Y hacen falta cinco espartanos para esto? No me lo puedo creer.

—Dión, es el hombre más peligroso con el que jamás te hayas topado. Mata con la eficacia con la que un cocinero trocea verduras, y con la misma falta de remordimiento. Podría contarte historias… Baste decir que es alguien a quien temer.

El día antes de que llegara el último de los cuatro a Megara, Éurito recibió un mensaje diciendo que alguien le estaría esperando a la tarde siguiente en una granja a las afueras de Platea.

A la mañana siguiente se vistió con una túnica corriente que había comprado en Corinto y fue a recoger a su caballo de los establos. Platea no estaba a más de un día de camino a pie y a Éurito no le gustaba montar a caballo, pero no se

sentía seguro aventurándose en la campiña beocia solo y caminando. Siempre cabía el peligro de que le reconocieran.

El espía sin nombre estaba sentado en un banco fuera de la cocina, con los ojos cerrados y la cabeza recostada como si deseara bañarse en la luz. Por alguna razón le recordó a Éurito a una serpiente calentándose al sol.

Al fin abrió los ojos y, al ver a Éurito, esbozó su singular y repulsiva sonrisa.

—Me honras llegando pronto, mi señor —dijo—. Imagino que la dueña de la casa agradecerá que concluyamos nuestros asuntos antes que después. Creo que no le gusto.

Éurito y la dueña de la casa tenían la misma opinión al respecto.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó.

El espía se irguió al máximo.

—Tengo una lista de las personas con las que se asocia Protos; incluye anotaciones sobre sus conexiones familiares y su domicilio. Indagué sobre el antiguo propietario de la casa: ahora reside en Atenas, en condiciones un tanto vergonzosas, así que por una pequeña suma aceptó hacer un esquema de las habitaciones. Sé bastante sobre los hábitos personales de Protos, aunque los sirvientes de su casa parecen ser leales e incorruptibles.

—¿Qué hay de sus amigos?

Al espía pareció sorprenderle la pregunta. Quizá supusiera que la pregunta era irrelevante.

—No creo que tenga ningún amigo, mi señor, al menos no del modo habitual. Encabeza una unidad militar que suma unos cuatro o cinco centenares de hombres que entrenan con él en uno de los gimnasios que hay a las afueras de la ciudad. Es extraño, pero, al igual que él, todos van por ahí descalzos.

—¿Hay más?

—Lo he redactado todo —proclamó el espía sacando un papiro de la manga de su túnica—. Lo encontrarás aquí.

Durante el camino de vuelta a Megara, la mente de Éurito vagó de un lado a otro pensando en todo lo que le había oído decir al espía de Labotas. La información confirmaba lo que ya sabía, pues el espía no podía informar de nada salvo de los hábitos de vida de Protos tras las murallas de Tebas, al abrigo de las cuales estaba sujeto a las circunstancias de una existencia común.

Pero, superadas esas murallas, era una fuente inagotable de trucos y estratagemas, y disfrutaba de la iniciativa.

Salvo que se diera un golpe de suerte, Protos jamás sería capturado ni caería

abatido en aquello que él consideraba, sin duda, su guerra personal contra Esparta. En esa guerra era él quien establecía los términos del combate, en relación a los cuales era a la vez inteligente e ingenioso.

Por tanto, el único lugar en el que podía acabar esa guerra era dentro de la misma Tebas, donde era un hombre como cualquier otro.

¿Y acaso no había mostrado Protos el camino?

Durante el ataque a los oligarcas, recordaba Éurito, Protos y sus hombres se habían disfrazado de prostitutas, habían entrado en la mansión de Layo y los habían masacrado a él y a sus invitados. ¿No sería aún más fácil para un grupo de hombres resuelto irrumpir en una casa privada y matar a un solo hombre?

Al día siguiente llegó el último de los amigos de Éurito. Esa noche se reunieron en su habitación para oír el plan.

—Atacaremos la casa de noche. Necesitaremos entrar y salir tan rápida y silenciosamente como sea posible y desaparecer de Tebas antes de que nadie sepa lo que hemos hecho. Si no logramos escapar, moriremos todos allí. Dos de vosotros vendréis conmigo. Los otros dos esperaréis con un bote y los caballos con los que huiremos. Tendréis que echarlo a suertes.

Éurito se detuvo un instante. Sentía una extraña reticencia, como si estuviera a punto de traicionar a un amigo.

—Protos vive en el distrito norte de la ciudad, no muy lejos del mercado. Es un distrito populoso, así que habrá que evitar llamar la atención cuando entremos. Tendremos que huir hacia el oeste, ya que es el camino más corto para salir de la ciudad, y las únicas defensas allí son el río y algunos terraplenes.

—¿Cómo entraremos en la ciudad?

Éurito sonrió. Esa era la parte del plan que más le gustaba.

—Por la puerta principal, disfrazados de pastores. El paso de estos por la ciudad es habitual. Tebas no esperará un ataque por parte de tres hombres con veinte cabezas de ganado, en especial porque las llevaremos todo el camino desde Megara. Iremos todos juntos hasta Platea; allí los dos encargados de la huida comprarán caballos. Cuando lleguéis a Tebas, robaréis o compraréis un bote.

»Los otros tres llevaremos el ganado a los establos y lo dejaremos allí… Nuestro regalo a la gente de Tebas.

40

Un pastor solía ir vestido con un simple taparrabos, por lo que solía estar tostado por el sol. A Éurito le había preocupado que cinco hombres con el torso pálido pudieran llamar la atención, pero el ganado solía levantar tanto polvo seco en verano que un par de horas después de haber partido de Megara podrían haber sido blancos de piel como la nieve y nadie se habría dado cuenta.

Era una labor insulsa: no hacía falta inteligencia, pero sí mucha atención. Las reses eran estúpidas, obstinadas y propensas a dispersarse. Un solo día así hacía que uno agradeciese haber nacido soldado.

Al igual que todos los pastores, dejaron que los animales cargaran con sus petates. Entre los paquetes y morrales había un gran trozo de tela para velas en la que estaban envueltas, entre pliegues cuidadosamente doblados para que no tintineasen, cuatro espadas, una para cada uno de aquellos que entrarían en casa de Protos y otra más por si acaso.

Llegaron a Platea dos días después y acamparon extramuros. Por la mañana Proganos y Eukleidas, los hombres que debían organizar la huida, entraron en la ciudad.

El ganado avanzaba con lentitud y el sol ya se hundía en el horizonte cuando los tres restantes llegaron a la puerta Prétida. Los centinelas no les prestaron mayor atención. Casi había oscurecido cuando dejaron a los animales en el corral. Encontraron un puesto en el que se vendía cerveza y se aclararon el polvo de las gargantas. Después preguntaron dónde estaban los baños públicos más cercanos.

Fue agradable desparramarse sobre los bancos de piedra y sentir el sudor gotear del cuerpo. Éurito incluso se quedó dormido. Entonces se asearon con aceite tibio y se metieron en el agua hasta el cuello.

A modo de precaución se cortaron el pelo: los espartanos solían llevarlo largo. Se vistieron con las ropas limpias que habían traído consigo. Podrían haber sido tres hombres de cualquier lugar.

El espía había informado de que Protos solía irse a la cama cuando empezaba a reinar la oscuridad y solía levantarse dos horas antes de amanecer… Uno no podía evitar preguntarse cómo lograba averiguar esas cosas. Éurito juzgó que el mejor momento para llegar a la casa sería cuando

todos sus ocupantes llevaran dormidos al menos dos horas, así que tanto él como sus dos amigos tuvieron tiempo de disfrutar de una cena.

Dieron con una pequeña taberna en la que pudieron alquilar una habitación. El propietario pareció tomarse como un insulto personal que solo pidieran una jarra de vino y se vengó subiendo el precio. Los hombres comieron pato con especias, una especialidad local; alcachofas, puerros, champiñones y bulbos de orquídea salvaje.

Todos sabían que aquella podía ser su última cena.

—Mi padre dice que las alcachofas estimulan el deseo —dijo Dión.

—¿El deseo de qué?

—El deseo de mujeres, idiota. ¿Qué iba a ser si no?

—La pregunta era razonable. —Hablaba Theras, rechoncho y fuerte, que había participado en las competiciones de lucha libre en los Juegos Píticos—. ¿Quién necesita alcachofas para desear a las mujeres? Las mujeres se bastan solas para eso. Es como darle algo a un cerdo para estimular sus ansias de comer basura.

Los tres rieron, más por el hecho de que se tratara de una cena entre amigos que porque el comentario fuera particularmente gracioso. Durante una o dos horas cada uno de ellos hizo lo que pudo para evitar pensar en lo que estaba por venir.

Después de probar su segundo cuenco de vino, todo lo que la jarra contenía y todo lo que se permitieron beber, cantaron una canción obscena sobre una prostituta que viajaba con un filósofo, de la que resultó haber varias versiones, cada una de las cuales contaba con un valedor.

Al fin Éurito salió a un callejón para aliviar la vejiga, y mientras lo hacía alzó la mirada al cielo nocturno. No tardarían en hacerle la visita a Protos. Era el momento de ponerle fin a todo.

Volvió dentro y tomó asiento, en silencio, sin mirar nada. En unos instantes su silencio había contagiado a los demás.

—Tengo que contaros algo —dijo Éurito al fin—. Una confesión. Confío en vosotros como confiaba en mi hermano Teleclo, que murió a manos de ese hombre; sé que lo que estoy a punto de deciros no saldrá de esta habitación.

Y entonces les contó todo lo relativo a los cuatro hombres con los que se había dirigido al sur para vengar la muerte de su hermano, sobre cómo Protos, que aún era un niño, los había atraído hacia lo alto de la colina, sobre cómo habían muerto, cómo rebotaron sus cabezas cercenadas al caer dando tumbos por la pendiente hasta llegar a los pies de Éurito.

—Podría haberme matado, pero no lo hizo. En vez de eso, me retó a un duelo y yo, cobarde de mí, me negué. Me negué porque sabía que no tenía

ninguna oportunidad contra ese muchacho. Me avergonzó, y él sabía que lo estaba haciendo. Hizo que la vida fuera más amarga que la muerte.

»Ese día éramos cinco, ahora solo somos tres. La única ventaja que tenemos es que no sabe que vamos a por él. Aunque yo preferiría entrar en una jaula repleta de lobos que en esa casa. Os confieso que tengo mucho miedo, pero el miedo no va a detenerme esta noche.

»Os digo esto para que no le subestiméis. Os lo digo para que luchéis con él con todo vuestro valor y habilidad, ya que esta noche no es mi honor, que puede que se haya perdido para siempre, lo que está en juego, sino el de Esparta. Ese hombre nos ha avergonzado a todos. Nos ha hecho tener miedo durante demasiado tiempo.

No les fue difícil encontrar la casa. Compartía muro con la siguiente. Los muros parecían estar hechos de ladrillo recubiertos de yeso, así que era poco probable que los vecinos despertaran. Si golpeaban con rapidez y fuerza, todo habría pasado en unos minutos y nadie sabría nada hasta, quizá, la mañana siguiente.

Todos estaban familiarizados con el esquema de la vivienda. La casa comprendía las tres cuartas partes de un cuadrado; el último cuarto era el jardín. Había cuatro habitaciones y una cocina en la planta baja; arriba había cuatro dormitorios. El más grande, probablemente el que ocupaban Protos y su hechicera, estaba en la parte trasera. De pie, en el callejón que corría paralelo a la calle principal, Éurito podía ver la ventana.

Había dos entradas: una desde la calle, por donde entraban los invitados, y otra por el jardín, que estaba tapiado. Al jardín se accedía a través de una puerta que daba al callejón, en la parte trasera de la casa.

Éurito y sus amigos entrarían por la puerta de atrás, ya que así estarían más cerca de las escaleras. Dominar las escaleras era clave, porque así se impedía cualquier intento de huida.

Qué hacer con las mujeres era una cuestión molesta. Había tres niñas esclavas, que podían estar durmiendo en cualquiera de las habitaciones de la parte superior, y luego estaba la bruja. Lo más sencillo hubiera sido matarlas, pero primero había que matarle a él. Era el único verdaderamente peligroso. En cuanto él estuviera muerto, apenas importaba lo que les ocurriese a las mujeres.

Éurito había decidido que, siempre y cuando no estorbaran demasiado, las ataría y las dejaría allí. Que gritasen hasta la extenuación una vez que él y sus amigos se hubieran ido. No importaría.

Les había dicho a sus amigos que no iba a tolerar ningún desmán con las mujeres. De algún modo, la idea de violar a las mujeres de Protos cuando este estuviera muerto le resultaba a Éurito de mal gusto.

La puerta de atrás suponía el último obstáculo. Echarla abajo hubiera alertado demasiado pronto al ilota. Pero, al igual que muchas de las puertas de cualquier casa, la de atrás tenía una cuerda unida al cerrojo. Se solía meter dentro por la noche, pero era fácil acceder a ella a través del agujero con un alambre doblado en un extremo como un anzuelo y sacarla.

Después de años de peligros, el sueño de Protos siempre era ligero. Al principio, en su nueva casa, creyó que se iba a acabar volviendo loco, porque cada crujir de la madera le despertaba. Pero se había ido acostumbrando. Era como si en algún lugar recóndito y oscuro de su mente se hubiera acumulado un inventario de crujidos y chirridos; incluso cuando dormía profundamente su cabeza los identificaba y se tranquilizaba. «Ah, sí, esa es la punta que se suelta un poco cuando la viga se contrae por el frío».

Pero esa noche fue diferente. Un sonido que Protos no recordaba haber oído y que logró ahuyentar el sueño. Permaneció tumbado en la oscuridad, escuchando, y palpó bajo la cama buscando el cuchillo de Teleclo.

Otra vez… Quizá no fuera tanto un sonido como una corriente. El algún lugar había una puerta abierta.

Protos ya se estaba incorporando; sus pies salían de la cama para tocar el suelo, tenía la daga espartana en la mano, y entonces oyó crujir una de las escaleras.

El aire volvió a calmarse, lo que significaba que la puerta se había cerrado. ¿Cuál era la distancia entre la puerta de atrás y las escaleras? ¿Cuatro, cinco pasos quizá? Era evidente. Había más de un intruso en casa.

La cadencia de los leves sonidos que procedían de las escaleras indicaba que eran dos, o puede que tres hombres, los que estaban subiendo. El que iba delante era grande.

El cuchillo no sería suficiente. Había una espada en el armario, pero este estaba en el extremo opuesto de la habitación. Si iba a cogerla, sabrían que estaba despierto.

Además, no había tiempo.

Lo más seguro era que aquellos hombres portaran espadas. Para todo problema había una solución.

El acceso a la habitación solo estaba cubierto por una cortina clavada al dintel. Protos ya estaba en pie y corriendo cuando el primer hombre apartó la

cortina a un lado.

Lo último que vio fue el rostro del ilota.

Protos le había hundido la hoja bajo las costillas. El hombre se quedó inmóvil, ya muerto, aunque con aspecto de no querer reconocerlo. Protos pudo sentir el aliento del hombre en la cara. Alargó la mano y le arrebató la espada antes de que los dedos muertos del espartano la dejaran caer. Cuando retiró el cuchillo, el intruso se desplomó al instante.

Había alguien más tras él. Aquel fue lo bastante rápido como para aprender del error de su compañero. Se apartó a un lado en el pasillo, probablemente intentando colocarse fuera de alcance, pero hacia esa dirección se iba a la habitación de las niñas. Protos no estaba dispuesto a dejarle ir allí. Volteó la daga en la mano, resbaladiza de sangre, y lanzó.

A esa distancia no podía fallar. El segundo hombre se inclinó hacia delante con la punta del cuchillo en el corazón.

Pero en ese instante Protos se percató de que había cometido un error. Había salido al pasillo mientras el tercer hombre subía por las escaleras.

Tenía la espada en la mano derecha. Hizo un torpe blocaje de la estocada que sabía inminente. Intentó deslizarse a un lado y oyó el sonido del metal chirriando contra el metal, pero era demasiado tarde. La punta de la espada le hizo un corte, justo debajo de las costillas. Se le hundió en las entrañas y luego abandonó su cuerpo dejando un amplio boquete.

Y de repente, en la oscuridad, Protos se encontró ante un rostro que conocía mejor que el suyo propio. Era Éurito. Sí, era él.

Éurito abrió la boca, como si quisiera decir algo, pero Protos no esperó. Se abalanzó sobre él con todo su peso, haciéndole caer a través de la cortina que colgaba del dintel.

Se oyó un grito. Nubit.

Había dos hombres muertos, pero Éurito estaba vivo, y en la habitación con Nubit.

Protos sintió un espasmo de dolor que le recorrió el cuerpo, desde la herida hasta la garganta. Ignoró el dolor, aferró la cortina y la arrancó.

Y ahí estaba Éurito, con la espada aún en la mano y el rostro contorsionado en una extraña mueca que irradiaba tanto triunfo como algo parecido al horror.

—Te he matado —dijo. Alargó la mano izquierda para señalar la herida en el costado de Protos—. Está hecho. Mira cómo fluye la sangre. Nadie puede sobrevivir a eso.

Fue un comentario desafortunado. Al ilota le vino a la mente la imagen de su cuerpo tendido en el suelo y de ese hombre solo con Nubit. No podía

abandonar a Nubit y dejarla a merced del asesino de su padre.

Estaba a punto de desplomarse y lo sabía. Lo único que tenía al alcance era la mano izquierda y extendida de Éurito.

Lanzó un tajo descendente con la espada acertándole en la muñeca. La mano cayó de cuajo, como una manzana arrancada de un árbol.

Por un instante Éurito se quedó mirando el muñón ensangrentado. Entonces gritó, más por la sorpresa que por el dolor, y Protos golpeó en su espada. Éurito fue incapaz de seguir sosteniéndola. El ilota intentó atacar de nuevo, pero se sentía desfallecer, luchando por mantenerse consciente. Éurito le empujó a un lado y corrió hacia las escaleras. Protos pudo oírle trastabillar escaleras abajo.

El ilota se volvió, miró a Nubit y esta se desvaneció en las sombras.

Éurito salió de la casa a trompicones, hacia el oscuro santuario que era el callejón. Sentía como si alguien le estuviera arrancando los nervios del brazo izquierdo con un fórceps. Sangraba con profusión. Si no hacía algo rápidamente estaría igual de muerto que Protos. Todos estaban muertos. Su mortal enemigo, sus mejores amigos…, muertos. Solo había sobrevivido él.

Pero la sangre manaba intermitente de la herida con cada latido del corazón.

Tiró del cuello de la túnica, consiguió arrancar la parte delantera de la prenda y con ella se envolvió el muñón de la muñeca. La tela no tardó en verse empapada de sangre. Se arrancó el resto de la túnica, pero también esta acabó completamente empapada.

Vagaba por las calles de Tebas con un taparrabos y sin mano. La vida le abandonaba. Detener la hemorragia. Detener…

Al fin llegó cerca del mercado, que aún estaba repleto de gente. En uno de los puestos había un hombre asando largas tiras de carne en una parrilla al aire libre.

Éurito le apartó a un lado y, para horror del sujeto, metió el muñón entre las llamas para que estas cauterizaran la herida.

Fue agónico. Quería gritar de dolor, pero no pudo. Sintió que estaba a punto de desplomarse, pero tampoco podía.

Al fin la carne de su muñeca cercenada quedó chamuscada. Apartó el brazo del fuego y se fue sollozando de dolor. La gente le observaba como si estuviera loco.

Tenía que huir. Tenía que huir. ¿A qué distancia estaba el río?

Jamás sería capaz de recordar cómo lo había conseguido, pero pasado un tiempo ya estaba sentado en la orilla fangosa del río. Se untó el muñón en

barro. Se sintió algo mejor.

—¿Éurito? ¿Eres tú?

Era un hombre en un bote: Eukleidas. Estaba a salvo.

Éurito chapoteó por el agua hasta el bote. Eukleidas empezó a bogar y, poco a poco, cruzaron el río. Al otro lado estaría Proganos con los caballos. En cuestión de tres horas Éurito estaría de vuelta en Platea, donde un físico le examinaría la herida y le daría algo para el dolor.

Estaba vivo. Dión y Theras estaban muertos, pero ahora no podía pensar en eso.

Y Protos estaba muerto.

Éurito sintió una oleada de alivio. Había valido la pena. Había merecido la vida de sus amigos. Había valido… Protos el ilota, el hombre descalzo, estaba muerto, y a manos de Éurito. Su hermano Teleclo, hijo de Dienekes, al fin había sido vengado. Quizá ahora su fantasma pudiera descansar.

41

Solo que Protos el ilota no estaba del todo muerto.

El revuelo de la lucha, así como el grito de Éurito, habían despertado a las niñas. Cuando salieron al pasillo y vieron los cuerpos muertos empezaron a chillar.

—¡Callad! —gritó Nubit—. Están muertos, no pueden haceros daño. No hay tiempo para estas tonterías.

Cuando se restableció algo parecido a la calma, le hizo a la mayor un gesto con la mano.

—Ven, Galene. Rápido. Protos está herido.

Al principio todo lo que pudo ver Galene fue la sangre y la mano cercenada tendida en el suelo. Parecía incapaz de moverse.

—Despierta, chiquilla, ¿quieres que muera? Ayúdame a darle la vuelta para acceder a su herida.

Con toda la delicadeza posible, movieron a Protos sobre su costado derecho, y Nubit hizo acopio de ropa para colocarla a su espalda. Para entonces ambas mujeres estaban empapadas de sangre.

—Deberíamos ir a buscar al físico —dijo Galene en un ronco susurro.

—¿Un físico griego? —repuso Nubit con absoluto desprecio—. Lo mismo daría dejar que se desangrara. Además, no hay tiempo; parecían ajenas a los cadáveres en el pasillo y las escaleras. Miraban a Protos horrorizadas.

—Eupraxia, tráeme un caldero con agua limpia y todas las toallas que puedas encontrar —ordenó Nubit sin mirarlas—. Hemera, ponte algo encima y ve a buscar a Agenor. ¿Sabes dónde vive?

Había un cofre junto al muro exterior de la habitación. Cuando lo abrieron la parte frontal se separó y dejó al descubierto varios cajones que contenían multitud de tarros; algunos eran de bronce, otros de arcilla, de diferentes colores y tamaños. Nubit cogió un recipiente grande de cristal rojo.

—Espero que sea suficiente —dijo en voz baja—. Y ahora aprenderéis algo —continuó, hablándole a Galene con el tono de voz que usaba cuando le enseñaba a cocinar. Sabía que le hablaba a Galene tan solo para mantener la calma. Rompió el sello del recipiente—. Estos polvos rojos son de una planta desecada que los egipcios usan como especia, pero mi madre me enseñó que en las tierras del este se usa para detener hemorragias. Lo usé una vez para un

corte en un pulgar.

Se embadurnó los dedos con los polvos y los hundió en la herida de Protos. Aunque estaba inconsciente, debió de sentir el dolor, porque su cuerpo se tensó y el hombre gruñó. Cuando Nubit hubo acabado, tenía la mano cubierta de sangre.

—¡Eupraxia! —gritó—. ¿Dónde estás, muchacha? ¡Trae el agua!

—¿Va a morir? —preguntó Galene con los ojos repletos de lágrimas. Amaba a Protos. Era el héroe de su alma de dieciséis años. Quizá hubiera más de veneración que de amor.

—Ni siquiera hagas esa pregunta —repuso Nubit más airada de lo que hubiera querido—. No puede morir. No va a morir. Ni yo ni los dioses inmortales lo permitirán.

Eupraxia llegó tambaleándose con el caldero de agua a cuestas y unas cuantas toallas que mantenía sujetas a los costados con los codos. Nubit se lavó las manos y se las secó y volvió a aplicar los polvos rojos a la herida de Protos.

—Ve a por más agua, chiquilla. Y otro caldero para verterla. Debemos asegurarnos de que el agua esté limpia.

La respiración de Protos era irregular y agónica; oírla anegó de miedo el alma de Nubit. No sabía si le estaba salvando la vida o matándole. Solo contaba con las enseñanzas de su madre para guiarla, y si Protos moría…

Puede que solo en un momento como aquel pudiera ver con perfecta claridad todo lo que significaba para ella la vida de aquel hombre. Le amaba con el deseo de la carne y, como Galene, con el alma. La vida sin él estaría vacía. La vida sin él sería imposible.

La hemorragia fue remitiendo poco a poco hasta convertirse en un hilillo y luego se detuvo por completo. Nubit no podía estar segura de que la hoja del salvaje no hubiera alcanzado el riñón o las tripas. A veces quienes sufrían aquellas heridas sucumbían a fiebres terribles y asesinas. Pero al menos daba la sensación de que no se desangraría.

Lentamente Protos empezó a dormir algo más sereno. Su piel lucía amarilla como la cera de una vela, pero ya no parecía atormentado. Nubit cogió una gasa y tapó la herida.

Media hora después Hemera volvió con Agenor.

—¿Está…?

—Está vivo —repuso Nubit—. Es todo lo que se puede decir.

—¿Qué quieres que haga?

Nubit esbozó una leve sonrisa. Le caía bien Agenor. Sabía que sufría viendo a Protos en ese estado.

—Primero ayúdame a llevarle a la cama. Luego saca esos cadáveres de casa. Aléjalos de aquí. Y, por último, Protos debe estar protegido, mientras la Moira Láquesis mide el hilo de su vida, por si sus atacantes vuelven para acabar con ella. Quizá sea buena idea hacer correr el rumor de que ha muerto.

—Haré lo que creas conveniente, pero a Epaminondas hay que decirle la verdad.

Con un leve movimiento de la mano, Nubit admitió que era sensato decirle al primer hombre de Tebas que Protos estaba luchando por su vida.

En cuanto le tuvieron en la cama y el peligro inminente pareció haber pasado, sus nervios, firmes hasta entonces, decidieron vengarse. Estaba cubierta de sangre, agotada y aterrada. Hundió la cara en las manos y empezó a sollozar.

—Lo siento —resolló—. Lo siento.

—No te lamentes. Soportas una pesada carga, y aún tendrás que soportar mucho más.

—Vivirá. —Nubit habló con una rabia que hasta ella sabía inútil, como si pudiera intimidar a los dioses para que le salvaran la vida a su amado—. No morirá. Aún no ha hecho todo lo que debe hacer con su vida.

Volvió el rostro hacia Agenor y se sentó en el suelo, junto al rostro de Protos. Le acarició el pelo con las yemas de los dedos, como si fuera un niño que dormía… Su hijo, el fruto de su vientre.

—No dejaré que mueras —susurró—. No puedes dejarme en esta oscuridad. No puedes.

Durante los cinco días siguientes Nubit apenas salió de la habitación. Si dormía, solo lo hacía dando cabezadas inconscientes.

A lo largo del primer día, Protos no abrió los ojos, y su cuerpo estuvo frío como una mañana de invierno. Nubit estaba tumbada a su lado, compartiendo su capa espartana a modo de manta para darle calor con su propio cuerpo. Les rogaba a la Madre Tierra y a los dioses egipcios de su niñez y, aunque solo fuera para asegurarse, también a los dioses de los griegos, en los que no confiaba del todo. Se humedeció el dedo y lo acercó a los labios de Protos para que no tuviera sed.

Por la tarde llegó un físico griego, enviado por Agenor. Le tocó a Protos en la frente y en ambas mejillas y escuchó el latir de su corazón apoyando la oreja contra su pecho. Negó con la cabeza, descorazonado.

—No creo que pase de esta noche —dijo.

—Eres un necio. ¿Has traído larvas?

—¿Larvas? ¿Qué voy a hacer con unas larvas, mujer?

—Vete.

Las habitaciones de la planta baja estaban ocupadas por los oficiales de Protos, que hablaban en susurros. Nubit bajó para hablar con ellos.

—Si le amáis, buscad un animal que lleve muerto varios días, abridlo y recoged las larvas. Luego traédmelas.

En cuestión de dos horas tenía más larvas de las que jamás fuera a necesitar. Nubit las metió en un tarro y les echó un trozo de carne podrida para que se alimentaran.

Esa noche bebió un té hecho de semillas de amapola para no quedarse dormida mientras estaba abrazada a Protos dándole calor y así no hacerle daño con algún movimiento inconsciente. El té hizo que todo se volviera terriblemente vívido, y hasta la misma oscuridad adoptaba formas extrañas. Oía voces a cada susurro del aire, voces cargadas de aterradoras profecías.

Por la mañana Protos seguía vivo. En una ocasión, unas dos horas después del amanecer, abrió los ojos un instante, pero si había visto algo o si había sido un gesto consciente, solo lo sabían los dioses.

Esa tarde giró la cabeza, miró a Nubit y sonrió.

—Parece que sigo vivo —dijo.

—Sí, amor mío. Vivirás hasta convertirte en un anciano.

Le dio un poco de agua para beber y Protos consiguió tragar. Luego volvió a quedarse dormido.

Nubit se arrodilló junto a la cama y lloró mientras les daba las gracias a los dioses inmortales.

Por la noche llegó Epaminondas. Nubit solo le había visto en dos ocasiones, la noche en que los tebanos recuperaron su ciudad y durante la celebración del decimoctavo cumpleaños de Protos, así que para ella era casi un extraño. Sabía que el ilota le profesaba un profundo respeto, así que decidió bajar al piso inferior y hablar con él.

—¿Vivirá? —le preguntó el gran hombre.

—Vivirá. Es fuerte.

Epaminondas asintió, aparentemente satisfecho con la respuesta.

—Ha engañado a la muerte muchas veces —dijo el tebano mesándose la barba como si el mechón blanco le molestara—. Cuando despierte, puedes decirle que se ha votado concederle un funeral público. Será mañana. Le resultará divertido.

Cuando vio la expresión de confusión de Nubit, Epaminondas negó con la cabeza.

—Quemaremos el cuerpo de uno de sus atacantes.

—¿Huyó el tercero?

—Sí.

—Me salvó la vida —dijo Epaminondas cuando se disponía a partir—. Más aún, es como un hijo… Te estaré muy agradecido si logras salvarle la vida.

A la mañana siguiente Protos abrió los ojos y dijo que tenía hambre.

—Te haré unas gachas no muy pesadas y te las daré cucharada a cucharada.

—Podría comerme todo un rebaño de ovejas.

—Gachas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Solo consiguió comerse la mitad de las gachas antes de volver a quedarse dormido. Y esta vez durmió de verdad, un sueño reparador tanto para el alma como para el cuerpo.

Esa tarde estuvo despierto durante dos horas y charló un buen rato con Agenor sobre el ataque.

—Si se han arriesgado a algo así, es evidente que le has dado un buen mordisco a su soberbia —le dijo Agenor—. He venido nada más acabar tu funeral —añadió—. Ha sido precioso. Todo el mundo ha llorado, incluso yo. —Ambos empezaron a reír.

Pero esa noche Protos fue presa de las fiebres. A medianoche estaba delirando. Nubit maldijo la perfidia de los dioses y le envolvió en una sábana empapada en agua fría.

Durante tres días Protos estuvo enajenado; había momentos en los que gritaba y otros en los que hablaba con su madre fallecida. A lo largo de esos días Nubit le estuvo refrescando la cara con un paño húmedo y oró. Acercó la cama a la única ventana de la habitación para que el aire fresco de la noche le calmase. A lo largo de esos tres días Nubit apenas cerró los ojos.

Durante la tercera noche de fiebres, Nubit sintió un terrible calambre en la parte baja del vientre. Sabía lo que era. Al fin, dos horas antes del amanecer su matriz se liberó de su carga.

Cuando se recuperó un poco encendió una lámpara y observó el sangriento espectáculo en que se había convertido el suelo de su dormitorio. Entre todo aquello, pensó, estaba el hijo de Protos. Nunca había dudado que daría a luz un varón.

Pero no tuvo tiempo de lamentarse. Se quitó la falda y la usó para limpiar cualquier rastro de su malogrado embarazo. Bajó la falda a la cocina y la lanzó al fuego del hogar hasta que se convirtió en cenizas. Nadie lo sabría jamás.

Y entonces emergió el sol; las fiebres abandonaron a Protos tal y como habían venido. Cuando Nubit supo que estaba fuera de peligro, se tumbó en el suelo a su lado y lloró.

Poco después se fue aquietando, exhausta y temblorosa. Cuando bajó a la cocina a lavarse la cara encontró a Galene sentada junto al hogar; sus grandes ojos irradiaban miedo.

—He salido —dijo—. Se apagó el fuego. Yo misma lo avivé anoche. No puedo comprenderlo. ¿Es un presagio? ¿Significa que Protos va a morir?

—No, no significa eso. Protos duerme. Ya no tiene fiebre.

No era un presagio, sino una señal. El mensaje de los dioses era claro. Nubit no le dijo a aquella muchacha, que era su hija en todo menos en sangre, que había habido una muerte en la familia.

42

En Platea el físico estaba asombrado de lo limpio que había sido el corte que había cercenado la mano de Éurito. Le contaron que habían sufrido el asalto de unos bandidos pero habían logrado ahuyentarlos.

—Por suerte, el corte ha ido directo a la articulación. Has perdido la mano, pero solo la mano. Seguirás pudiendo mover el brazo. —El físico, que tenía la barba blanca y las mejillas sonrosadas como un niño, asintió con vigor—. Pero las quemaduras deben sanar, y eso tardará unos meses. Te daré un ungüento que deberás aplicar dos veces al día. Mantén la zona cubierta con una gasa.

—Aún siento dolor en la mano. ¿Cómo puede ser si cayó en el camino?

—Sientes lo que llamamos dolor fantasma. Ocurre a veces cuando alguien pierde una extremidad. Nadie sabe a qué se debe.

Cuando pagaron al físico y este hizo una reverencia y se marchó, Proganos le sirvió a Éurito un cuenco de vino.

—Entonces… ¿está muerto de veras?

—Ningún hombre podría sobrevivir a una herida así. Le hundí la espada bajo las costillas. Estaba desplomándose antes incluso de cortarme la mano. No debió de tardar en desangrarse.

—Pero no le viste morir.

—No, pero era evidente que se estaba muriendo —espetó Éurito con impaciencia—. Mi mano estaba en el suelo. Dión y Theras estaban muertos. Yo estaba desarmado y sangrando. Era el momento de salir de allí.

—Entonces hemos cumplido nuestra misión.

Entonces ¿por qué no se sentía Éurito mejor? ¿Había algo parecido a un dolor fantasma en el alma?

Sabía que era improbable que los tebanos enterraran a sus amigos con honores, así que Éurito ofreció un sacrificio de pan, vino y mechones de barba por el reposo de sus espíritus. No le hizo sentir mejor.

En cuanto a su mano… La herida no carecía de distinción. Le convertía, casi de forma automática, en algo parecido a un héroe. En los años que estaban por venir le contaría la historia a quien quisiera escucharla.

No. No era su mano, tampoco sus amigos muertos. Su pena, aquel «dolor fantasma», era por Protos. De algún modo Éurito sentía que su mismísima

existencia había perdido valor al morir el esclavo.

Había sido todo un alivio, y luego, por alguna razón…

O quizá solo fuera el dolor que le producían las quemaduras lo que le hacía sentirse deprimido.

Sí, seguramente fuera eso.

—Son asquerosas.

—Son tus amigas.

—No tengo amigas que sean larvas.

—Te limpiarán la carne muerta. Quédate quieto y deja de quejarte.

Protos estaba demasiado débil como para discutir, así que se giró sobre su costado derecho y dejó que Nubit colocara con delicadeza las larvas sobre la herida abierta y rugosa del izquierdo. No estaba seguro, pero creía poder sentir cómo se movían de un lado a otro. Hizo lo posible por no pensar en ello.

Nubit le dio gachas para comer y el ilota durmió mucho. Se le permitió beber cerveza. Le adormecía… Sospechaba que Nubit le estaba echando algo.

Las niñas entraban todas las mañanas y le daban un beso. Nubit parecía estar animándolas a buscar esa nueva cercanía. Quizá lo considerase una especie de compensación por la extraña tristeza que se había apoderado de ella. A pesar de su lamentable estado, Protos no se negó. Disfrutaba de las visitas de las niñas.

En cuanto a Nubit, no dijo nada y Protos no preguntó, pues sabía que no iba a compartir su aflicción con él. Había luchado hasta la extenuación para salvarle la vida, quizá no fuera más que eso.

De todos modos, a Protos le preocupaba. Fue como si entre ellos hubiera caído una especie de velo.

Agenor pasaba por allí todos los días con noticias de la ciudad.

Un mes después del ataque Protos ya podía caminar, aunque se percató de que se cansaba con facilidad. Nubit había establecido la norma de que sus visitas, incluidos Agenor y Epaminondas, solo podrían quedarse un cuarto de hora, porque las conversaciones largas solían dejarle agotado. Hasta leer le cansaba. No parecía capaz de centrar la atención en nada durante mucho tiempo.

Pasaba la mayor parte del día en el jardín, incluso cuando los días eran fríos.

Había sido fuerte y activo toda la vida, y tan solo parecía consciente de la debilidad de su propio cuerpo. Aquello le deprimía, y en sus horas de soledad

solía dejarse llevar por la amargura.

Pensaba mucho en Éurito.

Hasta a él se le hacía extraño no albergar recelo alguno contra Éurito por lo que había hecho. El ataque tenía todo el aspecto de haberse tratado de una operación cuidadosamente orquestada, una operación militar. Había sido un intento de asesinato, y Éurito ya se había jugado mucho intentando salvarle de algo parecido. Además, había traído consigo a otros dos hombres, y ninguno de ellos hubiera sido capaz de huir sin ayuda. A Éurito no se le hubiera ocurrido hacer tal cosa. Un duelo en igualdad de condiciones sí, pero no un asesinato. Protos creía que se lo habían ordenado.

Éurito era un soldado, del mismo modo que lo era él. Ambos estaban sujetos a la disciplina. Así que no era algo por lo que pudiera guardar resentimiento.

Mientras tanto, Éurito le creía muerto. Protos sonrió al pensar en la decepción que se llevaría. Esa sería su única venganza, haber sobrevivido.

Pero Protos quería estar ahí cuando Éurito se enterara. Imaginar ese momento era todo un placer.

Poco más había que le levantara el ánimo. Nubit decía que le iba a llevar meses recuperarse por completo.

Habían pasado dos meses desde el ataque y Protos sanaba tanto de cuerpo como de espíritu.

Nubit había estado fuera, en el jardín, para llevarle algo de cerveza. Cuando volvió a la cocina se encontró a Galene sentada a la mesa con la cabeza descansando sobre la mano. En torno a su muñeca tenía un brazalete de plata, una cadena de cuentas delicadas y brillantes. Nubit no lo había visto nunca.

Se acercó y lo tocó. Un instante después Galene apartó la mano.

—Es un regalo —dijo.

—Un regalo muy elegante.

Con una expresión casi desafiante, Galene se volvió para mirar a la mujer a la que llamaba madre.

—Me ama.

—¿Quién es?

El muchacho era un tal Tagilo, un orfebre que tenía una pequeña tienda al este de la plaza del mercado. Tenía veinticuatro años y acababa de volver a casa después de haber sido aprendiz en Atenas.

—Parece un joven muy inteligente —dijo Nubit mientras palpaba el brazalete. Galene se lo había quitado para enseñárselo—. Es muy bonito. ¿Y a ti? ¿Te gusta?

—Prefiero a Protos, pero Tagilo puede valer.

Ambas rieron.

—Bien, en ese caso…

—Quiere casarse conmigo, pero tiene miedo. Dice que Protos es un gran hombre y que le rechazará por descarado.

—Bueno, pues dile de mi parte que es un idiota. —Nubit no pudo decidir si el comentario le había divertido más que enfadado—. Que venga y se presente como pretendiente. Protos no es «un gran hombre» en ese sentido. Dile a ese amado tuyo que no sea tan cobarde.

Esa noche, habiendo decidido que Protos ya estaba lo bastante recuperado como para recordarle que era un hombre, Nubit se echó unas gotas de aceite perfumado entre los pechos. Después de meterse a la cama deslizó la mano para tocar su hombría y descubrió que estaba dura como una piedra. Aparentemente, no hacía falta recordárselo.

Cuando acabaron, tuvieron que ser cautos, porque la herida en el costado de Protos aún estaba sensible, y entonces Nubit le habló del pretendiente de Galene.

Al oír que el orfebre temía dirigirse a él, Protos rio.

—Fabrica objetos útiles y bellos, y yo envío a los hombres al Hades. ¿Cuál de los dos oficios es probable que los dioses vean con mejores ojos?

A la mañana siguiente el orfebre se presentó. Protos le recibió en el jardín y pudo comprobar, nada más verle, que Tagilo, con tan solo unos pocos años menos que él, estaba muy nervioso.

—Mi señor… —empezó a decir.

—No me llames eso —interrumpió el ilota—. Solo soy Protos, un hombre que hoy sería campesino en Laconia si el destino hubiera sido más amable. ¿Te apetece un poco de cerveza?

Cuando hubo bebido la mitad del primer cuenco, Tagilo empezó a mostrarse más relajado. Era un hombre delgado, de estatura media, pero sus manos eran gráciles y hábiles y tenía ese algo en el rostro que desprendía inteligencia.

—Así que —empezó a decir Protos como distraído—, por lo visto, quieres casarte con Galene. ¿La amas?

—Sí. —Tagilo se irguió de pronto en el banco de piedra. La pregunta pareció cogerle por sorpresa—. Sí, la amo. ¿Quién podría evitar…? No puedo decir que no…

—Bien, en ese caso lo más seguro es que vayas a ser un hombre muy feliz,

porque es una chiquilla muy dulce. Pero dado que hago las veces de padre, debo tener en cuenta cuestiones más prácticas, no solo el amor. Háblame de tu negocio.

Las respuestas del orfebre fueron específicas y sin rodeos. Vivía encima del taller y estaba a punto de comprar el edificio. Su dificultad principal era el precio de la plata, pues, a medida que se iban incrementando sus ventas, iba necesitando más materia prima, por lo que se veía obligado a destinarle cada vez una parte mayor de sus ingresos.

Pero aquel era el habitual problema del éxito, y a Protos le complació lo que estaba oyendo.

—La dote de Galene será de doscientos dracmas atenienses, a lo que añadiré muebles y utensilios de cocina. Me gustaría que fuera más.

—Eres muy generoso. —Por la expresión en el rostro de Tagilo, era evidente que no había esperado tanto—. Trabajaré mucho.

—De eso no me cabe duda. —Protos se puso en pie—. Y ahora espero que, dado que estás a punto de convertirte en un miembro de la familia, te unas a nosotros para cenar. Galene cocina mucho mejor que cuando era niña.

La cena fue muy agradable y Galene estaba sonrojada de felicidad. La única que no estaba de humor era Nubit.

«Así es como empieza —pensó—. El momento de la despedida. Primero perderé a las niñas, y luego perderé todo lo demás».

Siguió recordando su sueño, el sueño que había tenido innumerables veces. Protos se alejaba de ella. Luego se volvía para mirarla… y luego la dejaba para siempre.

En primavera Protos dio a Galene en matrimonio.

—Justo a tiempo —le dijo Nubit en confidencia a la mañana siguiente de la ceremonia—. Está embarazada de dos meses. Serás abuelo antes de cumplir los treinta.

43

En el mundo de la política espartana nadie que tuviera menos de cuarenta contaba mucho. Los extranjeros solían suponer que todos los diplomáticos espartanos eran hombres de mediana edad, y si Éurito no hacía mención a sus orígenes —nunca lo hacía entre los atenienses congregados en casa de Jabrino—, solía ser ignorado. Así podía escuchar las conversaciones de otra gente y ser considerado poco más que un criado.

Su padre seguía provechándose de eso.

Esa noche, Éurito vio que los atenienses no estaban dispuestos a apoyar a Tebas con más que con sus mejores deseos.

—Tebas y Esparta son como niños que se estén peleando por un juguete. La virulencia del enfrentamiento no es proporcional a las causas. Que se arreglen entre ellos.

—Las guerras son caras y nunca acaban como uno espera. La gente sensata se queda en casa y se ocupa de sus asuntos.

—Claro que Esparta tiene la culpa, pero ¿qué nos importa eso a nosotros?

—¿Y acaso sabe alguien lo que quiere Esparta?

La única persona que parecía apoyar con firmeza la causa tebana era Dexíleo, un hombre mayor y de pelo blanco que, a juzgar por su atuendo y sus joyas, era extremadamente rico. Si la disposición de los invitados significaba algo, estaba lejos de ser el favorito del anfitrión. El hombre casi estaba comiendo en el pasillo.

Dexíleo también era el único de los invitados de Jabrino que reconoció a Éurito.

—Tu padre y tú estuvisteis una vez en mi casa —dijo—. Para la conferencia de paz después de Leuctra. ¿Cuánto puede hacer? ¿Dos años? ¿Más?

Miró al muñón de la muñeca izquierda de Éurito y enseguida apartó la vista.

—Ni siquiera hace dos años.

—Has estado avanzando en tu carrera como soldado, ¿verdad?

—Sí.

—Y apuesto a que también has estado coqueteando con la política.

—Solo estoy aquí para ayudar a mi padre —repuso Éurito al tiempo que se preguntaba por qué se ponía a la defensiva.

—Sí, por supuesto. —Dexíleo sonrió. Daba la impresión de que conocía

algún secreto—. Y creo haber oído que viviste toda una aventura en Tebas. Una acción osada, por lo que cuentan.

—No sé de lo que estás…

—Oh, vamos. No es necesaria tanta modestia. Hacen falta agallas para ir a la caza de un hombre como Protos. ¡Y en su propio hogar! Es conocido mío, ¿sabes? Un muchacho estupendo. —Dexíleo le guiñó un ojo y su sonrisa se amplió un poco—. Dicen que guarda tu mano izquierda en una caja, en su habitación. Puede que esté esperando a que vuelvas a por ella. ¿Qué te parece?

Éurito no recordaba cómo había acabado aquella conversación. No recordaba casi nada sobre el resto de la noche salvo estar sentado en una escalera trasera, con la cabeza entre las rodillas, intentando, desesperadamente, recobrar el aliento.

Protos estaba vivo.

44

La recuperación de Protos fue lenta, tal y como había predicho Nubit. Cuando llegaba la siguiente temporada de campaña, Epaminondas le ordenó que se quedara en casa. Agenor tomó el mando de los escaramuzadores.

Protos pasó el verano corriendo, recuperando fuerzas. Odiaba la inactividad, pero sabía que Epaminondas tenía razón.

Cuando volvió el ejército, los oficiales de Protos se dieron cita en su casa para decirle que Pelópidas había sido capturado en Tesalia por Alejandro de Feras.

—Alejandro no hará nada precipitado —dijo Agenor—. Sabe lo que vale su captura, y sabe lo que le pasará si Pelópidas muere… Lo último que quiere es que todo el ejército tebano clame por su sangre. Ya se está preparando otra expedición. Sacaremos a Pelópidas de allí o convertiremos Tesalia en una tierra baldía.

—Quizá no hubiera ocurrido de haber estado tú allí, Protos. A veces Pelópidas es demasiado impetuoso para su propio bien, pero a ti te escucha.

Hablaba Ladamo, que se distrajo al instante siguiente al ver a Eupraxia. Llevaba una bandeja con cuencos de cerveza por la habitación, para aliviar la sed de los oficiales, y a veces dejaba vagar la vista hacia Ladamo.

La muchacha le estaba atormentando. Llevaba años haciéndolo, desde el banquete por el decimoctavo cumpleaños de Protos, cuando, pensando que era la concubina de su anfitrión, Ladamo intentó comprarla.

En los años que habían transcurrido desde entonces, si Ladamo resultaba estar entre los invitados a una cena —Protos desafiaba las costumbres aristocráticas y comía con las mujeres de su casa—, Eupraxia le sonreía y luego miraba a otro lado, ignorándole, después volvía a mirarle y le dejaba sentir el calor de sus ojos verdes y almendrados.

Ahora tenía diecisiete años, era una criatura hipnótica con el cabello sedoso y del color del trigo y, al parecer, ya había decidido hacía tiempo quién habría de ser su marido.

A la tarde siguiente Ladamo volvió y se sentó con Protos en el jardín, a beber cerveza y comentar la cuantía del enlace.

—Bueno, no tengo intención de enviártela solo con su ropa de noche —argumentó Protos—. Sería para ella una vergüenza ir a ti sin dote.

—Me trae sin cuidado la dote. Solo la quiero a ella.

—Lo mismo da…

Al fin Ladamo aceptó doscientos dracmas de plata, un dinero que no necesitaba puesto que venía de una familia acaudalada.

Cuando lo supo, Nubit pasó todo el día gruñéndole a Eupraxia. Y aún estaba de mal humor cuando se metió en la cama.

—¿Por qué actúas así? —preguntó Protos—. ¿No estás de acuerdo con lo que ha elegido.

—Es un soldado. ¿Qué necia se casa con un soldado en medio de una guerra?

—Tú llevas viviendo con uno desde hace más de diez años.

—No eras soldado cuando te conocí.

—No, pero era un fugitivo acosado.

Incluso tumbada a su lado, Nubit parecía estar muy lejos. Sin previo aviso hundió la cara en el brazo de Protos y empezó a llorar.

—Espero que Eupraxia le haga llevar una vida desgraciada —dijo entre lágrimas.

Y entonces, por supuesto, Protos lo comprendió todo.

—La echarás de menos —dijo.

Pero Nubit no respondió. Solo lloraba.

Después de dos expediciones para liberarle, Pelópidas al fin fue rescatado. Fue recibido como un héroe cuando volvió a Tebas, pero parecía avergonzado por todo el asunto.

—Fui todo un imbécil al dejarme capturar así, pero haré que Alejandro pague por ello.

—Estoy de acuerdo en que fuiste un imbécil —dijo Epaminondas—. Y estoy de acuerdo en que tenemos que encargarnos de Alejandro, pero te tomas estas cosas como algo personal, amigo mío.

Era media mañana y ambos estaban un tanto superados por el vino, lo que ya en sí era una muestra del alivio que sentía Epaminondas ante la vuelta de su amigo.

—¿Tú qué dices, Protos? —preguntó Pelópidas—. ¿Debería cortarle el cuello a ese perro?

Protos rio.

—Creo que ya eres viejo para esas tonterías, pero si quieres que le corte el cuello, estaré encantado de hacerlo.

A los dos beotarcas el comentario les pareció extremadamente gracioso y

rieron con ganas.

La última de las niñas, la pequeña Hemera, se encariñó de un tratante de ganado. Nubit lo aceptó con pétrea firmeza. No lloró. Incluso dio la sensación de que lo agradecía, como si marcara el fin de un interminable sufrimiento.

Protos no sabía qué pensar.

En cuanto al resto, los hombres luchaban y morían, sin propósito aparente, y solo el tiempo parecía avanzar.

Al año siguiente acaeció la muerte de Pelópidas. Ganó su guerra contra los tesalios, pero, dado que ansiaba la satisfacción personal de matar a Alejandro de Feras, resultó abatido por la guardia personal del déspota.

Epaminondas estaba en campaña en Acaya cuando recibió la noticia.

—Tebas ha perdido a uno de sus principales pilares y yo a un querido amigo —dijo entregándole la carta a Protos—. Jugamos juntos cuando éramos niños. Estuvimos juntos en el ejército, y juntos planeamos y llevamos a cabo la liberación de nuestra ciudad. ¿Qué no hemos compartido?

Hundió la cara entre las manos y lloró amargamente; sus dedos parecían querer arrancar la carne de su rostro. Fue algo que Protos jamás había esperado llegar a ver. Empezó a ponerse en pie para darle al tebano privacidad en su momento de dolor, pero Epaminondas, aún cegado por las lágrimas, alargó la mano hacia él.

—Quédate conmigo —dijo.

Estuvieron despiertos casi toda la noche y se emborracharon juntos. Daba la sensación de que Epaminondas necesitaba hablar. Contó historias sobre su juventud, sobre sus padres, quienes no habían tenido más hijos, y poco a poco Protos empezó a comprender la sensación de aislamiento que envolvía al hombre.

Había sacrificado todo vínculo humano por amor a Tebas. Había estudiado la guerra y la política y estas casi le habían consumido. Nacido en la opulencia, lo había donado todo. Era un filósofo, lo que a su entender implicaba un nivel de virtudes que apenas era humano.

Y ahora el amigo de su juventud estaba muerto. No era ningún milagro que estuviera destrozado.

—Solo he tenido dos amigos cercanos en mi vida —dijo—, y ahora tú, Protos, eres todo lo que me queda.

Puede que fuera una hora antes del amanecer cuando Epaminondas al fin se encontró en la cama. Protos dio orden de que el beotarca no fuera molestado.

Tres días después una patrulla tebana fue objeto de una emboscada y los seis integrantes de aquella murieron. Nadie supo nada hasta el atardecer, cuando dos de los caballos llegaron sin jinete al campamento. Protos reconoció uno de ellos: era el de Agenor.

Casi había oscurecido, pero Protos salió del campamento con veinte de sus escaramuzadores para llevar a cabo una intensa labor de reconocimiento. Siguieron la ruta habitual de las patrullas, y luego se vieron obligados a avanzar a la luz de las antorchas una vez que descubrieron los cuerpos. Agenor tenía heridas en cuatro puntos del cuerpo, y la que le había matado casi le había cercenado la cabeza.

Protos pasó bastante tiempo con la mirada fija en el cadáver de su amigo, aquel que hablara en su favor cuando planearon la masacre de los oligarcas y que había luchado a su lado desde entonces.

—No deberías haber venido —dijo, casi en un susurro—. No había necesidad…

Pero Agenor siempre había sido así. Era un escaramuzador, no había razón para que saliese con la patrulla, salvo por el hecho de que siempre había buscado emociones fuertes. Su muerte había sido absurda.

Al fin Protos se arrodilló, se retiró la capa y envolvió a Agenor en ella. Subió el cuerpo a lomos de su caballo, cogió las riendas en las manos y puso rumbo al campamento. Ya amanecía cuando él y sus hombres volvieron.

Esa tarde todos los escaramuzadores, quinientos en total, acudieron al funeral. El cuerpo de Agenor fue purificado con vino y Protos prendió la pira con sus propias manos. Cuando las llamas fueron muriendo, recogió los huesos y los introdujo en un recipiente de bronce. Volverían a casa, a Tebas.

Durante tres días Protos se encerró en su tienda y lloró a su amigo a solas.

Un mes más tarde el ejército volvió de su campaña sin haber conseguido nada.

Una noche Nubit despertó y se encontró sola. Al principio pensó que Protos había salido a aliviarse, pero cuando tardó en volver salió de la cama y fue en su busca.

Se le encontró sentado en las escaleras de piedra que llevaban de la cocina al pequeño jardín. Tenía una jarra a su lado, en uno de los peldaños.

—¿No podías dormir? —preguntó ella.

—No. —Cogió la jarra de cerveza y le dio un trago. Luego permaneció mirando al vacío con el recipiente entre las manos—. Vuelve a la cama.

En lugar de eso, Nubit se sentó a su lado y le cogió la jarra de cerveza, la

probó y se la devolvió.

—¿Qué te preocupa?

El ilota pasó un rato sin contestar. Le dio un sorbo a la cerveza y dio la sensación de que se olvidaba de su presencia. Luego le envolvió los hombros con el brazo.

—¿Tienes frío? —preguntó Protos.

—Soy egipcia, necio —repuso Nubit con un tinte de risa en la voz—. Y aquí estoy en medio de Grecia rodeada de montañas. Claro que tengo frío.

Protos respondió abrazándola con más fuerza.

—Te preguntaré de nuevo: ¿qué te preocupa?

—Nada —negó con la cabeza—. La vida.

Ella sabía que solo tenía que esperar.

—Solo desearía… Hubiera querido que los dioses me dejaran como estaba. Hubiera crecido para convertirme en campesino como mi padre. Su vida nunca estuvo manchada con sangre.

—Y al final le asesinaron —dijo Nubit quedamente—. Los dioses te han elegido para que le vengues. A él y a muchos otros. Acabarás con la esclavitud que mantiene sometido a tu pueblo.

—Puede que jamás tenga la oportunidad.

—¿Por qué dices eso?

Siguió otro silencio, pero ella sabía, por la tensión que ejercía con el brazo, que estaba intentando buscar las palabras justas para que lo comprendiera.

—El mundo está loco —dijo—. Luchamos en batallas en las que los hombres mueren a centenares y, de algún modo, nos engañamos pensando que cada batalla será la última, que podremos volver a ser hombres en vez de carniceros. Pero hay una batalla, y luego otra y otra, y solo nos detenemos porque estamos demasiado exhaustos para seguir. Y es en esos intervalos de paz en los que todo vuelve a ser como era antes. Vivimos en un laberinto. Jamás encontraremos la salida.

—¿Qué ha ocurrido?

—Esparta ha reconstruido su sistema de alianzas en el Peloponeso. Incluso Atenas se ha unido a ella. Típico de los atenienses. Primero en un bando y luego en el otro. Temen el creciente poder de Tebas, así que se besan y reconcilian con los espartanos. Seguiremos luchando hasta que hayamos derramado la última gota de nuestra sangre. Los griegos son una raza de dementes.

—¿Qué ocurrirá?

—Habrá otra invasión del Peloponeso. Mantinea ha roto con la liga arcadia y ha invadido Arcadia por alguna minucia relativa al santuario de Zeus. Los

espartanos y los atenienses se han unido a ella, así que nos vemos obligados a defender Arcadia. —Protos suspiró—. Son como niños que no pueden jugar juntos sin pelearse.

—¿Pero tú irás?

—No lo sé. No quiero ir. Quiero quedarme contigo. —Sonrió, aunque quizá ni siquiera fuera consciente de ello—. Quizá pueda encontrar un lugar donde pueda ser granjero y plantar trigo…, algún lugar en el mundo donde se nos deje en paz.

—Debes ir —dijo ella quedamente, como si estuviera explicando un misterio—. Mientras Tebas lucha contra Esparta, lucha por Tebas. Eres Protos, el «predestinado». La Gran Madre puso tus pies en este camino y no puedes modificarlo. Es la deuda que tienes con tu familia asesinada. Es la deuda que tienes conmigo.

Se volvió para mirarla, su expresión decía: «Eres una persona a la que no conozco».

—Hubiera pensado que querrías que me quedara —dijo.

—¿Me gustaría hacerme vieja contigo en algún lugar tranquilo? Sí —asintió ella. El gesto fue empático—. No querría nada más, pero los dioses me han castigado por mi soberbia, y ahora sé que no ha de ser así. Eso lo sé. Debes luchar.

—Tengo treinta y dos años. Llevo luchando desde los catorce. Estoy harto de matar. Siento que mi alma siempre estará manchada con la sangre que he derramado.

—Puede que sí, pero no has hecho más que la voluntad de los cielos. Debes luchar para que tus hijos lleven vidas inocentes.

—¿Hijos? Pensé que…

—No serán míos, Protos, amado mío, pero serás padre. —Nubit le cogió la cabeza entre las manos y sonrió con tristeza—. Quizá, si tienes una hija, te acuerdes de mí y la llames Nubit.

Permanecieron sentados largo rato, lamentando en silencio los hijos que jamás habían tenido juntos.

—Te confesaré algo —dijo ella al fin—. Te confiaré algo sobre mí que nunca has sabido, y puede que comprendas que cuando luchas también lo haces por mí. Al igual que tú, yo nací esclava.

—¿Tú?

—Sí. Mi madre era esclava en la casa de un hombre rico. Él era mi padre, pero para él yo no era más que otra esclava. Me usó como todos los hombres usan a las mujeres que poseen.

»Un día mató a mi madre a patadas porque había derramado el agua

destinada a su baño. Yo esperé mi momento. Esperé casi dos años. Y entonces le envenené. Le vi morir.

»Por eso abandoné Egipto.

»Pero los dioses aborrecen el asesinato de un padre, y estoy maldita. Por eso nunca he tenido hijos. Por eso sé que mi tiempo se acaba. Pero no puedo arrepentirme de lo que hice. La esclavitud degrada tanto a los amos como a los esclavos. Cuando luchas para liberar a tu pueblo, luchas por todos nosotros.

45

—Voy contigo —dijo Nubit—. No puedes dejarme aquí.

Había algo en su rostro, algo que Protos había visto en muchas ocasiones, algo que le decía que se haría su voluntad. Pero tenía que preguntar.

—¿Por qué?

—Porque esta será la última vez que luches por Tebas.

Eso parecía ser lo único que estaba dispuesta a darle a modo de respuesta.

Pero Nubit era sabia. Él había aprendido a confiar en su juicio y a creer en sus sueños y visiones. Esta vez también confiaría en ella.

—En ese caso, debes prometerme que te mantendrás alejada de todo peligro —dijo Protos—. Si perdemos, la venganza de los espartanos será terrible. Tengo que estar seguro de que estarás a salvo.

—Estaré a salvo. Permaneceré alejada de la batalla, y una vieja bruja en una carreta no suele atraer mucho interés.

—No eres vieja.

—Hoy, ahora, sí me siento vieja.

El día antes de que estuviera programada la salida del ejército hacia el sur, sabiendo que Protos estaría fuera toda la tarde, Nubit convocó a las niñas, ahora mujeres casadas, para despedirse.

—Creo que la labor de Protos para Tebas está cerca de concluir —les dijo cuando estuvieron todas sentadas en la estancia principal. Galene había traído a su hijo, que ya se mantenía en pie si su madre le cogía de las manos—. Creo que es probable que ninguno de los dos volvamos de esa campaña.

La noticia fue recibida con una oleada de lamentos, hasta el bebé empezó a llorar, aunque al fin, después de muchas lágrimas, Nubit pudo seguir adelante.

—Si tal es el deseo de la Gran Madre, que ni Protos ni yo volvamos con el ejército, esta casa y todo lo que contiene será vuestro. Que no haya riñas. Dividid los muebles de manera que a todas os parezca justa, luego vended la casa y dividid el dinero en partes iguales. Confío en vosotras, y vosotras tenéis que confiar la una en la otra.

—Pero eres nuestra madre —lloraba Eupraxia—. ¿No volverás con nosotras?

Por un momento Nubit solo pudo negar con la cabeza. Eso era lo más difícil, pensó. A pesar de sus temores, no había perdido a las niñas al casarlas. Aún la amaban. Pero las estaba perdiendo ahora, en ese momento. Fue muy amargo.

—No lo creo —dijo quedamente—. Creo que el tiempo se me acaba.

—¿Y Protos?

—La labor de Protos no habrá concluido ni siquiera cuando Tebas y Esparta hayan acabado su guerra. Puede que aún no lo sepa, pero su guerra durará muchos años más.

Medio día después de haber entrado en Arcadia se toparon con un cruce de caminos.

—Si te diriges a la izquierda —le dijo Protos—, tarde o temprano llegarás a una aldea llamada Nestina, que está cerca de la frontera con la Argólida. Espérame allí. Si la batalla se vuelve contra nosotros, cruza hacia Argos y no te detengas hasta que hayas salido del Peloponeso. Hazlo por mí.

Protos la besó, se subió al caballo y se fue al galope.

Cuando el ilota se hubo ido, Nubit se quedó a solas con sus visiones. Durante el día su mente estaba bastante despejada, pero en cuanto el sol empezaba a desvanecerse mezclaba unos polvos con la cerveza, se recostaba contra una rueda de la carreta y dejaba que las visiones se apoderaran de ella.

Protos estaba lejos, luchando en su guerra. Ella nunca se preocupaba por él porque sabía que la Madre de la Vida, aquella que tejía el destino y propiciaba los sueños, le había prometido que la sobreviviría por muchos años.

No era esa la despedida que temía, sino la que estaba por venir, y llegaría pronto. Ya que sus sueños le habían dicho que nunca llegaría a entrar en el lugar en el que un día habían de descansar los huesos del ilota.

Sabía que la guerra de Protos solo podía acabar de una manera. Sabía que en la batalla que estaba por lucharse, o en la siguiente, o en la que viniera después, el poder de Esparta se quebraría para siempre. Los espartanos se desangraban, y al igual que un león herido, Esparta pronto tendría a los chacales arrancándole la carne. Los ilotas se levantarían y con ellos marcharía el hombre al que algunos llamaban el hijo predilecto de la Muerte.

Ese era el destino para el que las Moiras le protegían con sus manos.

Así que el fin estaba cerca…, el fin de los dos. Ese fin supondría su muerte. ¿Podía enfrentarse a ello? Ella no le perdería a él, pero él a ella sí. ¿O no?

¿Qué le esperaba después de la muerte? Nubit creía, siempre había creído, que esa vida era la muerte verdadera y que la muerte abría el camino al mundo

que veía en sus sueños. No le tenía miedo a la muerte.

Pero Protos confiaba en ella. Quizá pudiera seguir confiando en ella. Al igual que una madre que sostiene a su hijo con las manos para evitar que caiga en sus primeros pasos, quizá pudiera seguir estando ahí para él.

Quizá pudiera vivir en los sueños del ilota.

46

En cuestión de una hora Protos había alcanzado al ejército de la liga beocia, que ya estaba más al sur de lo que hubiera esperado encontrarlos. Cuando llegó a la vanguardia y vio a Epaminondas, desmontó y le entregó el caballo a un sirviente. Epaminondas, que ya se acercaba a los sesenta y cuyo cabello y barba eran ya completamente blancos, aún caminaba con sus hombres.

En cuanto Protos estuvo detrás de él, el beotarca volvió la cabeza y sonrió.

—Supongo que te preguntarás por qué seguimos adelante y no hemos acampado a las afueras de Mantinea.

—Sí, se me ha pasado por la cabeza. Supuse que querrías verte con Agesilao allí.

—Así es, pero mis espías me dicen que viene hacia el norte con todo su contingente, así que me da la sensación de que ha dejado Esparta desprotegida. He pensado en arrebatarle la ciudad a sus espaldas.

—Así que cuando llegue a Mantinea y vea que no estás allí, adivinará lo que has hecho…

—Y no tendrá más remedio que dar media vuelta y volver, y para entonces ya habremos capturado Esparta y habremos descansado.

—Y ellos llegarán exhaustos por la marcha de un lado a otro y no estarán en condiciones de luchar.

—Precisamente.

—Eres listo, viejo. Eres lo bastante ladino como para pasar por ilota.

Epaminondas rompió a reír y palmeó a Protos en la espalda.

Pero la diosa Fortuna no sonrió ese día a los tebanos. En seis horas un desertor fue llevado ante el rey Agesilao.

—Dice que Epaminondas marcha hacia el sur por la calzada del río —informó el oficial al que la patrulla de caballería había entregado el desertor—. Dice que tienen pensado atacar Esparta ahora que está desprotegida. También dice ser cretense.

Agesilao desmontó del caballo y se apartó un poco de la masa de oficiales de la que siempre estaba rodeado. Estudió a su prisionero con los ojos entrecerrados. No era más que un niño y parecía haberse vuelto taciturno.

Seguramente esperara ser recibido como un héroe.

El rey le dedicó una sonrisa.

—Ahora dime la verdad, muchacho, y te dejaré vivir. Pero si llevo este ejército de vuelta a Esparta y descubro que me has mentido, te prometo que comprobarás a qué saben tus testículos antes de morir.

—He dicho la verdad —confirmó el desertor, aún reticente a alzar la mirada del suelo.

—Eso espero. —El rey miró a uno de sus guardias e hizo un gesto brusco con la mano izquierda—. Apártalo de mi vista.

—A tus órdenes, mi señor —dijo el oficial mientras sacaba de allí al desertor, pero Agesilao no parecía capaz de dejar de prestarle atención al muchacho cretense, quien no estaba recibiendo un trato del todo cortés por parte de sus hombres. Daba la sensación de que estuviera intentando decidirse sobre algo.

—Odio a los desertores —dijo como para sí. Negó con la cabeza—. Aunque supongo que no tengo elección. —Y entonces, con la voz que su ejército estaba acostumbrado a oír—: Que la columna dé media vuelta. Volvemos a Esparta.

Un ejército de treinta mil hombres no puede moverse en absoluto secreto. Tantos hombres y caballos hacen un ruido ensordecedor, y el polvo que levantan puede verse desde una distancia considerable. Por tanto, los ciudadanos de Esparta tuvieron una hora para darse cuenta de que estaban a punto de ser atacados por los soldados de la liga beocia y sus aliados.

Durante ese intervalo tuvieron tiempo de valorar lo absolutamente desesperada que era su situación. Esparta no era más que un conglomerado de poblaciones; ni siquiera contaba con una muralla, tan solo algún terraplén que llevaba abandonado desde la primera invasión tebana del Peloponeso. Se habían enviado jinetes de inmediato para encontrar al rey Agesilao y a sus tropas, pero una defensa efectiva era imposible. El enemigo no tardaría más de media hora en barrer la ciudad. La única elección residía en la rendición y la masacre.

Éurito ya había decidido. Cuando su padre llegó a casa, le encontró en el vestíbulo ajustándose la armadura.

—No estarás pensando en ofrecer resistencia —dijo Dienekes en un tono de horror contenido—. No hay ni cincuenta hombres en edad militar a una hora a la redonda. No conseguirás nada salvo la muerte.

—¿Acaso es la muerte peor que la alternativa? —Éurito se permitió emitir unas cuantas carcajadas amargas—. Al menos les demostraré a los tebanos que

la sangre de los espartanos sigue siendo roja.

—Es una locura.

—¿No fueron las Termópilas una locura? Fuiste tú el que me contó cómo el abuelo de tu padre, de quien tomas el nombre, quedó ciego por una infección en el ojo y aun así su sirviente le llevó hasta primera línea el último día para que disfrutara del honor de morir con sus hombres.

Dienekes negó con la cabeza. Fue más un gesto de dolor que de negación.

—Los hombres de las Termópilas murieron para salvar al ejército —dijo en voz baja—. Dieron sus vidas para conseguir un objetivo militar. Lo que tú quieres hacer carece de sentido. —Dejó de hablar un instante y su rostro adoptó un gesto de dureza rayano en el desprecio—. Creo que lo único que te pasa es que tienes miedo de que ese asqueroso ilota te tenga por un cobarde.

Ambos se volvieron solo para darse cuenta de que no estaban solos. Vieron a Helena en el umbral de la puerta. Saludó a su suegro con una sonrisa de perfecta indiferencia.

—Dejarás a tu esposa convertida en una viuda sin hijos.

Éurito ya estaba abriendo la puerta de entrada para marcharse. Se detuvo un instante, miró a su esposa y dijo: —No sé por qué, pero creo que podrá soportarlo.

Y se fue.

Epaminondas sabía, gracias a sus patrullas de caballería, que el ejército de Agesilao había dado media vuelta y que llegaría a Esparta antes de que sus tropas estuvieran desplegadas para el ataque.

Fuera como fuera, no pudo resistir la tentación de pedir un caballo y cabalgar con Protos hasta tener la ciudad a la vista. Culminaron una pequeña colina y desde allí observaron el entramado de calles estrechas y casas pequeñas de colores apagados.

—No impresiona mucho, ¿verdad? —dijo Epaminondas intentando limar la evidente decepción de Protos—. Quizá fuera una mala idea para empezar.

—Aún podemos enfrentarnos a ellos aquí. Qué más da un lugar que otro.

Era una necedad, y Epaminondas sabía que Protos sabía que era una necedad. Sencillamente, para el esclavo ilota era difícil abandonar la idea de una Esparta, ese lugar odiado, en llamas y en ruinas, convertida en el cementerio de su ejército.

—No. Lucharemos donde podamos disfrutar de una ventaja. Aquí son ellos los que lo tienen todo a favor. Esparta en sí importa poco.

—Lo sé.

Volvieron cabalgando hasta el ejército, que ya estaba girando para volver hacia el norte.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Protos. La pregunta significaba que estaba intentando librarse de su obsesión. Epaminondas sonrió.

—Volveremos a Mantinea. Lucharemos allí.

—Y, como es lógico, nos seguirán, y cuando lleguemos ambos ejércitos estarán exhaustos.

Epaminondas se volvió hacia su joven amigo y le dedicó una ladina sonrisa.

—Eso es precisamente lo que espero.

—Eres listo, viejo —dijo Protos asintiendo lentamente para dar a entender que lo comprendía.

Protos echó la cabeza hacia atrás y rio.

Cuando Agesilao llegó a Esparta se encontró a un puñado de hombres armados, y tuvo que indagar para asegurarse de que los beocios ni siquiera se habían acercado a la ciudad.

—No llegamos a verlos, pero estaban ahí —le dijo uno de los defensores. Por lo visto era el líder y parecía molesto, como si el enemigo hubiera jugado sucio—. Deben de haber tenido noticia de que el ejército marchaba de vuelta.

—¿Y qué habríais hecho seis o siete hombres en uniforme de gala si no hubiésemos vuelto? ¿Habríais defendido la ciudad contra ellos?

Hubo un estallido de risas entre los oficiales del rey, y el hombre se los quedó mirando con furia mientras esperaba a que acabaran de reír.

—No, mi señor —repuso con la voz más fría que Agesilao hubiera oído jamás—. Habríamos luchado y muerto aquí para que nuestros antepasados no se avergonzasen al recibirnos.

Incapaz de responder, ya que no había réplica posible, el rey alargó la mano para ofrecérsela.

—Éurito, hijo de Dienekes —dijo—. Podrán llamarte necio, pero nadie osará nunca llamarte cobarde. Hoy tú y tus amigos habéis mantenido intacto el honor de Esparta.

Éurito estrechó la mano del rey y la sostuvo más tiempo de lo que estrictamente se requería para un saludo.

—En ese caso, ¿podría pedirle un favor a mi rey?

—¿De qué se trata? —preguntó Agesilao soltando la mano de Éurito.

—Supongo que ahora marcharéis hacia el norte para enfrentaros a los tebanos.

—Así es.

—Permite que vaya con vosotros. —Los ojos de Éurito se mostraban suplicantes, aunque su voz era plana—. Esta podría ser la batalla que lo decida todo, y aún me queda una mano con la que blandir una espada.

El rey asintió.

—Sea —dijo.

Y entonces miró a su alrededor, como un hombre que hubiera perdido algo.

—¡Que alguien me encuentre a ese desertor cretense! —gritó, y luego en voz más baja—: Supongo que le debemos dinero.

Mientras cabalgaban juntos de vuelta a la vanguardia, Epaminondas comentó su plan a grandes rasgos.

—Les llevamos a los espartanos unas horas de ventaja, aunque esa ventaja se habrá ido reduciendo para cuando hayamos llegado a Mantinea. Hay un lugar en el que el valle se estrecha hasta el punto de que un hombre podría ir de punta a punta en menos de media hora, y las faldas de las colinas a ambos lados ofrecen una excelente posición defensiva. No llegaremos hasta primera hora de la mañana, pero en cuanto estemos allí, ¿qué crees que esperará Agesilao que hagamos?

—Descansar hasta el día siguiente, cuando empiece la batalla —repuso Protos.

—Exacto. Y tengo intención de darle a Agesilao todas las señales necesarias para que suponga que eso es lo que vamos a hacer. Sus propias tropas estarán agotadas. Querrá creerlo.

—Además, los espartanos suelen presuponer que si ellos están cansados, su antagonista debe de estar medio muerto.

—Eso es. ¿Cómo íbamos a estar listos para la batalla si ellos están agotados? Todo el mundo sabe que los beocios son un ejército de ancianas.

—Les haré saber a los hombres lo que has dicho.

Fue una broma, pero Epaminondas no parecía haberlo oído. Protos pensó que se habría ofendido, y estaba a punto de disculparse cuando Epaminondas se lo impidió.

—De todos modos ganaremos —dijo—. Disfrutamos de superioridad numérica, pero ganar no es suficiente. No quiero una victoria en la que acabemos como dueños de un campo de batalla repleto de nuestros muertos. Quiero atacar a los espartanos cuando estén desprevenidos y aplastarlos como una lluvia de granizo que cae sobre un campo de trigo. Quiero poner fin a esta guerra con Esparta.

Una marcha nocturna siempre suponía una dura prueba, más aún cuando recorría el mismo territorio cubierto unos días o incluso unas horas antes. Los soldados podían soportar mucho si percibían que había un propósito claro, pero la sensación de estar dando vueltas sin sentido era peligrosa.

Así que Protos pasó la noche de marcha de vuelta a Mantinea cabalgando de un lado a otro de las líneas, hablando con los comandantes y los soldados para hacerles llegar a todos el mismo mensaje: «No hacemos esto para nada —les decía. Epaminondas quiere acabar esta campaña con un golpe del que los espartanos jamás puedan recuperarse. El resto de vuestras vidas podréis hablarles a vuestros nietos de la victoria en Mantinea. Ahora permaneced firmes y confiad en el beotarca».

Habían tomado la ruta principal, lo que forzó a los espartanos a utilizar el camino del extremo oeste del valle, retrasándolos en consecuencia. Pero el tamaño mismo del ejército beocio suponía una merma en su velocidad; además, estaban en territorio enemigo, lejos de sus bases de suministro. Los espartanos podían marchar sin necesidad de cargar con un bagaje tan abultado.

A lo largo de la noche, mientras los dos ejércitos se dirigían al norte, hubo algunos contactos. Los exploradores tebanos y espartanos, cuya labor era aportar información acerca de los movimientos del enemigo, a veces se cruzaban, aunque nadie quería morir en aquella oscuridad, y mantenían una inestable tregua.

Con las primeras luces de la mañana, Epaminondas tomó prestado el caballo de Protos y cabalgó hasta la amplia pradera que había más allá del camino. Uno a uno, los oficiales de mayor rango subieron a sus monturas y se arremolinaron a su alrededor para escuchar el plan que llevaba en mente y recibir órdenes. Los soldados, mientras aquellos pasaban a su lado, volvían las cabezas para mirarlos. Sabían que sus destinos dependían de las palabras de un solo hombre.

La charla duró algo más de un cuarto de hora y entonces Epaminondas volvió y se unió de nuevo a sus soldados.

—¿Qué les ha parecido? —le preguntó Protos.

—No me han atravesado con una espada ni me han relevado del mando, así que supongo que creen que puede funcionar. ¿Qué opinas tú?

—Creo que es algo que bien podría haber soñado un lunático. Pero precisamente por eso sigues ganando batallas, porque eres un viejo loco que vive bajo la protección especial de los dioses.

—Viniendo de ti, lo tomaré como un cumplido.

Al alba Epaminondas y sus tropas bajaron al valle, y por primera vez los dos ejércitos pudieron verse. Marcharon en paralelo, los beocios a la derecha, con cierta ventaja, pero lo que los espartanos no podían ver era que la columna de retaguardia beocia, la que habría de conformar el flanco izquierdo en la línea de batalla, ya estaba reforzada en profundidad y estaba compuesta íntegramente de infantería tebana. Entre ellos estaba el mismísimo Epaminondas.

A la cabeza de la columna beocia, entre los oficiales, pero a lomos de su caballo negro y dirigiéndose hacia el extremo, estaba Protos, el soldado a quien más temían los espartanos. Sin embargo, Protos no era sino una distracción. Los espartanos hubieran esperado verle al frente del asalto principal de los beocios. Atraería su atención para que no se fijaran en la retaguardia, en el martillo que habría de quebrar la derecha espartana.

A lo largo de las dos horas siguientes los ejércitos antagonistas remontaron el valle al tiempo, y a una distancia a la que los unos podían oír los gritos de los otros. Y entonces, en un lugar en el que las faldas de ambas colinas no quedaban a mucha distancia, la vanguardia beocia, que estaba adelantada con respecto a la espartana, viró a la izquierda y cruzó el valle impidiendo así el paso a los espartanos.

Habían llegado al punto elegido por Epaminondas para luchar la batalla, y ambos bandos lo sabían. Lo único que quedaba por saber era el cuándo.

Los ejércitos llevaban marchando día y noche. Todos estaban cansados, más allá de lo que podía soportarse; necesitaban comida y descanso. Era razonable pensar que nadie ofrecería batalla ese día.

Y los beocios habían adoptado lo que los espartanos seguramente interpretarían como una formación defensiva.

Los espartanos observaban. Estaban agotados, pero no esperaban luchar hoy.

Protos desmontó y le entregó el caballo a un sirviente. Él también observaba, al igual que los espartanos, y pudo comprobar que estos empezaban a relajarse.

Protos dio orden de descansar las armas. Los espartanos no podían oírle, pero sí ver el resultado.

Lo que ocurrió a continuación fue una especie de baile. Las líneas de retaguardia, ocultas a los ojos de los espartanos, permanecieron inmóviles, pero los hombres de las líneas delanteras empezaron a moverse de un lado a otro, en aparente desorden, como hacen quienes solo pueden pensar en una comida caliente y una cama.

Protos se mantuvo despierto. Los espartanos estaban mordiendo el anzuelo.

Empezaban a aceptar como un hecho lo que tanto querían creer: que los beocios se acomodaban, que nadie se vería obligado a luchar y a morir ese día. La estratagema estaba funcionando.

—Viejo loco —dijo Protos para sí—, lo has vuelto a conseguir.

Éurito había rechazado montar a caballo; prefería marchar con las tropas de a pie. Sin embargo, solo había recorrido una vez el trecho que separaba Esparta de Mantinea, así que cuando recibieron la orden de detenerse estaba cansado, aunque no exhausto. Quizá ese hecho le permitió mantenerse alerta.

Al igual que todo el mundo, sintió alivio al ver que los beocios soltaban las armas. Y entonces advirtió la presencia de un oficial en concreto, en el extremo derecho de las líneas. Era Protos.

«Vaya —pensó—, ahí estás. Y aquí estoy yo. Puede que al fin tengamos la oportunidad de ponerle fin a esta larga disputa entre los dos».

Casi le fue reconfortante ver a Protos allí. Era como estar ante los párrafos finales de una tragedia, un buen final.

Éurito supuso que se darían caza el uno al otro. ¿Tenía alguna oportunidad, por mínima que fuera, contra el esclavo? Sospechaba que no. Pero no importaba. Solo importaba el hecho de que por fin todo acabara.

Y entonces se percató de lo inmóvil que permanecía Protos, de lo alerta que estaba.

Luego miró a su alrededor y vio cómo las líneas de los espartanos se iban degradando hasta adoptar la informe confusión de un campamento.

La idea se fue abriendo camino en su mente. No podía ser cierto. Era demasiado terrible para ser cierto.

Pero lo era. Los beocios les habían tendido una trampa, cogerían a los espartanos desorganizados e indefensos.

Debía encontrar al rey. Debía…

Ya era demasiado tarde. Al instante siguiente oyó lo que debía de ser el clamor más terrible del mundo, un aullido guerrero surgido de diez mil gargantas.

Ahora ya no quedaba más remedio que luchar y morir. Éurito desenvainó la espada y cargó.

De pronto sintió una luz cegadora, como si hubiera penetrado en el *halos* de un dios. Se encontró de rodillas antes incluso de darse cuenta de que caía. En el último instante de consciencia, se percató de que algo le había golpeado en la cabeza.

«¿Es esto lo que se siente al morir?», pensó.

47

Los espartanos habían sido vencidos. Nunca, jamás, habían sufrido una derrota tan humillante. Sus muertos estaban dispersos por todo el campo de batalla, como las hojas en otoño. Podía recorrerse el lugar de una punta a la otra pisando solo las cabezas de los guerreros espartanos.

Pero Epaminondas estaba herido. Luchando en primera línea, había recibido el impacto de una jabalina en el pecho. El asta se había roto, pero la punta se le había quedado alojada en el costado izquierdo, dos dedos por debajo de la clavícula. Todos, incluido Epaminondas, sabían que la herida era mortal.

Hubo un breve pero intenso combate para evitar que los espartanos se hicieran con su cuerpo, y luego fue llevado a retaguardia. Se levantó a toda prisa una tienda de campaña para protegerle de los rayos del sol.

—¿Cómo progresa la batalla? —preguntó.

—Los hemos derrotado —repuso alguien.

—En ese caso, he vivido lo suficiente, porque muero invicto.

Para entonces Protos ya había recibido la noticia. Llegó falto de aliento y se arrodilló junto a su amigo, quien le cogió de la mano.

Por mucho dolor que sintiera, Epaminondas giró la cabeza y posó la mirada en el rostro de Protos.

—Nunca me casé —dijo, en un tono de voz que apenas era un susurro—. Mi novia era Tebas. Pero sí he dejado dos hijas: mis batallas de Leuctra y Mantinea, y puede que un hijo.

Vivió cerca de media hora más. Habló con sus oficiales, y cuando supo que sus dos principales lugartenientes también habían caído, recomendó que se hiciera la paz con Esparta, porque ya no quedaba nadie en quien confiara para continuar la guerra.

—Y ahora, físico, sácame la punta de la lanza del pecho. Me duele y debo irme.

Durante todo ese tiempo estuvo aferrado a la mano de Protos. Al fin alzó la mirada y le dijo: —Cuando haya muerto, hijo mío, serás libre.

Fue el final del gran hombre. Un instante después Protos, con delicadeza, retiró la mano de los dedos muertos de Epaminondas, se puso en pie y se fue.

No tenía lágrimas. La rabia se apoderó de alma como un viento lúgubre y terrible. Alguien tendría que pagar por aquello.

Los espartanos que cayeron en batalla fueron los afortunados. Los supervivientes, con su honor perdido como contrapartida de la supervivencia y acuclillados en el suelo, esperaban a que sus vencedores decidieran qué hacer con ellos.

A Protos, que cabalgó hasta encontrarse ante aquella perfecta formación de hombres rotos y acobardados, la furia causada por el dolor aún le mordía las entrañas. Esos hombres eran su enemigo final, los que habían matado a su amigo, los asesinos de su familia, el poder que había mantenido a su gente subyugada e indefensa durante cuatro siglos… Malvados, arrogantes y, al fin, en sus manos.

Llevaría a cabo su venganza. Una voz interior le decía que viviría para arrepentirse de una victoria tan vacía, pero no le importaba. Llevaría a cabo su venganza.

Desmontó de su caballo y se puso delante de ellos.

—¿Qué es lo que les dicen las madres espartanas a sus hijos cuando van a la guerra? —gritó—. ¿«Vuelve con tu escudo o sobre él»? Se diría que habéis perdido tanto una oportunidad como la otra. Habéis decidido vivir a cualquier precio.

»Pero yo os ofrezco una salida. Yo, Protos el ilota, un esclavo de Laconia, pero el vencedor en este campo de batalla, yo, que vi a mi madre y a mi padre masacrados ante mis ojos para que unos niños pudieran creerse hombres por derramar sangre inocente, yo he de mostraros cierta clemencia. Quien tenga agallas de entre vosotros para enfrentarse a mí en un combate de igual a igual, si me mata, podrá irse de aquí como hombre libre. Podrá ir a casa y contar las mentiras que quiera. Si pierde, será arrojado en una fosa común al lado de hombres más valientes que él. De lo contrario, puede que vuestras familias decidan compartir vuestra vergüenza pagando un rescate por vosotros; si no, viviréis el resto de vuestros días cargados de cadenas.

»Estoy esperando. Demostrad vuestro valor espartano.

Se hizo el silencio, una pausa en la que los espartanos derrotados estuvieron valorando la oferta de una muerte honorable y, al menos, la posibilidad de vivir. Todos habían oído historias de Protos el ilota, de ese invencible guerrero al que la Muerte amaba y cuyo solo nombre convertía las tripas en agua.

Al fin uno se puso en pie. Era un hombre grande, de músculos poderosos. Sonrió como si estuviera seguro de su apuesta.

—Yo lucharé contigo —dijo.

Se puso en posición, con los pies separados en actitud desafiante.

—Bien. —Protos le dedicó una amplia sonrisa—. Dime, ¿sigues teniendo tu espada o te deshiciste de ella cuando fuiste corriendo a rendirte? Si es así, tengo una de sobra.

El rostro del hombre se volvió rojo de ira.

—Tengo mi espada —repuso escupiendo las palabras.

—En ese caso, da un paso al frente. —Protos hizo un gesto con la mano izquierda para que se aproximara.

El enorme espartano desenvainó, y, a medida que avanzaba entre la masa de hombres sentados, lanzó una serie de amenazantes tajos al aire.

El duelo fue corto. El espartano lanzó una estocada, que Protos bloqueó. El ilota retrocedió fingiendo verse superado. El espartano cayó en la trampa. Volvió a lanzar una estocada; esta vez se estiró demasiado, y Protos no tuvo más que dar un paso al frente y hundirle la hoja en la axila derecha, matándolo con una facilidad casi insultante.

El espartano cayó de rodillas y el ilota le dio un empujón con el pie para que se desplomara. Las piernas del espartano se movieron un instante y este arañó la tierra como si pretendiera levantarse. Luego dejó de moverse.

—Aquí hay uno que esta noche dormirá con los muertos honorables. —Protos se volvió hacia los hombres acuclillados—. ¿No hay nadie más? ¿NO HAY NADIE MÁS?

—Hay uno —dijo un hombre al que le costó ponerse en pie, un gesto que resultó aún más difícil debido a que le faltaba la mano izquierda. Tenía una herida abierta en la sien izquierda, recubierta de sangre seca—. Hay uno más, y después ponle fin a esta locura, Protos.

Era Éurito.

—En honor a nuestra larga… asociación, llamémosla así, ¿me concederías unas palabras en privado antes de desenvainar?

Protos estaba demasiado sorprendido como para hacer más que asentir, pero esa fue invitación suficiente. Por un instante permanecieron de pie, observándose, en silencio.

—¿Qué haces aquí? —Protos se encogió de hombros consternado—. Con una sola mano, nadie…

—Esta vez luchábamos por nuestra tierra. Y, además, sabía que estarías aquí. No tenía elección. Quiero que sepas —murmuró Éurito con la mirada fija en el suelo— que no me rendí. Algo, no sé el qué, me golpeó en la cabeza. He despertado prisionero.

—Te creo, puedo ver la herida.

Éurito negó con la cabeza.

—Una vez me llamaste cobarde, ¿recuerdas? —Cuando Protos no contestó, Éurito se encogió levemente de hombros y sonrió con tristeza. —Tenías razón —continuó—. Pero jamás he tenido miedo, salvo cuando has estado delante.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—No hace tanto. En ese momento estaba aterrorizado. Me pregunto por qué ahora no tengo miedo.

—No somos los que éramos entonces, ninguno de los dos.

Durante más de la mitad de su vida Protos llevaba esperando ese momento, y ahora le resultaba vacío. ¿Había tenido Éurito elección tantos años atrás? ¿Había tenido elección él? El mundo en el que habían nacido los hacía bailar al son de aquel extraño baile de muerte y venganza que ahora ya casi había llegado a su fin.

O quizá no.

—Ve a casa, Éurito —murmuró Protos para que nadie más pudiera oírlo—. Que acabe esto entre nosotros. Toma tu vida y vete.

Éurito rio y negó con la cabeza.

—¿Te ríes de mí?

—No.

—¿No? ¿Debemos perdonarnos el uno al otro como si todo lo que hemos hecho no significara nada?

Afeó la cara, como si estuviera al borde del llanto. No eran ni el miedo ni la rabia lo que le angustiaba, sino algo que ni siquiera el mismo Éurito hubiera podido definir.

—Maté a tu padre —dijo con la voz tensa y sentida—. Tú mataste a mi hermano. Ambos tenemos una deuda pendiente, no de cara al otro, sino por aquellos a los que hemos perdido. Para ambos es una elección entre la muerte y la vergüenza, y no caeré de nuevo en la vergüenza. Aquí y ahora, o yo te arrebato la vida o lo haces tú con la mía.

—Sea.

No había ninguna otra respuesta posible. Protos comprendía lo que quería decir. Parecía que, al final, la única victoria para los dos era acabar con todo aquello respetándose entre sí, como iguales.

Protos abrió la mano y dejó que su espada, teñida de sangre, cayese al suelo. Desenvainó el cuchillo.

De pronto Éurito rio.

—La daga de mi hermano —dijo negando con la cabeza como si fuera un chiste que solo él entendiera—. Igual que la primera vez.

Éurito desenvainó su espada y entonces, sin hacer de ello un espectáculo, Protos se llevó la mano izquierda a la espalda, la deslizó entre el cinturón y su

cuerpo y la cerró en puño.

Los extremos de las armas se tocaron. El duelo había comenzado.

Al principio ninguno de los dos hombres parecía dispuesto a atacar. Describieron círculos cautelosamente, como si cada uno de ellos esperara que fuera el otro el primero en lanzar una estocada.

Al fin Protos hizo una finta, pero Éurito no fue tan necio como para contraatacar. Sus hojas ni se tocaron.

Entonces, de pronto, Éurito pasó a la ofensiva. Dio un vigoroso tajo con decisión, como si su oponente fuera una especie de barrera que tuviera que demoler para poder escapar. Su espada, que no solo era más larga sino más pesada, era más difícil de blandir, y resultaba inofensiva en cuanto el enemigo penetraba en su arco. Protos se abalanzó contra Éurito y le hizo perder el equilibrio.

En un instante Éurito estaba de espaldas. Miró a Protos esbozando una mueca parecida a un desafío, pero era otra cosa. Quería que su enemigo supiera que no tenía miedo. Estaba esperando el golpe que acabara con su vida.

—En pie —dijo Protos en voz baja—. Vamos… Este no es modo de morir para un hombre valiente.

Se sacó la mano izquierda de la espalda y se la ofreció a Éurito, que alargó su mano derecha con la espada aún aferrada. Protos le cogió de la muñeca y tiró de él para que se pusiera en pie.

—Deberías haberme matado —dijo Éurito en apenas un susurro—. Ahora sé que debo mantenerte alejado.

—Pero lo que no sabes es cómo hacerlo.

Intercambiaron una mirada. Se comprendían a la perfección. A partir de ese momento no se darían cuartel.

Era difícil atacar cuando el oponente disponía de una hoja más larga: solo podía esperarse a que pasara a la ofensiva y cometiera un error. Pero Éurito se mostró servicial en ese sentido. Parecía empeñado en hacer sangre el primero.

Sin embargo, también era excelente con la espada y apenas cometía errores.

Pero no tardó en dar muestras de agotamiento. Lanzó una estocada demasiado larga y Protos pudo avanzar y hundir su daga en el interior del brazo derecho de Éurito.

Éurito bajó la mirada y observó la sangre que le manaba del brazo. Por un instante se había olvidado de que luchaba por su vida y, en ese momento, se había sentenciado.

Protos no dudó. Atacó de nuevo y apuñaló a Éurito en el bajo vientre.

Liberó la daga después de retorcerla, algo que debió de resultar exquisitamente doloroso. Éurito dejó caer su espada. Todo había acabado.

Éurito empezó a desvanecerse y Protos le cogió en brazos para dejarle cuidadosamente en el suelo. Ya no había odio. La venganza no era más que una palabra. Solo eran dos hombres que se conocían casi desde la niñez.

—No puedo sentir las piernas —jadeó Éurito—. Imagino que eso significa que me estoy muriendo.

Tenía la mano cubierta de su propia sangre. La posó en el brazo de Protos.

—Lo siento —murmuró el ilota—. Lo siento.

—No lo sientas. Hubiera sido peor que me dejaras vivir. No tengo ningún deseo de ver lo que va a ocurrir de ahora en adelante. —Y entonces sonrió—. ¿Has cumplido ya con tu venganza?

—Ya no tiene nada que ver con la venganza. Tiene que ver con aprender a ser libre.

Puede que aquellas fueran las últimas palabras que oyera Éurito, o quizá tampoco las oyera. Miró a Protos a los ojos y al instante siguiente exhaló su último aliento.

Por la noche Gaiómaco fue a la tienda de Protos y se sentaron fuera a beber cerveza.

—La guerra ha acabado —dijo, como si apenas pudiera creer lo que estaba diciendo—. Los espartanos ya han llegado para establecer las condiciones con nuestros oficiales de más alto rango. Parece que hay algo de confusión en cuanto a quién ostenta el mando entre nosotros.

—Estoy seguro de que lo solucionaréis.

—Pero a ti te trae sin cuidado, ¿me equivoco?

—No. —Protos se volvió a Gaiómaco y sonrió—. ¿Quieres que te proponga para el cargo?

Rieron un instante y luego se hizo un hosco silencio entre ellos.

—¿Dejarás el ejército? —preguntó Gaiómaco.

—No tengo ni la menor idea de lo que voy a hacer.

A la mañana siguiente hubo una tregua en el campo de batalla mientras los dos bandos daban comienzo a la tarea de enterrar a sus muertos. Al amanecer el cuerpo de Epaminondas fue entregado a la tierra. Su tumba estaba separada y un poco más adelantada que la fosa en la que serían sepultados los tebanos que habían muerto. Protos observaba mientras los ritos se llevaban a cabo.

Epaminondas había sido un gran hombre, lo que en la práctica suponía que había utilizado a los demás para conseguir sus fines. Sin embargo, no había

sido un hombre egoísta en ningún sentido. Tebas había sido el gran amor de su vida.

Pero Protos no amaba a Tebas. Para él la ciudad beocia no era más que un instrumento, un modo de llevar su guerra contra Esparta. Así que quizá hubiera usado a Epaminondas del mismo modo que este le había utilizado a él.

Sin embargo, Epaminondas había sido su amigo, y Protos sufría sabiendo que ya no estaba entre los vivos. Casi era como presenciar el fin de su propia existencia.

Llevaría días sepultar a los espartanos muertos.

A los prisioneros se les había dado su libertad, un gesto conciliador y sin duda sabio. Además, la presencia de aquellos hombres en Esparta serviría para desmoralizar aún más a sus habitantes. Si se hubieran rendido unos pocos, quizá se habrían sentido tentados al suicidio, pero siendo tantos…

Sí, que se fueran a casa. Éurito no tendría que pasar por tal ignominia.

Qué hacer.

Protos pasó la jornada siguiente sentado delante de su tienda pensando en lo que, de pronto, se había convertido en el dilema central de su vida. Todos los caminos parecían estar obstruidos.

¿Y si se limitaba a abandonarlo todo? Tenía algo de dinero. Podía comprar tierras en algún lugar y convertirse en lo que hubiera sido si los espartanos no hubieran desfigurado su vida hasta dejarla irreconocible. Podría quedarse en Beocia y plantar trigo. A Nubit seguro que le gustaría… Se había hecho a la vida sedentaria.

O podía seguir viviendo en la casa de Tebas, cobrando su paga como oficial. En Tebas era un hombre respetado.

Aunque ¿había algo en el mundo más inútil que un soldado sin una guerra en la que luchar?

Una granja era una idea mejor. Sería feliz y próspero… mientras la gente de su propia aldea trabajaría al ritmo que les marcara el látigo y morirían de hambre cuando llegaran los años duros.

¿Podría vivir con eso? No.

Lo que quería era volver a Laconia y luchar para liberar a su pueblo. Los ilotas de Mesenia eran libres y su propia gente seguía siendo esclava.

¿Pero qué pasaría con Nubit? ¿Podría pedirle que le siguiera? ¿Quería que le siguiera sabiendo la vida que habría de esperarle en Laconia? Ser la mujer de un soldado ya era castigo suficiente. En Laconia sería un forajido. Si la cogían a ella…

No soportaba pensar en eso.

¿Pero permanecer alejado de ella después de tantos años?

Necesitaba hablar con Nubit. Nubit era sabia. Nubit sabría lo que hacer.

A la mañana siguiente subió a su montura y cabalgó hasta Nestia. Nubit le esperaba allí. Probablemente no hubiera tenido noticia de su victoria.

Realmente no era más que una aldea. Quizá no vivieran allí más de doscientas personas, y la primera persona con la que habló le dijo dónde podría encontrar a la «bruja» que vivía en una carreta.

No pareció sorprendida al verle.

—Así que vuelves victorioso —dijo.

—Sí, pero hay problemas.

Ella no quería oírle hablar de sus problemas. Quería que trepara a su vientre. Apenas se veía capaz de esperar a que atara a su caballo. Casi le arrastró a la carreta.

Media hora más tarde, desnudos, brillantes y aún jadeantes, ella ya estaba lista para escuchar.

—Epaminondas ha muerto. Antes de morir dijo que los tebanos debían hacer la paz con Esparta. Probablemente sea lo mejor que pueden hacer, pero no es lo que yo hubiera hecho. Dime lo que debo hacer.

—¿Qué quieres hacer?

Ella se sentó; tenía la piel rosada desde los ojos hasta el ombligo. Le amaba, y le estaba preguntando qué quería hacer. En ese momento ni siquiera él lo sabía.

—Te ahorraré preocupaciones —dijo ella—. Quieres volver a Laconia y matar espartanos hasta que dejen en paz a tu gente.

Protos no dijo nada: estaba avergonzado.

—Y eso es exactamente lo que debes hacer —dijo Nubit—. Lo que hagas no es elección tuya, sino de los dioses. Naciste para ser guerrero, y tu enemigo fue elegido para ti.

—¿Vendrás conmigo? Quiero que vengas, pero ¿cómo puedo pedir tal cosa? Quiero que estés a salvo.

—No hay ningún lugar seguro. Solo el deseo de los cielos. Iré contigo. Me quedaré contigo hasta que tenga aliento en el cuerpo. Ahora ven y deja que sienta tu peso sobre mí de nuevo. Ha pasado mucho tiempo.

Emprendieron camino temprano, a la mañana siguiente. Protos llevaba las

riendas de la carreta y el caballo iba atado a la parte trasera. Primero se dirigirían a Mantinea, dado que el camino desde allí evitaba las montañas. Además, Protos tenía gente de la que despedirse.

—Así que mataste a ese tal Éurito. ¿Qué sentiste?

Era una de las cosas de la vida con Nubit a la que jamás se había acostumbrado. Ni siquiera había mencionado a Éurito y, aparentemente, lo sabía todo. No tuvo que preguntar cómo.

—Vacío. Me hizo sentir vacío.

—Bien. Eso significa que al fin la venganza ha muerto en ti.

Nubit le sonrió.

48

Durante el viaje hacia el sur el cabello de Nubit empezó a tornarse blanco. Protos se había dado cuenta la primera noche, cuando volvió al lugar en el que habían acampado con un montón de madera. La luna lucía llena y parecía brillarle sobre la cabeza. Al principio pensó que los mechones blancos no eran más que el resplandor blanco del astro.

Entonces, cuando la madera empezó a arder, volvió a verlos y alargó la mano para tocarlos.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella como si hubiera despertado de un trance.

—Tienes un poco de pelo blanco —dijo—. Es muy bonito.

—No es bonito. Es la edad. Me hago vieja.

—Estás igual que la primera vez que te vi.

Se volvió para mirarle y le sonrió con tristeza.

—Salvo que ahora mi cabello se está volviendo blanco.

Nubit no quiso hacer el amor esa noche. Dijo que estaba cansada, pero daba la sensación de haberse encerrado en sí misma, como si se estuviera preparando para una dura e inevitable prueba. Le pidió que durmiera debajo de la carreta.

—Como he hecho muchas veces en campaña. —Protos la besó y susurró—: Te quiero.

A la hora más oscura de la noche le despertó un sonido. Permaneció arrebujado en su manta intentando identificarlo.

Y entonces lo oyó de nuevo. Era Nubit, que sollozaba quedamente.

—He tenido sueños turbadores —le dijo por la mañana—. ¿Puedo dormir en la carreta mientras la llevas?

—Sí. Por supuesto.

Se dio cuenta de que el mechón blanco de su pelo se había hecho un poco más grande.

Cuando detuvo la carreta para darle agua al caballo, entró para ver qué tal se encontraba. Estaba sentada con la espalda apoyada contra un montón de mantas, bebiendo un cuenco de cerveza.

Podía deducir por su expresión que no le veía, que estaba en otro lugar y en otro tiempo, sola, con sus visiones.

Estaba mayor.

Esa noche Nubit bajó de la carreta y observó en silencio mientras él removía el contenido de la olla. No quería comer, solo bebía cerveza.

—Me quedaré contigo hasta que muera —dijo al fin—. Y más allá. Pero un día encontrarás a otra mujer, una que te dará hijos y que te cerrará los ojos cuando mueras. Debes saber que la bendeciré con mi último aliento.

Protos se dio cuenta de que no podía decir nada; su voz se le había muerto en la garganta. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Habían pasado muchos años desde la última vez que llorara, pero ese día lloró.

Ella le abrazó para confortarle como si fuera un niño.

—Sé que me amas —le murmuró ella al oído—. Es el último consuelo que me permiten los dioses.

—¿No vendrás conmigo? —pudo preguntar al fin.

—Todo lo que pueda. Siempre y cuando dure mi vida.

Siguieron la calzada principal hacia Esparta casi hasta el límite con Laconia y luego se dirigieron al este, hacia las montañas. Protos quería evitar las patrullas espartanas, pues, en cuanto se supiera de su presencia, se vería enfrentado a todo un ejército.

La calzada era lo bastante cómoda para la carreta y Nubit descansó tranquila bajo la cubierta, aunque no estaba del todo claro lo que estaba sintiendo durante el viaje. La mayor parte del tiempo no estaba en su cuerpo, sino en otro lugar.

Por la noche, solo ante la hoguera, Protos intentó comprender lo que estaba ocurriendo. Nubit no estaba enferma en ningún sentido que un físico hubiera comprendido. No le dolía nada, pero envejecía por momentos. Era como si hubiera decidido que su vida ya había durado demasiado y estuviera acelerando su final.

¿Cómo iba a vivir cuando ella muriera? Apenas lograba imaginarlo. No había sido más que un niño cuando la conoció y ahora estaba en la mitad de su vida. La amaba y confiaba en su sabiduría. ¿Cómo se las arreglaría cuando ya no estuviera a su lado?

¿Qué significaba la muerte para ella? Una vez había dicho que sus sueños eran más reales que el mundo y que acabaría viviendo en ellos para siempre. ¿Seguía creyendo eso? Así lo esperaba. No quería que muriera con miedo.

Él nunca dudó que se estaba muriendo. Ella se lo había dicho.

La calzada superaba las colinas y luego se dirigía hacia el sur. Al cuarto día Protos estaba bastante seguro de que ya estaba en Laconia. No podía haber

dicho cómo lo sabía. Sencillamente lo sabía.

Detuvo el vagón y entró para decírselo a Nubit, pero la egipcia ya estaba muerta. En el momento en que la tocó supo que llevaba muerta al menos una hora.

Muerta sí era una anciana.

Protos se sentó en el suelo, junto a la carreta, y lloró amargamente. Sus mismos ojos parecían estar disolviéndose en lágrimas. Recordó la noche cuando murieron sus padres y cómo se había metido en una cueva y los había llorado. Fue como revivirlo todo de nuevo. Se sentía abandonado.

Cuando su dolor fue pasando, se puso en pie y cogió la pala que estaba enganchada al costado de la carreta. Cavó la tumba de Nubit y la hizo profunda.

Luego volvió a la carreta y envolvió su cuerpo en la capa espartana.

Nubit nunca había hablado de los ritos funerarios de su país. Para un esclavo «muerto» solo significaba «muerto», se hacía un agujero y el resto ya era cosa de los dioses. Pero eso no le parecía que fuera suficiente para Nubit.

Protos buscó en su bolsa y encontró una moneda de oro y se la puso en la boca para pagar al barquero que habría de cruzar con ella la laguna Estigia hacia el mundo de los muertos. Después sacó su daga espartana de la vaina de cuero y se la colocó en la mano derecha. Por último saltó a la tumba, tiró de ella para meterla dentro y así asegurarse de que descansara cómodamente.

Luego se le ocurrió echar la bolsa de sus medicinas a la tumba con ella.

Para entonces casi había oscurecido. No quería enterrarla de noche, como si fuera una suicida, así que permaneció junto a la tumba abierta hasta el amanecer y apenas cerró los ojos.

Con las primeras luces rellenó la tumba. Una vez aplanada con la pala, cogió al caballo por las riendas y lo guio hasta que la carreta se encontró encima del nuevo hogar de Nubit.

—Tu labor ha concluido —le dijo al caballo cuando lo hubo liberado de las riendas y el arnés. Luego le palmeó el anca y el animal trotó unos pasos y luego miró hacia atrás, como si no supiera qué hacer a continuación.

—Vete. Vete —dijo—. Eres libre.

Por fin el animal empezó a alejarse.

Solo quedaba una cosa por hacer. Recogió sus armas, que estaban envueltas en una manta, y encendió un fuego bajo la carreta. Esta ardió mucho tiempo antes de derrumbarse y convertirse en un montón de cenizas incandescentes. A su alrededor la tierra estaba negra. Nadie sospecharía jamás que Nubit yacía enterrada ahí.

Recogió sus armas y empezó a caminar. Luego, de pronto, le dio la sensación

de que alguien le observaba. Se volvió a mirar, pero no había nadie.

El viaje fue largo y el camino, difícil. Fue como la primera vez que huyó, solo que en sentido inverso. Recorrió las montañas, viviendo de lo que ofrecía la tierra, bebiendo de los arroyos gélidos y cristalinos.

Poco a poco fue sabiendo dónde se encontraba. El perfil de las cimas de las montañas le resultaban familiares, como si hubiera pasado una vida contemplándolos.

A veces sentía que estaba naciendo de nuevo, como si todo lo que le hubiera pasado no hubiese sido más que una preparación para ese momento. Los años pasados retrocedían hacia la distancia infinita.

Un día Protos dio con un pequeño lago de montaña que debía de provenir de algún manantial, pues no había una fuente a la vista. En un extremo había un pequeño riachuelo que corría montaña abajo, pero el pequeño lago era profundo y tranquilo, tan calmo que su movimiento apenas desdibujaba el reflejo de los árboles que se amontonaban a su alrededor.

El fondo del lago se perdía en las sombras. Quizá llegara hasta el inframundo.

Era un día cálido, y el pequeño lago demasiado tentador, así que Protos se sentó a la orilla, ahuecó las manos y sacó algo de agua. Sintió el entumecimiento causado por el frío. El agua estaba deliciosa.

Hilillos de nubes surcaban los cielos sobre su cabeza, pero no tenía que alzar la mirada para verlas. Podía contemplarlas en la superficie del lago, como si el agua se hubiera convertido en una ventana a los cielos.

Para desdibujar la imagen lanzó un guijarro al agua y las nubes se dispersaron entre las ondas cada vez más amplias.

Y entonces, por un instante, creyó ver el rostro de Nubit, o parte de él, sus ojos y un mechón de pelo, un reflejo sobre las pequeñas ondas del agua. Solo fue un destello. No podía ser real. Era un truco de la mente, la victoria temporal de los recuerdos sobre la muerte. Desterraría la idea de su mente.

Y, sin embargo, un instante después cogió otro guijarro y lo tiró al pequeño lago, y de nuevo fue recompensado con un destello que murió al momento de haber nacido.

Su hombro, tal y como era cuando levantaba los brazos para cepillarse el cabello.

«Ya basta —pensó para sí—. Esto es una locura». Y una inmensa sensación de tristeza se apoderó de su alma, hasta el punto de empujarle al borde del llanto.

Aunque no lloró. Había consuelo, incluso en el dolor. No podía desprenderse de la sensación de que ella estaba cerca, en algún lugar. Casi le daba la sensación de que no tenía más que volver la cabeza para verla.

Se quedó junto al lago el resto de la tarde, hasta que el sol desapareció detrás de los árboles, dejando el agua oscura y ciega, una imagen de la muerte. Y cuando al fin se puso en pie para irse, su corazón estaba en calma, como el mismo lago, ya que sentía que Nubit siempre estaría con él, siempre estaría allí, una presencia que podía percibir aunque no pudiera tocarla. Jamás se alejaría de él.

Un día miró desde lo alto de las montañas y vio un camino que unía dos aldeas, y supo que estaba en casa.

Le llevó la mayor parte del día llegar al valle. Se quedó en el camino, en el lugar donde su padre y su madre habían muerto, y casi pudo oír la voz de su padre.

«¡Corre, Protos! ¡Ahora!».

Estaban muertos, tanto su padre como su madre. Los hombres que los habían matado habían muerto a manos de su hijo. ¿Qué había significado todo aquello?

Había aprendido que la venganza estaba vacía, que algunas deudas no podían pagarse nunca. Había aprendido que los hombres podían hacer el mal pensando que hacían bien. Todos, al parecer, éramos prisioneros.

O quizá no. ¿Qué habría sido ahora si Éurito y su hermano nunca hubieran aparecido por aquel camino? Un campesino, inocente de sangre. Un esclavo bajo el látigo de quienes pensaban que su vida no tenía valor alguno. ¿Y ahora, de pie donde sus padres habían muerto, qué era?

Esa pregunta aún estaba a la espera de respuesta.

Casi se había puesto el sol cuando Protos llegó a la aldea en la que había nacido. Era tiempo de cosecha y los hombres no volverían hasta que oscureciera. Había niños desnudos jugando en el polvo. La casa en la que había vivido con sus padres estaba ocupada por otra familia, una más afortunada.

No vio a nadie que pudiera reconocer.

Se sentó bajo un árbol en el centro de la aldea y vio el humo que surgía de los hogares y que se disipaba en un cielo cada vez más oscuro. De vez en cuando las mujeres, de camino al pozo de la aldea, le miraban. Era objeto de sospecha, un extraño.

Al fin los hombres empezaron a volver. Estaban cansados y hambrientos y no le prestaron atención.

Entonces vio un rostro que creyó reconocer. Era el de un hombre en el otoño de su vida, aunque aún era fuerte. Llevaba una hoz de bronce en la mano derecha.

Protos se puso en pie.

—Amigo —dijo con un tono de voz lo bastante alto como para que lo oyera solo ese hombre—. ¿Podrías ofrecerme un plato de comida, un poco de cerveza y una cama para pasar la noche? Puedo pagar con plata.

El hombre se detuvo y le miró; parecía estar sopesando la hoz como si creyera que tendría que defenderse. Entonces, con la mano izquierda, le hizo un gesto a Protos para que se acercara.

—A ver la plata.

Protos metió la mano en su bolsa y sacó un dracma tebano.

—Nunca he visto una moneda de plata —dijo el hombre, cuya voz se tornó en un susurro de asombro—. ¿Cuánto vale?

—En las ciudades del norte se puede comer y dormir durante cuatro o cinco días con una de estas.

—En ese caso le diré a mi esposa que mate un pollo para que puedas echarle algo de carne a la comida. Hay una jarra de cerveza que estábamos reservando para cuando acabara la cosecha, pero esta, por lo visto, es una ocasión que lo merece aún más. Ven. Me llamo Rakio.

Se sentaron fuera bebiendo cerveza mientras la esposa de Rakio mataba y cocinaba el pollo. Protos ya le recordaba.

—Hablas como un campesino —le dijo el viejo después de una breve pausa—. Pero esa túnica no está tejida en una aldea. ¿Vienes de lejos?

—Llevo fuera muchos años, aunque nací no muy lejos de aquí.

—¿Has vuelto para quedarte?

—Sí.

Los ojos de Rakio se entrecerraron con sospecha.

—Si naciste cerca de aquí, debes de ser ilota. ¿Eres ilota?

—Sí.

—Entonces eres esclavo, como nosotros —proclamó Rakio asintiendo para enfatizar su lógica aplastante—. Debes de haber escapado.

—Lo hice.

—Entonces ¿por qué iba un hombre que ha vivido libre, que tiene plata en la bolsa, a volver a este lugar? Cuando lo sepan volverán a hacerte esclavo, o te crucificarán.

Protos tenía a su lado el petate que había traído consigo, apoyado contra la

casa de Rakio. Protos lo posó en el suelo, desató las correas que lo mantenían unido y abrió la manta. Dentro había cinco jabalinas y cuatro espadas.

—Ya lo han intentado —dijo quedamente—. Y si quieren pueden intentarlo de nuevo.

—¿Quién eres?

—Me llamo Protos.

Dio la sensación de que Rakio se quedaba en blanco un instante, y entonces su mirada se posó en una casa que quedaba algo más allá del árbol que marcaba el centro de la aldea. Era la casa en la que Protos había nacido.

—Un amigo mío que se llamaba Midios llamó a su hijo así —dijo—. Su esposa y él murieron a manos de los espartanos. Días más tarde la esposa de su hermano y sus hijos fueron asesinados en su casa. Eso ocurrió hace mucho tiempo. Nadie sabe lo que le ocurrió al hijo de Midios.

—Quizá huyera.

—Quizá.

Ambos intercambiaron una mirada. Ahora se comprendían a la perfección.

—Entonces me pregunto qué le haría volver. Un hombre sensato, si fuera lo bastante afortunado como para huir, sabría que debe mantenerse alejado.

Protos, con la mirada perdida, sonrió.

—Puede que no sea un hombre sensato.

A la mañana siguiente Protos salió con Rakio a ayudar con la cosecha. Al igual que el resto de los hombres, no llevaba más que un taparrabos, y quienquiera que se molestara en mirarle sería capaz de ver las cicatrices que el extraño lucía en la espalda y que lo identificaban como esclavo.

Disfrutó del trabajo, de recoger grandes fardos de trigo, el mero olor del cual casi bastaba para saciar el hambre. Había trabajado en ese mismo campo con su padre, tan solo un mes antes de que le asesinaran.

Y disfrutó de la compañía de unos hombres que jamás habían blandido una espada y jamás habían manchado sus almas con sangre.

Cuando el sol estaba en su punto álgido se detuvieron a descansar una hora y a beber agua. Todos se mostraban jubilosos, porque ese año la cosecha estaba siendo buena.

—Quizá hasta podamos pasar la primavera sin probar un solo nabo —dijo alguien—. ¿No sería estupendo?

—No saben tan mal cuando se cuecen bien. Y las hojas, con un poco de aceite, están buenas.

—Sin aceite no se las comen ni las cabras.

Protos solo pudo sonreír al recordar aquella vez en Tebas, en casa de un amigo, cuando le sirvieron nabos como si fueran una exquisitez.

Miró a su alrededor a los campos repletos de trigo y se preguntó cómo era posible que hubiera gente pobre rodeada de tanta abundancia.

—¿Qué parte de la cosecha se llevan los espartanos? —preguntó.

Algunos le miraron extrañados. ¿Cómo podía ser que no lo supiera?

—Dos partes de cada tres —dijo alguien.

Protos estaba bastante seguro de que en tiempos de su padre habían sido tres partes de cinco. Resultaba evidente que los espartanos estaba sufriendo la escasez.

El problema era sencillo. Un campesino se quedaba con una parte de cada tres y, a su vez, tenía que guardar un tercio para semillas. El resto del trigo serviría para alimentar a su familia a lo largo del año, así que tenía que recurrir a su huerto y a buscar raíces. Si el año se daba bien, sobreviviría; de lo contrario, el hambre se cebaría con las aldeas. Y si había algún problema con los nabos moriría.

La solución era muy sencilla.

—Me pregunto cómo podéis tolerarlo —dijo Protos—. Los espartanos no trabajan la tierra y por tanto no tienen derecho a lo que produce. No les deis nada.

El comentario produjo asombro y risas, más o menos en la misma proporción.

—Nos matarían.

—No pueden matarnos a todos sin morirse de hambre. No son campesinos, ni artesanos, ni comerciantes, solo soldados.

—Son los mejores soldados del mundo. Seguro que nos matarían.

Esta vez le tocó reír a Protos.

—Los vi derrotados en Leuctra, hace nueve años —dijo—. Al año siguiente los tebanos marcharon hacia el sur y los expulsaron de Mesenia, liberando a los ilotas. Hace menos de un mes fueron derrotados de nuevo en un lugar llamado Mantinea, en Arcadia, y esa vez fue una masacre. Los espartanos son un junco partido.

—Siguen pudiendo matarnos.

—A algunos de nosotros, sí. —Protos asintió mostrándose de acuerdo—. Pero no a tantos como morirán durante la siguiente hambruna. Y si los expulsamos, ya no podrán llevarse a nuestras mujeres para convertirlas en concubinas, y sus jóvenes no vendrán a mojar sus espadas con la sangre de nuestros padres y madres. —Tuvo que parar. De pronto la garganta se le cerró —. Puede hacerse —dijo al fin—. He visto hacerlo.

—No tenemos armas.

—Hacedlas. Robadlas. Tomadlas de los cuerpos sin vida de vuestros enemigos. Si lucháis, pronto habrá suficientes armas.

—Somos campesinos. No sabemos nada de la guerra.

—En ese caso, aprended.

—¿Quién nos enseñará? ¿Quién nos guiaría?

Protos había tenido suficiente. Se puso en pie frente a ellos.

—Yo os enseñaré. Yo os guiaré. Por eso estoy aquí.

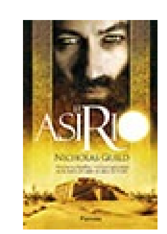
—¿Quién eres? No te conocemos. Eres un extraño.

—Me llamo Protos, y soy uno de los vuestros.

ÍNDICE

CONTENIDO EXTRA

Disponibles **en papel y en digital** todos los libros del autor editados en ediciones Pàmies. En todas las librerías y grandes superficies y en todas las plataformas digitales.



El asirio

Siglo VII a. C.

Tiglath Assur y Asarhadón, hermanastros, excelentes amigos e hijos del rey de Asiria, comparten sueños y secretos, aunque saben que parten muy atrás en la línea de sucesión a la corona.

Pero tras la designación del heredero al trono, una plaga de suicidios y asesinatos, que conduce a Asiria al borde de la guerra civil mientras tribus bárbaras invaden el país, les despeja el camino. Son tiempos terribles en los que se suceden traiciones y matanzas sangrientas, y muchos ven destrozados sus sueños.

Según predicen los augurios, su prima, la encantadora princesa Asharhamat, se desposará con el nuevo rey. Las pasiones chocan con la política y los hermanos se enfrentan entre sí. Tras la caída de Babilonia se produce el auge de Nínive, y los dos hermanos se tendrán que plantear elegir entre la voluntad de los dioses y sus deseos, lo que cambiará el destino del imperio.

Lee **aquí** el principio de *El asirio*.



El macedonio

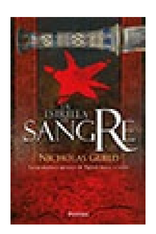
Siglo IV a. C.

Macedonia vive una época convulsa, desgarrada por luchas internas en el seno de la familia real y acosada por los belicosos reinos fronterizos.

Filipo, tercer hijo del rey Amintas y apenas un adolescente, es enviado como rehén a Tebas, donde recibirá educación militar del gran general Epaminondas. A su vuelta, rápidamente pondrá de manifiesto su capacidad de mando y su arrolladora personalidad. Y aunque no estaba escrito que fuera a reinar, un inesperado giro del destino hará que se haga con el poder, convierta a su país en la potencia hegemónica del mundo heleno y allane el camino para el gran imperio que creará su hijo Alejandro Magno.

Presentamos la reedición de un clásico de la novela histórica; una historia épica que narra la lucha de Macedonia por su supervivencia bajo la tutela de un líder que cimentará las bases de uno de los imperios más grandes jamás forjados por el hombre.

Lee **aquí** el principio de *El macedonio.*



La estrella de sangre

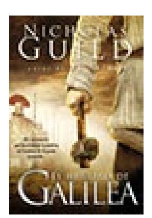
Siglo VII a. C.

Tiglath Assur, despojado del trono de Asiria por su hermanastro Asarhadón, es condenado al exilio. Acompañado de su leal servidor Kefalos, Tiglath abandona la ciudad de Nínive, tratando de ponerse a salvo de los asesinos que

le persiguen y hacer fortuna. Pero sabe que la estrella roja que tiene en la palma de la mano, una marca de nacimiento que muestra el favor de los dioses, puede asimismo delatarle a sus enemigos…

Sus andanzas le conducirán, entre otros lugares, al decadente Egipto, a una fortaleza comercial fenicia y a Sicilia, aterrorizada por un rey bandido. Finalmente acabará regresando a Oriente para enfrentarse a su hermano en un encuentro que no solo decidirá su destino sino el de varios imperios.

Lee **aquí** el principio de *La estrella de sangre*.



El herrero de Galilea

Yoshua, un carpintero de la aldea de Nazaret, siente la llamada de Dios y predica la inminente llegada del Juicio Final. Esta la historia de su vida y de su terrible final a través de los ojos de su primo, y amigo más cercano, Noah el herrero: hombre recto y prudente que conoce bien un mundo en el que la traición y el asesinato son habituales en la lucha por el poder. No obstante, el herrero está dispuesto a poner en peligro su vida para salvar la de Yoshua.

El herrero de Galilea es el producto de veinte años de investigación y de un profundo conocimiento del mundo antiguo; una fascinante novela que especula sobre lo que pudo ser el complot político para acabar con la vida de Jesús y los esfuerzos de un hombre por salvarle. El Yoshua de esta novela, el Jesús de la fe cristiana, es un hombre como cualquier otro, un héroe muy humano cuya derrota a manos de sus enemigos le confiere una trágica dimensión de grandeza.

Lee **aquí** el principio de *El herrero de Galilea*.



Nicholas Guild

Nació en San Francisco y se graduó en Lengua Inglesa y Filosofía en la Universidad de Berkeley. Ha sido profesor universitario, así como crítico literario en periódicos y revistas especializadas.

Ha publicado una decena de novelas entre las que destacan *El aviso de Berlín*, *El tatuaje de Linz*, *El herrero de Galilea* y los ya clásicos de la novela histórica *El asirio*, *La estrella de sangre* y *El macedonio.*

Web: nicholasguild.com
Twitter: @NicholasGuild